



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
Facultad de Trabajo Social
Doctorado en Trabajo Social

EL POTENCIAL DE FIGURAS HERMENÉUTICAS EN EL TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO:

*Construcción de un filtro de análisis comprensivo aplicado a algunos textos
disciplinarios.*

DOCTORANDO: VICTOR RODRIGO YÁÑEZ PEREIRA
DIRECTORA TESIS: DRA. TERESA MATUS SEPÚLVEDA
CO-DIRECTOR: DR. JUAN IGNACIO PIOVANI

Tesis para optar al Grado de Doctor en Trabajo Social

Ciudad de la Plata, Argentina, Mayo de 2019

INDICE

RESUMEN	7
INTRODUCCIÓN	8
CAPITULO I	12
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA	12
I.- PREMISAS DE INVESTIGACIÓN.	13
II.- PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.	13
III.- ESTADO DE LA CUESTIÓN.	24
IV.- CONTEXTUALIZACIÓN GENERAL DE LA INVESTIGACIÓN.	33
V.- PREGUNTA Y OBJETIVOS DE INVESTIGACIÓN.	44
PREGUNTA DIRECTRIZ	44
OBJETIVO GENERAL	44
OBJETIVOS ESPECÍFICOS	44
VI.- RELEVENCIA DE LA INVESTIGACIÓN.	45
1.- A NIVEL DEL FENÓMENO PROBLEMATIZADO.	45
2.- A NIVEL DEL OBJETO DE INVESTIGACIÓN.	47
3.- A NIVEL DE TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.	49
VII.- RESULTADOS ESPERADOS DE LA INVESTIGACIÓN.	50
1.- LA PRESENTACIÓN DEL POTENCIAL HERMENÉUTICO EN EL TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.	50
2.- LA CONSTRUCCIÓN DE UN FILTRO DE ANÁLISIS COMPRENSIVO QUE PERMITA DESCIFRAR EL POTENCIAL HERMENUTICO EN ALGUNOS TEXTOS DE TRABAJO SOCIAL.	51
3.- LA PROYECCIÓN DE UNA FIGURA HERMENÉUTICA, SUS CONTRA-FIGURAS Y EL DESARROLLO DE SU POTENCIAL EN LOS LENGUAJES DE	

LA INVESTIGACIÓN E INTERVENCIÓN DE TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.	52
CAPITULO II	55
ESTRATEGIA METODOLÓGICA	55
1.- ENFOQUE Y CARÁCTER DE LA INVESTIGACIÓN.	56
2.- TIPO Y DISEÑO DE INVESTIGACIÓN.	57
3.- DELIMITACIÓN TEMPORAL- ESPACIAL DE LA INVESTIGACIÓN.	58
4.- CAMPO Y UNIDAD DE INVESTIGACIÓN	59
5.- CRITERIOS PARA LA SELECCIÓN DE TEXTOS.	60
CRITERIOS DE SELECCIÓN	61
CRITERIOS GENERALES PARA TEXTOS DE HERMENUTICA	61
CLASIFICACIÓN DE TEXTOS DE HERMENÉUTICA	63
CLASIFICACIÓN DE TEXTOS DE TRABAJO SOCIAL	65
6.- TECNICAS E INSTRUMENTOS DE GENERACIÓN DE INFORMACIÓN.	66
7.- FUENTES DE INFORMACIÓN.	68
8.- PLAN DE ANÁLISIS	69
MOMENTOS DEL TRABAJO DE ANÁLISIS	69
9.- CRITERIOS PARA EL ANALISIS DE LOS TEXTOS.	70
10.- VALIDEZ DE LA INVESTIGACIÓN	73
11.- TRIANGULACIÓN.	74
CAPITULO III	76
MATRIZ TEORICA	76
1.- APROXIMACIONES A LA HERMENÉUTICA COMO TRADICIÓN DE PENSAMIENTO.	77
2.- EL PASO DE LA FILOSOFÍA DE LA CONCIENCIA A LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE, DEL GIRO LINGÜÍSTICO AL GIRO HERMENÉUTICO.	90

3.- CONFIGURACIÓN DE UN FILTRO DE ANALISIS COMPRENSIVO PARA TRABAJO SOCIAL.	103
I.- LAS CONDICIONES DE UN DIÁLOGO DISCURSIVO.	107
1.- LA CUALIDAD ENUNCIATIVA DEL TEXTO.	113
2.- EL CAMPO ARGUMENTATIVO DEL TEXTO.	117
3.- LA FUERZA PROPOSICIONAL DEL TEXTO.	123
II.- CARACTERISTICAS DE UNA ONTOLOGIA VACIA.	127
1.- VITALIDAD DEL LENGUAJE DEL TEXTO.	133
2.- APERTURA EN LAS TRAYECTORIAS DE LEGUAJE DEL TEXTO.	137
3.- CARÁCTER GENERATIVO DEL LENGUAJE EN EL TEXTO.	142
III.- REQUISITOS DE UN UMBRAL HERMENÉUTICO.	146
1.- FLUJOS DE SENTIDO.	152
2.- PROYECCIÓN DEL COMPRENDER.	157
3.- POTENCIA MEDIADORA.	162
CAPITULO IV	167
ANÁLISIS DE RESULTADOS	167
APLICACIÓN DEL FILTRO DE ANÁLISIS COMPRENSIVO	168
I.- LAS CONDICIONES DE UN DIÁLOGO DISCURSIVO.	169
1.- LA INTERVENCIÓN COMO LUCHA DISCURSIVA. <i>CONSTRUCCIÓN DE MISIONES SOCIO-POLÍTICAS.</i>	173
2.- LA INTERVENCIÓN COMO DISPOSITIVO DE DE-CONSTRUCCIÓN A LAS DESIGNACIONES. <i>RE-APRENDER A NOMBRAR.</i>	181
3.- LA INTERVENCIÓN COMO TOMA DE PARTIDO, PARA TOMAR EN CUENTA. <i>DE DEMANDAS, RESPUESTAS Y OTRAS RECLAMACIONES.</i>	188
II.- CARACTERÍSTICAS DE UNA ONTOLOGÍA VACÍA.	195
1.- TRABAJO SOCIAL COMO GRAMÁTICA DE LA DIFERENCIA. <i>REINVENCIÓN COMO ACONTECIMIENTO.</i>	198

2.- TRABAJO SOCIAL COMO SIGNIFICANTE INTERSTICIAL. <i>HECHURAS EN LA POLÍTICA DEL VACÍO.</i>	204
3.- TRABAJO SOCIAL COMO LENGUAJE DE RESISTENCIA. <i>REARME POLÍTICO DE LO COTIDIANO.</i>	209
III.- REQUISITOS DE UN UMBRAL HERMENÉUTICO.	214
1.- EFICACIA SIMBÓLICA REPOSICIONADA. <i>DESAFÍOS DE COMPRESIÓN Y CONSTRUCCIÓN DE SUBJETIVIDADES.</i>	216
2.- REGISTROS ARTICULADORES. LO IDEOLÓGICO, LO ÉTICO, LO POLÍTICO.	222
3.- LA EXPERIENCIA DEL SABER. <i>PALABRA, VERDAD Y ACONTECIMIENTO.</i>	226
CAPITULO V	230
CONCLUSIONES	230
I.- EL POTENCIAL DE UNA HERMENÉUTICA VACÍA EN LA FORMACIÓN DE TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.	231
II.- CONTRAFIGURAS AL PERFORMATIVO DEL POTENCIAL HERMENEUTICO EN TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.	250
1.- SOBRE LA FIGURA HERMENÉUTICA DEL TRABAJO SOCIAL CONTEMPORANEO.	253
2.- SOBRE LA CONTRAFIGURA HERMENÉUTICA EN TRABAJO SOCIAL.	260
3.- SOBRE LA INFRA-FIGURA HERMENÉUTICA EN TRABAJO SOCIAL.	267
III.- EL POTENCIAL DE FIGURAS HERMENÉUTICAS EN LOS LENGUAJES DE LA INVESTIGACIÓN E INTERVENCIÓN DE TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.	273
BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA.	284
BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.	295
REVISTAS ESPECIALIZADAS	299
TESIS DOCTORALES	304
ANEXOS	305

Mis más sinceros agradecimientos a la Dra. Teresa Matus Sepúlveda, quien, con la generosidad simple de una maestra, me guio y acompañó en esta tarea académica; lo que me hace ratificar la admiración a su saber y a su calidad humana. Al Dr. Juan Ignacio Piovani, por su disposición y consejos de mejora a mi trabajo de investigación, tan propios de un hombre sabio. A la Dra. Margarita Rozas Pagaza y Equipo de Doctorado, por su dedicada labor y entrega a los compañeros doctorandos y, en particular, por ofrecerme un espacio enorme de apertura intelectual. En especial, a mis tres grandes amores, mi pareja, mi hijo, mi madre, por dar a mi vida sentido e impulsarme a una constante lucha por la felicidad.

Víctor R. Yáñez Pereira

RESUMEN

Entendiendo que Trabajo Social se traduce contemporáneo por sus matrices y enfoques, esta Tesis procura develar el potencial hermenéutico de la disciplina, tomando como foco de observación algunos de sus textos. Para esto, se construyó un filtro de análisis comprensivo que, basado en contenidos manifiestos y temáticos, permitió descifrar el desarrollo de dicho potencial, a través de sus condiciones, características y requisitos; apuntando a las figuras hermenéuticas presentes en los textos de estudio, seleccionados como evidencia empírica, bajo criterios generales y específicos dentro de un muestreo por conveniencia, en base a una metodología cualitativa. Los resultados dieron cuenta del lugar hermenéutico con que estos “documentos” ilustran proposiciones para situar opciones, cualidades y dimensiones de re-significación en torno a Trabajo Social, a saber: hermenéuticas críticas, deconstructivas y reflexivas, desde donde el autor de esta investigación proyecta principios de falta, falla y obstáculo para hacer emerger una hermenéutica vacía, que aporte a la formación, la intervención y la investigación disciplinar.

INTRODUCCIÓN

Esta Tesis doctoral se desarrolla asentada en el presupuesto de que la realidad se construye a través de textos, cuyos contenidos exigen a las personas, instituciones y disciplinas comprenderlos desde las proposiciones de base que fundan sus campos de argumentación. Esta es una cuestión no sólo epistemológica y metodológica, sino sobre todo política, que reclama del Trabajo Social contemporáneo una constante búsqueda de comprensión a problematizaciones, apuestas y respuestas, tanto realizadas como pendientes.

Por lo mismo, el presente trabajo enfatiza que la comprensión no es un acto espontáneo, ni cabalmente definitivo, sino una mediación que se va profundizando en nuestra relación con cualquier ámbito de realidad, visto como escenario de interpretación y explicación. Incluso el propio mundo, tal y como lo pensaban los medievales y renacentistas (BEUCHOT, M., 2013: 33). Ahora bien, aunque el texto es el objeto hermenéutico por excelencia, para nuestro caso el punto de partida a la comprensión son sus enunciados, o sea, la manifestación de su lenguaje, que opera como referente de sentido para ir hurgando en el significado de postulados más profundos. En esta perspectiva, se asume la escritura como plataforma de comprensión.

Para ello, nos acoplamos a una hermenéutica vacía cuyo carácter reflexivo, crítico y deconstructivo nos ayuda a traducir el potencial de figuras hermenéuticas, contenidas en documentos producidos por la disciplina. De este modo, nos ubicamos entre las expresiones lingüísticas que leemos en los discursos estudiados y los fenómenos del mundo a los que ellos aluden y narran. Así, nos cruzamos con las pretensiones de validez de sus componentes semántico-conceptuales, entendidos como constructos de conocimiento.

Esto, no sólo supone acceder a un patrimonio de saber acumulado, ni a un puro a posteriori de propuestas comunicables. Es, más bien, una búsqueda de apertura a nuestra capacidad de distinción que, si bien, separa un elemento de otro, no los desune, al “*preguntarnos por su significado*” (HEIDEGGER, M., 2003: 157).

Se enfatiza que develar el potencial hermenéutico en algunos textos de Trabajo Social, nos posibilita revisar la calidad de nuestra comprensión sobre lo social y cómo eso es transformado en conocimiento que ilustra nuevas trayectorias de saber entre generaciones, para volver a interpretar aquello que ha sido definido y creado, según variantes epocales entre *“formas simbólicas que en efecto son una configuración de los fenómenos y representan un centro organizador de la comprensión”* (GADAMER, H.G., 2002: 76).

Para tal cometido, el presente documento está organizado en cinco capítulos, de los que a continuación se presenta una breve sinopsis, a saber:

En el primero, se establecen las principales premisas de entrada a la cuestión, se define y problematiza el objeto de estudio, a través del cual se inicia la discusión que, desde lo general a lo particular, trata sobre el potencial hermenéutico del Trabajo Social contemporáneo, cuya tensión queda de manifiesto en la pregunta directriz y objetivos de investigación, destacando su relevancia y contextualización.

En los próximos capítulos se perfila la estrategia metodológica del trabajo, para luego construir la matriz teórica desde la que se sustenta un filtro de análisis comprensivo, como vector orientador de la interpretación y explicación al contenido de la materia de estudio. El mismo, representa una figura, un performativo constituido por ciertas dimensiones, cuya aplicación permite revelar el fundamento hermenéutico de diversos discursos, donde las palabras cambian o adquieren su peso, siempre, en asociación con el aspecto simbólico-ideológico que nos insta a comprender.

Los resultados derivados de la aplicación del filtro, profundizan en las opciones, cualidades y dimensiones que el potencial hermenéutico ofrece a la disciplina para comprender reflexiva y críticamente la realidad, de-construyendo objetos discursivos sobre la cuestión social, en la medida que instala y reinventa sus lógicas y propuestas contemporáneas. En las conclusiones, se proyecta una hermenéutica vacía que, orientada por los principios de falta, falla y obstáculo, aporta a los lenguajes de la formación, la investigación y la intervención en Trabajo Social, como significantes que merecen ser siempre revisados, discutidos y sometidos a un ejercicio político de aceptación o rechazo, en su circulación dialógica.

Cabe señalar que la Tesis ofrece una importante posibilidad para incidir en el campo epistemológico de la disciplina, contribuyendo a la discusión y al debate hermenéutico, incluso, de las ciencias sociales, en el marco de necesarias reactualizaciones al pensum y a las formaciones discursivas. A su vez, los resultados del estudio otorgan insumos de partida para el desarrollo de un programa de investigación que, desde el locus conceptual hermenéutico, articule el filtro de análisis comprensivo a un instrumental (en formato machine learning) construido para favorecer propuestas de transformación social, mediante la intervención, así como la innovación de esta última, en cuanto plataforma para el intercambio académico y la producción de conocimientos, a nivel nacional e internacional. Eso, avalado en el núcleo de investigación y desarrollo sobre Trabajo Social Contemporáneo, que el doctorando dirige en el Centro de Estudios y Gestión Social del Maule, dependiente de la Universidad Autónoma de Chile, mediante el que se abrirá un circuito de socios-colaboradores y una red de investigación/desarrollo.

Conjuntamente, se abren espacios de divulgación científica mediante publicaciones, textos especializados, organización y participación en eventos, donde se contempla el Congreso Internacional de Trabajo Social, que el investigador ha implementado por un período continuo de 16 años a la fecha. En el plano pedagógico, contribuye a innovar programas de estudio de pre-grado, en la carrera respectiva; mientras que en post-grado, enriquece la oferta formativa de Magíster, particularmente, la del programa de Trabajo Social con mención en Intervención Social, la Red de Colaboración Académica, el Circuito de Extensión y el Observatorio de Intervenciones Sociales, que responden a las actuales exigencias en materia de docencia, vinculación con el medio y producción de conocimiento de la disciplina, en la Universidad en comento.

Retomando las elocuencias de Alain Verjat (2012), esta Tesis doctoral se inspira en el retorno de Hermes, apostando por una hermenéutica vacía y profunda para el Trabajo Social contemporáneo, ya que las explicaciones que se sujetan al principio de la causalidad son tediosas en su pretensión de reducir el significado de las cosas a algo unitario, igual para todos. Eso, no alcanza en Trabajo Social, no es suficiente, pues, limita el acto político de crear interpretando, de ejercer la duda, de hacer hablar a una realidad que, permanentemente, nos inquieta.

En la comprensión se rescata el placer de la libertad de quienes interpretan. Por tanto, visitar los textos de la disciplina no es un ejercicio antojadizo, es una apuesta por vitalizar el *ethos* de su memoria, sus usos y respuestas a las exigencias de una profesión que no puede rendirse ante verdades totalitarias, impuestas por discursos hegemónicos. Su resistencia radica en la actualización de opciones y de formas diversas, a veces tenues otras más fuertes, para retomar la incansable tarea de promover los derechos propios de la condición humana.

Comprendemos más y mejor si nos abrimos a perspectivas que no se encierran en la inercia de los esencialismos, los formalismos y los dogmas que reproducen problemas y soluciones, sin detenerse en las esperanzas sobre un incierto devenir. Hermes regresa para ayudarnos a Trabajadores y Trabajadoras Sociales a reconstruir puentes, necesarios entre los intersticios, las brechas y los vacíos dejados por la cuestión social, como textos que acumulan desigualdad, injusticia y exclusión. La hermenéutica nos invita a rebasar los límites que imponen los dualismos. Nos permite un más hondo entendimiento, sobre aquellas situaciones concretas en que la disciplina articula historias y relatos, sobre deudas de la sociedad que es indispensable contribuir a cubrir.

CAPITULO I

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

I.- PREMISAS DE INVESTIGACIÓN.

Partiendo de la base que son sus matrices y enfoques aquello que define a la disciplina como contemporánea, la premisa central de esta Tesis plantea que: *al existir un enfoque hermenéutico en Trabajo Social contemporáneo, un relevante foco para observar su potencial son – entre otros- algunos de sus textos disciplinarios.*

Sin embargo, para poder descifrar ese potencial hermenéutico es necesario construir un filtro de análisis comprensivo que permita precisar sus condiciones, características y requisitos. Por tanto, la segunda premisa de investigación establece que: *este tipo de filtro se configura por tres dimensiones claves, a saber:*

- ✓ *Las condiciones de un diálogo discursivo.*
- ✓ *Las características de una ontología vacía.*
- ✓ *Los requisitos de un umbral hermenéutico.*

Entonces, como tercera premisa se señala que *ese filtro de análisis comprensivo puede iluminar el potencial de figuras hermenéuticas en el Trabajo Social contemporáneo.* Para esto, la Tesis usa seis “textos” disciplinarios como ejemplo o, si se nos permite, como “testeo de prueba”, pues su aporte es develar aquellas figuras inscritas en sus contenidos.

II.- PRESENTACIÓN DEL PROBLEMA DE INVESTIGACIÓN.

La importancia de las matrices y enfoques en Trabajo Social, como en cualquier disciplina que está en las ciencias sociales, radica en la fuerza de fundamentaciones que otorgan valor a diversos campos argumentativos (sean escritos o verbalizados). Entonces, hablar de matrices y enfoques nos lleva a pensar en cuestiones de lógicas y entendimientos, ya que los mismos corresponden a una posición, punto de vista o modo de ver para problematizar la realidad, con la intención de razonar , comprender e incidir en objetos (factuales o ideales) que les constituyen.

Toda matriz y enfoque se encuentra mediado por el desarrollo epocal del conocimiento, es decir, por la capacidad que demuestran para analizar y sintetizar, explicar e interpretar fenómenos, contextos y situaciones sociales, en torno a los que es posible investigar e intervenir la complejidad de sus relaciones y expresiones.

“Una disciplina cambia a medida que lo hacen sus enfoques y teorías; [por lo mismo, en un período] ciertos puntos de vista son abandonados y, en otro momento de la historia de la ciencia, pueden ser reelaborados o readmitidos [...]” (KLIMOVSKY, G., 1999: 48).

En este sentido, el Trabajo Social contemporáneo se ha ocupado de enriquecer enfoques, así como modalidades de registro analítico-sintéticos que, circulando entre sus lógicas o matrices, orientan su inserción, indagación y propuestas de abordaje a las cuestiones sociales y asuntos humanos allí imbricados. La disciplina releva la necesidad de una comprensión social que se desarrolle tras la disolución de los determinismos, la reivindicación de lo que se reconstruye a posteriori y el constante reposicionamiento del saber, a través de interrogantes que nos permiten volver a mirar y reinventar nuestros lenguajes y textos, nuestros discursos y proposiciones.

Pese a que Trabajo Social es una creación de la modernidad, el despliegue de su pensamiento y conocimiento no termina en el absolutismo de una razón ilustrada, más bien, se abre a la proliferación del lenguaje, la reflexión crítica y el entendimiento significativo, respecto de una realidad que reclama, irrita e inquieta no sólo mediante formaciones socio-históricas de saber sino, además, por configuraciones político-culturales provisorias. En este contexto, entre sus diversas matrices y enfoques, la mirada hermenéutica y sus figuras discursivas se instalan tras la premisa de que los fenómenos (como textos) nos hablan a lo largo del tiempo, haciéndonos parte de su particular actualidad, pero, a partir de la comprensión (*verstehen*) de su tradición, memoria e historia.

Recordemos que la hermenéutica no es una forma de conocimiento, es un modo de ser a través del que comprendemos lo social en contextos y tiempos dispares, a través de objetos asentados en lenguajes posibles de traducir al interior de “ [...] *historias narradas en el tiempo como proyectos existenciales*” (CONTRERAS, 2010: 156). De

esta manera, Trabajo Social se hace contemporáneo no sólo de este siglo, sino también de los textos y documentos de otros tiempos, pero, asumiendo que los objetos de discurso poseen una trayectoria y, por lo mismo, son permeados por sustratos epistemológicos, ideológicos, políticos y culturales presenten en diversos momentos históricos.

Entonces, si existe un enfoque hermenéutico en Trabajo Social contemporáneo que, a su vez, ostenta un potencial posible de ser explicitado en sus figuras discursivas, para develarlo es indispensable analizar aquello que se ha dicho y se está diciendo en algunos textos de la disciplina. Esto es posible al des-ocultar la gravidez que existe entre los enunciados semántico-conceptuales (vistos como referentes de observación) y las proposiciones fundamentales de sus textos (vistas como unidades mediadoras entre el sentido y significado de un contenido).

Estamos diciendo que en el mundo de esos textos se pueden aquilatar umbrales de comprensión que nos hagan acceder al potencial de figuras hermenéuticas movilizadas en su interior, iluminando posibilidades de distinguir y proyectar el lenguaje de la disciplina, no sólo hacia ámbitos habitados de trabajo sino, además, a focos innovadores. Eso, exige revisar las rutas o flujos de sentido que pueden darse entre las pretensiones discursivas de ciertos textos de Trabajo Social analizados y la situación hermenéutica desde la que se significa y se les ha dado significado a sus enunciados y argumentaciones, dejando a la vista su potencia mediadora.

Para eso, se torna indispensable construir un filtro de análisis comprensivo que sirva como vector de interpretación y explicación al contenido materia de estudio, compuesto por ciertas dimensiones cuya aplicación permite revelar el fundamento hermenéutico de diversas figuras discursivas, a través de las que las palabras cambian, afianzan o adquieren su peso, siempre, en asociación con el aspecto simbólico e ideológico que nos insta a comprender.

Así pues, estas figuras devienen menos en una cualidad o adjetivo del pensamiento que del discurso. No pueden verse como antítesis a lo real o verdadero, pues junto con ser un constructo son, a la vez, motor de sentido. Pone en escena el lenguaje, lo disponen

hacia la comprensión que, al configurarse en los surcos del texto, lo traduce en algo quebradizo y, por tanto, renovable en su discursividad.

En rigor, el filtro nos aproxima hacia aquello que rebasa la arquitectura del texto, pues es producido como un efecto de la comprensión. Basado en los criterios metodológicos de falta, falla y obstáculo, propuestos por Martín Heidegger (2014), aporta distinciones respecto a los presupuestos, premisas y apuestas, tanto explícitas como implícitas, en que se sostienen las figuras discursivas de sus contenidos y, por tanto, su potencial hermenéutico.

Tengamos en consideración que cada texto encierra eventos de discurso, cuya unidad está en la combinación de signos que aluden a algo y dimensiones simbólicas cuya eficiencia lingüística les permite, por una lado, representar la realidad y, por otro, transformarla. Por lo mismo, todo ejercicio de comprensión hermenéutica trae consigo, siempre, algo de suficiencia, de pérdida o de transmutación de significados, ya que lo transmitido no es perpetuo, puede ser llevado a rupturas explicativas, a través del “[...] *pensamiento débil de lo nuevo y de lo diverso*” (VATTIMO, G.: 1992: 181).

Allí emerge un potencial hermenéutico que no admite cerraduras ni cercenaduras, sino que se libera en el lenguaje del pensamiento y en el pensamiento del lenguaje. No se plasma como fundamentación teórica última, ni como fuente pasiva de conocimiento, al contrario, discurre como incitación, como cuestionamientos que irritan la comprensión. Nos aproxima hacia diferentes figuras discursivas que hemos de de-construir, descifrar, reinterpretar, situándolas en las coordenadas de un tiempo presente.

Este potencial evita la resignación a lo dado por supuesto, es más bien una rebelión, una resistencia y una lucha del sentido contra la certeza del saber y la previsibilidad del conocimiento. Nos insta a cultivar una mirada atenta y comprometida, aunque no inequívoca, con la memoria narrada y vertida en textos, donde lo que importa es mantenernos atentos, interesados e inquietos a sus lenguajes y sus diferencias, superando la tendencia a acomodarnos a ellos o, bien, procurar ajustarlos a nuestras pretensiones de verdad previas.

Sobre esa base, las figuras discursivas confrontan nuestra capacidad, evidente o no, para liberar sentido, al disponernos a comprender el contenido discursivo de un texto. Para ello, el texto ha de entenderse como escenario desde donde se forjan, se entretajan y se enredan cualidades enunciativas, campos de argumentación y fuerzas proposicionales, que pueden donarse a instancias de interpretación y explicación. Ellas, parten en una zona basal de pre-comprensión y, por progresivamente, se extienden hacia una comprensión menos ingenua y más profunda.

En términos simples, en este potencial de Trabajo Social se acuñan las posibilidades de estimular una actitud que nos llama a revelar “*algo*” oculto detrás de una apariencia o materia, es decir, que rebasa aquello que se muestra directo a la observación sensible. Se apuesta como esa plegaria a través de la que Salomón pide para sí el “*corazón comprensivo*”, en cuanto facultad de imaginar lo nuevo, pues nos allega a lo diferente y nos reconcilia con su realidad, como espacio único respecto del que siempre seremos extraños, pero, no necesariamente ajenos.

Como diría Heidegger (1998) el potencial hermenéutico nos encamina a estar en el mundo del texto, pudiendo ir a él una y otra vez, en tanto vocación de destruir nuestras categorías de entendimiento, esto es, hacerlas fructificar, buscar su reivindicación al reaprender de su elaboración intelectual previa, de su concepto, de su significado. Recordemos que el texto comporta contenidos nunca definitivos, posee una ontología vacía que emerge entre un mundo posible de comprender y otro mundo que es el del intérprete. Tales contenidos ostentan un carácter lingüístico que hace circular síntesis dialécticas porvisorias entre distintas formaciones discursivas.

De este modo, se abre un sentimiento de pertenencia respecto de aquello que es el mundo del texto, pues mientras más lo comprendemos más real lo hacemos para nosotros, lo que no supone negar nuestras incompatibilidades e incomodidades con su realidad y sus presupuestos. Es entender significativamente la carga que su lenguaje pone sobre nuestro sentido, sacando a la luz lo recóndito en él, lo que se encuentra en el lugar semántico-conceptual y, también, más allá de él, soltando un caudal de nuevas posibilidades de elocuencia e interlocución.

Nuestros textos no son superficies planas en las que, lucidamente, se describen y narran hechos acaecidos. Comprenderlos no implica deducir lo que existe en eso que ellos dicen. Entonces, el potencial hermenéutico nos saca de la resignación del hecho narrado como necesario e indestructible. Nos ayuda a captar la particularidad, juzgar lo peculiar y valorar lo decisivo en lo que el texto contiene, por tanto, pone como aporte a la elucidación.

Así pues, el potencial hermenéutico nos insta a buscar rutas para sortear la distancia histórica, cultural, filogénica y actitudinal que, imaginariamente, separa comprensión y lenguaje, o bien, intérprete y texto. Nos invita a una activa recomposición o reescenificación de cada texto, formando una esfera de reactualización a su realidad, mediante la experiencia de fusión, recíprocamente contingente, entre quien comprende y lo que comprende.

Para nuestro caso, este potencial nos inclinaría hacia lo que se expresa y se traduce desde y sobre un determinado constructo lingüístico, puesto en una particular relación de tiempo y espacio. El propósito es descifrar los nexos subrepticios entre objetos de discurso, que vamos asimilando a través de experiencias de saber sobre acervos de conocimiento disponible, para ser desmantelados y, por tanto, reinterpretados.

Al comprender, transformamos aquello que es inicialmente “extraño” en “algo para nosotros”. Desarrollamos un ejercicio hermenéutico que, a través del lenguaje, monta puentes por los que transitan variados registros de interpretación y principios explicativos. Incluso si nos remontamos a Schleiermacher (1768 – 1834), o, a Dilthey (1833 – 1911), podemos reconocer dos motivos básicos que definen esa dádiva a comprender: *el objeto tematizado* y *el lugar operacional de quien lo recibe*.

La naturaleza del objeto tematizado, es el motivo de reconocimiento que nos indica que no es el *en sí* del texto lo que observamos, sino el producto inicial del acto interpretativo y explicativo. Esto, no supone mero conocer, sino una valoración a la posibilidad de imaginar alternativas de encuentro significativo con ese mundo, que colisiona, perturba y adapta el sentido inicial de la comprensión. Por su parte, el registro operacional impulsa un espacio liminal de distinción por diferencia entre ambos mundos, estimulando una mutua integración, donde surge un esfuerzo dinámico por dar razones a

lo que se está significando y viceversa, pero, dejando ver las líneas de resistencia entre los lenguajes.

Allí se supera el saber común y la mirada genérica, logrando resignificar discursos de partida, a través del intercambio lingüístico con “[...] *signos que no son cosas, sino que valen por cosas*” (RICOEUR, P., 2009: 33). Tengamos presente que los textos reproducen patrones histórico-culturales y socio-políticos, que aportan insumos a nuestras visiones de mundo y logran su propia performatividad, al entrecruzar *referentes* (lo interpretado) e *ideas referidas* (la interpretación y explicación), dentro de una inspiradora situación hermenéutica.

Cada texto nos invita a revisitar lo que en ellos se ha planteado, lo que se está proponiendo o lo que se puede reestablecer a través de sus objetos de discurso. Nos permiten relevar el potencial de sus figuras discursivas para nombrar realidades e, incluso, para volver a nombrarlas. Por decirlo de algún modo, este potencial refleja fuerzas dialécticas entre la palabra expuesta (verbo exterior) y lo que se quiere llevar al lenguaje (verbo interior).

Nos dispone a volver comprensible cualquier texto, o, mejor dicho, llevar a la comprensión el valor simbólico de su condición de facticidad (HEIDEGGER, M., 2000; GADAMER, H.G.: 2002). Estimula a conseguir la interpretación de un lenguaje que se proyecta hacia la explicación, tensionando nuestro saber con un problema hermenéutico que estimula la capacidad para recibir y construir sentido, sobre múltiples objetos discursivos.

Eso, no supone una perspectiva lineal ni estructural, sino un camino de ida y regreso entre lo ya comprendido y lo que se espera comprender. Muestra una irregular correspondencia entre lenguaje, texto y contexto. De ahí que la antítesis al potencial de figuras hermenéuticas se manifiesta en lógicas analíticas y afirmativas, que actúan en pro de armar un “[...] *sistema de verdades sostenido en el canon de determinaciones universales* [...]” (FREGE, G., 1984: 12), normalizando el “cómo” se debe pensar deductiva o inductivamente, bajo reglas de prueba que sostienen respuestas definitorias, ante unidades de conocimiento verificables.

A la inversa, las figuras hermenéuticas se aproximan a contenidos históricamente situados, tomando a los textos como facticidad, esto es, como modos en que los discursos son colocados en el mundo. Entonces, el potencial hermenéutico de textos de Trabajo Social promovería una esfera de lenguaje que, según ciertas condiciones, características y requisitos, nos permiten comprender el sentido y los significados de las premisas en que se fundan sus diálogos discursivos.

Digamos acá que para acceder al sentido y significado de un texto, lo que hacemos es aproximarnos a lo que él ha querido o quiere postular, reconociendo que respecto de eso “[...] *nunca es <<posible>> decir todo cuanto es <<probable>> decir*” (GADAMER, H.G., 1998: 87). Por tanto, el potencial hermenéutico nos encamina a comprender, yendo más allá de lo que se establece como verdadero o real.

Tengamos presente que atravesamos lo evidente, lo tácitamente dicho, sólo cuando nos entregamos a una comprensión reflexiva, crítica y deconstructiva. Con esto aludimos a una hermenéutica vacía y, por consiguiente, profunda, en sus posibilidades de interpretar urdiendo a los opuestos e ir distinguiendo diversos puntos ciegos de una trama, procurando ir urdiéndolos.

En este contexto, por ejemplo, aquello que es y constituye el potencial hermenéutico de Trabajo Social puede avizorarse, en cierta medida y desde su propio lugar, tras la brillante asociación que Hannah Arendt (2010) realiza entre *voluntad* y *comprensión*, presentándolas como actividades humanas indispensables e inseparables, para enfrentar la historia política y espiritual del mundo contemporáneo. En su caso, dicho potencial despierta como definición de vida, cuando a los 14 años, en la biblioteca familiar, se pone de frente a la obra “Crítica de la Razón Pura” de Immanuel Kant (1781). Después de eso, en octubre de 1964 enfatiza: “*lo que quiero es comprender*”, mientras que en noviembre de 1972 destaca, en sus discusiones con amigos y colegas de Toronto, que *comprender es una necesidad*, su único y primer motivo intelectual.

Basados en dicha ilustración, destaquemos que al comprender nos involucramos con el saber para entenderlo significativamente, sin pretender resultados definitivos, ni totales. Es así como se impulsan flujos de sentido que, al mismo tiempo, gestan y recrean la comprensión, ya que el permanente despertar de nuestro potencial hermenéutico

estimula una reflexiva exploración de realidades. Eso nos arroja hacia la duda y la interrogación, en la búsqueda de distinciones críticas sobre lo que narrativamente se testimonia en ciertos ordenes de existencia y en cuyos intersticios pueden emanar crisis de sentido que reactualizan las proyecciones del comprender.

En este proceso, a nuestro modo de ver, dicho potencial viene a impulsar un itinerario complejo que ensambla tres momentos o andamios de base, para llegar a una comprensión profunda, a saber: la *simpatía*, que genera la fricción por atracción o rechazo entre lenguaje y texto; la *empatía*, que pone en correlato el reconocimiento de sus diferencias; y el *entendimiento*, que se genera como un discernimiento intelectual sobre figuras discursivas que podemos explicar e interpretar.

Entonces, pese a que una parte de este potencial la empleamos a diario, en forma de una práctica cotidiana que aporta tanto a experimentar y percibir el mundo como a decidir, actuar y relacionarnos con lo otro y los otros de ese mundo, ello supone sólo rastros o pistas simplificadas de comprensión preliminar, más no, necesariamente, saber utilizar su hermenéutica. El hecho de contar con este potencial no es condición *sine qua non* para que Trabajadores y Trabajadoras Sociales lo realicen y reactualicen como praxis, es decir, como acción y discurso consciente e intencionado. Su conquista supone un auténtico reto, pues, el mismo no se desarrolla sin debidas mediaciones que posibilitan convertirlo en “*historia efectual*” (GADAMER, H. G., 2002: 554); en una concepción diferente a la de la hermenéutica romántica que inspiró las ciencias del espíritu.

En concomitancia, aprender a verlo, identificarlo y/o diferenciarlo implica la permanente búsqueda de reconciliación con una actitud y voluntad política de destrucción y constante superación tanto a los presupuestos como a las predeterminantes discursivas de nuestro conocimiento. Esto pues, aun cuando la comprensión requiere del conocimiento no, necesariamente, surge de él. No se trata de una mirada pauteada, rectilínea u ordinal, sino, como a su manera lo diría Walter Benjamin (2014), de una excavación desde las ruinas, desde lo que ha quedado puesto al presente para una indagación preocupada y ocupada de hallar lo que falta, superar lo que falla y romper lo que obstaculiza el entendimiento.

En rigor, comprender reclama una reflexión profunda y de-constructiva, que pone en alegato crítico el lenguaje de los Trabajadores y Trabajadoras Sociales (vistos como intérpretes) con la trama argumentativa y la fuerza proposicional de un texto cualquiera, que busquemos interpretar y explicar, siempre, afectados por el contexto socio-histórico donde esa situación hermenéutica acontece y se realiza. En el texto no sólo se encuentran planteos ya depositados, se movilizan también insinuaciones que no son explicitadas, pero, desde las que podemos hacer emerger nuevas cualidades enunciativas, una vez que conseguimos descifrar sus premisas de base, cada vez que las trabajemos como problema hermenéutico.

El proceso de comprensión rebasa la pura lectura de un texto, no resiste la mirada fácil o inmediata, tampoco es mera subjetividad. Sus pretensiones de validez involucran una serie de registros simbólicos, ideológicos, teóricos y éticos en los que la interpretación y la explicación se inscriben, se contrastan y se refuerzan. Es la disputa entre formas de ver, tematizar y problematizar algo, lo que exige usar el lenguaje dentro de una malla discursiva que, a la vez, posee un carácter generativo.

Hablamos de un problema en ruta, que se gesta en el curso de significaciones razonadas, desplegando el ejercicio político de formular nuevos cuestionamientos y proposiciones provisorias. La hermenéutica nos llama a no dar por supuesto que la ficción supera, per se, a la realidad, eso lo demuestran los diarios atropellos a los derechos humanos, que es muy largo enumerar en este apartado. Por lo mismo, la comprensión hermenéutica imbrica mediaciones y quebraduras entre el conocimiento a disposición y el aprendizaje en acto.

Así pues, en una entrevista en oficina, en una visita domiciliaria, en una mesa de trabajo, en una reunión con organizaciones vecinales, en una investigación interdisciplinaria, en una sesión de análisis de “casos”, por citar algunas posibilidades, los y las profesionales han de poner en juego la comprensión, al momento que una red de afirmaciones, como códigos de base, alientan la necesidad de des-mistificar, des-naturalizar o des-normalizar hechos que se van imponiendo por palabras. Eso puede ejemplificarse al momento que ponemos entre paréntesis categorías estandarizadas por políticas públicas, con que se programa la observación de cualidades o motivos de

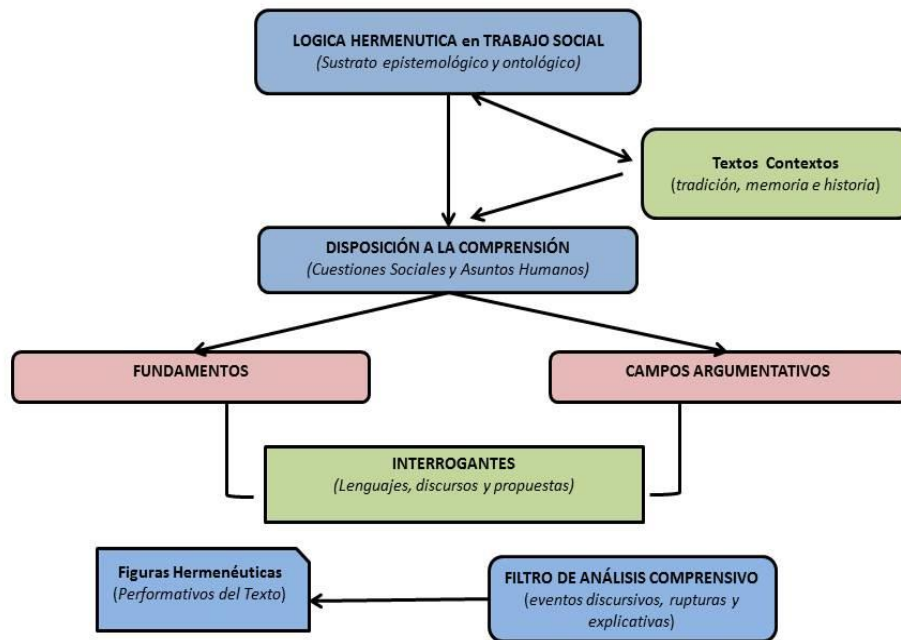
acción de diversos agentes sociales, así como intervenciones sobre sus *modus vivendi* que, por esencia, son imposibles de unificar u homogeneizar.

Lo anterior es posible, pues las configuraciones lingüísticas interrelacionan conceptos y concepciones que forman el saber, en tanto son producciones discursivas que nos permiten dar significado y, por lo tanto, generar interpelaciones a la garantía semántica de cualquier texto. Allí se abre un universo simbólico e ideológico a la comprensión, que se modifica según la distribución de las trayectorias de acción interpretativa y la transmisión de principios explicativos, desplegados hacia la re-traducción u objetivación de una cierta realidad a mano. No es lo mismo comprender el relato de una persona mayor, que las definiciones fundamentales de programas sociales de envejecimiento o los requisitos operativos que definen a los beneficiarios de proyectos municipales para adultos mayores; aunque entre ellos corra un punto en común y es que todos o cada uno deberían ser interpretados en términos de sus vacíos.

Por lo tanto, insistimos en que deslizarnos hacia el potencial de figuras hermenéuticas inscritas en los discursos de Trabajo Social, nos exige poner en juego la cuestión de una condición epocal, sobre la interlocución de ideas vertidas en el seno de un conocimiento que no es, únicamente, presente. Constituye una expresión de la memoria, en la medida que “[...] *toda legitimación o deslegitimación de sus opciones sólo puede darse en el horizonte de una apertura previa, no transcendental sino heredada con insuficiencias*” (VATTIMO, G., 1995: 51).

En consecuencia, nuestro esfuerzo por nombrar lo real, por utilizar el lenguaje y sus matices es, también, una búsqueda de comprensión sobre aquello que ilustra y demarca la relación de Trabajadores y Trabajadoras Sociales con los fundamentos “débiles” - relativos y no cerrados- de su memoria histórica, en la historia de la sociedad. Aquí, nos referimos tanto a la producción académica escrita como, además, a las investigaciones, expedientes, fichas sociales, actas de reuniones, bitácoras y agendas de intervención, informes sociales, reportes de coloquios, seminarios, síntesis de encuentros profesionales, etc., que pueden y deben ser puestos en diferentes contextos de interpretación y explicación, según los problemas hermenéuticos en que los convirtamos en objetos de comprensión.

DIAGRAMA N°1: *Potencial Hermenéutico en Trabajo Social Contemporáneo.*



Fuente: Elaboración Propia.

III.- ESTADO DE LA CUESTIÓN.

Aún cuando el estado de situación sobre el desarrollo de la investigación en el área de la hermenéutica no sólo corre por la filosofía y la teología, sino además por la matemática, la informática, la cibernética, la administración o algunas vertientes de la ingeniería, en este estudio, junto a las dos primeras, nos detendremos en las humanidades y sobre todo en las ciencias sociales donde, entre otros, se encuentran algunos interesantes avances en el campo disciplinar del Trabajo Social. En esas áreas, se espera aportar un panorama general respecto de las contribuciones e innovaciones en la utilización del enfoque hermenéutico destacando que, el mismo, en los últimos años ha sido sacado de posiciones puramente academicistas, poniéndolo al servicio de problematizaciones sobre fenómenos, temas o materias vigentes y de interés socio-político-cultural.

Sobre todo en las últimas décadas, los seguidores de modelos de hermenéutica contemporánea se apegan al presupuesto de que la producción de conocimiento se realiza basada en objetos móviles y cargados de significatividad, tal como lo muestran algunas tesis doctorales y estudios de especialización, más apegados a respuestas sociales efectivas, como se ve en los trabajos de PARKER, M., 1985; LOPEZ, J., 2005; MARTINEZ, M., 2002; MIRANDA, G., 2006; KELER, R., 2010; BENTOLILA, H., 2000, por señalar algunos ejemplos. Incluso, el escenario del pensamiento filosófico y teológico enfrenta una crisis de fundamentación, traducida en la dificultad para salir de afirmaciones cerradas sobre la verdad y la racionalidad, buscando colocar sus explicaciones en el horizonte histórico y cultural de los tiempos que corren, para abrir nuevas posibilidades ontológicas en la fundamentación de la crítica y la ética (KAULINO, A: 2007: 72).

Bajo esa mirada, académicos investigadores de la Pontificia Universidad Católica de Chile, preferentemente basados en el pensamiento de Heidegger, Gadamer y Ricoeur, reconocen el secreto acuerdo entre hermenéutica y crítica, como movimiento reconciliador de un proyecto filosófico contemporáneo, respecto del que subrayan la distinción y la mutua referencia entre los procesos de explicación científica y de comprensión profunda, para relevar nuevas evaluaciones exegéticas sobre la vida, la historia, la memoria, el conocimiento, la sabiduría, etc. (SILVA, E., 2005; DE LA MAZA, L. 2005; VIGO, A. 2005; MANCILLA, S., 2006; SILVA, S., 2012, MANCILLA, M., 2013).

Siempre en la filosofía, las propuestas del colombiano Hernando Barrios (2015), pretenden superar el divorcio entre las actitudes de comprensión, explicación y aplicación del texto, reformulando el análisis narrativo tras un diálogo entre texto-narrador-lector, para revisar el contexto de las racionalidades propias de la literatura, la comunicación y la filosofía del lenguaje (BARRIOS, H., 2015: 222). Bajo esta misma línea, en la investigación doctoral de Héctor Bentolila (2011) en la Universidad de Tucumán – Argentina, se aborda la conflictiva relación entre conocimiento científico e interpretación, poniendo hincapié en la “estructura hermenéutica de la exégesis”, que “... abre el camino para una comprensión más profunda de la complejidad del mundo actual” (BENTOLILA, H., 2011: 301). Mientras que desde un prisma anglosajón, Jean-Lois Ska (2002), recalca que la exégesis demanda acudir a la “nueva crítica”, para

liberar el texto de toda influencia externa. Las conclusiones de sus estudios muestran que el texto posee la autonomía de una obra de arte y, por eso, su trasfondo no es sólo histórico sino, también, lingüístico (SKA, J., 1992: 51).

Por el lado de las humanidades y pedagogías, en Argentina, Chile, Colombia y Venezuela, encontramos los productos generados por ARRÁEZ, M., CALLES, J. & MORENO, L. (2006); NIEVES, F., RÍOS, M. & RUEDAS, M. (2009); GONZÁLEZ, E. (2011); AVILA, R. (2012); CATAGGIO, L. (2012), que buscan presentar a la hermenéutica, más bien, como una actitud interpretativa posicionada entre pensamiento y signo, capaz de generar una comprensión reflexiva sobre las formulaciones discursivas en los saberes de la educación, las letras y la historia, concebidos como sistemas de significación y creación de tradiciones y textos. Lo fundamental de estas investigaciones es dejar a la luz el impacto de las actividades hermenéuticas en el progresivo distanciamiento y autovaloración que hacen las ciencias humanas respecto de los positivismo. Enfatizan en una capacidad reflexiva que les permite considerar sus teorías y praxis como textos idóneos para un auto-examen instalado en el proceso de comprender, que destaca por la versatilidad en sus ámbitos de aplicación (historia, arte, pedagogías, lenguaje).

Desde el lugar de la pedagogía el Dr. Miguel Martínez (2006) en la Universidad Simón Bolívar de Caracas – Venezuela, empleando el análisis de discursos rescatados de crónicas, informes, memorias e investigaciones, expone la importancia de conocer el proceso hermenéutico de nuestra mente en cualquier esfuerzo de investigación, pues eso implica “[...] *utilizar textos orales o escritos, analizando conductas o estudiando signos de cualquier índole que expresan la vida*” (MARTINEZ, M., 2002: 102). Por su lado, Guillermo Miranda (2006), en Costa Rica, con ocasión de su tesis doctoral en Cs. de la Educación en la Universidad Nacional, realiza un análisis de hermenéutica crítica aplicada a políticas del campo educacional, cuyos resultados muestran que tras formas sociales o textos históricamente heredados existen supuestos y principios que definen la tensión entre las formaciones discursivas de mundos cotidianos, instituciones y sistemas sociales (cultura, política y economía).

En el espectro de las Ciencias Sociales el acento se pone en el estudio, la reflexión y la discusión sobre los paradigmas más utilizados en la tarea de investigar, buscando entender el por qué y cómo se problematizan fenómenos cada vez más complejos. Para eso, se asume la condición ontológica de la hermenéutica en el marco científico, pero, destacando las implicancias del lenguaje, el discurso y la comprensión de todo conocimiento, de manera de poner entre paréntesis “[...] *las pretensiones de universalización del método positivista en coordenadas más cercanas a la producción de un saber intersubjetivo*” (LARRIQUE, D., 2008: 328).

Desde esta mirada, las propuestas de Rubén Prado (2003) e Irene Vassilachis (2009), en Argentina y Perú, respectivamente, emplean la investigación cualitativa para abordar el desafío de estas ciencias, yendo del naturalismo a la hermenéutica, para seguir la pista de sus perspectivas epistémicas y metodológicas. En sus conclusiones, aseveran que pensar en el desarrollo de la “ciencias sociales”, “ciencias del espíritu”, “ciencias humanas” o hasta incluso “ciencias morales”, implica volver a las manifestaciones o malentendidos polisémicos que permiten relatar sus paradojas, contradicciones y encrucijadas. Ponen en ruptura la llama Epistemología del Sujeto Cognoscente con la Epistemología del Sujeto conocido, transitando hacia una construcción más cooperativa del conocimiento en las ciencias sociales (PARDO, R., 2003: 14).

Algunos estudios como los de Luis Gama (2009) en la Universidad Nacional de Colombia o Diego Larriqué (2008) en la Universidad Central de Venezuela, basados en el análisis documentado, revisión textual y análisis de discursos, señalan que la hermenéutica es, con frecuencia, asimilada a un método particular de investigación de las ciencias sociales, desconociendo sus desarrollos modernos. Generalmente, ella deviene en un enfoque marcadamente procedimental, que deja de lado muchas de sus implicaciones éticas y políticas, sobre las que resulta provechoso entender la comprensión como proceso de fusión de horizontes y para lo que es necesario “[...] *asimilar dicha noción, proveniente de la hermenéutica de Hans-Georg Gadamer, expuesta, analizada y dimensionada desde una perspectiva latinoamericana*” (GAMA, L., 2009: 127).

Más en el área de la antropología española, a través de una experiencia y propuesta etnográfica, el profesor investigador Juan Cristóbal López (2005) de la Universidad de Nueva León, emplea la hermenéutica como una disciplina que le posibilita comprender actos de habla, escrituras y acciones, reconstruyéndolas desde sus propios contextos cotidianos, históricos y culturales. Propone y emplea un método de configuración y de-configuración sustentado en la descripción densa de Clifford Geertz, para ir interpretando cada uno de los lenguajes en un margen de análisis político, arqueológico, socio-espacial y visual, asumiendo que este enfoque no puede:

“[...] Seguir asumiéndose como parte de una actitud fundamental de la filosofía y las ciencias humanas, ya que se ha erigido como una teoría y práctica de la comprensión que encuentra en lo simbólico de cualquier texto el “chaman” o mediación de sentido para todas las ciencias, incluidas las sociales” (LOPEZ, J., 2005: 291).

De otro lado, la sociología alemana, mediante el programa de investigación para el análisis de relaciones sociales y políticas del conocimiento, llevado a cabo en la Universidad de Augsburgo, por el Dr. Reiner Keller (2010), invita a discutir cuestiones hermenéuticas basadas en el análisis de discurso propuesto por la sociología del conocimiento (ADSC). Con ello se busca rebasar enfoques puramente lingüísticos, profundizando en el análisis de saberes mediante la comprensión de sus "luchas discursivas" (KELLER, R. 2010: 189). Se esboza una perspectiva de ciencias sociales aplicable, también, a ciencias de la educación e historia, ciencias políticas, ciencias de la religión, lingüística, criminología, trasladando conceptos de la hermenéutica crítica hacia el socio-constructivismo y combinándoles con instrumentos desarrollados en las tradiciones analítica e interpretativa de la investigación.

En el sitio de la psicología, investigadores de Argentina, Colombia, Chile y México, promueven la necesidad de la comprensión para afianzar una hermenéutica analítica. Se pone a la psicología en los múltiples debates sobre la conciencia humana como espíritu abierto, que exige apropiarse de aspectos metodológicos emergentes, posibles de encontrar en una hermenéutica cuyo hilo conductor arranque de la lógica interna de la subjetivación. Al respecto, Luis Álvarez Colín (2001), académico de la Universidad Nacional de México, efectúa aproximaciones a la hermenéutica simbólico-analógica, como fundamento de una psicología histórico-crítica, con el objetivo de desarrollar las

dimensiones clave para el análisis de las subjetividades, en el panorama de las actuales configuraciones del sujeto, que requieren de un tratamiento más cuidadoso, depurado y hondo que el ofrecido por los métodos positivistas y racionalistas a sus objetos.

En Colombia, Oscar López Ramírez (2004), investigador Asociado en la Universidad Nacional, trabaja la hermenéutica psicoanalítica como una forma de repensar las modalidades en que nos “*movemos en el horizonte de la temporalidad y en cambiantes escenarios multifactoriales, entre vicisitudes que la posmodernidad ha traído al narcisismo irracionalista, en pos de un sujeto capaz de comprender, hablar, narrar y actuar*” (46). Por su parte, Ximena Zabala (2007) de la Universidad Cardenal Silva Henríquez - Chile, asentada en la premisa de simplificar la metapsicología, asume las exigencias de transformación impostadas al psicoanálisis tomando la lectura de Paul Ricoeur, quien la vislumbra como una apuesta tendiente a la auto-comprensión, reconociendo en la teoría freudiana aspectos insuficientes para concebir una proyección del sujeto más allá de sus determinaciones simbólicas regresivas. La investigadora, arrojada a un estudio de la sexualidad, ofrece conclusiones que imprimen un valor teleológico a la arqueología freudiana, replanteando el sentido de la interpretación y de la clínica.

De otro lado, Maximiliano Azcona y Héctor Lahitte (2014), ambos doctores de la Universidad Nacional de la Planta, Argentina, sitúan una lectura del método de Freud en la tradición hermenéutica. Sus trabajos abordan críticamente los argumentos fundamentales de un sector de teorizaciones y prácticas psicoanalíticas, para reenfocar algunos problemas metodológicos de su investigación y práctica, tales como la conceptualización y formalización de la acción causal, la validación de las conjeturas (metapsicológicas y clínicas) y el lugar de las formalizaciones teóricas en la clínica. Para eso, analizan perspectivas y métodos que se distancian de la propuesta original de Freud y, además, los supuestos y principios epistémicos que han orientado (explícita e implícitamente) a tales posiciones.

En la Universidad de Navarra, España, Roberto, Brie (2000) desarrolla su tesis doctoral y posterior investigación colocado en la problemática diltheyana, planteando una propuesta hermenéutica de psicología comprensiva. Se pregunta sobre la experiencia interna e inmediata de la vida, a partir de la significación de las vivencias, articulando

principios de fundamentación acuñados en las Ciencias del Espíritu, en concurrencia con las expresiones de crisis de nuestra época. Mientras que desde la Universidad de Comillas en Madrid, Secundino Castro (2008), apuesta por una psicología profunda, siguiendo los rastros dejados por hermenéuticas metódicas, prestando atención a una interpretación puesta a prueba en el marco de las patologías dejadas por la modernidad.

Martín Packer (2010), académico e investigador de la Universidad de California en Berkeley, pone en juego su interés interpretativo en el estudio de la conducta humana, para lo que revisa las fortalezas y debilidades de los principales paradigmas de explicación en psicología, en contraste con los aportes del trabajo hermenéutico de Martin Heidegger. Efectúa una comparación con el racionalismo (cognitivismo y estructuralismo) y el empirismo (experimentalismo y conductismo), en términos de *“la visión que tienen de la forma y el origen del conocimiento, de las nociones del objeto de estudio, y del tipo de proposiciones que impulsa cada uno, en términos de los tres modos de compromiso diferenciados por Heidegger: se halla a la mano, no se halla a la mano, y el estar ahí”* (17), centrándose en la cuestión empírica de los conflictos morales, como modelo de prueba y consistencia en su investigación.

Ahora bien, dentro de las ciencias sociales, pero, específicamente en la disciplina de Trabajo Social, a contar de los años 90', se ha ido fincando un espacio de reflexión que ha llevado en entender que su campo del conocimiento técnico-científico debe ir dando paso a la significatividad de los datos, las estadísticas y las palabras, pues todas ellas son manifestaciones del lenguaje y, por lo tanto, zonas para la comprensión, según lo proponen estudios realizados por DAZA, M. (2003), CISNEROS, C. 2006), LABRA, O. (2010), MUÑOZ, N. &VARGAS, P. (2013).

En el Trabajo Social Norteamericano, los aportes de DENNIS GREENWOOD (2005), DEL LOWENTHAL (2009), SUSAN BLANCO (2013), en la Universidad de Manchester, articulando la reflexividad hermenéutica a las prácticas de la disciplina, relevan la búsqueda de creación de sentido en las intervenciones para enfrentar sus desarrollos críticos, contra la más amplia tendencia a trabajar epistemologías realistas. Lowenthal (2009) enfatiza en que *“un mejoramiento en la formación profesional requiere explorar las diferencias entre enfoques normativos y pluralistas”* (182), poniendo en revisión la posición absoluta de procesos orientados a validaciones en

términos empíricos y estadístico. Acá, *“la hermenéutica ostenta un valor educativo tácito, necesario de aprovechar en términos efectivos”* (BLANCO, S., 2013: 742). Se alude a una práctica responsable, que ponga ahínco en la importancia de la intersubjetividad y la comunicación en la esfera humana y social, re-contextualizando la historia de la profesión en términos de desafíos.

Conjuntamente, Trabajadores Sociales de universidades argentinas, colombianas, chilenas, españolas y mexicanas, desarrollan una oferta de investigación dispuesta a resituar perspectivas y análisis sobre la condición contemporánea de la disciplina y el lugar que ocupa la hermenéutica como enfoque que redefine el sentido de su praxis, revalorando el lugar de los sujetos y revisitando los modelos mentales con que los profesionales racionalizan la acción e intervención social. Así mismo, encontramos los aportes de Carmen Flores y Gudelia Martínez (2006), quienes aluden a que en tiempos de globalización Trabajo Social ha de consolidar sus referentes, como expresión onto-epistemológica, teórico-metodológica y socio-política que supone reinterpretar sus principios filosóficos, *“[...] estableciendo un diálogo de saberes con las ciencias sociales para densificar sus propuestas ante el ejercicio de los derechos sociales, civiles y humanos”* (FLORES, C., & MARTINEZ, G., 2006: 250).

DUQUE, A. (2007); CONTRERA, V. (2010); CORDERO, N. (2011) y RUBILAR, G., (2013), cada cual a su estilo, procuran aproximarse a ciertos presupuestos epistemológicos que actualmente ofrece la hermenéutica a la disciplina, tanto para la intervención como para la comprensión social, ambas indivisibles. Esquematizan nuevos rumbos en la práctica profesional, quebrantando la concepción de un modelo hegemónico único y universal para conocer y actuar. Posicionados desde lógicas comprensivas y métodos cualitativo-discursivos, destacan que legitimar los fundamentos en el Trabajo Social contemporáneo exige ubicarlo en el sitio de una ética pública, presente en los discursos y acciones que enlazan a los profesionales con otros agentes socio-políticos. Para ello, Cordero (2011: 83) indaga en memorias, historias de vida y relatos de algunas pioneras en Sevilla, tras la aplicación de una hermenéutica crítica y una metodología orientada por el análisis de discursos, que le ayudan a descubrir los motivos y valores que influyeron en el reconocimiento colectivo y la identidad de la profesión; pero, además, las ideologías del respeto y reconocimiento a los sujetos con que se relaciona, según ciertos escenarios, condiciones e institucionalidades.

Además, en el marco de posturas hermenéuticas críticas y de la alteridad, que hacen evidente el asunto de los paradigmas y las representaciones sobre los discursos y acciones de los Trabajadores Sociales, se toma como objeto de indagación la praxis profesional, a partir del problema de la formación, la situación de la crisis de los modelos de intervención y las imágenes de la otredad. Cuestionando prácticas meramente operativas y sincréticas aún prevalentes, Duque (2007: 80) entra en el develamiento a la existencia de tres estilos profesionales: el técnico, el tecnológico y el disciplinar.

Por otra parte, y en medio de esa tirantez, un esfuerzo académico de investigación chilena, entregado a la hermenéutica, configura la alteridad como enfoque de intervención social, que rescata y pone en relieve las experiencias de encuentro o desencuentro de los profesionales con “otros”, construidas desde el rescate del lenguaje natural y las vivencias de cada uno de los entrevistados, mediante los que se formula:

“[...] La invitación explícita a practicar y aproximarse reflexivamente a los recuerdos, memorias e impresiones de las vinculaciones que han desarrollado aquellos con quienes se encuentran [los Trabajadores y Trabajadoras Sociales]” (RUBILAR, G., 2013: 221).

Antes, siguiendo también la línea hermenéutica, Rubilar (2009) se había ocupado de estudiar cómo hacen investigación los Trabajadores Sociales chilenos (entre 1995 a 2005). Para eso apunta, desde un método biográfico interpretativo, a las experiencias en este quehacer que, históricamente, ha complementado y enriquecido el desarrollo de la disciplina.

En este contexto y atendiendo, especialmente, al despliegue del enfoque hermenéutico en el Trabajo Social de la región latinoamericana, podemos avizorar que las implicancias de nuestra tesis vienen dadas en los desafíos epistemológicos y políticos, que comporta develar el potencial de figuras discursivas con que la disciplina deja correr campos de argumentación sobre los modos de comprender e intervenir lo social. Allí, radica un escenario de reconocimiento a su legitimidad, tras la revisitación al desarrollo de su saber, sus objetos discursivos y las categorías con que nombra e incide en los fenómenos contemporáneos.

Es un esfuerzo por resituar algunos planteamientos y fundamentaciones de Trabajo Social, dentro del multiverso de las ciencias sociales, mediando entre aquello que está dado en la existencia de ciertos textos y los intersticios desde donde podemos abrir interrogaciones sobre los registros simbólicos, ideológicos, teóricos y éticos lo dicho. Esto, implica hurgar en los diversos lugares semántico-conceptuales de las formaciones discursivas, concebidas como punto de entrada al problema hermenéutico de “[...] *la relación esencial del ser con el contenido* [...]” (GADAMER, H.G., 1998: 75).

Tal exploración exige poner algunos textos de Trabajo Social en el contexto socio-político actual, para analizar las regularidades e irregularidades con que son producidas directrices narrativas sobre la profesión consigo misma, así como con su articulación a la cuestión social y las demandas de esta época. Lo mismo, conlleva comprender lógicas, tipos de conocimiento generado y aportes efectivos realizados, identificando elementos comunes y diferenciadores en sus repertorios y focos de interés, desde donde se abren desafíos y tensiones para la formación, la investigación y la intervención

IV.- CONTEXTUALIZACIÓN GENERAL DE LA INVESTIGACIÓN.

Atendiendo a la posición que actualmente ocupa la hermenéutica en el plano del saber y del conocimiento, es menester establecer que la misma contribuye a la renovación del patrimonio y fundamento histórico-cultural de las relaciones que forjan y sostienen la sociedad. Recupera voces discursivas, conjugándolas más allá del tiempo y el espacio, por el acto político de la comprensión.

Se ocupa de problematizar el sentido del lenguaje. “[...] *Se trata de un juego: juego de imitación y de intercambio [de un] destello súbito de sentidos*” (GADAMER, H.G, 2002: 13). Enriquece el entendimiento de los fenómenos al cualificarlos, es decir, al sacarlos de un estado de hecho, para traducirlos en objetos discursivos, una vez que se descifran sus modos de circulación y sus nudos de enlace con ámbitos de realidad no inmediatos.

Por lo mismo, cuando la hermenéutica es asemejada a un método particular de investigación en las ciencias sociales se desconoce, por una lado, su desarrollo histórico, pero, por otro, se restringe su alcance a usos meramente procedimentales. En consecuencia, se deja de lado su razón filosófica, así como sus implicaciones ético-políticas fundamentales.

Sin embargo, a lo largo de su desarrollo se ha procurado establecer su estatuto ontológico y, conjuntamente, su autonomía epistemológica. Eso parte, en la distinción que procura incorporar Dilthey entre las disciplinas de las ciencias naturales y las denominadas ciencias del espíritu, que se define en la “[...] *modalidad singular, irreplicable e individual de aproximarse al entendimiento de los fenómenos*” (OSORIO, J., 2001: 24).

La hermenéutica de Dilthey, conecta la filosofía a disciplinas históricas, contrastando los postulados de hermenéuticas teológicas, profanas y jurídicas, instaladas desde el renacimiento. Nace como crítica, no naturalista, a las concepciones positivistas y empiristas de la ciencia. Su finalidad no sería la construcción de teorías y el descubrimiento de leyes generales, sino la interpretación que rescata el significado original de una “experiencia interna” del autor.

Espera que la hermenéutica responda a la pregunta por el conocimiento científico de lo individual, es decir, a reglas de validez general para asegurar la comprensión de la contingencia subjetiva, como perspectiva que habría que situar en la base de la conciencia histórica y de la historicidad del hombre. Aun así, hemos de advertir que el propio Dilthey, siguiendo las rutas trazadas por Galileo, Descartes y Newton, tuvo el afán de otorgar a estas ciencias un status equivalente a las de la naturaleza; pero, sin buscar su homogenización.

Con posterioridad a las propuestas de Schleiermacher (1833), que colocó las bases de una hermenéutica sistemática y universal, en tanto arte general del entender, Dilthey planteó que su función era describir los signos humanos (directos o indirectos), a través del esfuerzo del intérprete por trasladarse hacia una vivencia psíquica extraña. Comprender una acción social implica una transposición del intérprete al mundo de vida de su autor, rescatando el sentido original de la experiencia humana. O sea, se reconoce

algo interior en los signos externos donados a los sentidos, con miras a reconstruir ese mundo.

Tras su crítica a la kantiana separación entre razón, sentimiento y voluntad, asume una mirada psicologista, puesta en la experiencia interior que llamaba hechos de la conciencia, sobre los que la reflexión podrá fundamentar su objetividad. Sostuvo, hacia 1900, que la hermenéutica debía dotarse de reglas generales de interpretación, como base de la investigación en las ciencias del espíritu. Estableció como indispensable que la comprensión propendiera a generar un conocimiento coherente, organizado y estable, esto es, un saber con carácter de intelección (DILTHEY, W., 1980).

Ahora bien, el espíritu de la ciencia moderna, desde la ilustración, constriñe el espacio de las significaciones particularizadas. Unifica la realidad (natural y social), a través de relaciones causales y finalistas impuestas por una racionalidad instrumental, cuyo sentido pragmático se asienta en el modelo “naturalista – empirista”, afianzado en la filosofía práctica de Aristóteles (PARDO, H., 2003: 8).

Sobre dicha base, la propia historia de las “ciencias sociales”, desde la revolución de finales del siglo XVII y comienzos del XVIII, ha llevado consigo, y aún mantiene vigente, una pugna centrada en la dualidad entre lo que se ha llamado dos paradigmas de investigación, pero, que en realidad representan actitudes que nos orientan hacia modalidades específicas, y no excluyentes, de entendimiento, a saber: *la explicativa y la interpretativa*.

Mas, esa lucha es sólo aparente, en la medida que ambas actitudes enfrentan momentos relativos al propio proceso de comprensión. Asumen una sutil dialéctica que obliga a transitar de la interpretación a la explicación y viceversa, para complejizar nuestras “*formas de aproximación y distanciamiento al mundo*”, según lo propuso Ricoeur (2008 [2]:81-83).

La controversia entre explicar e interpretar refleja nuestro modo de pensar, conceptuar y aludir a las cosas mismas. Eso, conlleva a discernir si las ciencias (en general) constituyen un conjunto continuo, homogéneo y cerrado de conocimiento o si entre ellas se debe instituir una irreductible especificidad y autonomía, basadas tanto en la

pluralidad de los métodos, como en la discontinuidad entre el modo de ser de la naturaleza y el de la sociedad humana.

En ciencias sociales, esa contradicción se acentúa a finales del siglo XIX, con la emergencia del modelo post-naturalista. En tal período se revaloriza el escenario de la comprensión, retomando los aportes de la hermenéutica, pero, ahora desde una matriz ontológica, mediada por el reconocimiento de nuevos vínculos entre aspectos lingüísticos y extra-lingüísticos.

Pone en entredicho el principio de cientificidad sobre una verdad del conocimiento asegurada, únicamente, por su objetividad y su generalización, ya que eso representaría, ni más ni menos, la cancelación de una dimensión ética constitutiva de las ciencias humanas y sociales. Aun así, se sigue con la metáfora de la división social del trabajo, que impulsa dicotomías tanto en el conocimiento como en los discursos y las acciones. Es un síntoma ideológico que invisibiliza las interconexiones y dependencias recíprocas, por las que se constituye la sociedad.

Por tanto, en esta parte de las ciencias sociales se enfatiza que “[...] *sólo la conciencia liberada del mundo consigue captar el significado verdadero y esencial de los mismos, y no sólo su abrupta disposición a aparecer*” (BAUMAN, Z., 2002: 107). Así, la normatividad metodológica se pone en tensión con la búsqueda de conocimiento contextual, mediante un entendimiento apto para asimilar, valorativamente, la discontinuidad y peculiaridad de los fenómenos sociales.

La crítica al método, efectuada por Gadamer (2002), refiere a la calidad que se le otorga como criterio de validez del conocimiento. No tiene que ver con revocar la utilidad de los métodos en el trabajo científico, sino con revisar las tradiciones en que ellos se sustentan. Así pues, se cuestiona la separación sujeto y objeto, la verdad como adecuación al mundo objetivo, la superposición de regularidades a singularidades, el afán de encontrar explicaciones en los hechos empíricos.

A inicios del siglo XX, Max Weber (1922) enfatiza en el estudio de procesos intersubjetivos, como vía de aprendizaje a las reglas sociales lo que, posteriormente y a su manera, personajes como Ricoeur (1965) o Habermas (1981), abordarán en términos

de interacciones comunicativas. Procura que la comprensión supere los límites del psicologismo de Dilthey, tras una reconstrucción teórica y no meramente subjetiva del significado de las acciones, pues concibe el conocimiento del mundo cultural como una transformación creativa y rigurosa de los datos empíricos, lo que no se reduciría a reproducir el significado de los objetos mismos.

Influenciado por los aportes de Heinrich Rickert (1863 – 1936), uno de los representantes de la hermenéutica moderna, instauró la idea que el sentido subjetivo de la acción social puede ser reconocido por otros actores. Alude a una conexión del sentido mentado en la acción histórica particular y en el promedio del comportamiento colectivo, construido científicamente por el método de tipos ideales, modelos conceptuales para la representación de fenómenos, procesos y relaciones sociales¹.

Este es otro de los escenarios caracterizados por las crisis del pensamiento en cada época. Ha de ser concebido, como respuesta a estímulos que provienen de los grandes cambios en la sociedad, marcando nuevas opciones para la producción y aplicación de conocimientos a problemas reales.

Ahora bien, estimuladas por la obra de Heidegger (1927) y Gadamer (1977), las ciencias sociales adhieren a la idea de que la comprensión más que una forma de conocimiento es, ante todo, un aspecto constitutivo del ser humano y de su devenir histórico. Se hace hincapié en la dependencia del intérprete a un contexto histórico que opera como su horizonte hermenéutico, por lo que recuperar un significado original y objetivo resulta quimérico.

El entendimiento se produce cuando aplicamos un sentido a la situación observada, encontrando respuestas a nuestras interrogantes que, a su vez, son afectadas por la tradición y transformadas en un diálogo, donde la experiencia tiene como rasgo central ser válida hasta no ser contradicha por una nueva experiencia.

¹ A partir de Weber, Peter Winch (1988) propone que ciencias sociales se ocupan de comprender la acción social significativa, interpretando las concepciones que los actores pueden tener acerca de su entorno social, de los fines y motivos que persiguen. La comprensión de la acción sería un trabajo de esclarecimiento a la relación entre una determinada acción y las reglas sociales propias de una tradición y cultura específicas, a las que pertenece el agente.

Cabe señalar, que la evolución de los estudios sobre el discurso hacen converger las ciencias sociales con los enfoques lingüísticos. Esto, es conducente no sólo del surgimiento de una ciencia del texto, sino de un amplio giro lingüístico, tras el que se establece el postulado de que el discurso, en tanto producto del lenguaje, es una práctica social, una forma de acción que surge a partir de usos lingüísticos contextualizados, simultáneos e interrelacionados.

Se entiende que los discursos son producidos y reproducidos por juegos de lenguaje orales y escritos, trayendo consigo un proceso de desplazamiento reflexivo, que expresa la posibilidad de madurar una línea de diálogo entre la filosofía y su aplicabilidad en las ciencias sociales. Es una tarea conflictiva, necesaria de abordar no sólo desde una mirada metodológica, sino más bien desde una actitud de comprensión profunda.

Ya en la segunda mitad del siglo XX, la hermenéutica se revela como una matriz para la reflexión en ciencias sociales. Si bien, hasta nuestros días, la tradición hermenéutica en estas ciencias enfrenta continuas controversias, a través de ella se rebate la búsqueda de un conocimiento privilegiado de la realidad. Es un retorno a la racionalidad práctica, que se abre al mundo simbólico, del sentido y del diálogo intersubjetivo, pero, sin desestimar su directa relación con la acción.

Siempre, basados en la premisa de que el saber es falible y, por tanto, indefinidamente perfectible, el conocimiento social exige una construcción colectiva, que nace de conjeturas y posibilidades no, necesariamente, regidas por los requisitos de la prueba y la corroboración. A fines de los años sesenta y principios de los setenta, se produce un más claro resurgimiento de los denominados enfoques interpretativos, tras una revitalización del análisis a lo procesual y una suerte de reivindicación a la categoría de actor social o sujeto protagonista de su propia historia.

Se abre otra experiencia en la construcción del saber, donde el individuo está personalmente implicado, posibilitando la adopción y legitimación de principios, conceptos y visiones acerca de la realidad social. Diversos campos de las ciencias sociales, además de discutir sobre los alcances teóricos, epistemológicos y éticos del conocimiento, se preocupan por su utilidad en ámbitos concretos del desarrollo, para la efectiva resolución de problemas sociales y su impacto en mundos de vida cotidiana.

En este contexto, como miembros de las ciencias sociales, el desarrollo investigativo de Trabajo Social y su pensum disciplinar, también, se vieron afectados por la larga discusión entre modelos que “des-subjetivan la reflexión” y otros que “des-materializan lo social”. Los primeros, como expresión de la crisis occidental de la metafísica que, tras la duda metódica, homologan lo social con una macro-estructura, compuesta por hechos concretos y científicamente experimentables, separando la verdad y el valor. Mientras que los segundos, con priorización en códigos de significación, enfrentados a vinculaciones provisorias, que ponen en peligro la larga duración de la historia y la tradición. Conciben lo social como un texto inconcluso e inextenso, a ser constantemente traducido y reinterpretado.

Dicha cuestión epistemológica ha exigido que Trabajo Social piense su estatuto disciplinar, según el lugar que ocupa en la ciencia (nivel meta-científico), pero, apuntando a sus propias posibilidades y opciones de generación de conocimiento (nivel científico), así como a la búsqueda de fundamentaciones basadas en otras formas de saber (nivel para-científico). Esto, en cuanto “[...] *imposición que nos dispone y nos obliga a aparecer, exponernos y comportarnos hacia algún topos del habitar en el mundo*” (HEIDEGGER, M., 1990: 46).

No podemos pasar por alto que la disciplina nace de frente a la cuestión social, incluso, en latinoamericano (1925) su florecimiento vino aparejado a la asistencia social de la época, que combinaba métodos y lenguajes biomédicos con los de la sociología, la psicología y las humanidades. Des ahí que las implicancias políticas, culturales y económicas de su quehacer se han definido por objetivos de conocimiento y comprensión a problemas sociales, llamándonos a des-naturalizar los impactos de la modernización, para idear e implementar alternativas de abordaje efectivas, ante situaciones concretas de la vida cotidiana de sujetos, colectivos y territorios.

En este sentido, la Trabajo Social ha intentado romper la imaginaria grieta entre discursos sustantivos y tangibles, tendiendo a superar la supremacía de la explicación, tras la reivindicación del valor simbólico, lingüístico e ideológico de lo social. Los aprendizajes, contantemente, le llaman a superar los parámetros normativos y las técnicas de control, “[...] *reclamando comprensión y no un método científico disfrazado de anatomía de la crítica*” (PALMER, R., 2002: 23 – 24).

Así pues, desde la década de los noventa del siglo pasado, la disciplina se sitúa en el horizonte de la comprensión social, incentivando nuevas alternativas a la posición binaria entre conocer y hacer. Se exploran supuestos epistemológicos, teorías sociales y marcos ético-políticos que traducen contemporáneas nuestras posturas y modalidades de investigación e intervención.

Eso, reposiciona la importancia del discurso y la acción interpretativa, que no siguen las características de la demostración científica, sino la aceptación de “*conclusiones narrativas*” (RICOEUR, P., 2014 [2]), acompañando la explicación argumental. Ahí, se desarrolla un diálogo de quien comprende con lo que comprende, generando procesos de ruptura y, además, el restablecimiento de consensos comunicativos entre ambos.

Discurre una constante búsqueda de conciliación entre matrices y enfoques contemporáneos, ofreciendo un sello identificatorio al ejercicio profesional, repensado en una relación contradictoria de teoría y praxis. Lo mismo, exhorta razonamientos, lecturas y proposiciones que no se cierren en la cuestión de la verdad. Más bien, interesa fundamentar pretensiones de validez y respaldar propuestas capaces de superar la sujeción a las distintas versiones del positivismo.

Hablamos de luchas por la significación y la validación de enunciaciones entre lo macro y lo micro-social, expresadas en fenómenos multi-dimensionales que deben ser interpretados, no diagnosticados, pues en ellos no buscamos enfermedades, ni patologías, sino traducir su performatividad socio-política para, a su vez, incidir en ella. Acá, resaltan los usos del lenguaje en la construcción de figuras discursivas que recorren, de un lado, los caminos del conocimiento y, de otro, los de la comprensión sobre la complejidad social, o, de una comprensión social compleja (MATUS, T., 2002).

Ahí, radican dos problemas epistemológicos, no necesariamente disjuntos, pues ambos remiten al carácter interpretativo en una dialéctica con lo concreto. Saber qué es lo social no implica comprenderlo, es decir, no basta con el uso epistemológico de categorías teóricas, como tampoco es suficiente el puro empirismo práctico. Eso, requiere desagregar y resignificar un todo empírico, teniendo en cuenta el lugar y las experiencias de los sujetos en el mundo cotidiano, esto es, su cultura, modos de resolver

su propia existencia, así como las representaciones que orientan su estar en el mundo.

Lo social deja de concebirse desde una mirada unitaria, para entrar en el significado de las historias particulares. Lo social reflejaría un entorno de acción en constante transformación, que puede ser comprendido en un juego de intercambios y tensiones entre lo global y lo local, condiciones estructurales y dimensiones simbólicas, explicando la totalidad en términos de escenarios específicos. Así por ejemplo, en Trabajo Social para comprender las directrices situacionales de intervención social, no es suficiente identificar su regulación jurídica, es necesario, además, legitimar su apropiación y producción por parte de los individuos, contemplando los conflictos de intereses que ello comporta.

Se reconoce que los planteos y definiciones sobre lo social no sólo cumplen una función informativa, también, inciden en su construcción. Por lo mismo, se puede hablar de un discurso que configura a los sujetos, una escritura que deja huellas en sus historias de vida, donde el ejercicio hermenéutico constituye un acto político que pone la experiencia y el saber dentro de una red simbólica, apostada en relatos y testimonios particulares que, a su vez, integran el lenguaje de lo social.

La comprensión pone en relación texto y contexto, pues todo fenómeno ha de ser entendido como producto de múltiples determinaciones de lo real. Hablamos de una comprensión a las fibras no evidentes del lenguaje, que descifra las huellas (ideográficas o narrativas) con que la disciplina va armando sus discursos, esto es, sus investigaciones e intervenciones, sus conocimientos y propuestas, sus memorias y apuestas sobre lo social.

De esta manera, para Trabajo Social se hace necesario articular los atributos contextuales, reflexivos, intencionales y vinculantes de la comprensión. Contemplando que sus implicaciones éticas y políticas traen consigo dismantelar la reificación de la teoría, las presiones institucionales, las barreras disciplinarias, el cada vez más estrecho escenario entre la producción de conocimiento (como trabajo asalariado) y la producción del capital (como generador de bienes de consumo), etc.

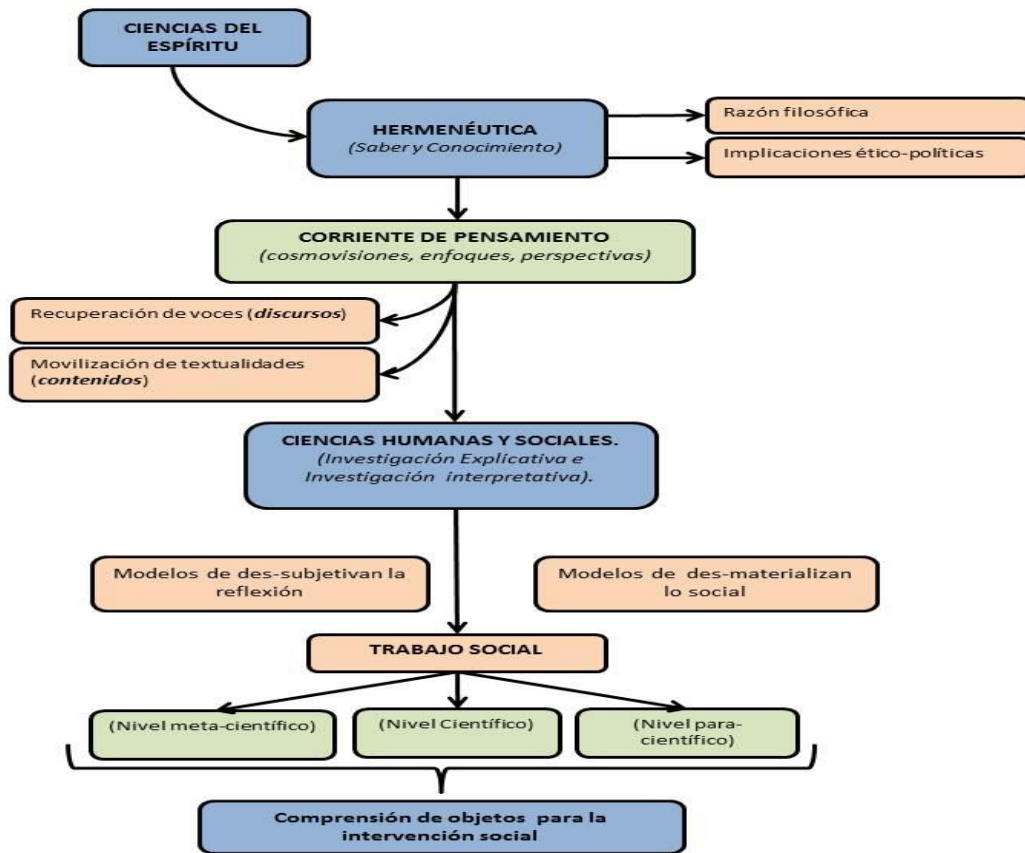
Eso es así, ya que en las actuales sociedades democráticas, afectadas por la creciente secularización de la política y cultura, las prácticas sociales no pueden seguir entendiéndose como disfuncionales o anormales, reseñando las formaciones discursivas de las políticas públicas. No olvidemos que las urgencias de lo social, la pobreza, el delito, la absorción de inmigrantes, la violencia escolar, etc., no sólo se encuentran dadas en las agendas institucionales, son asuntos reales y complejos.

Los discursos presidenciales, las enunciaciones de las políticas sociales, las declaraciones fundamentales de programas, proyectos y servicios, han de ser traducidos en concordancia con las objetivaciones cotidianas de la cuestión social. Aludimos a situaciones concretas y respecto de problemas específicos, esos que dejamos incrustados en nuestros informes sociales y de peritaje, planes de intervención, documentos de derivación, archivos de atención de público, entre muchos otros medios de documentalidad y registro.

La hermenéutica nos ha enseñado que las problematizaciones que quedan narradas, pueden ser interrogadas y, por tanto, liberadas de soterradas aporías especulativas. Esto, “[...] *no depende de un ajuste a la evidencia*” (BENGOA, J., 1992: 36), ya que ninguna evidencia habla por sí misma, requieren de-construcciones para pasar de la palabra a relaciones de sentido.

En definitiva, la disciplina ha asimilado que comprender nos permite traspasar las objetualizaciones que producen las palabras. Esto, “[...] *refleja el ir y venir del lenguaje al ponerlo a disposición de diferentes contextos y épocas*” (FERRARIS, M., 2004: 17). No olvidemos que es ahí donde encontramos la garantía para recuperar el potencial de figuras hermenéuticas en Trabajo Social contemporáneo.

DIAGRAMA N°2: *Hermenéutica, Ciencias Sociales y Trabajo Social.*



Fuente: Elaboración Propia.

v.- PREGUNTA Y OBJETIVOS DE INVESTIGACIÓN.

PREGUNTA DIRECTRIZ

¿Cuáles serían las condiciones, características y requisitos de un filtro de análisis comprensivo, construido para descifrar el potencial de figuras hermenéuticas en algunos textos de Trabajo Social contemporáneo?

OBJETIVO GENERAL

“Develar el potencial de figuras hermenéuticas contenidas en algunos textos de Trabajo Social contemporáneo”.

OBJETIVOS ESPECÍFICOS

1. Construir un filtro de análisis comprensivo para descifrar el potencial de figuras hermenéuticas en algunos textos de Trabajo Social contemporáneo.
2. Reconocer las proposiciones hermenéuticas de algunos textos de Trabajo Social contemporáneo, mediante la aplicación del filtro de análisis comprensivo.
3. Proyectar el potencial de figuras hermenéuticas de Trabajo Social contemporáneo hacia la formación, la investigación e intervención.

VI.- RELEVENCIA DE LA INVESTIGACIÓN.

1.- A NIVEL DEL FENÓMENO PROBLEMATIZADO.

Entendiendo que la hermenéutica, como enfoque, emerge desde un potencial de comprensión capaz de desarrollar conocimiento, al develar el sentido y fundamentar el significado de diferentes textos o contenidos de realidad, la misma abre una corriente de argumentación capaz de proyectar umbrales para distinguir y crear nuevas líneas y objetos de discurso. Esto inspira a que nuestra investigación se desplace hacia la riqueza del potencial hermenéutico en el Trabajo Social Contemporáneo, trasladándonos al espacio más profundo de lo dicho y no dicho por la disciplina como, a su vez, hacia las relaciones que tales enunciaciones presentan respecto de las posiciones teóricas, ideológicas y políticas que circulan en su interior.

Para esto, es indispensable introducirse en lo que podemos llamar el “mundo de los textos en Trabajo Social” donde, además, se inscribe la esencia social de los fenómenos de interés para la disciplina. Así mismo, junto con poner en ejercicio la capacidad de razonamiento, expandimos los registros de interpretación con que nos dejamos inquirir por ciertos regímenes de enunciación que, a la vez, pueden acercarnos a principios explicativos más ocultos, ya que “[...] *el «mundo del texto» no es el texto mismo, sino aquella realidad a la cual refiere mediante sus expresiones lingüísticas no inmediatas ni estables*” (SILVA, E., 2005: 49).

Entonces, analizar el potencial hermenéutico en nuestros textos conlleva una especie de traducción de su lenguaje, a través del conocimiento que tenemos a disposición, mediado por la formulación de nuevas concepciones y cuestionamientos en torno a lo que éstos contienen. Eso produce una dialéctica entre lo establecido y el saber emergente, en cuanto posibilidad por la que accedemos a la intelección del fundamento de lo escrito (o verbalizado), formulando un problema hermenéutico respecto del que hemos de plantear preguntas y conjeturas significativas.

Es en torno a eso que la investigación busca interpretar y explicar las proposiciones de base respecto de las que se fundan discursos plasmados en algunos textos de la disciplina. Tal iniciativa implica reconocer las ofertas de reflexión e investigación, procurando una exploración a referentes semánticos – conceptuales desde los que es factible acceder a los presupuestos de obras, tesis y artículos científicos, asimilados y sintetizados como material de estudio.

Lo expuesto no sólo supone acceder a un patrimonio de conocimiento acumulado, ni tampoco a un puro a posteriori de su saber comunicable, sino que es un esfuerzo por la integración de ambos momentos, lo que va tensionando espacios, temporalidades, lenguajes, discursos y materialidades, formando parte de la memoria de Trabajo Social. Lo importante es rescatar el potencial de figuras hermenéuticas en los documentos y sus postulados discursivos, incorporándonos en aquellos espacios del lenguaje disciplinar y su acontecer en la comprensión, toda vez que este “[...] *no es un ente preexistente de manera independiente, sino que anuncia “su presencia” y reclama la aparición de su mundo de sentido*” (VERGARA, F., 2008: 139).

De esta forma, nos acercamos al lenguaje mediante el que los textos transmiten y expresan ciertas lógicas, respecto de aquello que es contemporáneo y social. Ahí, se erigen objetos de discurso que deben ser reflexivamente revisados, a través de un filtro de análisis comprensivo que nos posibilita tanto explicar interpretando el campo narrativo de los textos y su lingüística, como interpretar explicando sus fundamentos argumentativos.

El reto recae en generar un puente de comprensión que supere la distancia temporal entre la concepción sobre la que se crearon los textos y el presente del investigador - como intérprete-, quien les confronta en relación a su contexto. Así, el problema hermenéutico de esta investigación no parte del autor, sino del lenguaje que crea el texto, es decir, de aquel “[...] *reflejo que nos conduce a la dialéctica entre su representación y las sospechas sobre su realidad*” (RICOEUR, P., 2012: 10).

Entonces, aporta a que Trabajo Social vaya rastreando y ensanchando su potencial hermenéutico, emancipando su conocimiento y revitalizando una parte de su memoria histórica, incrustada en los textos estudiados. Tengamos en claro que ir más allá de la arquitectura lingüística, nos posibilita liberar el por qué y cómo, no sólo el para qué, la disciplina fundamenta sus argumentaciones y razonamientos sobre sí misma, sobre lo social y sobre la relación entre ambos.

2.- A NIVEL DEL OBJETO DE INVESTIGACIÓN.

En cada texto se deja correr un saber narrativo para el que hemos de conceptualizar criterios y categorías que, se espera, sean pertinentes y admisibles en los ámbitos de lenguaje involucrados en el proceso de establecer aquello que puede ser dicho y/o hecho en y por Trabajo Social. Así, en un mismo texto es posible entretejer, dialógicamente, diversos argumentos que ponen en tensión una variedad de modos de ver y posturas respecto de algo que se desea plasmar como discurso, pues, de lo contrario, seríamos víctimas absolutas de palabras que provocarían causalidades irreversibles.

Cuando se alude al campo argumentativo, nos referimos al escenario de tematización y problematización de diversos objetos de discurso, según ciertas posturas analítico-sintéticas que abordan premisas fundamentales, destinadas a respaldar un cuerpo de enunciaciones. El objeto se presenta entre las diferentes unidades lingüísticas que se ponen en la superficie de los textos y los supuestos proposicionales desde los que se fundan sus campos argumentativos.

Entonces, por medio del análisis hermenéutico, la investigación crea puentes entre lenguaje y texto, favoreciendo “[...] *la exploración y conexión con su arquitectura y su universo simbólico* [...]” (RICOEUR, P., 2008 [3]: 262), apuntando a las posibilidades de hurgar en la legitimidad de sus contenidos y propósitos; tras la codificación del significado relevante que irradian sus signos y expresiones. Lo importante es pasar de la evidencia denotativa de la palabra, que arman referentes lingüísticos y ejes de significación, a las condiciones en que se produce su fundamento, accediendo a las lógicas sustantivas del texto, desde donde es posible remover lo que en Trabajo Social contemporáneo se sabe, se idea y se propone.

Aplicando los criterios de falta, falla y obstáculo, se saca a la superficie las lógicas e intersticios en las problematizaciones desarrolladas por la disciplina. Se distinguen y descifran los nexos subrepticios en el conocimiento testimoniado por algunos textos, al reflexionar sobre los alcances y pertinencias del acervo de saber que en ellos se dispone.

La argumentación, por lo tanto, es el objeto fundamental a comprender pues hace:

“[...] Valadera la hipótesis de que el problema que se interpreta juega un papel decisivo a la hora de definir: como se razona, qué tipos de razonamientos existen, en que forma y cuándo se dice algo [...]” (GONZALEZ NAVARRO, M., 2007: 6).

No es, simplemente, una relectura de los textos, es más bien una re-visitación de lo que a través de los mismos se comunica, pero, a partir de la proyección de su potencial de figuras hermenéuticas, concebidas a su vez como lenguaje nuevo.

No se persiguen respuestas en torno a los planteamientos esgrimidos en los textos, se promueve la comprensión hermenéutica sobre lo que conlleva pensar al Trabajo social como contemporáneo. En consecuencia, son revisados aquellos elementos lingüísticos que nos permiten dinamizar el conocimiento de la disciplina, de-construyendo algunos discursos con que se posiciona e incide en lo social, pues, *“[...] donde hay discurso, habrá un lenguaje y, por lo mismo, proposición hermenéutica”* (BEUCHOT, M., 2013: 91).

La importancia de trabajar el campo argumentativo, como zona de construcción simbólica de lenguaje, radica en que encausa una ruta de indagación atravesada por un tejido de signos o juego de categorías, que nos ayudan a descifrar retazos de la memoria de Trabajo Social, depositada en textos. Los textos son cualquier cosa menos una evidencia, constituyen entramados de significados y representaciones expuestas en palabras, donde es fácil perderse. Por lo mismo, su interpretación es un proyecto, no debe realizarse de forma lineal ni ególatra, sino sometida a las influencia de un contexto histórico-social, cultural, económico y político, en que adquiere sentidos frescos.

3.- A NIVEL DE TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.

Nuestra disciplina requiere de nuevas lógicas, que no suponen la mera comprobación empírica de una certeza, sino la experiencia de un saber en movimiento, para re-significar el conocimiento, mediante un alegato crítico orientado por la capacidad de cuestionar. No es mera subjetivación sobre lo dicho, sino un desciframiento de los razamientos desde los que se piensan ciertas tramas argumentativas, en las que se consignan figuras discursivas, posibles de develar analizando las condiciones, características y requisitos de su potencial hermenéutico

Para develar el potencial de figuras hermenéuticas en el Trabajo Social contemporáneo, a través de algunos campos argumentativos, la investigación atiende a su performatividad mediante la aplicación de un filtro de análisis comprensivo, para dejar ver no sólo su forma sino, ante todo, su trasfondo. Este filtro conduce hacia figuras discursivas respaldadas en objetivaciones lingüísticas. En ellas se abre un horizonte de comprensión sobre ciertas premisas que nos permiten “[...] *alcanzar el entendimiento respecto del valor y congruencia de sus contenidos*” (RICOEUR, P., 1999: 13).

Esto, releva la necesidad de un saber comprometido con las propias formas de pensar, situar y traducir al Trabajo Social como contemporáneo, abriendo “[...] *lazos entre discursos y espacios de comprensión, desde los que se forjan continuidades o rupturas*” (SLOTEDIJK, P., 2014 [3]: 232). De esa forma, el filtro de análisis comprensivo va rescatando el significado y sentido sobre lo que algunos textos comunican, explicando el conocimiento disciplinar, en atención a su registros simbólicos e ideológicos.

Eso, ofrece una re-contextualización de los textos estudiados, ya que toda comprensión se ve mediatizada por interpretaciones y explicaciones heredadas que, a su vez, pueden ser replanteadas. Por lo mismo, la construcción del filtro de análisis comprensivo nos permite develar nuevas apuestas discursivas, entre la organización lingüística de cada texto y la singularidad de sus proposiciones, pues “[...] *en realidad el entendimiento habla en la verdad del lenguaje*” (HEIDEGGER, M., 1994: 141). En este caso, respecto de algunos postulados discursivos donde radican fundamentos y principios explicativos de la disciplina.

VII.- RESULTADOS ESPERADOS DE LA INVESTIGACIÓN.

1.- LA PRESENTACIÓN DEL POTENCIAL HERMENÉUTICO EN EL TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.

La Tesis aporta a los actuales debates sobre enfoques contemporáneos en Trabajo Social. En este caso, se atiende al enfoque hermenéutico que impulsa el saber hacia el cuestionamiento de la “normalización” en la disciplina. Se pone hincapié en la interpretación de algunos textos, sus modalidades de enunciación, sus campos argumentativos y su fuerza proposicional, en cuanto forma de aproximación a su lenguaje en la realidad, así como a la realidad de su lenguaje.

Se entiende que tal como se habló del giro lingüístico en la filosofía de los años 50’, igualmente, hoy podemos aludir a una especie de giro hermenéutico en el Trabajo Social contemporáneo y en su formación. Con esto, se da cabida a otra lógica que, desde los 90’, ha venido marcando distintas rutas en los modos de pensar y realizar la disciplina, mediante un replanteamiento en sus racionalidades y una preocupación por reaprender a nombrar los asuntos que le son propios como, también, las cuestiones que atañen a lo social.

Es una oportunidad que va más allá de la simple antítesis frente al positivismo cartesiano, sus expresiones estructuralistas y funcionalistas, así como de las marcas que ha dejado la filosofía de la conciencia, aferrada a las utopías modernas y, concurrentemente, a las nuevas éticas del sujeto y sus razones causales. Eso pues, los modelos de hermenéutica contemporánea surgen con la ruptura del yo inmanente, tras la comprensión de que “[...] *el texto no se separa de la interpretación [sino que] son facetas que en la propia comprensión se expresan*” (VERJAT, A., 2012: 9).

De esta forma, la investigación parte de la base que la representación conceptual de la disciplina está ligada a su carácter discursivo y, además, a la configuración de un corpus de saber atestiguado en sus textos. Los textos no son patrimonios del autor, reflejan lenguajes de uso público. Llevan consigo una oferta discursiva, cuyo potencial hermenéutico nos ofrece importantes posibilidades para re-configurar el oficio.

Por eso, destacamos que Trabajo Social se confirma en su necesaria vinculación con enfoques contemporáneos, los que representan “[...] *mediaciones de un modo particular de ver que tiene como resultado un hacer particular*” (MATUS, T., 2012: 27). Ahí, es posible movilizar horizontes comprensivos en torno a las condiciones socio-históricas y onto-epistemológicas desde las que se sitúan registros teóricos, ideológicos, éticos y políticos sobre los que se producen diversas figuras discursivas. Se juega la posibilidad de revisar comprensivamente obras, acervos de saber y testimonios de la disciplina en las ciencias sociales y en lo social, ya que “[...] *la comprensión de un texto sólo puede hacerse a luz de otros textos a los que se refiere explícita o implícitamente*” (TEUBERT, W., 2007: 443).

2.- LA CONSTRUCCIÓN DE UN FILTRO DE ANÁLISIS COMPRENSIVO QUE PERMITA DESCIFRAR EL POTENCIAL HERMENÉUTICO EN ALGUNOS TEXTOS DE TRABAJO SOCIAL.

La elaboración del filtro de análisis comprensivo implica el procesamiento y fructificación de información generada por medio de una lectura crítica y reflexiva sobre los contenidos de aquellos textos seleccionados entre el repertorio de los denominados “[...] *modelos de hermenéutica contemporánea*” (RECAS, J., 2006: 140 – 154). Actúa como soporte del trabajo hermenéutico desde el que se conjugan y tensionan las dimensiones lingüísticas, narrativas y semánticas de los documentos de estudio.

La construcción del filtro comporta dos momentos principales, por un lado, la examinación de postulados y argumentaciones que permiten configurar y organizar su principales dimensiones, a saber: las condiciones de un diálogo discursivo, las características de una ontología vacía y los requisitos de un umbral hermenéutico. Por otra parte, fue necesario identificar y fundamentar las propiedades que constituyen cada una de las dimensiones

Así, se cuenta con una matriz teórica y conceptual que nos posibilita relevar el potencial de figuras hermenéuticas en algunos textos de Trabajo Social contemporáneo, desde las que se van elaborando conclusiones y proyecciones en torno a la formación, la investigación y la intervención. Permitió “[...] *ir más allá del nivel de la frase y su denotación* [...]” (BARDIN, L., 1996: 65), para indagar en ciertas representaciones conceptuales en los campos argumentativos de los textos.

Mediante criterios hermenéuticos de falta, falla y obstáculo, se interpretan y explican las relaciones de fuerza entre lo que el texto dice, por qué lo dice y el lugar analítico e ideológico desde el que lo dice. Se revisan las pretensiones de validez a la base de cada texto, según los principios explicativos, no sólo teóricos, con que se sustentan postulados discursivos, desde los que se replantean opciones, cualidades y dimensiones a la eficacia en la formación, investigación e intervención de Trabajo Social contemporáneo.

3.- LA PROYECCIÓN DE UNA FIGURA HERMENÉUTICA, SUS CONTRA-FIGURAS Y EL DESARROLLO DE SU POTENCIAL EN LOS LENGUAJES DE LA INVESTIGACIÓN E INTERVENCIÓN DE TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.

Se reflexiona y se problematiza la necesidad de revalorar la potencia de comprensión del Trabajo Social contemporáneo, como puente de sentido y ruptura ante matrices clásicas de pensamiento, aún vigentes en las propuestas formativas de la disciplina, pese a que se ha expandido la tendencia a superar los espectros dejados por perspectivas “metodologistas” o “tecnológicas”, fuertemente impostadas en los años ‘80. Para esto, la formación ha de pensarse en el marco de la crisis, más amplia, que presentan los fundamentos discursivos de las ciencias sociales en una época de intensa modernización, localizando desde ahí, las exigencias y oportunidades que presenta el potencial de la hermenéutica a la disciplina.

Si bien, la reflexión no pretende eliminar los resultados de la epistemología positivista y neopositivista, se busca mostrar, por contraste, una faceta del entendimiento que atañe a las acciones del lenguaje. De esta manera, ha de promoverse un reposicionamiento en la conceptualización y creación del conocimiento, basados en un giro hermenéutico en la construcción de campos argumentativos y principios explicativos que sustentan el saber de la profesión.

Se torna necesario organizar formaciones discursivas mediadas por la mutua correspondencia entre experiencia, saber e historicidad, poniendo de manifiesto que “[...] *el comprender no puede fundarse en un puro procedimiento metódico*” (MANCILLA, M., 2013: 188). Esto, aporta a descifrar el desde donde se despliegan las conceptualizaciones, argumentaciones y representaciones, así como el por qué se formulan sus regímenes de enunciación y sus proposiciones.

Es indispensable proyectar distinciones en el ámbito socio-político del lenguaje, desde el que la disciplina habla y configura dinámicas de acción. Se apunta a abrir interrogantes y proposiciones para el debate y la reflexión, especialmente, en el marco Latinoamericano, frente a los desafíos contextuales y las coyunturas socio-históricas, políticas, económicas y culturales en que se inscriben nuestros procesos de investigación e intervención.

En síntesis, se proyecta el potencial de figuras hermenéuticas con que Trabajo Social contemporáneo desarrolla el carácter móvil de su formación, así como de su congruencia, correspondencia y lógicas de articulación con el lenguaje de la intervención y la investigación. Eso implica poner en tensión concepciones cimentadas en una distorsionada noción de lo práctico, asumiendo una concepción del saber que integra tradición y experiencia, en cuanto “*un orden en el que lo posible sigue aún pendiente [...]*” (VATTIMO, G., 1992: 56).

Lo social, como espacio de interacciones simbólicas y materiales, donde los sujetos son capaces de producir, reproducir o transformar determinadas estructuras y fenómenos, se presenta objetivado en la vida cotidiana, por el lenguaje de la tradición y la historicidad. Para Ricoeur (2014 [1]), la memoria (consuetudinaria, testimonial, narrativa) surge inmersa en una trama de significados y artefactos simbólicos, que abren un sinfín de posibilidades de imaginar, crear y pensar.

Interesa, entonces, cómo la hermenéutica aporta a un pensamiento situado y una esfera de conocimiento, basados en una comprensión que otorgue sentido a nuestros procesos de investigación e intervención en lo social, ayudándonos, además, a acceder a los significados que estos tienen para los sujetos con que trabajamos, así como para nosotros los y las profesionales. La ciencia y el saber no se contraponen, como tampoco lo hacen la teoría y la práctica. Este, es un postulado referido, principalmente, a la formación, producción teórica y generación de propuestas en Trabajo Social contemporáneo, como una forma de responder a las complejidades de cada contexto y situación social, pues constituyen horizontes de comprensión sobre realidades que se construyen en distintos ámbitos y dimensiones.

CAPITULO II

ESTRATEGIA METODOLÓGICA

1.- ENFOQUE Y CARÁCTER DE LA INVESTIGACIÓN.

Esta investigación se inscribe en un enfoque hermenéutico de comprensión, dadas sus características y naturaleza, traducidas en el establecimiento de relaciones de interpretación y explicación sobre algunos textos de Trabajo Social contemporáneo, respecto de los que se espera revelar el potencial de figuras hermenéuticas. Lo importante es hallar conexiones dialécticas y dialógicas que nos aproximen al sentido, tanto semántico como conceptual, necesario para adentrarnos en la relación de vacío y consistencia entre enunciados y presupuestos de base, posibles de reconocer en la apropiación analítica de los campos argumentativos desarrollados en los documentos materia de estudio.

En esta perspectiva, “[...] *la apropiación pierde su carácter arbitrario, pues consiste en la recuperación de lo que está en juego en el texto [...]*” (RICOEUR, P.,: 2008 [2]: 71), ayudándonos a reactivar y re-contextualizar aquello que los objetos discursivos comunican y pueden comunicar. Esto implica cruzar indagaciones empíricas y construcciones teóricas, para de-construir el problema hermenéutico de referencia, pero, sin condicionar sus fronteras. El eje no corresponde a las afirmaciones literales de determinados autores, sino más bien a las proposiciones que cada documento permite descomponer y recomponer, en las interfaces entre lenguaje y texto.

Se busca recobrar el valor más esencial de las textualidades en juego, con la finalidad de incorporarlas a una lectura contemporánea, que no es absoluta sino perfectible. Esto es posible, toda vez que “[...] *el carácter reflexivo y constante del enfoque hermenéutico, implica que exista un acercamiento cada vez más profundo a los contenidos*” (PEREZ SERRANO, G., 2008: 56).

Para este caso, aludimos al despliegue de la comprensión sobre tres categorías posibles de relevar en los discursos escritos: el Potencial Hermenéutico, las Figuras Hermenéuticas y el Trabajo Social contemporáneo. Se explora el contenido manifiesto y temático de algunos textos, para desde ellos inscribirnos en sus registros teóricos, ideológicos y políticos, conceptualizándolos y codificándolos para su interpretación y explicación.

En este contexto, el carácter de la investigación es empírico, dado que se sustenta en el análisis de evidencias contenidas en textos seleccionados bajo criterios generales y específicos. Los mismos, son vistos como unidades de trabajo organizadas en un doble nivel, a saber: 20 escritos propios de la hermenéutica, utilizados para la construcción de un filtro de análisis comprensivo y, otros 6 destinados como material de observación, divididos en 02 libros, 02 Tesis Doctorales, 02 revistas indexadas, todos constitutivos de la literatura de Trabajo Social contemporáneo.

Estos últimos, permitieron examinar y capturar la complejidad de ciertos datos de naturaleza conceptual que, al ser interpretados y explicados validaron, mediante los criterios de falta, falla y/u obstáculo, las premisas centrales del estudio, generando resultados desde los que fue factible proyectar reflexiones en torno a la formación, investigación e intervención en Trabajo Social contemporáneo. Se propició la renovación de presupuestos, desde la composición simbólica y organizativa de los escritos, atendiendo a su tradición, matrices de pensamiento y formaciones lingüísticas, según una “[...] *lógica de investigación que reflexiona sobre objetos de discurso sin establecer tendencias entre lo verdadero y lo falso, sino aproximándose a sus conclusiones argumentativas*” (BERICAT, E., 2008: 19).

2.- TIPO Y DISEÑO DE INVESTIGACIÓN.

La investigación presenta un carácter no experimental con orientación hermenéutica, ya que el contenido de los discursos es comprendido en su propia originalidad, sin manipulación arbitraria de sus atributos y propiedades inherentes. Tanto para la construcción del filtro de análisis comprensivo como para su aplicación en el material de estudio, se atiende a los campos argumentativos para extraer ejes temáticos y, desde ahí, develar sus fundamentos de base, mediante una conexión con sus presupuestos, hipótesis y ofertas discursivas sobre la realidad que cada uno aborda.

Dicho análisis “[...] responde y se ajusta a la organización de representaciones conceptuales vigentes en la realidad del texto, canalizando de cierta manera la construcción del conocimiento” (VASILACHIS, I., 2009: 2). Por lo mismo, el estudio se definió de tipo descriptivo con alcances correlacionales y transeccional, pues se enmarcó dentro de un tiempo específico para interpretar y explicar las vinculaciones existentes entre los distintos componentes discursivos de los escritos revisados, tanto a nivel de construcción del filtro de análisis comprensivo, como de su aplicación al material de Trabajo Social.

En el caso del filtro de análisis comprensivo, más que una mera agrupación u ordenación de información recabada desde los enunciados explicitados en los textos de hermenéutica, se consideraron los “[...] recursos del fundamento y el registro original de los textos” (MANFRED BERGMAN, A., 2005: 12). Así fueron externalizadas las propiedades promovidas e inhibidas por la narración y argumentación sustantiva, logrando intelectualizarlas a través de referencias que orientaron y esbozaron la comprensión, en torno a tres dimensiones: las condiciones de un diálogo discursivo, las características de una ontología vacía y los requisitos de un umbral hermenéutico.

En cuanto al análisis comprensivo de los textos de Trabajo Social seleccionados, fueron generadas categorías y conceptos que permitieron dar cuenta de las cualidades y características del contenido discursivo como, además, especificarlas y significarlas en referencia al contexto de comprensión en que fueron revisados por el investigador (como intérprete). De esa manera, se tradujo el objeto de investigación en una unidad comunicante y demarcada a través del problema hermenéutico, consiguiendo develar, decodificar y explicar asociaciones narrativas, semánticas y conceptuales, propias de la composición y contenidos de los documentos estudiados.

3.- DELIMITACIÓN TEMPORAL- ESPACIAL DE LA INVESTIGACIÓN.

Esta investigación fue desarrollada en el período comprendido entre enero de 2016 y enero de 2019, conforme a los objetivos propuestos para el análisis y síntesis propias de una reflexión hermenéutica. Por su parte, el escenario para la comprensión se situó en

el campo argumentativo de 06 textos de Trabajo Social, bien sean libros, Tesis Doctorales y/o artículos científicos indexados, debidamente sometidos a criterios de selección. Cabe señalar que el estudio se encuentra institucionalmente circunscrito al Programa de Doctorado en Trabajo Social, impartido por la Facultad de Trabajo Social perteneciente a la Universidad Nacional de la Plata, Argentina y se proyecta como punto de partida a un programa de investigación que será desarrollado por el núcleo I+D sobre Trabajo Social Contemporáneo, que el candidato a doctor dirige en el Centro de Estudios y Gestión Social, dependiente de la Universidad Autónoma de Chile.

4.- CAMPO Y UNIDAD DE INVESTIGACIÓN

El campo de investigación responde al contenido de textos de hermenéutica y Trabajo Social, cuya proyección se encuentra dada en las argumentaciones de sus enunciados, donde la comprensión hace proliferar presupuestos y registros de base. El campo se manifestó a través de las propiedades semántico-conceptuales de los textos, vistas como unidades de observación, poniendo en correlato la línea enunciativa y el contenido proposicional de cada uno de estos, pues lo que se fija por la escritura no se cierra sobre sí misma, al contrario, se transforma a través de su “*autonomía semántica*” (RICOEUR, P., 2009: 74), haciendo trascender cualidades simbólicas que ayudaron a entender la lógica de los textos, sus circunstancias de origen y sus trayectorias de lenguaje.

De ahí que las propiedades semántico – conceptuales de los materiales estudiados, se concibieron sujetas a su propia dimensión temporal, ofreciéndoles una mayor o menor actualidad frente a nuestra experiencia de sentido y significatividad. Por tanto, como propone Beuchot (2012), acceder a la unidad de investigación implicó evitar caer en los extremos de la literalidad (univocidad) o de la relatividad (equivocidad). Nuestra comprensión no se restringió a las referencias formuladas por el autor que narra (como si fuera una verdad absoluta), ni tampoco se enclaustró en la pura subjetividad del investigador (alejándose cabalmente de su base originaria), sino que se trabajó con el lenguaje vivo en cada texto estudiado.

No era una búsqueda de “polisemia” lo que interesaba, ni tampoco las palabras en su definición nominal, sino los registros teóricos, ideológicos y políticos cuyo valor simbólico fue ubicado conceptualmente, alcanzando “[...] *un sentido que emerge como resultado único y fugitivo de una cierta acción contextual en que funcionan*” (RICOEUR, P., 2008 [2]: 44). Eso dependió del conjunto de relaciones internas y externas de los textos (tanto de hermenéutica como de Trabajo Social), más allá de su pura dimensión semiológica, abordando también las cognitivas, comunicativas y categoriales que objetivaban su lenguaje, así como los postulados no evidentes que permitieron develar el potencial de figuras hermenéuticas, que emergieron a la reflexión del investigador.

En consecuencia, el campo de investigación articuló una triple referencia en cada texto estudiado, a saber: hacia “sí mismo” como marco de estudio, hacia el discurso que promovía la reflexión y hacia la comprensión para acceder a su contenido proposicional. Ahí enfrentamos un cruce de horizontes de comprensión que nos llevó, por un lado, a vislumbrar nociones, razones y propuestas planteadas y, por otro, situarlas en un contexto de interpretación propio del investigador, al modo del círculo hermenéutico heideggeriano, que nos llevaron a la interrogación sobre cuestiones no, inmediatamente, evidentes en los textos.

5.- CRITERIOS PARA LA SELECCIÓN DE TEXTOS.

La selección de los textos se encuentra en directa relación con la construcción del filtro de análisis comprensivo y del tipo de análisis que se desarrolla a través de él a los materiales de Trabajo Social. Basados en un muestreo por conveniencia y un tipo de “selección discrecional”, estos criterios permitieron “[...] *tomar decisiones de optimización del recurso textual al incluir o excluir propiedades múltiples para priorizar y organizar las fuentes en forma fundamentada*” (MANFRED BERGMAN, A., 2005: 15).

En la primera instancia, para la construcción del filtro de análisis comprensivo se contemplaron criterios generales, según tres ámbitos de representatividad: *hermenéutica ontológica*, *hermenéutica profunda o de sospecha* y *hermenéutica débil o del declinar*. Se efectuó una depuración de las dimensiones (según categorías) que constituyen dicho filtro, previa generación de referentes e indicativos generales que apoyaron su organización conceptual, para crear sus condiciones, características y requisitos. Acá, los criterios de selección se centraron en la autonomía y valor comunicativo de los textos, según la posición de sus autores en modelos de hermenéutica contemporánea como, a su vez, por el alcance de sus formaciones discursivas y sus registros de base, entendiéndolos como “[...] *obras móviles y dinamizadoras de la comprensión*” (ARRÉZ, M., 2006: 179).

De otro lado, los documentos sometidos a análisis hermenéutico (es decir, algunos textos de Trabajo Social) se eligieron en atención a parámetros de distinción y despeje específicamente demarcados, según tres niveles de representatividad: *textos universales*, *tesis de grado doctoral* y *revistas indexadas*, en el ámbito específico de su significado lingüístico, precisando y acotando los elementos que situaban y hacían fructificar el campo y las unidades de investigación. Para esto, fue necesario visibilizar las composiciones e interrelaciones narrativas, así como los principios y fundamentos explicativos a sus planteamientos, para relevar presupuestos sustantivos en torno a la performatividad hermenéutica de los argumentos ofrecidos en tales materiales escritos en Trabajo Social contemporáneo.

CRITERIOS DE SELECCIÓN	
CRITERIOS GENERALES PARA TEXTOS DE HERMENÉUTICA	CRITERIOS ESPECÍFICOS PARA TEXTOS DE TRABAJO SOCIAL
<p>Capacidad de Descripción, Explicación y Predicción: refiere a la correspondencia del texto con los contenidos del conocimiento que se espera recabar para la elaboración del filtro de análisis comprensivo. Nos permite recocer su capacidad para dar cuenta de las dimensiones requeridas en dicha construcción y las relaciones que entre ellas se establecen, postulando desde ahí ciertas proyecciones analíticas aplicables a los resultados.</p>	<p>Actualidad: toma en consideración el período y año de publicación del documento, que debería circunscribirse desde el año 2010 a la fecha de la investigación, lo que no se refiere el atributo de información al día, sino a la vigencia y pertinencia del contenido en el tramo temporal establecido.</p>

<p>Autoridad: esto para definir la credibilidad de la fuente, tomando en consideración el prestigio de la obra (autores), su ubicación en enfoques de hermenéutica contemporánea y la calidad de su trayectoria, basada en su impacto académico e investigativo.</p>	<p>Consistencia Lógica: hace referencia a la no contrariedad entre las composición del texto y sus fundamentos, en atención a la materia que trabaja y como la misma se conecta, adecuadamente, con los objetivos y el contexto de la investigación. Así se diferencian los contenidos directos e indirectos como, también, los esenciales y secundarios, reconociendo las mutuas vinculaciones que presentan con las categorías centrales: Potencial Hermenéutico, Figuras Hermenéuticas y Trabajo Social contemporáneo.</p>
<p>Accesibilidad: alude a la posibilidad efectiva de obtener el material y desarrollar su lectura, concordando con factores de factibilidad de recursos y viabilidad en el manejo de fuentes.</p>	<p>Originalidad y no duplicación: tiene que ver con el descubrimiento de características particulares y diferenciadoras con que el texto trabaja sus contenidos discursivos y la mirada con que atiende su objeto de análisis, proyectando concepciones y argumentaciones capaces de salir de sus propias aporías. No es sólo una cuestión de antecedentes novedosos, sino más bien que avisten argumentos y enunciados con cierto refinamiento respecto de enfoques que ya han sido fuertemente trabajados, problemas tautológicamente atendidos o análisis espurios.</p>
	<p>Fructificación del objeto: en el sentido que el texto proponga planteamientos y tópicos que posibiliten no sólo acceder a información necesaria y suficiente, sino alcanzar una adecuada profundidad reflexiva sobre la cualidad hermenéutica de sus enunciados, perspectivas y proposiciones, explorables en el campo argumentativo de sus discursos, mediante la saturación de sus componentes semántico-conceptuales y proposiciones de base, en correspondencia con la pregunta y objetivos de la investigación.</p>

CLASIFICACIÓN DE TEXTOS DE HERMENÉUTICA		
Nivel de Representatividad	Clasificación de Autores y Textos	Cantidad
Textos centrados en Modelos Contemporáneos de Hermenéutica Ontológica.	HEIDEGGER, Martín. (2003). Introducción a la Metafísica. Barcelona, España. Editorial Gedisa. (2000). Ontología. Hermenéutica de la Facticidad. Madrid, España. Editorial Alianza. (1998). Ser y Tiempo. Santiago de Chile. Editorial Universitaria. (1995). Las Palabras. La significación de las palabras. Santiago de Chile. Ediciones ARCIS. (1994). Conferencias y Artículos. Barcelona, España. Ediciones del Serval.	5
	GADAMER, H.G. (2007). El Problema de la Conciencia Histórica. Madrid, España. Editorial Técnos. (2002). Verdad y Método: fundamentos de una hermenéutica filosófica. Tomo 1 y 2. Salamanca, España. Ediciones Sígueme. (2000). Elogio de la Teoría. Discursos y Artículos. Barcelona, España. Editorial Península. (1998). El Giro Hermenéutico. Madrid, España. Editorial Cátedra.	5
Textos centrados en Modelos Contemporáneos de Hermenéutica profunda o de sospecha.	RICOEUR, Paul. (2012 [2]). Escritos y Conferencias. Hermenéutica. V.II. México, D.F. Editorial Siglo XXI. (2010). Del Texto a la acción: ensayos de hermenéutica II. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica. (2008 [1]). El Conflicto de las Interpretaciones. Ensayos de Hermenéutica. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica. (2008 [3]). La Memoria, la historia, el olvido. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica. (1992). Teoría de la Interpretación: discurso y excedente de sentido. Madrid, España. Ediciones Siglo XXI.	5

<p>Textos centrados en Modelos Contemporáneos de Hermenéutica Débil o del declinar.</p>	<p>VATTIMO, Gianni. (2014 [1]). Dios es Comunista. Buenos Aires, Argentina. Editorial Fedun.</p> <p>..... (2014 [2]). De la Realidad a la Verdad. Buenos Aires, Argentina, Editorial Fedun.</p> <p>..... (2010). Adiós a la Verdad. Barcelona, España. Editorial Gedisa.</p> <p>..... (1996). El Fin de la Modernidad. Barcelona, España. Editorial Gedisa.</p> <p>..... (1995). Más allá de la interpretación. Barcelona, España. Editorial Paidós Ibérica, S.A.</p>	<p>5</p>

CLASIFICACIÓN DE TEXTOS DE TRABAJO SOCIAL SELECCIONADOS		
Nivel de Representatividad	Clasificación Autores y Textos	Cantidad
Textos universales o de pensadores del Trabajo Social que desarrollen un enfoque hermenéutico en su lectura sobre la disciplina.	AUTÈS, Michel (2013). Les Paradoxes du travail social. Editorial Dunod, París, Francia (327 pág.). KARSZ, Saül (2013). Problematizar el Trabajo Social: definición, figuras, clínica. Editorial Gedisa, Barcelona España (216 pág.).	2
Tesis de Grado Aprobadas en Programas de Doctorado en Trabajo Social, que contemplen elementos para la revisión del enfoque hermenéutico o la configuración del Trabajo Social contemporáneo.	CAZZANIGA, Susana (2014). Cuestiones de legitimidad y legitimación en Trabajo Social. El caso Argentino. Tesis Doctoral, Universidad de Rosario, Argentina, (291 pág.). MARTIN ESTALAYO, Maribel, (2013) “La construcción de la Identidad en Trabajo Social. Análisis de una trama hilvanada por sus personajes”. Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid, España (339 pág.).	2
Revistas Indexadas que aborden una lectura hermenéutica del Trabajo Social contemporáneo.	CORDERO RAMOS, Nuria. (2011). Trabajo Social y Hermenéutica Crítica: una opción metodológica para desvelar elementos éticos en los orígenes de la profesión en Sevilla. Portularia. ISSN: 1578-0236, Vol., 9, N°1: 87 -97. LORENZ, Walter (2012). Hermeneutics and Accountable Practice: Lessons From the History of Social Work. Research on Social Work Practice. ISSN 0265-0533. Vol., 2, N° 5: 492-498.	2

6.- TECNICAS E INSTRUMENTOS DE GENERACIÓN DE INFORMACIÓN.

El proceso de generación de información se llevó a cabo sobre la base del método de análisis de contenido manifiesto aplicado a las fuentes bibliográficas seleccionadas para la construcción del filtro de análisis comprensivo y del análisis de contenido manifiesto y temático para el trabajo con los textos disciplinarios. Así, se trabajó con las unidades semántico-conceptuales que sostienen la superficie narrativa y el contenido sustantivo de los textos, lo que permitió una reflexión hermenéutica más honda respecto de “[...] *las distintas orientaciones y enfoques, las tradiciones intelectuales y disciplinarias desde las que se fundan diferentes presupuestos y antecedentes fijados en la escritura*” (VASILACHIS, I., 2009: 7).

Para tales efectos, las técnicas e instrumentos empleados en la obtención, registro y producción de las evidencias o datos de naturaleza conceptual, permitieron la clasificación, recuperación y distribución de elementos discursivos mediante los que se demarcó el análisis del problema, según el sistema de relaciones que existían con las premisas centrales del estudio. Por lo tanto, la información forjada nace mediada por los referentes y las referencias propias de cada texto elegido para el ejercicio hermenéutico (en cualquiera de sus dos niveles de utilidad), según su cualidad simbólica y su valor de representación categorial, asumiendo que cada referente opera como contexto de signos y significados, mientras que las referencias ponen en comunicación conceptos con objetos, a través del proceso de comprensión (STRAWSON, P.F., 2009: 90).

TÉCNICA DE GENERACIÓN DE INFORMACIÓN	INSTRUMENTO DE GENERACIÓN DE INFORMACIÓN
CENTRAL	CENTRAL
<p>Fichaje: procedimiento mediante el que se organizó, de manera sistemática y ordenada, la información producida respecto al campo narrativo y argumentativo del discurso escrito en los textos. Con su utilización se rescató la unidad y valor propio de los planteamientos de cada autor, otorgando una dirección en la búsqueda, administración y aprovechamiento de la información, conforme a los requerimientos de la investigación.</p>	<p>Ficha Bibliográfica: en éstas se releva y prioriza la información pertinente a los objetivos de la investigación. Específicamente, se trabajó con <<Fichas Textuales>>, transcribiendo directamente el cuerpo enunciativo de lo escrito, sin alterar su bagaje de origen e intentando rescatar el relato narrativo fiel del documento. Para ello fueron reproducidos párrafos que conformaron citas, sometidas posteriormente a paráfrasis analítica. Lo mismo, facilitó “<i>releer los planteamientos matrices recuperados del original y seleccionados para análisis, ofreciendo mayores opciones de entender el sentido del escrito</i>” (RUIZ OLABUÉNAGA, J., 2007: 245 y ss).</p>
AUXILIAR	AUXILIAR
<p>Tesauros: respecto de los textos disciplinarios, mediante el Software XMIND, se realizó un tipo de sintaxis mediante la que se establecieron conexiones entre categorías relevadas de los fichajes, propiciando relaciones semánticas genéricas entre ellas y una cierta ordenación conceptual. Los mismos, se basaron en las citas bibliográficas, de modo que el lenguaje natural de los escritos dio cuenta del panorama de la información obtenida y clasificada, que en el análisis aportó a articular nuestras síntesis y explicaciones (SANDOVAL, C.: 2002. 85 y ss.).</p>	<p>Redes Conceptuales: mediante el software Atlas-Ti y la instancia de codificación abierta, se esquematizó la distribución y coordinación de categorías centrales de los textos disciplinarios, su conceptualización, las propiedades emergentes y el guion narrativo (derivado de citas textuales), facilitando el entendimiento de ciertos códigos lingüísticos ordenados en los tesauros. A través del análisis de contenido manifiesto y temático se construyó “[...] <i>un foco para pensar el texto en su hermenéutica</i> [...]” (GIBBS, G., 2012: 66) y, desde ahí escalar en la descripción, interpretación y explicación de la información generada.</p>

7.- FUENTES DE INFORMACIÓN.

La recolección de la información implicó el acceso a una serie de fuentes a través de las que se extrajo el material utilizado para desplegar la problematización, la teorización, la interpretación conceptual, primero, para la construcción del filtro de análisis comprensivo y, enseguida, para el análisis de resultados y las conclusiones de esta investigación. El acceso a tales fuentes se trabajó con bibliotecas físicas y virtuales, así como con bases de datos ProQuest y Ebsco Host, con miras a ampliar la revisión a través de “ *conocimiento obtenido en espacios distintos, que den legitimidad a lo que se estudia más allá de su propio alcance, profundidad, desarrollo, envergadura*” (VASILACHIS, I., 2009: 16).

En base a esto, la investigación empleó dos tipos de fuentes:

➡	Fuentes Primarias: consistentes en material de primera mano, es decir, obtenido desde su base de origen, como son textos sobre hermenéutica contemporánea, que aportaron a situar la investigación y construir el filtro de análisis comprensivo. Conjuntamente, se accedió a literatura de Trabajo Social dividida en libros, Tesis Doctorales y Artículos indexados, utilizados en el trabajo de aplicación del filtro.
➡	Fuentes Secundarias: cuya información, si bien no proviene del original, contribuyó a la interpretación y explicación genérica del fenómeno, el contraste con el problema y objeto de estudio, así como a la evaluación teórica y temática de esta investigación. Aquí aludimos a artículos extraídos de revistas científicas, bibliografía general y referencias empíricas para poner en contexto la materia tratada.
➡	

8.- PLAN DE ANÁLISIS

Para el análisis de la información *“los datos han de ser reducidos [...] hasta llegar a una serie de categorías que permiten procesarlos y lograr conclusiones comprensivas”* (PEREZ SERRANO, G., 2008:69). Eso fue posible tras la revisión y articulación interpretativo-explicativa de la información generada por el análisis de contenido manifiesto y el temático, este último usando los fichajes (contenidos de las fichas), así como su organización a través de tesauros y redes semánticas, en tanto insumos que se trabajaron en los diferentes momentos del quehacer hermenéutico.

MOMENTOS DEL TRABAJO DE ANÁLISIS	
Establecimiento de parámetros para la revisión de enunciados narrativos.	El proceso de análisis inició con la selección de los textos, a través de criterios determinados (generales y específicos). En base a tal material de trabajo se revisaron y organizaron citas textuales para acceder a su campo narrativo y argumentativo, atendiendo a la comunicabilidad de sus mensajes.
Caracterización del contexto original del texto.	Permitió el desarrollo de una mirada panorámica y reconocimiento del marco general en el que los textos fueron escritos, formando una sinopsis del intérprete sobre las dimensiones socio-históricas y culturales que dan sentido original a los discursos fijados en ellos, así como a su vigencia, pertinencia y utilidad a esta investigación.
Organización de las coordenadas para el análisis de textos.	Partió retomando la pregunta directriz y los objetivos de investigación, para establecer el marco orientador a la aplicación del filtro de análisis comprensivo construido. Se optó por un análisis de contenido manifiesto y uno temático, lo que favoreció la selección de aquellos ámbitos del material estudiado, que ofrecían mayores opciones al análisis, según su pertinencia y productividad argumentativa, detectada en la reconstrucción analítica y conceptual de sus contenidos.

<p>Aplicación del filtro de análisis comprensivo al contenido de campos argumentativos.</p>	<p>Correspondió al examen del material, mediante la aplicación del filtro de análisis comprensivo, tomando como coordenadas las condiciones, características y requisitos necesarios para la fructificación hermenéutica de figuras discursivas. A través de los criterios de falta, falla y obstáculo se fue dando cuenta del significado que la interpretación otorga al plano narrativo, conceptual y semántico de los textos, llegando a sus proposiciones de base, de modo de comprender las relaciones de fuerza entre ellas y los enunciados (según lógicas de oposición o asociación), así como otorgando razones para explicarlos, en el contexto de este estudio y su problema hermenéutico de referencia.</p>
<p>Síntesis reflexiva y proyecciones analíticas</p>	<p>En esta instancia se formularon nuevos cuestionamientos del investigador respecto al problema y objeto de estudio, tensionando las premisas centrales con los hallazgos relevados. Así, se ofrecieron propuestas y respuestas al potencial hermenéutico de la disciplina y su posibilidad de fundamentación en la formación, investigación e intervención de Trabajo Social contemporáneo. En este sentido, el filtro de análisis comprensivo se tradujo en un aporte de constructo teórico a la re-significación y re-configuración de categorías centrales de comprensión, aportando una nueva mirada al desarrollo del enfoque hermenéutico, aplicable como matriz de pensamiento que permitió fundar nuevos razonamientos y estimular nuevas argumentaciones en la disciplina, estimulando el debate epistemológico sobre la materia.</p>

9.- CRITERIOS PARA EL ANÁLISIS DE LOS TEXTOS.

Los criterios orientadores del análisis comprensivo se establecieron sobre la base del “*modelo de la evidencia*”, propuesto por Martín Heidegger (2014), que se asienta en tres principios fundamentales: la falta, la falla y el obstáculo. Tales criterios iluminaron la ruta de las interpretaciones y explicaciones del investigador, asumiendo que la comprensión nunca es total, sino una búsqueda provisoria de las pretensiones de validez

inscriptas en los campos argumentativos estudiados, apoyados en el presupuesto de que cualquier análisis hermenéutico conlleva un cuestionamiento, pues comprender es, ante todo, una posibilidad de develar el *poder del lenguaje* (HEIDEGGER, M., 2000: 55).

Falta: este criterio llama a encontrar los intersticios en el contenido de los textos para, a partir de lo que hay, reconocer la “pérdida, carencia o privación” de lo significativo a la construcción y aplicación del filtro de análisis comprensivo. Fue una opción para reinterpretar y reestablecer razones sobre los presupuestos y aseveraciones exhibidas en los documentos estudiados. Esto, pues los enunciados responden a proporciones legitimadas mediante su propia evidencia, es decir, no sólo por palabras sino por su “[...] *contenido representante* o su *contenido representado*” (RODRÍGUEZ, L.: 2004: 66).

La falta apunta a la adecuación intelectual propia del texto, por lo que su expresión se funda en la misma presencia de la ausencia en el objeto discursivo, tras la interpretación a las propuestas originales de los textos. Dicho criterio se apoya en los registros de base, yendo más allá de la composición estructural del escrito. Entonces, el hilo conductor de la comprensión radica en des-ocultar el ser de los textos, revelando el carácter limitado o amplio, parcial o global de sus postulados, así como de la modalidad de validación discursiva a partir de su propio contenido.

Es la proposición “[...] *no es el lugar de la verdad, sino la verdad el lugar de la proposición*” (HEIDEGGER, M.: 1998: 135), lo que insta a develar su necesidad o contradicción (lo asertórico), para discutir o negar lo que se argumenta como efectivo (lo apofántico).

De esta manera, se procuró mostrar la cara y/o contracara de supuestos justificados, posibles de identificar en objetos de discurso, tras las aperturas de sentido en su desarrollo y no en una verificación que llevará a probar si los argumentos eran verdaderos, ya que las “[...] *conclusiones sometidas a falta no pueden destruir una afirmación en su posibilidad de verdad, solo refutarlas*” (HEIDEGGER, M.: 2014:86).

Falla: aparece en la disrupción entre descripción y fundamentación de los campos argumentativos, que es donde se define el movimiento del lenguaje de los textos. Eso saca al escrito de su propio eje, “[...] *lo precariza y lo expropia de sí mismo*” (de su razón de ser) (HEIDEGGER, M.: 2000: 101), por tanto la falla vendría dada en la negación “de lo qué” (problema), “sobre lo qué” (objeto) y “para lo qué” (propósito) fue formulado un cierto contenido.

La falla se genera en la disociación de la tesis del texto, los planteamientos y sus definiciones. Si el argumento se adscribe sólo a un aspecto particular, de manera arbitraria, omite otros de relevancia para atender y entender el problema central en discusión, deformando las premisas centrales y haciendo que el contenido pierda su modo propio de ser. Para afrontar la falla, la labor hermenéutica consiste en volver a repetir la comprensión general del texto (ir a su motivo y motivación original), pero, ahora bajo una nueva perspectiva (la del investigador), ejerciendo una fusión de horizontes y una observación no lineal al contenido de lo escrito.

Ahora bien, el resultado del análisis no busca borrar el sentido histórico de los documentos estudiados sino, ante todo, abrir otra situación hermenéutica que contribuya a comprender el campo argumentativo, tanto en su impacto como en “*su resistencia y utilidad*” (REDONDO, P.: 2001: 125). Esto, supone confrontar lo que se incluye o se prohíbe para acercarse a lo que se postula en los textos, a través de la modalidad de ejecución del contenido, su maduración e innovación, su rigidez o fragilidad, etc. Entonces, comprender por falla no implica avanzar confirmando sino, más bien, descartando argumentos que contradicen el sentido fundamental del texto, pues como sus discusiones aspiran a una dimensión veraz relativa, exigen ir constantemente hacia su interrogación y redescubrimiento analítico.

Obstáculo: indagar los textos desde el obstáculo implica explorar sus pretensiones de validez, lo que se evidencia al develar aquello que se encubre detrás de lo dicho, posibilitando que su ser se manifieste tal y como es (HEIDEGGER, M.: 1998: 140). Se parte de la idea que enunciar es exponer algo, por lo que sus pretensiones de validez pueden encontrarse al comprender lo que se inscribe en sus proposiciones, haciéndonos ver que la fructificación del discurso no se da en afirmaciones últimas o incuestionables.

El análisis hermenéutico no se centra en buscar la confirmación de lo dicho en el escrito, ya que eso puede distorsionar o dificultar la comprensión sobre la formulación de los objetos discursivos. Por tanto, salir del obstáculo es hallar la condición de provisionalidad del conocimiento formulado, pero, sin descentrarse del contexto que define su propuesta original, ya que de lo contrario sería una “*verdad inmanente*” (HEIDEGGER, M., 2014: 116).

El texto es un mundo donde acontece sentido, que debe ser liberado en el tratamiento de categorías y conceptos, donde es posible encontrar la fuente de pérdida en la autonomía del lenguaje (su rango y posición). Así, el obstáculo se reconoce en enunciados sustentados por nichos cerrados de conocimiento, cargados de tautología, eufemismos y/o razonamientos ilógicos, exaltando un statu quo argumentativo que naturaliza o normaliza intelectualizaciones de “*verdades inamovibles*”. En rigor, el obstáculo describe uno de los efectos de la falla, pues paraliza o endurece la asimilación, asegurando la equivocación como soporte de los planteamientos y sus fundamentaciones, lo que conlleva un distanciamiento en la “*autenticidad profunda*” de los textos (REDONDO, P.: 2001: 120).

10.- VALIDEZ DE LA INVESTIGACIÓN

Para garantizar la validez de este estudio, se resguardó la debida conexión entre el enfoque hermenéutico, las premisas de investigación, y el proceso de análisis comprensivo. Así, la *Validez Interna* se fue perfeccionando en el despliegue de la investigación, tras la generación de información, su continua revisión, comparación y análisis, de acuerdo a categorías de referencia realimentadas y reevaluadas por vía de constructos teóricos (aportados por el filtro de análisis comprensivo). Mientras que la *Validez Externa*, está dada en la contextualización y re-contextualización de cada texto, ofreciendo mayor congruencia a la comprensión de resultados y conclusiones.

Para tales efectos, los criterios de validez que direccionaron la presente investigación fueron los siguientes:

➡	Justicia e imparcialidad: la mirada, perspectiva de comprensión y argumentación del investigador se hizo consciente de sus sesgos particulares, lo que “[...] <i>no supone ni neutralidad frente a las cosas, ni auto-anulación, sino que incluye una concertada incorporación de las propias ideas y opiniones</i> ” (ARRÁEZ, M., 2006:174).
➡	Inteligencia crítica: basada en la capacidad para analizar, bajo una lectura hermenéutica, no sólo las características evidentes en la narración y morfología de los discursos escritos, sino además sobre “[...] <i>el contenido relevado en su comprensión, contrastado con el conocimiento existente</i> ” (VASILACHIS, I., 2009: 12).
➡	Apertura y publicidad: otorgando claridad y detalle a los diversos momentos del trabajo hermenéutico, desde la construcción del filtro de análisis comprensivo hasta la generación de conclusiones, regulando el proceso por vía de “[...] <i>patrones de intercambio entre códigos y significados</i> ” (PEREZ SERRANO, G., 2008: 27).
➡	

11.- TRIANGULACIÓN.

Tanto la validez como la confiabilidad del proceso y los productos de la investigación, requirieron de “*control cruzado*” (TAYLOR, S.J. y BODGAN, R., 2006: 95), conseguido al confrontar la interpretación con la explicación y viceversa, procurando que las debilidades de cada actitud particular fueran compensadas por las fortalezas entre ellas. Con la finalidad de alcanzar una mayor concurrencia entre los antagonismos y complementariedades de dichas instancias, se asumieron tres funciones preponderantes, a saber:

➡	Enriquecimiento: orientada a la concordancia de los registros de información con la explicación y síntesis de la misma, aumentando la pertinencia en la aplicación del filtro de análisis comprensivo sobre los discursos escritos, previamente trabajados a través del análisis de contenido manifiesto y/o temático (según corresponde). Así se fortalecieron los resultados y conclusiones, “[...] <i>abriendo nuevos escenarios de discusión derivados de la investigación</i> ” (BERICAT, E., 2008: 142).
---	---

<p>➡</p>	<p><i>Aumento de la confiabilidad:</i> aportando a la validación de las reflexiones mediante “<i>procesos críticos y evaluativos de categorización, contrastación, enlace y teorización [del material]</i>” (DELGADO, J., 2009: 84), generando clases o conjuntos de significados respecto de cada componente discursivo, códigos o datos, ofreciéndoles un sentido en contexto, según ciertos niveles de inferencia, con que se confrontaron las premisas centrales de la investigación.</p>
<p>➡</p>	<p><i>Validación racional y empírica:</i> dada en la “<i>evaluación e intelectualización de las evidencias lingüísticas del discurso [escrito]</i>” (GAITÁN, J.A. & PIÑUEL, J.L., 2008: 95), rescatadas por análisis directo e interpretación secuenciada, consiguiendo mayor precisión conceptual, ilustración semántica y proliferación heurística en el análisis, a través de una constante explicación teórica, para ampliar, reformular y sintetizar tanto constructos como directrices de comprensión.</p>

CAPITULO III

MATRIZ TEÓRICA

1.- APROXIMACIONES A LA HERMENÉUTICA COMO TRADICIÓN DE PENSAMIENTO.

A lo largo del desarrollo de las sociedades las personas han tratado de entender, asimilar y comprometerse con las diversas formas en que se manifiestan las relaciones de existencia y de co-existencia, haciendo esfuerzos por contextualizar y recuperar el sentido de su origen y la significatividad de sus posteriores consecuencias sociales. La hermenéutica ha ofrecido aportes relevantes, sobre todo para aproxímanos al límite entre los fenómenos y su complejidad interior, exigiendo un prudente valor comunicativo y transformativo de la razón, contrapuesto a la idea de que la teoría se impone a las esencias y que estas últimas son afectadas o alteradas por parte de quien crea la realidad, según lo impostó la filosofía de la conciencia.

Ahora bien, el propio recorrido de la filosofía, y sus constantes giros, da cuenta de que incorporarse en el universo de la hermenéutica supone visitar su tradición como corriente de pensamiento, testimoniada en los amplios y profundos planteamientos de diversos filósofos e intelectuales que nos ayudan a sintetizar hitos y avances. Esto, reclama sacarla de la zona de lo ordinario y de las ambigüedades derivadas de un uso trivial y facilista, así como, también, clarificar el mal entendido que la cristaliza como tendencia, moda o actualidad teórica y metódica, entendiendo que inicialmente se circunscribe al mundo helénico y romano, mientras que sus fuentes modernas se instalan, primordialmente, en la Alemania del siglo XIX.

Sobre esa base, tratar de aclarar las acepciones con que se ha abordado el término hermenéutica abre controversias que aún persisten y que se apostan en la búsqueda de comprender la orientación, la tarea y el desarrollo de una disciplina que, al mismo tiempo, ha nacido para formular y relevar una escuela sobre la comprensión misma. En búsqueda de su elucidación se ha tendido, homológamente, a tratarla como teoría, paradigma y/o doctrina, aun cuando hoy hemos aprendido que debe ser concebida como un “[...] *metalenguaje de la interpretación* [...]” (RECAS, J., 2006: 33), capaz de permear los variados campos del saber y sus peculiares formaciones discursivas.

Literalmente, hablar de hermenéutica implica aludir a una práctica del entendimiento que se encuentra orientada a descifrar, exponer, interpretar, explicar y traducir textos, no sólo escritos, además, relatos, obras, acciones, iconos y/o gestos. Eso deja ver el lugar que ocupa en cualquier dimensión de la realidad, ya que la propia condición humana nos insta a una profunda visitación de su fundamento y su lenguaje, mediante el “[...] *juego de imitación y de intercambio [...] del placer que produce el destello súbito del sentido del mundo*” (GADAMER, G.H., 2002: 13).

Se puede aseverar, entonces, que la relación hermenéutica – mundo es tan antigua como lo es el propio lenguaje de la humanidad, así como su facultad para representar la realidad, comunicar algún contenido respecto de la misma e incidir sobre lo que ha ocurrido, ocurre o lo que podría venir. De ahí, que su máxima pretensión es descifrar el significado oculto de cualquier texto y, con ello, desarrollar la comprensión en la razón misma, no sólo con miras a su traducción literal sino que, conjuntamente, para levantar nuevos fundamentos y criterios que permitan reinterpretar y afectar lo que corre como historia, memoria y/o fundamento del mundo (*ut in orbi text*).

En un secreto acuerdo entre la etimología y la mitología podemos decir que la locución de este concepto proviene del verbo griego <<*hermeneuein*>> (interpretar) y del sustantivo <<*hermeneia*>> (interpretación), cuya aplicación más clásica se da en la teología y literatura, cuyas expresiones se encuentran registradas en diversos documentos y archivos de períodos ancestrales. Mientras Platón (427-347 a.c.) empleó el sustantivo <<*hermeneutiké*>> para designar el arte de la interpretación y transmisión de lo dicho en escritos sagrados, Aristóteles (384-322 a.c.), retoma el valor taxonómico <<*hermenëutikós*>> y lo asocia al esmero por aclarar un asunto que se torna confuso o vago en el entendimiento, reconociéndole un carácter profano y alegórico, cuya tarea es transmitir mensajes y presentar ideas, pues “[...] *la oración narrativa se presenta como mediadora entre el pensamiento y sus receptores*” (BAYON, 2006: 46).

Allí se hablaba de laberintos de lenguaje, conclusiones discordantes e incluso contrapuestas sobre realidades capturadas en la estepa de un escrito, por lo que se le convino en llamar “[...] *el arte de la interpretación de los textos*” (FERRARIS, M., 2010: 13). Era aplicada en la teología para estudiar las escrituras sagradas, tanto de la

Biblia como de otros documentos religiosos y no religiosos emanados desde distintas culturas, como por ejemplo los poemas homéricos.

Entonces, su función se ceñía a desplegar interpretaciones prácticas y literales, protegiendo el “[...] *devenir de los significados precisos y limpios del escrito, como las tersas ideas y formas puras en las que lo sustentaban*” (BEUCHOT, M., 2008: 12), sin comprobar lo que sólo se conoce de segunda mano o por mérito de la fe. De esta forma, asumiría el atributo de *tekhné*, esto es, una técnica destinada a transmitir lo que decían los textos, por lo que Platón la define como pseudo-conocimiento, un tipo de saber incapaz de alcanzar el nivel de verdad, ya que no logra trascender hasta el alma.

Desde ahí, podemos plantear que durante la antigüedad griega la hermenéutica se yuxtapone a la concepción de lenguaje, en cuanto fuente virtuosa para llegar al entendimiento, pues se concebía que “[...] *el lenguaje no representaba un instrumento del pensamiento, sino que era el lugar desde donde se conforma la comprensión del mundo*” (CATAGGIO, L.M., 2012: 15). De hecho, argumentamos junto a Palmer (2002: 29) que, con múltiples matices en su forma y significado, estas palabras (hermenéutica y lenguaje), también, se encuentran en los escritos de Jenofonte, Plutarco, Eurípides, Epicuro, Lucrecio o Longino.

Yendo al sentido originario del término *hermeneia*, nos topamos con el propósito de lograr la eficacia de su expresión lingüística que, para Károl y Kerényi (1963), constituía el alfa y omega del lenguaje como fuente de la cultura, mediante el que se ritualizó la divinización y las mitologías, a través de narraciones, palabras en acto y expresiones discursivas, cuyo origen sagrado impactaba la tradición entre generaciones. Sobre esa base, pensar en la *hermeneuein* suponía aventurarse a la llegada de un aviso del destino o a la exposición de una explicación sobre lo que ya había sido planteado, encaminándose hacia la comprensión de oralidades, razones testimoniadas y simbolismos de las lenguas, con la finalidad de hacer cercano algo que parecía lejano al intelecto.

Su uso se destinaba a entregar razones sobre el universo, el origen del mundo, los fenómenos naturales y cualquier otra cosa para la que no existía una explicación lógica y coherente, de esta forma se veía como un atributo heredado por el dios Hermes, aquel

mensajero del olimpo ocupado de descifrar y dar a entender anuncios, amonestaciones o profecías a los mortales. Ello, pues el contenido de tales recados poseía una densidad y grandeza que superaba, de sobremanera, la simplicidad del pensamiento humano, por lo que la función de aquella deidad de pies alados era llevar a la comprensión una cosa o situación enigmática, creando la oralidad y la escritura, como medios para capturar y transportar significados.

Sin embargo, para Philipp August Böckh (1886) - en términos netamente semánticos y semióticos -la palabra *Hermeneia*, cuya raíz proviene de los códigos lingüísticos *Hermeneus* y *Hermeneutes* que, a su vez, hacen derivar la notación *Hermeneutiké* -, esta facultad habría de ser identificada, más bien, con la usanza del latín *Sermo* (decir) y *Verbum* (palabra), cuyo propósito no sería explicar sino establecer una afirmación. Bajo este prisma, la hermenéutica no presentaría vínculo lingüístico con el legendario dios Hermes, salvo la semejanza fonética – fonológica que se apresta a dicho término, siendo más cercana a la labor específica que llevaban a cabo los sacerdotes en el santuario del oráculo de Delfos, encargados de consultar, proclamar y repetir las palabras emanadas desde las distintas divinidades griegas.

Ante tales consideraciones, plantea Ebeling (1959) que el significado de dicho vocablo contempla, a lo menos, tres direcciones predominantes en torno a las finalidades del lenguaje: *decir* (expresar), *explicar* (interpretar) y *traducir* (ser intérprete) (FERRARIS, M., 2010: 11 & PALMER, R., 2002: 30 – 52)². Entonces, la hermenéutica referiría a la capacidad de enunciación y de anunciación que se recoge del lenguaje, en tanto proclamación y expresividad que puede ser interpretada en todo aquello que deja ver algo desde sí mismo (textos diversos), inspirando explicaciones o razones consistentes y fundamentadas sobre sus significados y significaciones, poniendo énfasis en la traducción (literal, libre o simbólica) del contenido de campos argumentativos y la clarificación del sentido en sus proposiciones puestas en contexto.

Con el correr de los años, filósofos sirios, egipcios, judíos y de otros pueblos que hacían filosofía griega, ya no vivían como propio el legado de Homero y sus dioses, por lo que les interpretaban a través de modalidades religiosas diferentes. En este escenario, tras el

² Tales usos devendrían del significado clásico que los griegos ofrecen a la hermenéutica en tanto *hermēneuein* – *hermeneia*.

comienzo del cristianismo o más exactamente en la época patrística, se distinguen dos Escuelas Hermenéuticas, cuya diferencia estriba en la mayor o menor acentuación depositada sobre la literalidad en la interpretación de los textos bíblicos (GIANNINI, H., 1998: 305):

La Escuela de Alejandría (siglo II-III), donde destacan los nombres de Panteno, Clemente y Orígenes, brindó un fuerte carácter especulativo y filosófico a la tarea exegética de hallar el sentido oculto de los escritos bíblicos. La hermenéutica era vista como un arte (imaginación), que utilizaba el método alegórico bajo el presupuesto de que en las sagradas escrituras era posible encontrar, sin abandonar la regla de la fe, tres sentidos diferentes y complementarios: uno literal (físico), uno moral (psíquico) y uno intelectual (espiritual).

La Escuela de Antioquia (siglo III – IV), caracterizada principalmente por el énfasis en el análisis gramatical y contextual de las escrituras, contó como fundador a Diodoro de Tarso, acompañado de sus discípulos Juan Crisóstomo y Teodoro de Mopsuestia, los cuales ponían énfasis en la interpretación fiel e histórica de la Biblia, situando a la hermenéutica como una ciencia pragmática, cuyo rigor racional lograba traducir lo que, efectivamente, los autores sacros habían querido decir en sus obras.

Mientras el problema de la hermenéutica antigua estuvo referido al “[...] *entendimiento de textos canónicos con una dimensión normativa de índole moral o religiosa* [...]” (GONZÁLEZ, M., 2007: 340), en el Medioevo, gracias a la literatura latina y la patrística, influenciadas por concepciones platónicas, aristotélicas y estoicas, se robustece y cultiva una interpretación más ligada a puntualizar, por pautas de exégesis, los sentidos que revelaban las escrituras bíblicas a una contemplación cristiana. Se acentúa el postulado de que lo religioso, y lo sacro-trascendental en general, eran poseedores de un enorme simbolismo místico y misterioso³, estimulando la pesquisa de paradojas y ambigüedades en las escrituras teológicas, al establecer que el sentido de un enunciado se encuentra en su *verbo interior*, como reflejo de la experiencia espiritual originaria de la palabra divina, que no podía definirse por la estructura del *verbo exterior*.

³ Aquí la exégesis, por reacción frente a lo místico, también se vuelve asunto de profesores, quienes se basaron en esquemas rígidos de lógica aplicada, en pro de una razón más científica, ofreciendo un marco normativo y regulatorio al desarrollo de la comprensión, que no fue suficiente para superar un milenio de oscurantismo medieval

De otro lado, el Renacimiento, la reforma y el humanismo (como antesala a la modernidad), postergaron la hermenéutica espiritual inculpándola de imprecisa, privilegiando la univocidad reforzada por el surgimiento de la filología como ciencia, cuyo propósito era llegar al sentido exacto de aquello que había sido expuesto en los escritos antiguos⁴. Se potencia un perfil de objetividad depuradora, apto para corregir las interposiciones medievales y para hacer renacer el humanismo clásico⁵, arrojándose al estudio del lenguaje escrito o del vestigio de las lenguas, las dicciones idiomáticas y la literatura en general, ocupándose de “[...] *la revisión crítica del contenido de los textos, con la consiguiente re-posición de su versión auténtica –el “verdadero significado”- como objetivo final*” (BAUMAN, Z., 2002: 7).

A diferencia de lo anterior, en el período Barroco prolifera la interpretación por alegorías, símbolos y emblemas, acompañando estudios a los mitos de diferentes religiones, así como de jeroglíficos y de enigmas espirituales. Ahora bien, entre el barroco y la Ilustración se suscita una ciencia nueva, contrapuesta a la historia y la filología, que seguía la ruta encabezada por la obra de Galileo en el ámbito físico-matemático, instalándose como una suerte de racionalismo y empirismo ilustrado, aparejado de grandes dualismos en una incipiente modernidad que atestiguaba la separación, por ejemplo, entre lo analítico y lo sintético, la verdad de la razón y la verdad de hecho, el cuerpo y el alma, etc.

Decenios antes del siglo XVII la hermenéutica se ve amenazada con su desaparición, al ser minimizada casi cabalmente por el poderoso decaimiento del humanismo, así como de la tradición y el canon clásico del pensamiento basado en presupuestos, entrando en fuerte contraste tanto con la aparición del conocimiento naturalista – matemático y empírico – nominalista (Bacon, 1620), como del método racionalista (Descartes, 1637) y el empuje de una posterior lingüística objetiva y analítica que, ávida de un nuevo carácter metodológico, contribuyó a quebrar la asociación pensamiento-lengua y pensamiento-especulación (base de los futuros aportes de Saussure). Aun así, siguiendo

⁴ Renacimiento, Humanismo y Reforma (siglo XIV – XVI). Otorgan a la hermenéutica una responsabilidad netamente filológica, relativizando el principio sagrado de la tradición en atención a la fórmula luterana *sola scriptura*, que proclama una autosuficiencia de esta doctrina, asentada en los principios de literalidad y claridad de las escrituras (*sensus literalis*).

⁵ La filología se gesta, primordialmente, ceñida al estudio de la letra y la palabra en documentos, procurando una fiel reconstrucción del sentido original y cultural que definía a los textos.

a Ferraris (2004), la reflexión hermenéutica no desestimó su brío hacia la problemática de la comprensión del sentido, donde suenan aportes de la corriente universalista, el pietismo, la teología política, el neo-humanismo y la perspectiva post-ilustrada, tan propias del siglo XVII y XVIII.

De todas maneras, se da una sostenida inspiración programática para erigir una teoría general de la interpretación como propedéutica de todas las ciencias, inspirada en la asimilación del trasfondo histórico concreto que delimita a un texto, cuya finalidad era analizar el significado de los enunciados y proposiciones, más no su gradiente de verdad o falsedad, escindiendo la lógica (que enseña a razonar) y la hermenéutica (que enseña a comprender). Se va perfilando una dialéctica entre universalidad y libertad, muy característica de la Ilustración, puesto que, de una parte, el intérprete tiene que asimilar objetivamente el sentido del texto y, de otro lado, cuenta con pleno derecho a mostrar un punto de vista particular frente a la tradición, brotando la necesidad de indagar en todo tipo de signos y sus conexiones, como sucede en el caso de la ligadura entre las palabras (signos artificiales) y las cosas del propio mundo (signos naturales).

Existe consenso en el hecho de que el Tratado Teológico Político de Baruch Spinoza (1670), ubicado en la zona de interpretación bíblica, ostenta gran incidencia en el desarrollo de una hermenéutica ilustrada, desde la idea de que no debe sobreponerse ningún precepto a la literalidad de los escritos, si ellos no constituyen evidencia de su propia historia, ya que para la comprensión secularizada de las sagradas escrituras, es menester llegar al sentido moral, al espíritu y mentalidad de su autor. Es un intento por contrarrestar la premisa de que se conoce sólo aquello que se hace, ya que nuestro saber esta, siempre, mediado por la tradición, de modo que el mundo humano no se entiende de igual forma que el mundo natural.

Dichos avances, redundan en la versión alemana de una hermenéutica enciclopédica, en la que se propone integrar el análisis comparado de los documentos pretéritos (sagrados y profanos) con las investigaciones etnológicas, lingüísticas, jurídicas e históricas que estén en curso⁶. Ahora bien, recién a finales del siglo XVIII e inicios del XIX se

⁶ Cabe señalar que los siglos XVII y XVIII vieron surgir tres tipos especiales de hermenéutica: la hermenéutica teológica de los textos sagrados, la hermenéutica profana de los clásicos griegos y latinos, la hermenéutica jurídica interesada en la justa y precisa aplicación de las leyes.

reconoce en la filología un real aporte científicista. La Ilustración dio paso al romanticismo y al positivismo, ambos profundamente opuestos, pero, al mismo tiempo, asfixiados de modernidad y racionalismo. El Romanticismo despierta una hermenéutica asimilada como *teoría de la comprensión humana*, desde donde los posteriores trabajos desplegados por Friedrich Daniel Ernst Schleiermacher (1768 – 1834)⁷ incluyen no sólo la interpretación de la comunicación escrita sino, también, formas verbales, otras de orden no verbal y el mundo de la pre-comprensión.

Para el romanticismos la hermenéutica es asumida como el arte del entendimiento a partir de la “[...] *reconstrucción histórica y adivinatoria, objetiva y subjetiva de un discurso dado* [...]” (CORETH, E., 1972:32), como parte de la post – ilustración que trajo una fuerte crítica a la idea de un saber sin presupuestos, reasumiendo una concepción trascendental del lenguaje, en cuanto núcleo de la razón y la revelación que funda la cultura y la historia. En definitiva, los parámetros romanticistas enfatizan en una reciprocidad entre pensamiento y palabra, para llegar a descubrir proposiciones nuevas o desconocidas.

También, emerge la que podría concebirse como una hermenéutica positivista, que tiene lugar sólo donde se logra la exactitud en la definición de las palabras. Esta, admite la lectura única sobre lo dicho, es decir, una interpretación que ofrezca argumentaciones rigurosas y evite malos entendidos o ambigüedades, al modo como lo pudo proponer John Stuart Mill (1806-1873).

En esta época, el mismo Scheleiermacher (después de las Obras de F. August Wolf (1759 – 1824) y de Georg A. F. Ast (1776 – 1841)⁸, concibió el pensamiento hermenéutico como ciencia de las reglas necesarias para identificar el significado de los signos, que promueve una comprensión de lo clásico, pero, buscando una superación a la distancia temporal con lo actual. Era un esfuerzo para captar el espíritu detrás de la

⁷ Teólogo, filósofo y filólogo que se opone, radicalmente, a las previas posiciones idealistas, planteando una Hermenéutica General, aplicable al discurso hablado desde una dimensión crítica sujeta a la ilustración.

⁸ Friedrich August Wolf, impulsa la complementariedad metodológica en el tratamiento hermenéutico de la Historia Antigua y la Filología Clásica, aun cuando el desarrollo autónomo de la primera será más tardío que el de la segunda. Por su parte, Friedrich Ast ofrece la primera y real explicación al círculo hermenéutico, enfatizando en que junto con comprender pasajes propios de una obra textualizada (unidad y conjunto), es indispensable apreciar tanto la mirada subjetiva del autor como la expresión objetiva de una época que le influye y la fuerza del espíritu universal.

finitud de la palabra, a través de un arte de la interpretación empática del otro y su discurso, por parte del intérprete.

Se ocupó de interpretar textos de los antiguos griegos y, también, la Biblia, buscando acercarse al sentimiento puesto en el escrito, de modo de llevarlo a una sumersión empática del mundo del autor. Afirmaba que se podía conocer el texto, incluso, mejor que el propio autor del mismo, apoyado por un esfuerzo semiótico para llegar a la unidad interna de los contenidos, interpretando la relación que presentan todos sus componentes terminológicos, hasta llegar a entender cómo, cada una de ellas, produce sentido.

Existe una supremacía del aspecto psicológico, referido al carácter subjetivo y peculiar de la individualidad, vinculado a elementos gramaticales definidos por leyes objetivas y generales del lenguaje. Allí, se avizoraba una posible teoría pedagógica de la interpretación, capaz de “[...] *descifrar el significado de las palabras en relación con su contexto lingüístico, siempre en concordancia con la totalidad del pensamiento del autor y reglas estrictas*” (ARRÁEZ, M., CALLES, J., & MORENO, L., 2006: 4).

Aquí se exponen, con más luminosidad, cuestiones sobre el círculo hermenéutico, estableciendo que la verdadera comprensión implica un método que puede reproducir el proceso de creación de una multiplicidad de significados. Esto, a través del encuentro del intérprete con el texto, logrando hacer aprehensible la totalidad de ese texto, en función de la traslación empática y el tratamiento del discurso, como un problema de comunicación.

Para Schleiermacher, el lenguaje ofrece el fundamento del mundo, auspiciando un hondo acuerdo entre la persona y la realidad, marcado por la razón y la voluntad de los sujetos que, no sólo viven y sienten, también se disponen a escribir la historia. Destaca que el espíritu humano sería meta-histórico y, por eso, se orientaría a entender el conocimiento dado sin caer, necesariamente, en explicaciones teológicas, ya que el significado de lo individual y singular sólo se captura en su vinculación con la totalidad de un contexto y un época⁹.

⁹ Esa es una contestación explícita a la metodología de las ciencias naturales y, especialmente, a la concepción teológica con que Hegel desarrolla su filosofía de la historia.

Ahora bien, en un salto temporal necesario, diremos que el siglo XIX fue de Friedrich Nietzsche (1844 – 1900) y de Wilhelm Dilthey (1833 – 1911)¹⁰ -luego de los trabajos de Ranke 1795 – 1886, y, Droysen 1808 – 1884¹¹. El primero, porque hizo de la hermenéutica una rama principal en la filosofía, con su premisa de que *no hay hechos, sino interpretaciones*, así como por su deseo de que el perspectivismo fuera prolifero, estableciendo una denuncia al pensamiento nihilista, reivindicando la metáfora, revalorando la retórica y relevando la mitología griega. Aun cuando, es Wilhelm Dilthey quien, tras una hermenéutica reconocida como saber general, se concentró en desarrollar el fundamento de las ciencias del espíritu en contraste con las ciencias naturales, intentando elaborar reglas globales para la interpretación y estudio de los fenómenos humanos, claro que, siempre contraponiendo la explicación a la comprensión.

En consecuencia, y desde un sentido ontológico, la hermenéutica ofrecería una base metodológica para todas las disciplinas, especialmente a las ciencias históricas, dirigidas hacia la comprensión de las distintas formas en que podemos representar el mundo, asentados en una autoconciencia histórica que “[...] libera, no sólo del dogma hermenéutico de la exégesis bíblica y del ars del modelo interpretativo de la filología, dejando atrás la hermenéutica clásica” (AGUEDO, 2011: 54). Fue un intentando por redefinir la categoría de hecho histórico, superando la reducción de los métodos naturalistas y la noción de historia como arte narrativo, destacando que las ciencias del espíritu tratarían los acontecimientos singulares, peculiares y únicos, que no pueden ser explicados por leyes generales, sino según un determinado conocimiento sobre el pasado, que se torna presente en el lenguaje.

Dilthey sostiene que “[...] imaginar es interpretar comprensivamente y comprender será el mecanismo para percibir la intención ajena [...]” (GIANNINI, H., 1998: 309), así se incorpora la dimensión valorativa del sujeto. A su vez, se reconoce que aquello

¹⁰ Se presenta como el metodólogo más destacado de la Escuela Histórica. El objetivo de su trabajo se centró en forjar la crítica de la razón histórica, para mostrar cómo la estructuración del mundo espiritual en el sujeto hace posible su saber de la realidad.

¹¹ A partir del siglo XIX emanan la hermenéutica histórica y la filología de las lenguas vivas, Johann Gustav Droysen (1808 – 1884), enfatiza que han de garantizar reflexiones metodológicas, con la finalidad de justificar la cientificidad de su conocimiento. Este pensador aporta a la distinción metodológica entre explicar (como propiedad de las ciencias exactas) y comprender (en cuanto atributo de las ciencias históricas), aspirando a salvaguardar: *las reconstrucciones metafísicas de Hegel y el cientificismo que pretendería trasladar los métodos de las ciencias puras a la investigación histórica.*

que le rodea es, verdaderamente, imposible de reconstruir, siendo el intérprete y su propio contexto socio-histórico y cultural los que condicionan el sentido y utilidad de un texto, haciendo emerger la experiencia como eje del proceso hermenéutico¹².

De esa manera, se pone hincapié en conseguir el significado de las cosas y las palabras por medio de la dialéctica del círculo hermenéutico, o sea, de “[...] *un movimiento del pensamiento que va del todo a las partes y de las partes al todo* [...]” (DILTHEY, W., 1980: 89). Lo mismo, manifiesta una densa concomitancia entre el conocimiento en desarrollo y los saberes a disposición.

En la pretensión de un estatuto epistemológico autónomo, se esperaba alcanzar, igualmente, cánones de objetividad interpretativa, reflejando un positivismo larvado; pero, ocupándose de un campo del que el propio sujeto de investigación es parte. Son las vivencias internas y las categorías axiológicas las que modificarían el objeto al comprenderlo, mediante “[...] *una exégesis basada en un conocimiento previo de la realidad* [...], *pero que a su vez da sentido a los datos por medio de un proceso circular*” (NIEVES, F., RÍOS, M., RUEDAS, M., 2009: 184).

El pasado y la tradición deberían entenderse en su propio dinamismo, lo que reclama hacer frente a la distancia temporal entre autor, texto e intérprete. Por esa razón, según Habermas (1982: 185), Dilthey quería sustraer de la comprensión el complejo de los deseos subjetivos, trasladándola a un plano contemplativo, acorde con el ideal de la descripción pura; pero, pasando por alto que esta disciplina, igualmente, se halla inmersa en el plano trascendental de los intereses e intenciones.

En rigor, desde la hermenéutica antigua a la moderna se acuña una cavilación que nos ayuda a discernir que el conocimiento humano se produce a través de la comprensión, respecto de un mundo afectado por la historia, la cultura y el lenguaje, permitiendo a los procesos sociales trascender a través de la escritura y la narración. Eso, trae múltiples

¹² Se reconoce una relación de indiferenciación entre sujeto y objeto, ya que la experiencia vivida da cuenta de nuestra realidad interna como, también, de las formas de saber históricamente sedimentados en la cultura y la sociedad. En este sentido, el concepto no poseería sólo un significado cognitivo o lógico, sino que también expresivo, por lo que la tarea de la hermenéutica sería comprender, conscientemente, las manifestaciones sobre el fluir de la propia vida.

posibilidades de entendimiento, pues no todo lo que está presente en un texto puede asimilarse desde un único sentido.

Cada texto reclama una atenta y dedicada indagación sobre su enunciación y contenido. Quienes se disponen a comprenderles deben desplegar una actitud receptiva y dispuesta a dejarse interpelar por lo que su argumento logra decir. Así, se traspasa la barrera que separa lo de adentro y lo de afuera, siendo esto: *su significado*.

Por consiguiente, la hermenéutica localiza, traza e hilvana, con la mayor precisión posible, los componentes de un texto. Como lo vislumbraron los helenos, decreta el significado de diversos objetos de lenguaje, que llevan hacia lo público el íntimo contenido de un discurso, más allá de la materialidad de las palabras.

La comprensión hermenéutica, logra “[...] romper con elementos simbólicos contenidos en la cultura, así como romper con las interpretaciones del mundo que hemos construido (o heredado)” (MARTYNIUK, C., 1994: 69). Eso se consigue sorteando las trabas que emanan de la propia complejidad del lenguaje, intercaladas, como se dijo, en el vacío que existe entre intérprete y texto, texto y autor, para comprender lo que ha sido, de algún modo, testimoniado como memoria sobre la realidad del mundo social¹³.

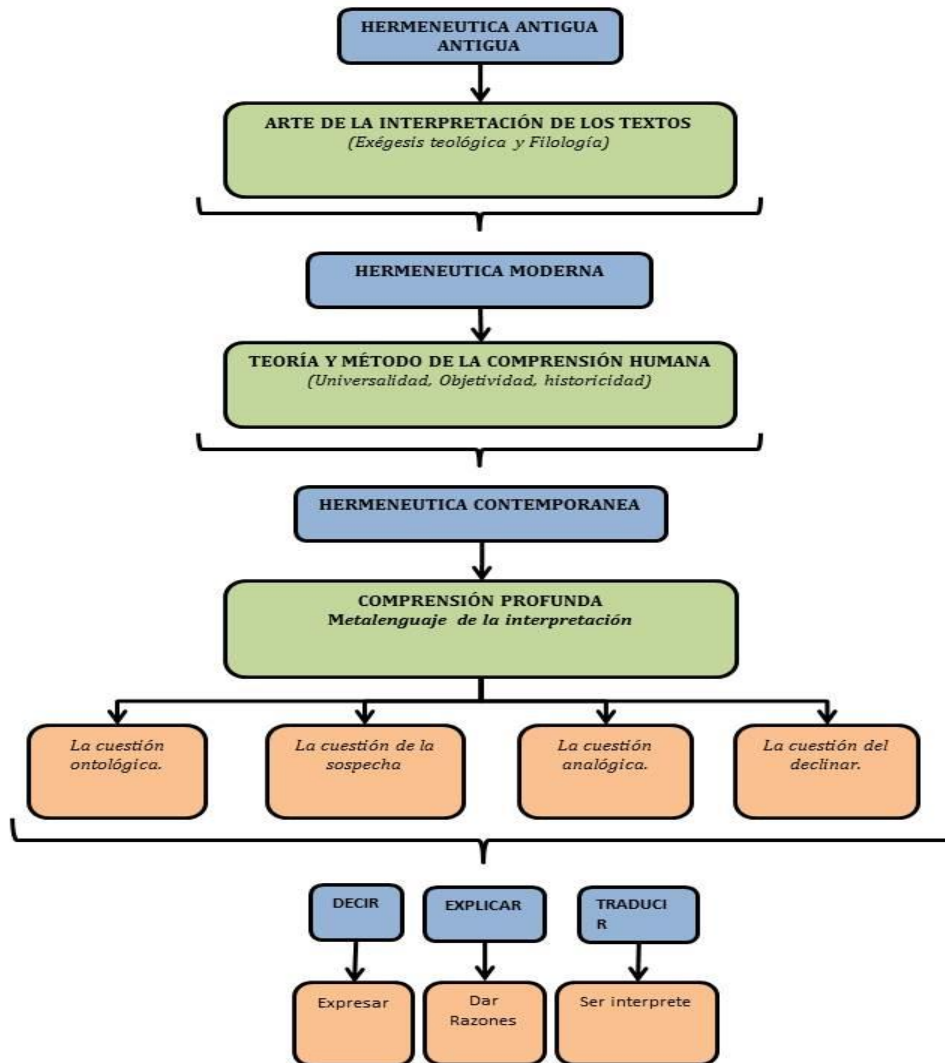
Dicha tarea propende a debatir si el ejercicio hermenéutico debe seguir por la ruta de interpretaciones de sentido literal o las de sentido alegórico, o si, tal vez, deberíamos pensar en una comprensión capaz de quebrantar dicha dicotomía e incorporar un necesario correlato entre interpretar y explicar la relación lenguaje – mundo. Esto, se viene pensando en las tendencias y modelos contemporáneos, desde las obras de Martín Heidegger (1927).

Por lo mismo, los principios hermenéuticos generales han sido, constantemente, formulados y reconfigurados, instaurándose de modo no estricto el esfuerzo por esclarecer lo recóndito en cada texto, validando la autonomía del intérprete para

¹³ Tales reglas hermenéuticas diferencian la cotidiana actividad de brindar y captar significados, en una espontánea e inconsciente relación con el mundo fenoménico, respecto del explícito dominio y mediación que la comprensión profunda realiza entre ciertos objetos de discurso y quienes se ocupan de su interpretación y explicación.

comprender las proposiciones e intenciones de sus campos argumentativos. Esto, coloca el problema de la traducción como cuestión entre lenguaje y texto, reconociendo su historicidad como construcción socio-histórica y cultural.

DIAGRAMA N°3: *Hermenéutica como Tradición de Pensamiento*



Fuente: Elaboración Propia.

2.- EL PASO DE LA FILOSOFÍA DE LA CONCIENCIA A LA FILOSOFÍA DEL LENGUAJE, DEL GIRO LINGÜÍSTICO AL GIRO HERMENÉUTICO.

La denominada *filosofía de la conciencia* instituye el pilar paradigmático de la filosofía moderna occidental que va desde Descartes (1556 – 1650) hasta Kant (1724 – 1804), pudiendo, incluso, alcanzar los postulados sistemáticos de Hegel (1770 – 1831), pese a sus confrontaciones con ciertas premisas kantianas. Aun así, su raíz se entronca en las discusiones de la filosofía antigua asentada por Sócrates, Platón y Aristóteles, quienes apostaron por una reflexión eidética, gestada en la facultad humana de razonar, conocer e intelectualizar la realidad circundante y comunicarla por medio del lenguaje, en tanto instrumento o medio del propio pensamiento.

Eso desembocó en posturas fuertemente subjetivistas, monológicas y mentalistas, donde destaca la primacía de la razón para concebir el mundo y sus estructuras, lo que vino aparejado de históricos dualismos entre mente y cuerpo, espíritu y materia, sujeto y objeto. De acuerdo a los planteos de Searle (1990: 32), se instala la idea de un sujeto cognoscente que va representando las cosas del mundo, a través de objetos sobre los que busca asegurar la certeza del saber, superponiendo el interés teórico para establecer, como verdaderos o falsos, diferentes estados de cosas o hechos.

De este modo, la subjetividad se auto-determina y se hace autónoma en la conciencia que objetiva el mundo. Se sigue la aseveración aristotélica de que el espíritu forja un *telos* inmutable, el que se aspira a realizar para auto-conservar su naturaleza. Así pues, se apropia o aprehende el ser de los entes, dentro de una cadena causal donde el sujeto puede afectarles o producirles según sus fines.

En consecuencia, la conciencia sería la encargada de estimular el despliegue de un saber cavilante, que nos pone alerta para darnos cuenta y reconocer la existencia de un mundo interior (sí mismo) y exterior (sociedad-naturaleza), pues “[...] *se ofrece ante todo con la inmediatez de la evidencia a sí misma*” (GOMEZ, C., 2009: 13). Recordemos que, para Descartes, el cogito conlleva la certeza de la que no se duda como, también, un criterio de validación consecutivo a ella, alcanzado en la reflexión sobre sí, o sea, en el Yo del sujeto que conoce y es auto-consciente e introspectivo.

El espíritu (en la fórmula *cogito ergo sum*) refleja la postura de un ser que existe y un acto que le proyecta al pensar, cuya verdad se erige en la reflexión, no en la verificación ni en la deducción. La reflexión sería el camino que lleva la conciencia inmediata a descubrirse por abstracción, esto es, como reflejo o representación de sus objetos, producciones, efectos.

Se enfatiza que en la representación está el concepto, una especie de constelación de ideas desde las que se expone y expresa un sentido. No refiere a la percepción sino a una concatenación lógica dentro de un sistema de pensamiento, por lo que sería la base y el límite de un logos inmanente que se impone a la presencia o existencia de algo; asunto muy característico de la literatura europea hasta el siglo XIX. Para Heidegger:

“[...] *La re-presentación es, pues, presentación, pero debilitada y aun ocultada [donde se despliega el siendo y no el Ser [...], muy cercana a la Naturaleza o Fisis, que es la presencia olvidada*” (LEFEBVRE, H., 1983: 23).

Bajo ese planteamiento, el sujeto sería una entidad privilegiada de representaciones que, en cuanto a sí, puede referirse a vivencias evidentes e inmediatas, encontrando en su reflexión sobre ellas la verdad como verosimilitud y certeza subjetiva.

Ahora bien, ese no es un parámetro suficientemente válido, ya que adolece de falta de contrastabilidad con la mundanidad, es decir, con la posibilidad de demostración de fenómenos que, a diferencia de lo que afirmaban las ontologías metafísicas, no cierran su existencia sólo en ideas. Hablamos de la necesidad de atender a cuestiones de hecho, pero, no solamente desde la reflexión conceptual que, como lo pensó Kant, caía en un análisis dogmático de la realidad.

La existencia de algo no puede asentarse en idealizaciones infinitas, respecto de lo que se haya frente al sujeto y su experiencia. Tales condiciones de posibilidad, aluden a un sujeto trascendental de carácter nomológico donde, atendiendo a Kant (1982), la conciencia lleva hacia un análisis de los elementos y organización de su experiencia como Yo pensante; como se propone en las lecturas de la crítica de la razón pura.

Así pues, el concepto de experiencia aparece como constitutivo, esto es, como un eje que forma al propio sujeto y sus posibilidades de apertura al mundo, en pro de la creación de nuevas experiencias, que llevan el sí mismo hacia la representación de la subjetividad, la existencia, la identidad personal, etc. Como se establece en el verbo kantiano, el Yo real no es una intuición sensible, más bien, logra ser intelectual en la medida que su existencia se da al pensar.

Sobre dicha cuestión, Hegel (2010: 115 y ss.) advierte el paralogismo que se da en la pretensión de que la conciencia se afianza sobre ella misma, planteo muy propio de los análisis particularistas, orientados al conocimiento en torno a objetos parcelados. Por lo tanto, reclama un necesario tránsito del *yo al nosotros*, en cuanto avance de la razón para entender las cualidades y relaciones de los objetos; pero, tras una mediación realizada desde el lugar del sujeto.

Se reconoce una apuesta por pasar de la conciencia a la autoconciencia y, de ahí, a la lucha entre autoconciencias en oposición, rechazando la premisa de una conciencia abstracta inmediata y proponiendo la necesaria constitución intersubjetiva del entendimiento y la identidad. Aun cuando, Hegel no consigue desafiliarse de los monismos filosóficos, pues, más allá de dichos cuestionamientos, se ve atrapado en su propio postulado sobre el espíritu absoluto.

Digamos acá que la culminación de esta tradición, sobre todo en su versión cartesiana, se vislumbra en la fenomenología trascendental de Edmund Husserl (1859-1938), quien instala la categoría de intersubjetividad del conocimiento comprensivo, como proceso gestado entre la conciencia y lo objetivo. Tal modo de conocimiento estaría, implícitamente, contenido en todas las operaciones lógico-cognoscitivas, como pre-estructura ontológica que reclama una idea de verdad no reductible, solipsista y representacional, siempre, “[...] *distanciada de algo en cuanto algo*” (HUSSERL, E., 1992: 103).

De esta manera, la razón haría operar un análisis causal destinado a conseguir resultados últimos, consolidando lo que ha sido constituido desde una actitud general de aprehensión y valoración de la realidad, respecto de la que es necesario y posible rescatar un cierto contenido de verdad. Para eso, lo importante es llegar a la esencia de

la conciencia intencional, inscrita en la abstracción, el juicio o la inferencia, y la forma como estas instancias se vinculan con objetos reales o posibles de concretar en las vivencias del sujeto, pues ellas encarnan la unidad entre el que piensa y lo pensado.

En este sentido, se busca una reconciliación del objetivismo científico y el subjetivismo del mundo de la vida, para abordar fenómenos que se muestran por sí solos y por encima del dualismo sujeto-objeto, ya que “[...] *toda conciencia es conciencia de algo*” (SZALISI, W., 1973: 49). Acá, se entrarían en juego categorías de entendimiento concebidas como esencias arquetípicas de los fenómenos, que apoyan su identificación, descripción y clasificación, rebasando el proceso egológico de la mera actitud natural, en la configuración de una realidad dada por sentada, supuesta o constituyente y, por tanto, incuestionable e inevitable ante la primacía de la conciencia intencional.

En consecuencia, parafraseando a Husserl (1991), los fenómenos serían una expresión y un producto psíquico, donde el sentido actúa como carácter del ser, por cuanto los potenciales objetos de conocimiento se construirían de antemano, en las auto-comprensiones de nuestro mundo vital primario. Tales cuestiones colocan la verdad en la idea de un sujeto racional y la tentativa de un lenguaje entre sujetos.

En definitiva, la filosofía de la conciencia gesta perspectivas modernas incapaces de sobrepasar las esferas del subjetivismo, o sea, un conocimiento dotado de razón, libertad, voluntad y autoconciencia, que forja un modelo de hombre auto-referente, concebido como un Yo trascendental, según lo vemos en el neo-kantianismo de Husserl. Ahora bien, bajo tales postulados, la primacía de una razón autónoma, con la facultad de dilucidar lo real y operar como fundamento de todo orden lógico, ontológico y moral, “[...] *desde principios del siglo XX, enfrenta profundas críticas sobre sus vacíos y vicios*” (BRIONES, G., 1999: 76).

Desde esa base, se fueron generando rupturas que trajeron consigo un necesario cambio de lógica, desembocando en lo que se concibe como *filosofía del lenguaje* o *giro lingüístico*. Es una arremetida contra un pensamiento asentado en las insuficiencias y agotamiento del conocimiento sustancialista, propio de una metafísica vetusta que apuntaba hacia una teoría de la verdad producida por una ciencia estricta, alejada de la experiencia cotidiana y de la verificación de su contenido.

Ahora bien, pese a que es Gustav Bergmann (1906 – 1987) quien acuña la expresión giro lingüístico en los albores de los 60', el mismo la adjudica a la filosofía del lenguaje ordinario incorporada desde 1921, con el Tractatus lógico-philosophicus de Ludwig Wittgenstein (1889-1951). A juicio de Bergmann, esa obra marca el hito que instaura la premisa de que los asuntos filosóficos han de ser referidos a los problemas de uso del lenguaje, pues lo que conocemos como realidad es consecuencia de nuestras mediaciones lingüísticas y, por tanto, comprender el mundo implica, también, la comprensión del lenguaje. De esa manera, se reivindican las deudas que sobre la materia presentó la obra de Saussure (1857-1913), que instaló la civilización del signo y la semiótica¹⁴.

Por consiguiente, el giro lingüístico conlleva una lógica inspección y una profunda reformulación en la concepción, sentido, significación y empleo del lenguaje que, desde el lugar de la hermenéutica propuesta por Heidegger (1995: 44), sería responsable de hacer aparecer los objetos, al llevar en sí la esencia del ser de los entes y la verdad de los mismos. De ahí que esta nueva tendencia filosófica muestre, como denominador común, la necesidad de trascender la figura del sujeto que forja sistemas de pensamiento omnicomprensivos y absolutos. Cuestiona la teoría de la conciencia y sus categorías psicológicas, al relevar el carácter situado y procedimental de la filosofía ante el lenguaje y el mundo real-exterior.

Dichos presupuestos se han establecido por la filosofía analítica, el pragmatismo, la filosofía post-analítica, la ética del discurso, el post-estructuralismo, destacando los trabajos de Frege (1848-1925), Russell (1872-1970), Schlick (1882-1936), Carnap

¹⁴ Ferdinand de Saussure es el padre de la lingüística estructural, reconocido por su obra post-morte "Curso de Lingüística" (1913), desde donde efectúa diferenciaciones entre la lengua (artefacto cultural compuesto de signos y producto social homogéneo), el lenguaje (actividad humana comunicativa y proceso social heterogéneo) y el habla (realización concreta de la actividad comunicativa individual e intencional). Su premisa es que el comportamiento verbal implica que la lengua opera por una suerte de contrato social, conformada de manera individual en el acto concreto de hablar como parte del lenguaje, que es una actividad colectiva. En su obra, va instalando dicotomías analíticas que presenta la ciencia lingüística, por lo que necesita un aprendizaje para comprender y conocer tanto su funcionamiento como sus relaciones sincrónicas (en un mismo tiempo) y diacrónicas (a lo largo del tiempo), acorde a determinadas épocas, pero, sin mezclarlas. También, contrapone una lingüística científica (interna, organizada y objetiva) a otra externa (contextual, valorativa, relacional), que enfrentan fuerzas contrarias, a saber: el tradicionalismo (espíritu de campanario) y la aceptación de novedad (intercambio comunicativo). De este modo, se instaura el soporte sintagmático y paradigmático para el siguiente desarrollo de la lingüística analítica.

(1891-1970), Wittgenstein (1889-1951), Ryle (1900-1976), Davidson (1917-2003), Strawson (1919-2006), Putnam (1926-2006), Peirce (1839-1914), Quine (1908 – 2000), Rorty (1931 - 2007), Bergmann (1906-1987), Grice (1913-1988), Ayer (1919-1989), Austin (1911-1960), Apel (1922-2017), Habermas (1929), Searle (1932), Foucault (1926 – 1984), Derrida (1930-2004), entre otros. Las diversas corrientes, a través de las que se expande el giro lingüístico, se han concentrado en ámbitos como la semántica, la gramática, los actos lingüísticos y los factores sociales del lenguaje, a partir de los que se brinda una nueva mirada a la praxis y decisiones humanas, las convenciones, la cultura y/o el conocimiento mediado simbólicamente.

Se reemplaza la comprensión de la esencia inmutable por la del cambio, al preguntar por las condiciones socio-culturales que determinan las formas de interpretar y explicar el mundo, aproximándose a lo que sucede y se produce en él, como bien lo enfatiza una línea basada en la filosofía de la comunicación. En rigor, se plantea que el lenguaje es el fundamento que sostiene toda actividad racional, por lo que no se independiza de la comprensión y del entendimiento, al que se llega argumentativamente desde múltiples puntos de vista, en torno a pretensiones de validez, verdad, veracidad y corrección, desarrolladas tras diversas performatividades discursivas.

Es una búsqueda de apertura hacia lo social y lo intersubjetivo, ofreciendo una posibilidad de crítica universal a la experiencia mediada por las reglas del lenguaje y el sentido. A diferencia de la filosofía de la conciencia, que erige su fundamento en las relaciones sujeto-objeto, llevando inexorablemente a la instrumentalización de la naturaleza externa e interna de las relaciones sociales, el giro lingüístico, sobre todo en su versión pragmático-trascendental, pone en presente:

“[...] *La función cognitiva de exposición de un estado de cosas, la función expresiva de demostración de vivencias y la función apelativa de exigencias dirigidas a los destinatarios*” (HABERMAS, J.: 2001 [1]: 354).

Así, se consigue una reconstrucción racional de las condiciones sociales, para llegar a un acuerdo intersubjetivo en los mundos de vida, saliendo del plano instrumental, técnico o estratégico de la razón, cuyo interés es el control y la tendencia al éxito, para, por el contrario, impulsar una acción dialógica que no se encierra en la “*falacia*

abstractiva” (APEL, K.O., 1984: 46). Se establece una directa relación entre mundo, conocimiento y lenguaje, esto es, entre lo lingüístico y lo extralingüístico, trayendo aparejado una doble condición, a saber: por un lado, como fin de la experiencia y, por otro, como expresión del pensamiento, y no sólo como medio de comunicación.

Al respecto, las figuras de Karl-Otto Apel (1994) y Jürgen Habermas (2002) consideran que interpretar es enjuiciar las instituciones culturales, desde una actitud de desconfianza que tiene que ayudarnos a descubrir los intereses que se mueven en la sociedad, muchas veces disfrazados de ciencia, conocimiento y poder. En esta línea podemos colocar, también, lo aportes de Michel Foucault, quien pone la hermenéutica frente a relaciones de poder enmarcadas en los diversos campos del saber y sus condiciones socio-históricas, que van definiendo las posiciones de quienes ejercen el control político en la sociedad. Atiende, además, a una hermenéutica de sí, para analizar las modalidades de subjetividad que derivan de esa forma de imponer el poder y que determinan a los sujetos.

Eso desata la imposibilidad de pensar o de conocer fuera de la intervención de los signos o símbolos lingüísticos, ya que los límites de la razón estarían en los márgenes del lenguaje, desde donde se construye la estructura lógica del mundo. Por lo mismo, existe mayor consenso en que el lenguaje no es un instrumento, vehículo o accesorio de comunicación entre sujeto y realidad, que se usa, simplemente, para mostrar representaciones del pensamiento, sino que es dueño de una entidad y una posición con sentido, capaz de hacer aparecer la totalidad de fenómenos que acaecen entre dimensiones materiales y empíricas, posibles de ser producidas, conservadas y transformadas lingüísticamente.

Como antes se dijo, el lenguaje no es estático, pues su función es fundamentar, argumentar o dar explicaciones sobre las cosas, el conocimiento y/o la acción humana, lo que depende de una histórica producción conceptual y de una pluralidad de “*juegos de lenguaje*” que constituyen nuestras formas de vida (WITTGENSTEIN, L., 2008: 38). Entonces, el descubrimiento de la conciencia lingüística lleva a concebirle como el fin de la comunicación, que responde a contextos para socializar pensamientos, actuar en conjunto o lograr coordinaciones en la convivencia, ya que todo llega a su dominio para ser entendido y aplicado como un a priori que, tanto en la versión analítica como en la

pragmática y trascendental, parte en enunciados y proposiciones de una razón situada o experiencial.

Los elementos del lenguaje son equivalentes e inseparables a entidades del pensamiento que, por lo demás, no se imponen como modelos ideales, ya que “[...] *el significado de una palabra es su uso* [...]” (WITTGENSTEIN, L., 1992: 43), en las formas de vida prácticas. Los nombres no poseen una naturaleza o esencia común, su valor radica en la utilización que de ellos se hace, pues el lenguaje se encuentra cargado de significados intersubjetivamente compartidos, basados en ciertas reglas gramaticales que expresan su aplicabilidad en la ciencia (discurso con sentido) y lo cotidiano (discurso frágil).

Desplegar lenguaje, no implica sólo darle nominación a las cosas o intentar sustituirlas como designaciones, ante todo, supone interpretarlas y explicarlas en el contexto del manejo y utilización de todo cuanto se dice y se hace pública y no privadamente. En consecuencia, una premisa fundamental del giro lingüístico es que “[...] *aprender y dominar un lenguaje es aprender y haber dominado sus reglas* [...]” (SEARLE, J., 1990: 60), puesto que su adecuado empleo depende, en concreto, de aquello que logramos conocer sobre él, como creador del fundamento de la sociedad.

De otro lado, Richard Rorty (2008), cayendo en un extremo pragmatismo y relativismo, sostiene que en la comprensión del lenguaje no hay sentido literal, sino solamente sentido alegórico, pues en realidad no interpretamos los textos, los usamos para entender. Entonces, no existe verdad ni objetividad en las interpretaciones, se encuentran únicamente discursos que nos dicen algo, pero, en tanto estos respondan a la época en la que son pronunciados.

Pues bien, así como a fines de los años ‘50 y principios de los ‘60 prolifera el giro lingüístico, de igual manera, podemos hablar desde 1927 de un *giro hermenéutico*, a contar de la gran difusión de los trabajos de Martín Heidegger, quien sin desmembrarse de sus vínculos con la hermenéutica antigua y moderna hasta Friedrich Schleiermacher (1768 – 1834) y Wilhelm Dilthey (1833 – 1911), abrió la ruta ontológica en la comprensión del sentido de ser de los entes, lo que él llamó *Dasein* o ser ahí arrojado al mundo. Eso dio lugar a nuevos modelos que definen el estilo y los caminos de buena parte del pensamiento filosófico contemporáneo, aun cuando la reflexión hermenéutica

sobre el lenguaje había encontrado sus inicios, ya en el siglo XIX, con los escritos de von Humboldt (1769 – 1859).

Cabe señalar que estos análisis hermenéuticos del lenguaje se desarrollan al interior de la filosofía alemana desde donde, en paralelo con el giro lingüístico, se expanden a otras latitudes. La atención se dirige hacia la comprensión del discurso y la escritura, al considerarlas, en sí mismas, como un contenido y no como un área del conocimiento científico o disciplinar ni, tampoco, como herramienta para designar entidades independientes que comunican pensamientos pre-lingüísticos.

Este nuevo brote de la hermenéutica, post – humanista, post romanticista y post - ilustrada, se define en los usos de la interpretación y explicación de discursos y acciones, para llegar a un entendimiento que se convierte en un “[...] *logos capaz de volver al mundo*” (BEUCHOT, M., 2008: 11).

Desde ahí, se intenta reconocer bajo qué condiciones tuvo lugar esta peculiar transformación de la problemática filosófica, que reclama de una reconstrucción o reformulación en la idea de racionalidad, pero, en clave las discusiones decretadas por una teoría de la comprensión, sus presuposiciones de sentido y sus expresiones como hermenéuticas ontológicas, profundas y débiles. Es una nueva matriz de cuestionamiento al carácter meramente descriptivo de la interpretación, desplegando una especie de genealogía filosófica de la comprensión, asentada en la premisa de que la hermenéutica es, también, una situación vital.

Allí, destacan la hermenéutica ontológica de Martin Heidegger (1889-1976) y Hans – Georg Gadamer (1900- 2002), la hermenéutica de la sospecha de Paul Ricoeur (1913- 2005), la hermenéutica del declinar de Gianni Vattimo (1936) y la hermenéutica analógica de Mauricio Beuchot (1950). Por lo mismo, podríamos localizar a la hermenéutica como parte de un, si se puede decir, idioma compartido dentro de la filosofía y de la cultura (VATTIMO, G., 1992: 54-55), que no puede dissociarse de nuestro interés, pues en cada otorgamiento de sentido corremos el velo, también, de modos de poder y dominio, esto es, de textualidades, expresividades, símbolos y acciones tanto habilitadoras como opresoras.

En este contexto, la hermenéutica ontológica procura instaurar su universalidad como disciplina, rescatando las condiciones factuales de la comprensión, así como los aspectos que son comunes a cualquier esfuerzo por comprender, lo que supera el comportamiento subjetivo y toda relación de causalidad. Por ejemplo, a diferencia de Dilthey, Heidegger quiebra la idea de que el comprender exige una operación científica y metodológica, radicalizándola como un atributo esencialmente humano, cuya realización se da en una relación existencial y no sólo conceptual e inteligible con objetos del mundo y eventos de un entorno que surgen como acontecer de la verdad, o sea, como descubrimiento lingüístico que no es verdadero ni falso.

Lo que se problematiza son las composiciones y configuraciones socio-históricas, simbólico-culturales e, incluso, ético-políticas vertidas en textos, partiendo de la pregunta sobre si existe realidad fuera del lenguaje, es decir, si su estatuto de verdad carece o no de referente externo. La premisa será que el “[...] *comprender es propiedad del ser que comprende* [...]” (HEIDEGGER, M., 1987: 111), ya que al poder escuchar el lenguaje emerge el ser como presencia, oyendo nuestra tradición como seres históricamente arrojados al mundo.

Se alude a la finitud del *Dasein* de la existencia humana y, por lo tanto, al carácter anterior y conexo a todo proceso de construcción de cómo hemos llegado a ser lo que somos, ya que:

“[...] *La verdad de la conciencia histórica parece alcanzar su perfección [...] cuando extrae del fluir incesante de los cambios la continuidad de una estructura histórica*” (GADAMER, H.G., 2002: 135 – 136).

Nuestra experiencia mundana se da en el lenguaje y, en consecuencia, lo real no es posible más allá de la comprensión que, a su vez, parte de lo dado en juicios previos, o sea, en nuestra pre-estructura existencial, mediada por el carácter dialógico de la razón.

Entonces, el papel constitutivo del lenguaje en nuestra relación con el mundo se explica en su facticidad, es decir, en la producción de aprendizajes sociales e intersubjetivos que se anteponen a cualquier experiencia y teorización, adentrándonos en el proceso de comprensión de signos instituidos. Sería el espacio en que la realidad se nos vuelve

accesible y, por ende, comprensible, donde se produce una relación indirecta y no necesariamente evidente, dentro de una totalidad simbólica en que cada parte adquiere significado por referencia a ese todo.

Así, se desarrolla el llamado círculo hermenéutico de la comprensión, una suerte de colisión entre la tradición que orienta un texto y la actualidad de la interpretación-explicación del mismo, permitiendo “[...] *una re-construcción y un volver a comenzar siempre de nuevo en el comprender lo que se va conociendo*” (GONZÁLEZ AGUDELO, E. M., 2011: 58). En esa medida, el lenguaje junto con ser social es además histórico. De ahí que la hermenéutica del comprender enlaza texto, contexto e intérprete, gestando una mezcla o fusión de horizontes de sentido nunca perfecta sino aproximativa, en tanto marco de constitución del sujeto y la obras, cuya existencia estaría en el propio lenguaje.

Por consiguiente, la comprensión del significado implicaría descifrar el sentido no superficial sino subyacente a los textos, esto es, llegar al pronunciamiento oculto en cualquier narración y experiencia temporal, mediante el cuestionamiento a la transparencia de su contenido, de modo de clarificar los prejuicios y revisar su papel en el conocimiento, al rastrear nuevas y más adecuadas interpretaciones-explicaciones. Al respecto, la investigación de Ricoeur (2004) propone aplicar el estatuto epistemológico de la hermenéutica al tema de los signos, viéndoles como entidades ricas en significados, pues constituyen la historia, la cultura, el arte, la economía, la religión, las instituciones sociales, etc., forjando un lenguaje indirecto que habla de lo inexpresable y maravilloso, reclamando un trabajo de comprensión muy laborioso y sutil.

Dicho análisis parte del estudio de la analogía, a través del símbolo y la metáfora, así como de la ontología de la acción significativa del sujeto social y del sí mismo como persona, que es el universo donde confluye una memoria capaz de generar cohesión social, tras:

“[...] *Una colección de huellas dejadas por acontecimientos que han afectado el curso de la historia de la sociedad, los grupos, los individuos, pudiendo ser conmemorados de forma pública o privada*” (RICOEUR, P., 2008 – 3: 38).

Por lo mismo, sostiene que el sujeto del conocimiento es posterior al sujeto existente (al yo vivencial) y su auténtica realidad es insondable, problemática y, por lo tanto, foco prioritario de interpretación y explicación de discursos, creados por categorías intangibles y no materiales, donde se cruza la comprensión y la sospecha.

Basado en los postulados de Marx (1818-1883), Nietzsche (1844-1900) y Freud (1856-1939), este pensador inaugura una hermenéutica profunda o de la sospecha (1999), enfatizando que tanto la filosofía de la conciencia, como la del humanismo existencial o de la alteridad, edifican una precepción ilusoria sobre la realidad, emanada por enmascaramiento, resentimiento o represión, que se anclan en la idea de “*falsa conciencia*”. Eso, trae consigo una forma distorsionada y destructiva de interpretar el sentido de los textos, discursos y/o acciones significativas, posible de confrontar mediante “[...] *el restablecimiento de una ingenuidad purificada y fuerte*” (RICOEUR, P., 1999: 13).

Ahora bien, desde su acervo de saber, Gianni Vattimo (1996) destaca que la complejidad de nuestra época, cargada de nihilismo, sólo puede recuperar su fundamento en las formas simbólicas dejadas por la historia y la no-historia, donde no hay que perseguir al ser originario, sino las huellas del recuerdo. Alude a una ontología hermenéutica debilitada o hermenéutica del declinar, que permite a la interpretación ser más creativa, abierta y fecunda, argumentando que los absolutismos siempre le han quitado libertad a la comprensión, al imponer el tipo de lectura o traducción que se haga de cualquier documento.

En cierta medida, la racionalidad debe ceder terreno a la metáfora y, también, a “[...] *la paradoja que se produce entre el despegue del acaecer contra la certeza y la seguridad*” (VATTIMO, G., 1995: 9). Así, se instala el valor de la criticidad en la hermenéutica, tras la pretensión de superar los moldes de pensamientos cerrados y las perspectivas univocas, que definen a la historia como una marca unitaria dejada por el devenir y la temporalidad.

La realidad es diversidad y pluralismo, exige pasar del pensamiento fuerte, de la metafísica y las cosmovisiones totalitarias, a un pensamiento débil que se distancia de la actitud acrítica y la destemplanza existencial, instaurando un nuevo sistema de valores y

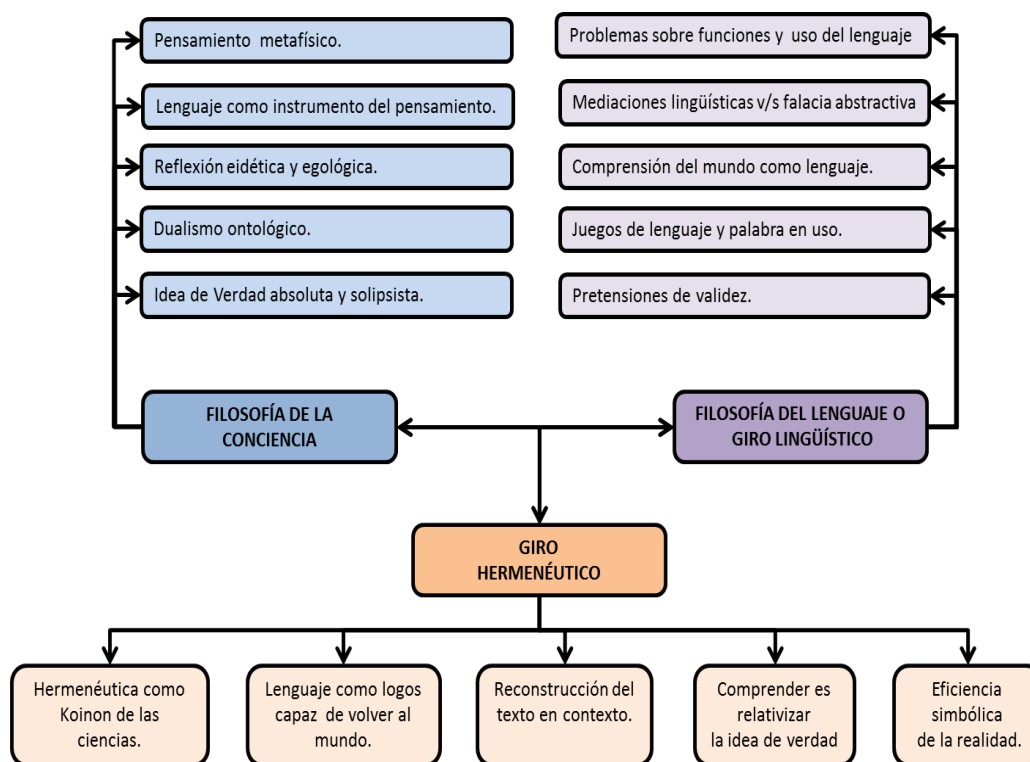
relaciones sociales. Entonces, comprender sería un puente para la reinención del ser, a partir del “*declive*” de su concepción tradicional, que nace en el compromiso, la interpelación y la incidencia concreta en la historia, siempre, en diálogo con la propia relación lenguaje y mundo.

Aquello, promulga un proceso de mediación entre textos o discursos y sociedad, no concebidos en sentido estricto ni restringido, sino abierto a todo tipo de signos y simbolismos que, junto con ser interpretados, pueden explicarse. La comprensión no debe pensarse, entonces, como exégesis técnica ni erudita, ya que en cuanto tal es caótica, una praxis incumplida, siempre infinita y en permanente cambio.

A juicio de Mauricio Beuchot (2004), eso sería la condición de posibilidad para instigar los discursos unívocos y construir una fuga respecto de su límite, encontrando su traducción sin caer en extremos totalizantes. El problema hermenéutico no es la interpretación por la interpretación, es recuperar el sentido del mundo como un texto que puede hacerse razonable y no sólo racional, rebasando el entendimiento puro sobre la tensión sujeto – historia, asimilándola como “[...] *fenómenos que pueden ser objeto de debate público, evitando pretensiones metafísicas y pensamientos estrictos*” (BEUCHOT, M. & VATTIMO, G., 2006: 20).

A través de su hermenéutica analógica o analógica – icónica, intenta romper dualismos y extremismos, relevando la existencia de tres modalidades para significar la realidad y dar paso a la comprensión de sus textos, estas son: la *univoca*, la *equivoca* y la *análoga*, cuyas diferencias son la punta de su equilibrio y mutuo enriquecimiento conceptual. La analogía apuntaría hacia la mediación entre estos polos históricamente en conflicto, expandiendo el horizonte de la comprensión de textos que, mediante la *phrónesis*, nos permitiría llegar a una concepción de la realidad capaz de mostrar que “[...] *la oposición permitirá la identificación de los elementos de la sociedad y la asociación permitirá su ordenación no dogmática*” (BEUCHOT, M., 2005: 175).

DIAGRAMA N°4: Filosofía de la Conciencia, Giro Lingüístico y Giro Hermenéutico



Fuente: Elaboración Propia.

3.- CONSTRUCCIÓN HERMENÉUTICA DE UN FILTRO DE ANÁLISIS COMPRENSIVO PARA TRABAJO SOCIAL.

El potencial hermenéutico de Trabajo Social contemporáneo, para expandirse y seguir un curso de acción implica, también, ser comunicado mediante ciertas figuras discursivas que le ofrezcan visibilidad, es decir, que le hagan notar por externalización. Esto, no constituye su materialización de facto, sino más bien la objetivación de sus lógicas, que va diferenciando, al mismo tiempo, sus modos de realización o performatividades.

Así pues, al develar este potencial podemos “[...] poner en escena el contenido sustantivo de nuestros fundamentos, como referente para comprender su compleja y contradictoria realidad” (BIANCCIOTTI & ORTECHO, 2013: 125). Nos referimos a

un sistema de argumentación que, afianzado en registros teóricos, simbólicos, ideológicos y también éticos, actúa como aval de formaciones discursivas de lenguaje, a través de las que la disciplina va produciendo y distribuyendo una cierta carga de sentido socio-histórico, cultural y político.

Esto no quiere decir, simplemente, que el discurso sea reducible al lenguaje sino, además, que el lenguaje emerge en el discurso. Por lo mismo, el lenguaje de nuestros textos posibilita que los sistemas de significación, creación de sentido y entendimiento sean auto-cumplidos y se realicen a través de múltiples composiciones argumentativas que, en un umbral hermenéutico, hacen emerger determinadas figuras discursivas.

No nos referimos a figuras que la conciencia egoísta pueda producir, como fuente generadora de representaciones sobre la realidad, al estilo logocéntrico occidental. Atendemos, más bien, a imágenes o, como diría Sloterdijk (2014), esferas que vienen unidas a la intervención del lenguaje, pues no sólo son constitutivas de objetos de estudio sino, también, de nombres que hacen aparecer estados de cosas.

Por lo tanto, las figuras discursivas aparecen entre la palabra y la significación, como un acto que transmite e intercambia saber. Esto, quiere decir que surgen donde la memoria y el sentido de nuestros textos son capaces de dejar atrás la concepción de identidad como lo igual a sí mismo, para comportarse como voz, praxis lingüística y/o acontecimiento discursivo.

Recordemos que sólo el lenguaje nos permite explorar el pasado como un escenario donde yace la memoria, donde se guardan los aciertos y pérdidas, las revelaciones y secretos del conocimiento de una tradición. Esto es así, pues la historia se performa en nuestros textos, cuyos contenidos y proposiciones podemos rescatar y revelar en el presente, tras una cuidadosa reflexión comprensiva sobre sus construcciones discursivas.

Los textos no vienen del pensamiento que produce conceptos, constituyen un mundo propio en el que se entrecruzan diálogos discursivos y donde podemos observar esfuerzos de comprensión que ya han sido atestiguados, esto es, previamente desarrollados y puestos al servicio de un lenguaje público. No son recipientes de

afirmaciones y argumentaciones muertas, son portavoces de nuestras palabras, apuestas, desafíos políticos, es decir, de nuestra existencia hecha proposiciones argumentadas, que transitan y se transforman entre generaciones.

Por consiguiente, los textos no pueden ser interpretados ni explicados de manera simple o a-problemática, sus lecturas exigen de distinciones puestas entre el ser y el ente, pues aunque su materialidad y su arquitectura pongan límites al conocimiento, las mismas nunca podrán detener la historicidad de su trayectoria y carácter lingüístico. Ellos, cobijan distintas figuras discursivas que el lenguaje hace circular, distribuyendo al mundo social el contenido proposicional de conocimientos y saberes, que pueden ser traducidos y re-contextualizados por vía de la comprensión.

Entonces, para despejar hermenéuticamente aquellas rutas que Trabajo Social va dejando como memoria, patrimonio disciplinar y conocimiento a disposición, vemos fundamental construir un “filtro de análisis comprensivo”, que nos permita reflexionar sobre la vida de nuestros textos. Nos referimos a una matriz que nos permita ir hacia la interpretación y explicación de diversos regímenes de enunciación, campos argumentativos y contenidos proposicionales de la disciplina, haciendo florecer figuras discursivas que nos hablen, a través de ciertos códigos de significación a sus flujos de sentido.

Este filtro nos inserta en el mundo del texto, abriendo un diálogo discursivo con nuestro propio mundo, en tanto intérpretes. Los textos no pueden ser concebidos como obras que atrapan la persona de los intelectuales que les dieron origen, donde lo que corre es el nombre propio de los autores. Cada texto convoca interpelaciones discursivas por las que se fugan y encadenan apelaciones y exhortaciones que perturban y movilizan la comprensión a sus propuestas y pretensiones de validez.

Así como ningún discurso se explica por sí solo, tampoco nuestros textos pueden ser justificados fuera de sus pretensiones de validez, por eso la aplicación de este filtro se da en un umbral hermenéutico que nos permite proyectar el comprender, mediante un proceso de modificación recíproca entre quien interpreta y lo que interpreta. Genera una dinámica “intertextual”, que vincula prácticas de producción de sentido con espacios sociales de saber, en cuanto espacio que surge de las relaciones “[...] *entre los mundos*

que crean múltiples confrontaciones de discurso [...]” (BAUMAN & BRIGGS., 1992: 89).

Deslizar el texto por este filtro de análisis comprensivo lo interrumpe, es decir, suspende lo previamente entendido en él. En rigor:

“[...] *Provoca intervalos que rompen la narración y hacen legible encrucijadas de sentido, que nunca se agotan por completo sino que nos remiten a otros aspectos que quedan pendientes*” (BEUCHOT, M., 1998: 118).

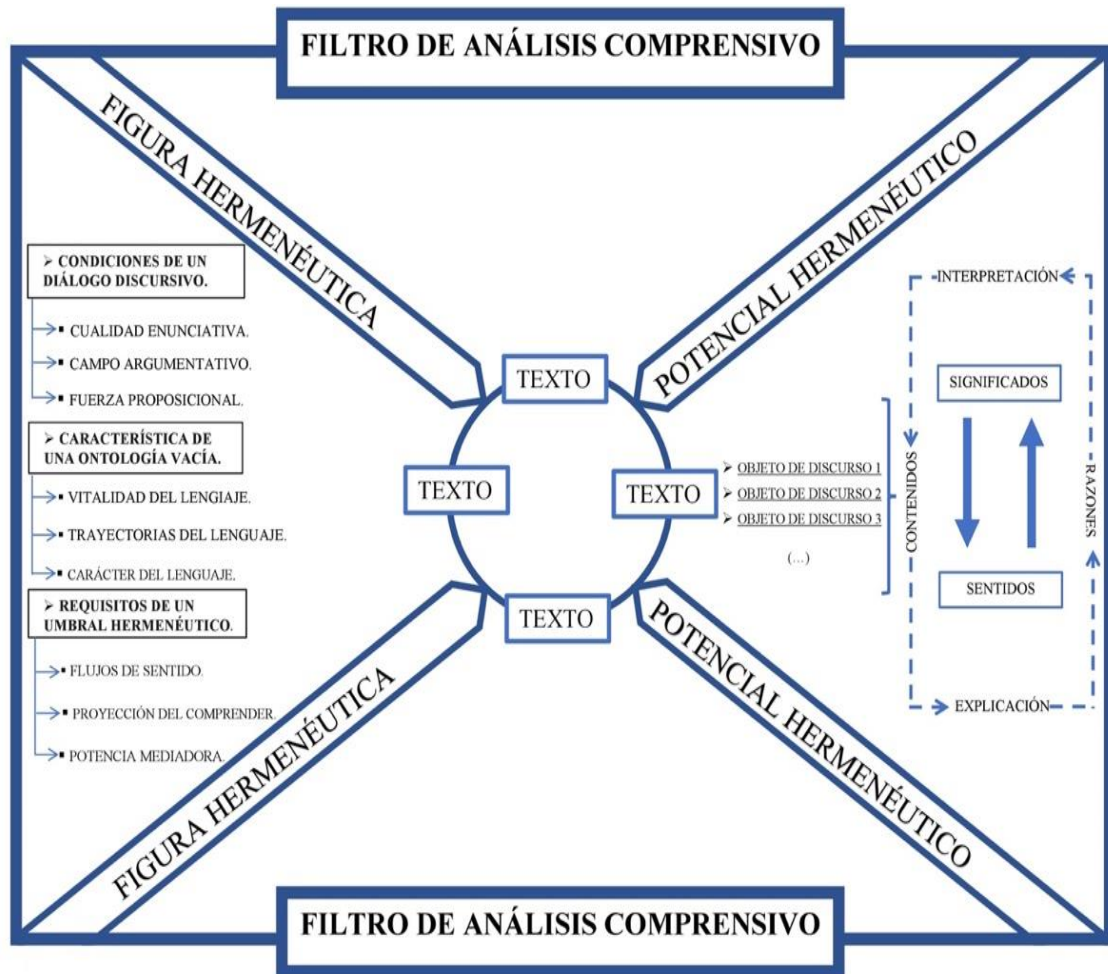
Así pues, nos ayuda a explorar tanto el nivel *referencial* como *indicial* de cada texto, esto es, aquello que comunica denotativamente y lo que hace emerger por connotación. Nos ayuda a llegar a los principios explicativos, los presupuestos discursivos y las lógicas de configuración argumentativa que, en definitiva, es donde se valida y justifica su comportamiento lingüístico.

De esta manera, para comprender las trayectorias y el carácter generativo del lenguaje de nuestros textos disciplinarios, “[...] *que atestiguan sus mediaciones simbólicas, asegurando el significado de sus argumentos, la intencionalidad y acción de su discurso*” (RICOEUR, P., 2014: 21), dicho filtro se compone de tres dimensiones fundamentales, a saber:

- ✓ *Las condiciones de un diálogo discursivo,*
- ✓ *Las características de una ontología vacía y*
- ✓ *Los requisitos de un umbral hermenéutico (Diagrama N°5).*

Allí, se despliega la batalla por performar el potencial hermenéutico, como figuras discursivas que nos permiten comprender la relación de Trabajo Social con el mundo social contemporáneo. Esto, atravesando posibles rupturas enunciativas y cambios de entendimiento sobre los fundamentos, contenidos y registros de cierto acervo en su tradición, memoria y conocimiento.

DIAGRAMA N°5: Filtro de Análisis Comprensivo.



Fuente: Elaboración Propia.

I.- LAS CONDICIONES DE UN DIÁLOGO DISCURSIVO.

La comprensión funde diversos puntos de vista en cada nueva representación de lenguaje, ya que el “círculo hermenéutico”, en el que ella se sostiene, demuestra que una “[...] *creación lingüística no comienza al hablar sino al pensar en las elocuciones del discurso*” (RICOEUR, P., 2012: 80). Así, vamos aproximándonos a lo que ha sido socialmente construido, saliendo de uno mismo para revisar la realidad desde nuevas lógicas, que nos ayuden a pensar con lo otro y no sólo sobre ello.

De esta forma, la hermenéutica ensancha nuestra reflexión respecto del lenguaje de la comprensión, o, tal vez, de la comprensión del lenguaje, pues no es mera constatación de las cosas dichas, ni tampoco la percepción sensualista de su existencia. Es, más bien, un “[...] *acontecer en el que se forma y concluye el sentido de todo enunciado, [en] cualquier género de la tradición discursiva*” (GADAMER, H.G., 2002: 218).

El lenguaje pone en común lo legado y lo somete a una suerte de desconstrucción en el presente. Eso es posible, mediante la libertad del comprender que nos acerca al mundo que habitamos, tras su asimilación (institucionalización de pautas socio-culturales) y su destrucción entre generaciones (fuerza política de lo contemporáneo).

Tal perspectiva, favorece que Trabajo Social contemporáneo se movilice entre escenarios lingüísticos gestados en el libre entendimiento. Eso es así, ya que nuestros textos no encriptan palabras muertas, sino que sitúan lo nombrado en un umbral de posibilidades de comprensión, sobre la complejidad de discursos dialógicos y plurales.

Con la palabra nombramos y nombrar implica poner en presencia diferida aquello sobre lo que se ha pensado y revisado razonadamente. Es pues, movilizar nuestro lenguaje para representar con palabras el sentido que se filtra desde su mundo.

“[...] *No se trata de palabras de un solo lenguaje, sino de aquellas significativas que permiten hablar a partir de sí y no sólo desde aquello a que refieren*” (BEUCHOT, M., 2005: 15).

Los textos no poseen una ontología cerrada, son configuraciones dialógico discursivas que se forman por plexos entre opciones enunciativas y proposiciones argumentativas, que van definiendo equivalencias o discordancias respecto de praxis no discursivas. Forman una cosmología testamentario de la realidad, al modo de relatos, narraciones, monumentos, instituciones etc., que argumentan un saber posible de presentarse en la modalidad de lenguaje público, “[...] *siendo en la comprensión donde la claridad y lo enigmático de su realidad no deja de crecer*” (SLOTERDIJK, P., 1983: 38).

El sentido del texto no sólo le pertenece a él sino, además, a quien intenta comprenderlo, ya que entre ellos se produce una experiencia de choque mediada por el lenguaje. Eso, transforma los discursos en acontecimientos que “[...] *proyectan intencionalidades hacia fuera, y lo lanzan hacia la realidad del diálogo*” (BEUCHOT, M., 2012: 119).

Cada discurso refleja la pre-comprensión de un mundo suspendido temporalmente de su referente. No se encuentra clausurado en sí mismo, sino que es capaz de arrojarse a otros tiempos y sujetos, haciendo acontecer el contenido proposicional de los textos. En rigor, el discurso llega a ser acontecimiento y el acontecimiento se supera en el sentido.

Parafraseando lo que propone Ricoeur (2008 [1]), eso es posible gracias a:

La *fijación* de una cualidad enunciativa que lo sustrae a la desaparición,
La *disociación* que su campo argumentativo pone sobre la intención mental del autor,
La *apertura* sobre un mundo que, tras su fuerza proposicional, arranca las fronteras de la situación de diálogo con la *universalidad* de una audiencia ilimitada.

Entonces, la actualización del discurso supone una síntesis entre la comprensión del sentido de lo que se dice y la intencionalidad del interlocutor que se apropia de él. Considerando que este último, a su vez, logra comprenderse a sí mismo y auto-constituirse como actual referente para el texto.

Esto responde a un discurso dialógico que se produce por interlocución e interlocución, es decir, por el acto de mediación entre texto y comprensión. Lo mismo, va forjando la expresión de un lenguaje colaborativo y no unidimensional, así como de un contenido que se promueve proposicionalmente y no se restringe a la pura enunciación del pensamiento.

Su fin no es el automático traspaso de mensajes, sino más bien trascender lo dicho, al desocultar la razón de ser de los textos, en tanto zonas de lenguaje capaces de autonomizarse. Solamente en el espacio del diálogo, Trabajadores y Trabajadoras Sociales, nos disponemos a dejarnos decir algo por los textos, incluso aunque sus argumentaciones ofrezcan postulados distintos a los nuestros o contravengán opiniones

previas. Así, se da cabida al acto comunicativo que procura superar la distancia temporal entre ambos mundos.

El diálogo se considera un elemento constitutivo de la comprensión, que no se reduce a un encuentro dado en el habla. Más bien, se abre a la esperanza de un intercambio de sentido que, más allá del acontecimiento discursivo, lo desborda en cada evento de interpretación y explicación. Es aquí donde el lenguaje sobrepasa el registro de nuestras propias experiencias y vivencias, tras el desciframiento de objetos de discurso vistos como redes de relaciones simbólicas, que se proyectan en los textos.

Tengamos presente que en cada proceso dialógico el lenguaje emerge como praxis discursiva, por la que accedemos a lo otro o, incluso, a nosotros mismos, al participar de cualquier indagación, inclinación y controversia con contenidos proposicionales situados en el mundo real y/o imaginario, histórico y/o abstracto. En este proceso, el diálogo discursivo aparece cuando el texto habla a alguien dentro de su ámbito de acción y ese alguien le da significado al sentido que se proyecta a través del hábito lingüístico del primero.

Por tanto, discurso y comprensión acontecen hermanadas a una situación hermenéutica y a una realización temporal que crea realidad y la interviene. En tal asociación, se despejan presupuestos de base, incrustados en diferentes composiciones discursivas, consiguiendo rebasar, incluso, las intenciones originarias de quien las produjo.

De ahí que el mundo del texto nos introduce en prácticas lingüísticas que le dan voz a la letra escrita o, bien, que permiten verbalizar un diálogo donde “[...] *el ser se encuentra hundido en la palabra*” (SLOTERDIJK, P., 1999: 56). Es el lugar propio que fluye mediante el proceso de comprensión, infringiendo una conciencia histórica parcial, relativa e incierta, atrapándonos entre horizontes de espera y de experiencia, solidariamente contingentes y correlativamente incidentes.

El mundo del texto y lo que en él se despierta, no puede ser pensado como una cosa que se encuentra frente a nosotros. “[...] *El mundo del texto sería el suelo común, no hollado por nadie y reconocido por todos, que les une en el diálogo*” (GADAMER, H.G., 2002: 535). A la manera de una conversación, no sólo dejamos ser al texto, sino

que, además, permitimos que nos afecte, al hallar algo que aún no habíamos aprendido en nuestro mundo.

Al situarnos junto a un texto, somos interlocutores de lo que él quiere decir en sus instancias de discurso. No se trata de reconstituir la intencionalidad de su autor, sino lo que representa la palabra o cómo el texto explica el mundo de acuerdo a su estar en él. Eso es así, ya que ningún texto es mero reflejo de una subjetividad creadora o de un garante de conocimiento, no cuentan con un único sentido y tal revelación es el desafío que apela a quien intenta comprenderlo.

Allí, se supera la concepción hermenéutica romántica-psicologista de Schleiermacher y Dilthey, quienes plantean, por un lado, la responsabilidad de comprender al autor mejor de lo que él se comprende a sí mismo y, por otro, que la construcción y comprensión del mundo surge en la unidad psíquica del sujeto individual. A la inversa, el discurso no se cierra en las afirmaciones de su autor, se libera al momento de que su lenguaje vive y, por lo mismo, el carácter lingüístico desata su historicidad, pues:

“[...] sólo cuando el autor está muerto, la relación con el texto se hace completa y, de algún modo, perfecta; el autor ya no puede responder, sólo queda leer su obra”
(RICOEUR, P., 1992: 49).

La vida del texto surge como una fractura, oposición o límite al discurso original y permite que su *ethos* se renueve en el diálogo. Ese diálogo se suspende sólo cuando ya se ha dicho lo suficiente o, bien, cuando no hay más que decir, pero, siempre, puede ser reanudado al volver a acceder a lo transmitido, esto es, perturbando la continuidad de la memoria y su relación con el mundo.

Como lo adelantamos, cuando interpretamos y explicamos un texto lo ligamos a un discurso actualizado, en un contexto de sentido pre-aprendido y co-aprendido que, a su vez, queda abierto a otra comprensión que nos vuelve a situar en esa realidad. Allí, se forja un diálogo que nos llama a develar lo que se encuentra silenciado o aun inconcluso en cada texto, ya que el lenguaje articula entendimiento y saber, porque “[...] *las palabras que encontramos atrapan en cierto modo nuestro pensamiento y lo integran*

en unas relaciones que sobrepasan la instantaneidad de ese pensamiento (GADAMER, H.G., 2002: 79).

Esta mirada hermenéutica, lleva al Trabajo Social contemporáneo hacia un cambio de lógica en la relación sujeto-objeto, ya que el potencial de un dialógico discursivo no radica en un conjunto de palabras enunciadas. El destino de las palabras, su proliferación o padecimiento, se encuentra en gran parte condicionado por el modo como ellas se posicionan en una zona de argumentación y sentido, mediante la que nuestros textos hablan a la comprensión.

En rigor, el diálogo discursivo surca el vacío entre lo dicho y una posible interrupción a su persistencia, impulsando experiencias de saber mediante una comprensión que obra como un pre-texto en un contexto de lenguaje. Así pues, no se trata de hallar un hecho, sino de contrastar la reflexión con la fuerza proposicional de diferentes campos argumentativos, según las formas en que la palabra es enunciada.

Eso es un asunto de circulación discursiva entre el mundo del texto y el mundo de quien lo comprende, formando un campo de fuerza y de lucha “[...] *no sólo para justificar un contenido específico, sino ante todo para relevar estatutos de construcción de verdades, de fundamentos relativos*” (VATTIMO, G., 1995: 117). En este acto, se conjuga la capacidad de entendimiento con la posibilidad de otorgar significaciones, mediante la dialéctica entre un sentido pre-conceptual y un cierto tejido conceptual construido, rescatando la contradicción de proposiciones que procuran justificar diferentes objetos de discurso.

En definitiva, estamos planteando que el vínculo entre lenguaje y comprensión, entre texto e intérprete, se realiza en el seno de un diálogo discursivo, cuyas condiciones fundamentales presentan una triple condición, a saber:

- 1.- *La Cualidad Enunciativa.*
- 2.- *El Campo Argumentativo.*
- 3.- *La Fuerza Proposicional.*

1.- LA CUALIDAD ENUNCIATIVA.

La comprensión es hermana del saber, que somos capaces de construir a lo largo de nuestra historia. Nos acerca a la voluntad y el temple para dilucidar la peculiaridad de aquello que, por ser una creación del lenguaje, existe y nos comunica algo para su desciframiento. Ello obedece a que el lenguaje es una presencia viva en el espacio de la comprensión, lo que “[...] *nos autoriza a reelaborar los conocimientos de partida, pero, sin anularlos, sino reedificando, una y otra vez, las traducciones sobre su fundamento*” (RICOEUR, P., 2008 [1]: 85).

Por lo mismo, hemos de entender que cuando los y las Trabajadores y Trabajadoras Sociales desplegamos la comprensión no lo hacemos como un asunto de subjetividad, sino como una red de diálogos discursivos a través de los que se construye y reconstruye el saber del que, también, somos herederos. Es una relación de lenguaje con el mundo, fundada en un juego hermenéutico que objetiva y designa “estados de cosas”, es decir, objetos de discurso que se comportan de un modo o de otro, para ser descubiertos mediante un ejercicio de mutuo entendimiento, tal como se pensó en las antiguas concepciones griegas.

Los objetos de discurso no tienen un sentido independiente del modo como nos conectamos o actuamos ante su enunciación, no son criterio absoluto de evidencia cognoscitiva. Su remisión a algo no está determinada por el conjunto de rasgos ópticos de las cosas que designan, por lo que su significación debe ser acompañada, además, de alguna conceptualización. Todo enunciado brota en un contexto dialógico, cuya capacidad de hablarnos es tanto finita como probable, pues en ellos, siempre yace la inmensidad de un sentido que puede ser desplegado y, por tanto, comprendido detrás de las palabras.

Únicamente, en el lenguaje ese diálogo emana y se desarrolla, porque sin palabras que le puedan expresar su comprensión queda trunca, pese a que ellas no den cuenta de todo lo que se comprende y todo lo que se dice en tal proceso. Ello, nos insta a buscar nuevas palabras para que el lenguaje vuelva a poner en escena la cualidad enunciativa,

pues “[...] *a través del lenguaje amanece el mundo del texto*” (GADAMER, H.G., 1998: 11) y, al mismo tiempo, se realizan sus diversos campos argumentativos.

En la hermenéutica, a diferencia de lo que establece Bajtin (1995: 301), no podemos pensar las palabras sólo como unidades léxico-gramaticales o términos que, en cadenas de comunicación, operan al modo de un símbolo o significante para denotar entidades del mundo material o abstracto. En perspectiva heideggeriana, las palabras mueven al lenguaje para mostrar el ser de algo, nos permiten escuchar, pensar y hablar con su silencio, esto es, con “[...] *la voz sobre aquello que aún no se hace presente ni efectivo*” (HEIDEGGER, M., 1995: 57).

La palabra es el elemento fundamental en que la pretensión de verdad se oculta, por lo que en la enunciación o acontecer del habla aparece el sentido interpelando al entendimiento. Así, la palabra se lanza desde el discurso al diálogo con la finalidad de volver a existir y dejar la pasividad de lo dicho en pasado. Entonces, en el diálogo discursivo con el texto la palabra nos sorprende como modo de designar y de producir nuevas referencias, “[...] *transformando lo no dicho en lo posible de decir con ayuda de aquello que es la “significación”*” (HEIDEGGER, M., 1995: 41).

Mientras la palabra determina la enunciación, es el habla la que la proyecta en un contexto lingüístico, por ejemplo, el de la exégesis teológica, la filología metódica, la estética literaria o la vida cotidiana, donde el problema de su locución y su elocuencia dependerán de su aplicación. De ahí que para comprender el mundo del texto debemos tener en consideración el tiempo en que se ejecuta el enunciado y el lugar desde el que hace referencia a algo, asunto que para Gadamer corresponder a “[...] *la ideología de una conciencia histórica de los efectos*” (2007: 56).

En cada enunciado deambula una experiencia concreta de saber y una cierta pretensión de validez, pues los textos entrañan formas de pensamiento que en la comprensión pueden ser escuchados. Este proceso se asemeja al atributo del lazo de Hestia que llama a la verdad a salir de su caverna, pues la plétora enunciativa orienta la modalidad en que el discurso, argumentativamente, se justifica y fundamenta ante las preguntas de nuestro entendimiento, “[...] *con el fin de que la referencia se haga realmente lenguaje para nosotros*” (RICOEUR, P., 2006 [2]: 104).

Ahí, radica una contingente capacidad reflexiva que permite acercarnos a la realidad de un enunciado, en virtud del significado que se asigna a las palabras, donde no sólo se asienta la composición estructural del texto o se evidencian denominaciones; además, se crean interpelaciones que necesitan ser descifradas. Así, evitamos reificar nuestras categorías de entendimiento, pues aun cuando comprender y conocer se co-pertenecen, el primero es el que hace trascender al segundo, por la necesidad de re-visitación a nuestras nociones y juicios.

Debemos aprender a profundizar en la idea de enunciado, pues su importancia y cualidad nos exige desmarcarlo de las definiciones tradicionales que lo vinculan a la estructura de la frase. Más bien, se trata de un atributo que pertenece a los signos y los pone en correlato con aquello que no necesariamente es el discurso, cuya consistencia varía en relación a un contexto temporal y espacial, lo que define sus posibilidades de diferenciación, no sólo en el lugar que ocupa en la argumentación sino, además, en la emergencia de nuevos objetos discursivos.

Los enunciados ponen en juego estados de cosas y de relaciones, en tanto definen las posibilidades de aparición y de delimitación del sentido y la validez de lo que a través de ellos se propone para ser interpretado y explicado, pues nunca son capaces de decirlo todo y de una sola vez. El enunciado no es una sustancia, pero posee un espesor, o sea, un contenido que le singulariza y favorece su instalación, reconocimiento y variación. Esto, muestra su contraste y contradicción con una realidad a la que el mismo apela o en la que pretende interferir, mediante su circulación, recurrencia, intercambio y transformación discursiva.

De esa manera, la validez de los enunciados sólo puede asimilarse en el marco de los efectos de su aplicación, para no naturalizar la composición discursiva de un texto, ni su contenido. De lo contrario, el diálogo se opacará en sus posibilidades de diversificación para nombrar la realidad. Entonces, pensar las enunciaciones como una línea continua y directa, sería una arbitrariedad, la búsqueda de respuestas a priori y no la lucha por su traducción, ya que el enunciado no siempre adquiere una forma externa suficientemente transparente, incluso, muchas veces no encuentra las condiciones favorables para su uso.

La aplicación enunciativa o productividad lingüística de la palabra no es pura intelección, sino una aproximación a los presupuestos de verdad que, simbólicamente, se dan a través de lo enunciado. De esta forma, la comprensión de un enunciado es, ante todo, “[...] *un efecto de distinción en el orden narrativo y la lógica de lo narrado en un texto*” (GADAMER, H.G., 2002: 414), tras el discernimiento de sus relaciones de oposición y paridad, en el contexto en que funciona socialmente el asunto narrado y afecta la cosmovisión de su interlocutor.

En rigor, enunciar es poner en presencia un punto de vista, o, como antes dijimos, hacer aparecer de forma diferida lo que se ha pensado, incluyendo lo que no es explícito, pero, que está implicado en un contenido. En el texto, el enunciado corresponde a una voz ajena traída desde un momento pasado de enunciación que, según la puesta en escena de la palabra, puede ser reinstalado, por ejemplo, como aseveración, propuesta, opinión, etc., aunque no cercenado allí.

La palabra emerge en la enunciación, se gesta en su seno y perece en su pérdida. Tengamos en claro que un texto, cualquiera este sea, definido sólo como repositorio de conocimientos, sin ir más allá de eso, extravía su cualidad enunciativa, pues su autonomía semántica sólo se acredita en su discurso, que “[...] *no es otro sujeto, sino un "proyecto", el esquema de una nueva forma de ser en el mundo*” (RICOEUR, P., 1992:50).

La cualidad enunciativa supera aquel sentido estándar, común y convencional de una mera denotación, pues constituye un atributo creador de lenguaje público. Como el dios Hermes, arrastra una señal, un símbolo no lingüístico que puede explicitarse en una relación de lenguaje y comprensión. Gesta una mediación social entre la palabra y el habla que, a diferencia de la gramática tradicional, no representa una colección de definiciones archivadas en la memoria, sino el despertar de un diálogo discursivo que se moviliza por el carácter del lenguaje.

Las palabras comportan características simbólicas variables, según el lugar desde donde sean enunciadas, por lo que debemos avizorar su contenido indirecto, que es donde se desatan las formas propositivas de un texto. Surge allí una superficie común donde se construyen, simultáneamente, los niveles de la significación y del sentido, un lazo de

intertextualidad donde el enunciado no sólo se define por su referente, sino también por la posición desde donde se observa, la dirección hacia la que se observa y el horizonte hasta donde llega la observación.

Entonces, la disposición y eficacia simbólica del enunciado nos reclama ir a los principios explicativos desde los que son configurados sus registros y proposiciones, pues la referencia se suspende, queda diferida del mundo del texto, liberándolo para establecer vínculos con otros textos. Así pues, la comprensión de los enunciados no responde a un acto mecánico de aplicación de códigos lingüísticos, exige abrirnos a situaciones hermenéuticas de interpretación y explicación que operan como determinantes de registro para la distinción y selección de significados, ya que toda enunciación es una instancia lingüística temporal y autorreferencial, que posibilita expresar, describir y representar algo, mediante el intercambio simbólico del lenguaje.

2.- EL CAMPO ARGUMENTATIVO.

Referir al campo argumentativo, bajo una línea de reflexión hermenéutica, nos invita a descubrir formas de razonamiento discursivo, donde se ponen en juego las premisas sobre las que se sustentan ciertos juicios, conclusiones y proposiciones. En este sentido, los argumentos clarifican lo que el pensamiento transfiere en el acto de narrar, describir y justificar, formulando interacciones lingüísticas entre lo abstracto y lo concreto, así como entre lo concreto y lo abstracto.

Así por ejemplo, mientras los campos argumentativos de las ciencias analíticas testimonian la validez de enunciados y premisas racionalmente verdaderas, el potencial hermenéutico de Trabajo Social aspira a conocer y de-construir el contexto argumentativo de sus textos. Eso, no sólo para entenderlos como cosas en sí mismas, sino ante todo para insertarse en su propio mundo, pues no es la verdad probada en ellos lo que realmente importa sino, más bien, aquellas significaciones que hacen brotar sus palabras, quizá al estilo de las propuestas de Heidegger en *“La palabra. La significación de las palabras”* (1995).

Como enfatiza Vattimo, hemos de dar la batalla a “[...] *la violencia de la razón y el terrorismo de la verdad* [...]” (1996: 133), ya que las lógicas que sustentan nuestros campos argumentativos no se encierran, recursivamente, en su propio núcleo. Ellas ceden terreno a zonas no interpretadas ni explicadas, áreas sombrías pero existentes, aun cuando aparenten perder esa luminosidad que las define como referencia válida y confiable.

La verdad es una oferta de las proposiciones producidas por las formas de razonamiento que orientan campos argumentativos. Nos referimos a pretensiones de validez que se defienden en el diálogo discursivo. Por lo mismo, no se trata de extirpar o derrotar la diferencia, sino aprender colaborativamente de ella, pues es justamente ahí donde se enriquece, amplía y transforma el propio horizonte de la comprensión.

De este modo, la verdad del conocimiento no es objetiva ni subjetiva, posee simultáneamente ambas dimensiones en el ámbito del lenguaje. Así como Nietzsche (2012) lo enseñó, hemos de aprender a dudar de la fundamentación de la verdad asentada en la auto-certeza de la conciencia. Eso, hace necesario mirar comprensivamente los argumentos discursivos que hemos dejado arribar en nuestros textos, así como sus formas simbólicas, legitimándolos como experiencias de saber que viven, se objetivan, se comunican y se ponen a nuestro alcance por el lenguaje.

Hemos de tener en cuenta que, en cualquier texto, las argumentaciones son variadas y no unidireccionales, por lo que reclaman un compromiso dialógico que abra a la reflexión sus premisas e intenciones implícitas. El campo argumentativo vive en el lenguaje del texto, lo que le transforma en objeto de exposición permanente, “[...] *impostando constantes actos de comprensión sobre aquello de lo que hablan y a lo que discursivamente hacen referencia*” (RICOEUR, P., 2010: 128).

En dichos campos resuenan interpretaciones y explicaciones que capturan lo real a través de expresiones significantes, siempre, posibles de ser atravesadas por el lugar del intérprete, quien actúa como un nuevo referente del Texto. Ir al campo argumentativo implica, entonces, acortar la distancia temporal en que surgen los enunciados del texto, haciéndolos contemporáneos a quien intenta comprenderlos y aproximarse a su sentido.

Ahí, se produce una suerte de interrogación al lenguaje del texto, poniendo en tensión el significado y la referencia, más allá de los presupuestos del conocimiento objetivo y las afirmaciones de la teoría kantiana del conocimiento. Se crea una especie de filtro hermenéutico para elucidar las voces que el texto espera hacer oír desde “[...] *la imagen narrativa de un lenguaje que se incrusta en su dimensión arquitectónica*” (RICOEUR, P., 2012: 29).

Tengamos en claro que es la arquitectura del texto y no su campo argumentativo lo que opera como reservorio de visión, referencia y juicio del autor, pues allí radica el origen de la obra y le rodea su materialidad como legado. Constituye el puente original entre autor y texto, texto e intérprete, donde se posiciona la narratividad del relato o la edificación de la trama, pero, cuya expresión ideológica más pura emana en el proceso que pone en circulación discursiva sus argumentaciones.

Así pues, la sustentabilidad del campo argumentativo se va produciendo en su devenir. A través del tiempo, sus experiencias pasadas se van repositando en torno a nuevas reflexiones, que fracturan sus propios repertorios y recorridos previos. Al modo de un círculo hermenéutico, las síntesis narrativas de pensamiento conceptualizado se van transformando en códigos simbólicos, interpelados por nuevas preguntas sobre lo que su palabra propone.

De este modo, los argumentos de un texto no constituyen la personificación de las ideas del autor. Transmutan en textualidades, expresiones de lenguaje que ofrecen contenido a discursos donados a la comprensión de diversos interlocutores temporales. Eso permite develar lo que en nuestros textos sucede, mediante un fuerte compromiso de traducción, que rescata aquellas proposiciones discursivas que los argumentos guardan.

Entonces, es indispensable contemplar la distancia temporal y la diferencia de fines existentes entre lo que se comprende y quien comprende. Así, logramos transitar de un lenguaje a otro, pues “[...] *sin hablar unos con otros, sin entenderse unos con otros, incluso sin entenderse cuando faltan argumentaciones lógicas concluyentes, no habría ningún mundo*” (GADAMER, H.G., 2002: 310).

Si bien, la dimensión argumentativa reconoce la importancia de la estructura de los argumentos y de las premisas contenidas en ellos, el texto no posee un lenguaje neutral ni una racionalidad única. Es demarcado en torno a proposiciones tanto conceptuales como ideológicas, envolviendo una multiplicidad de horizontes de pre-comprensión que, siempre, tienen algo que aportar a la propia comprensión.

Todo ejercicio de argumentación se desarrolla en el marco de una formación discursiva y de una lógica, encargadas de proporcionar límites dentro de los que se llevan a cabo juicios y preguntas, en torno a ciertos presupuestos básicos. De ese modo, se justifica la tesis respecto de la que “[...] *el intérprete [no sólo] debe estar dispuesto a que el texto le diga algo*” (GADAMER, H.G., 1998: 66), sino que, también, debe estar abierto a la posibilidad de que posea mejores razones que las propias.

Lo decisivo sería acá el encuentro hermenéutico entre facticidad y teoría, pues al argumentar se va dando cuenta y razón de algo a otros, forjando una interacción dialógica que exige participación en la construcción del conocimiento y las pretensiones de validez que habitan en los discursos. Aquí, tomamos la radical crítica que Heidegger (2000) formula a los juicios conceptuales dominantes, ya que ellos proceden del logos y, por lo tanto, ponen en primer plano el concepto de sujeto. En nuestro caso, eso sería el concepto del autor o del intérprete, cada uno de los cuales relegaría la realidad del texto como mundo, como argumento y/o como contradicción.

El argumento no es una sintaxis de enunciados, sino un determinado ámbito de significado no definitivo que nos viene dado en el discurso y que, por lo mismo, queda abierto a otros significados que, a la manera de Nietzsche, “[...] *en el lenguaje liberan el mundo de los símbolos*” (VATTIMO, G., 2014: 38). En consecuencia, condiciona la forma como observamos el mundo del texto y como comprendemos la lógica interna que en él poseen sus palabras y enunciaciones. No olvidemos que el lenguaje no es, en primer lugar, lo que el texto habla, sino aquello que lo hace hablar.

Por consiguiente, el contenido proposicional del campo argumentativo no sólo es información, él se antepone a la forma y la transforma en lenguaje vivo, ya que los argumentos perturban las tipologías, las sacan del tiempo único que sobre-determina su comportamiento lingüístico. Así, se interrumpe el presunto estado de repetición dado

en la arquitectura del texto, ya que en primera fila se “[...] *coloca la situación extra-verbal del discurso* [...]”(RICOEUR, P., 2008 [1]: 80), esto es, su constitución simbólica.

Es necesario ver que lo extra-verbal, lo simbólico, ocupa un lugar privilegiado entre los factores hermenéuticos del texto, pues ahí se crea sentido y se explica su realidad. Lo simbólico sitúa al carácter racional del entendimiento, al quebrantar la estructura bajo la que se esconde el contenido más íntimo de las palabras enunciadas y justificadas por la argumentación. Así pues, si agitamos los contenidos del campo argumentativo, su textualidad reacciona, confronta la composición estructural del texto, liberando la rica efectividad simbólica de la palabra y sus consecuencias.

Allí, se va componiendo la relación del texto, su imagen y su sentido, inspirando la elocuencia argumentativa. En las múltiples tareas de connotación los signos y códigos lingüísticos van fungiendo la palabra, pues las categorías no son estáticas, su función es la de nombrar y escenificar lo nombrado. Por tanto, al comprender no se busca mostrar un patrón nominal de comportamiento, sino más bien analizar las lógicas y los principios explicativos en que se sustentan los contenidos, para recuperar una lectura razonable que nos deje escuchar las múltiples voces en que el texto puede hablarnos.

En sus significados es posible comprender la intencionalidad del discurso, que “[...] *nunca se agota por completo, al ser alcanzado nos remite a otro aspecto pendiente en el telos de su lenguaje*” (BEUCHOT, M., 2004: 143). La función simbólica de las argumentaciones nos presentan el múltiple sentido que poseen las enunciaciones, ya que su explicitación no corresponde a una totalidad, no refleja necesariamente el contenido proposicional del texto y, por lo mismo, reclama de observaciones más intensas para traspasar lo incompleto de su evidencia.

El lenguaje produce un impulso práctico en el pensamiento, nos permite recapacitar sobre lo dicho, pudiendo volver a nombrar lo que en la comprensión del argumento acontece. A través de fundamentos justificados o premisas posibles de validar, ante ciertas reglas del juego lingüístico, nuestras argumentaciones persiguen afectar el entendimiento y no, necesariamente, establecer demostraciones o corroboraciones de hechos. Su éxito no está en la verdad en cuanto tal, sino en producir un cuestionamiento

o cambio en las cosmovisiones, modos de ver o regímenes de la mirada de los interlocutores.

A diferencia de la ciencia estricta, en la hermenéutica el argumento no importa como producto de la argumentación, esto es, como expresión cabal de opiniones objetivas y normalizadas, en términos de una racionalidad cartesiana que valida el arquetipo de la prueba. Así pues, los conceptos de verdadero y verosímil, necesario y plausible, real y falaz se perderían tras el sentido de los registros en que se sustentan campos argumentativos, afianzados en la fuerza proposicional de cada texto.

El mundo del texto y su realidad lingüística es fragmentaria, por tanto no puede ser totalizada, ni por el sujeto que lo produce ni por el que lo comprende, tampoco por los objetos discursivos que lo componen. La argumentación cambia según el *ethos* y *carácter* del texto, sin embargo, su función es siempre apelativa, en la medida que implica desarrollar motivos, perspectivas y tesis entre cuestiones discutibles que puedan ser contravenidas.

Cada argumento constituye el trasfondo de sentido desde el que la reflexión se legitima, no son evidencias, ya que su potencial hermenéutico comporta un radical alejamiento a la afirmación de principios fundantes y constitutivos de una ontología metafísica. Aceptar que el lenguaje es el ámbito de toda experiencia de saber, de toda posible racionalidad, nos saca del territorio de la conciencia trascendental, desacralizando la idea incontrovertible que dota al texto de conocimiento veraz, cierto y seguro.

El potencial hermenéutico de nuestros textos los emancipa, anula la seguridad de su verdad en cada experiencia de saber que la comprensión provoca, lo que hace indispensable ir explorando, una y otra vez, nuevos trayectos de sentido. Así las cosas, debemos aprender a democratizar lógicas, de modo de acceder a revelar argumentos que provienen de tradiciones y visiones de mundo diferentes, para tratar con las distintas fuentes de justificación a las que apelan sus textos y que en el diálogo discursivo permiten la lucha de razones, según un cierto objetivo comunicativo.

No nos referimos a una actitud de intransigencia y ofensiva, sino a una disposición por ir al encuentro de la diferencia, como condición *sine qua non* de la libertad intelectual, del sentido nuevo para repensar la realidad narrada y ampliar su credibilidad. Al argumentar podemos, incluso, deshacer lo que hemos hecho, tras un alegato crítico y proposicional, “[...] *donde la memoria y el saber se ponen en común*” (RICOEUR, P., 2008 [3]: 369).

Los argumentos otorgan voz a las cosas y los modos de figurarlas, nos dan avisos, advertencias y, si se quiere, exhortaciones a escuchar el llamado de los textos, pues se encuentran destinados a colocar un asunto en discusión. Como ya hemos dicho, nos llevan a tematizar problematizaciones sobre diversos objetos de discurso pues, de lo contrario, serían víctimas absolutas de sus propias palabras, atrapadas en una causalidad irreversible.

3.- LA FUERZA PROPOSICIONAL.

La fuerza proposicional viene dada, no de forma inmediata, en el contenido argumentativo, aún cuando es ineludible para desentrañar las pretensiones de validez que el texto comporta. Sacar las proposiciones a la superficie no responde a una interpretación unívoca y tampoco a la justificación de la veracidad de los enunciados, más bien, implica activar la condición comunicativa de distinciones emergentes, dentro de un horizonte de comprensión.

Las proposiciones responden a visiones de mundo, pues nacen en un contexto valorativo, ideológico y teórico que orienta y define intenciones de sentido susceptibles de ser rescatadas, al analizar aquello a lo que el texto da significado y, además, cómo representa y usa esos significados. Allí, se forja una relación entre el pensamiento y el lenguaje que vive en el texto, dejando ver entidades discursivas apostadas en lógicas desde donde se fundan ciertos razonamientos, estimulando argumentaciones que fundamentan una propuesta dialógica entre texto e intérprete.

Entramos en la discusión que Vattimo (1996) impuesta sobre los fundamentos del conocimiento, pues partiendo de la base que la verdad es una representación interina de alguna realidad, lo central en el análisis interpretativo de textos no sería aprobar o desaprobar su conocimiento, sino saber qué se conoce, desde dónde se conoce y cómo se llega a ese conocer. Así pues, el contenido argumentativo del texto ya no tiene absoluta referencia a un pasado, o una tradición, sino que busca su propio camino dentro del conocimiento.

Una proposición habita en dimensiones más abstractas que las palabras que las hacen aparecer o las ocultan, pues son entidades simbólicas que se colocan en un lugar conceptual distinto al de las entidades concretas que representan. La fuerza proposicional del texto “[...] *no consiste en lo que la palabra enuncia, sino en el cambio que logra producir en otros*” (VATIMO, G., 2014 [2]: 43).

Entonces, la comprensión hermenéutica, en detrimento de perspectivas reduccionistas, hace acontecer la esfera simbólica del lenguaje. Nos pone como portavoces de “[...] *los significados que son introducidos, producidos y repartidos lingüísticamente*” (RICOEUR, P., 2012: 76), estableciendo nexos propositivos que nos ayudan a recrear el capital semántico de los objetos discursivos con que trabajamos.

Las proposiciones son en sí contradicciones, no pueden sellarse en esencialismos fundamentalistas. Eso, colocaría sobre los conceptos una determinación a-histórica, imposibilitándonos observar lo que está aconteciendo en ellos, así como sus efectos sobre el texto y sus diversas expresiones.

Basados en la premisa de no existencia de una versión objetiva de la realidad, al comprender nos internamos entre choques de racionalidades, existentes en todo contenido proposicional. Lo mismo, hace surgir un cúmulo de contradicciones que se van a traducir en las formas que el texto tiene de estar y no sólo de ser en el mundo.

Esto, nos invita a re-descubrir las opciones que nos ofrecen los criterios hermenéuticos de entendimiento, para acercarnos a la condición de falta, falla y obstáculo que Heidegger (2014) avistó en su modelo de evidencia. Allí se abre un cuestionamiento a

pretensiones de validez inscriptas en las experiencias de saber producidas por el poder del lenguaje y no por la vivencia fenomenológica.

Como el texto no tiene un único destinatario, en la comprensión se “[...] *adhiera un texto nuevo al mundo de la obra, acaecen contradicciones enunciativas y desafíos semánticos*” (RICOEUR, P., 2010: 239). Nos referimos a un sistema de distinciones que se produce entre el espacio temporal en que se encuentra el texto al comprenderlo y el espacio atemporal al que hace alusión, por medio de sus enunciados y proposiciones.

Entonces, al no existir interpretaciones correctas, ni explicaciones definitivas, ya que en cada época y cada contexto se comprende nuevamente, la fuerza proposicional de nuestros textos, siempre, se encuentra en estado provisorio, instigando al cambio en el potencial semántico de sus argumentaciones. Ricoeur (2001: 56) reconoce allí el atributo heurístico del lenguaje y su dimensión simbólica, que actúa como núcleo de innovación, pues su función primordial es hallar y crear sentido, mediante diferenciaciones crítico-reflexivas sobre la situación conceptual de diversos contenidos discursivos.

Como hemos dicho, el campo argumentativo no se erige sobre la persona del autor, su contenido se construye sobre algún lugar conceptual que lo pone en relación con lo que se trata de dar a conocer. Es un error creer que con el sólo hecho de su cualidad enunciativa los textos provocan efectos significativos en sus interlocutores, son las proposiciones las encargadas de desplegar un pensamiento, una trayectoria conceptual que podemos rastrear a nivel ontológico, epistemológico, teórico e ideológico, mediante planteamientos de oposición, adherencia o cuestionamiento.

En el plano de los enunciados no se discute el lenguaje ontológico, el modelo teórico, el registro ideológico o la cuestión epistemológica que existe al interior de los argumentos, pero, en las proposiciones sí. Estas últimas, se enriquecen como resultado de los juicios en que intervienen, entonces, para comprender las metamorfosis discursivas del texto y sus argumentaciones, es necesario interrogar algo más que su arquitectura. Para evidenciar las representaciones conceptuales y sus trasfondos, tenemos que ir hacia tramas híbridas que nos revelen la articulación o escisión entre palabras, significados y objetos de discurso.

El contenido expresado en el concepto es una forma de existencia lingüística, ahí se promueve la intensión y extensión de experiencias de saber que en su lenguaje son capaces de nombrar y, además, de incidir en otras realidades. Se suscita una relación tensional que no pretende resolver sino más bien iluminar contradicciones, consiguiendo liberar las lógicas atrapadas en discursos recurrentes y sus complejas asociaciones.

La tarea está en exponer las categorías de entendimiento desde donde se justifican y nombran nuestros objetos discursivos. Eso, implica visibilizar también la vitalidad, las trayectorias y el carácter de cada texto, yendo más allá de su condición histórica, procurando desnaturalizar las maneras de ver y de decir que los tipifican. Allí, se produce un tránsito desde el nivel pre-conceptual hacia una corriente conceptual, deconstruyendo las formas de pensar y construir los discursos de la disciplina, que es donde nuestros textos ejercen su intervención en la comprensión.

No se trata de una cristalización del conocimiento, ni de una condensación de las propiedades comunes a un contenido, son construcciones racionales inestables que entrelazan, organizan y componen una forma de representar el entendimiento. Como precedentemente se señaló, las proposiciones ofrecen el soporte teórico, conceptual e ideológico a atributos semánticos versátiles, en cualquier campo argumentativo. Podríamos concebirles como la síntesis del razonamiento tras el que se validan los conocimientos impostados en nuestros textos, por lo que su potencial hermenéutico pone matices al proceso de observar, traducir, deliberar y actuar del intérprete.

Esto aporta una forma diferente de pensar nuestros textos, ya que no es posible aceptar que en Trabajo Social no se profundice en las proposiciones con que se fundamentan y se hace surgir su cualidad enunciativa. Lo mismo, reclama de un entrelazamiento del lenguaje y el pensamiento, o, como lo llama Ricoeur, “[...] *reconocer el logos del lenguaje*” (1992: 15), pues eso permite la reinención del saber, abrir la mirada a otras proposiciones, así como alcanzar un lenguaje que estaba más allá de nuestro dominio y no quedarnos en un afán desmedido por objetivar lo que el texto informa y/o comunica.

A través de la fuerza proposicional se va construyendo la realidad del texto, aproximándonos al fundamento de su conocimiento, que no se encuentra dado a priori por los signos, representaciones y aseveraciones que intentan fijarlo y conservarlo. No consiste en el establecimiento de una verdad textual, sino más bien es una perturbación al entendimiento, una suerte de ruptura que hace posible reconstruir el conocimiento, en un espacio de contradicciones donde acaecen nuevas lógicas de sentido y, por tato, el poder del lenguaje, del habla, de la enunciación.

En cada ruptura, las proposiciones se desprenden de su representación original, para conectarse con otros registros conceptuales e integrar nuevos juicios, ya que el juicio se origina en los conceptos y, a su vez, el concepto se forma en una sucesión de juicios. Surgen en el nivel de condiciones de posibilidad y no en el de condiciones de objetividad, ya que una proposición se torna reflexiva cuando es capaz de volver sobre lo que antes daba por supuesto, “[...] *en el sentido de que nos pueden interpelar, podemos establecer un diálogo, nos responden y nos estimulan nuevas interpretaciones*” (VATTIMO, G., 2014 [2]: 40).

II.- CARACTERISTICAS DE UNA ONTOLOGIA VACIA.

Aludir a la noción de ontología, casi de inmediato, podría llevarnos a pensar en aquella rama de la metafísica que se ocupa de la idea general del ser en tanto lo que es. Hablamos de un ser que oculta sus propiedades individuales bajo una totalidad, es decir, detrás de su naturaleza fundamental o de su realidad en cuanto tal, más allá de sus singularidades.

Quizá por eso, aunque la ciencia del ser se postula desde la época de Parménides, fue Aristóteles quien vio en la metafísica, como “filosofía primera”, la obligación de estudiar categorías fundamentales, sus relaciones como entidades universales y la manera en que éstas se presentan en objetos particulares, como puede ser el caso de la ley y el evento o la verdad y la cosa. Hablamos de una ciencia que vendría a asumir el nombre de ontología recién a comienzos del siglo XVII.

Sin embargo, a lo que allí se hace referencia es, más bien, al prisma de la metafísica occidental que, pese a camuflarse de ontología, se distancia de ella al confundir el ser con el ente. Esta, superpone las cuestiones abstractas de la antigua filosofía y con ella de toda la escolástica, mediante una reflexión que parte desde sí misma, desde su propia práctica, buscando rescatar y naturalizar la definición más cardinal de determinadas entidades.

De ahí que su argumento o prueba de verdad sería afirmado por la potestad de una conciencia trascendental, capaz de dictaminar lo que existe y lo que no, empleando la razón teórica o la teoría del conocimiento como medio para establecer asociaciones posibles, únicamente, a nivel de conceptos. Cuestión que hasta el trabajo de Husserl (1991) se pensó como “*ciencia de las esencias*”.

Ahora bien, es a través de la obra de Martín Heidegger (1998), y su crítica a la tradición “*onto-teológica*”, que se produce un cambio en esa forma de concebir la reflexión sobre el mundo. Ahí, radica su “*pregunta ontológica*” por el carácter de la realidad, que se expande a nuestra observación.

El punto de referencia se sitúa, acá, en la conciencia de las experiencias humanas concretas y cotidianas, esto es, en las condiciones existenciales previas e inherentes al ente que existe o *Dasein* (ser-ahí). Desde él, emana y se configura dicha conciencia, así como se imponen determinadas formas de conferir un sentido que es social e históricamente constituido.

Por consiguiente, hay que hablar de un ser que no se forja en el pensamiento solitario e introspectivo del sujeto cognoscente, ni está definido per se. Al decir de Heidegger (2000), es un ser-en-el-mundo, un ser fáctico y finito que está en el mundo. Corresponde a un ser que está siendo y que, por lo tanto, se desarrolla como ontología vacía en su habitual ejercicio de existir, es decir, al arrojarse a las condicionantes de una realidad en marcha.

El vacío de la ontología no es sólo una nominación, es ante todo una “[...] *composición del existir que confronta el dasein como existente*” (HEIDEGGER, M., 1998: 108). Es una manifestación de la <<*nada*>>, vista como indeterminación del

ser, es decir, como plenitud de posibilidades de desarrollo, no limitadas a la evidencia inmediata del aquí y el ahora, sino des-ocultada en el despertar de sus opciones y virajes.

En sí mismo, se trata de una contradicción en la que el criterio hermenéutico de falta o ausencia conlleva el significado positivo de una actualidad que acontece, de una cualidad que nace, se hace patente y trasciende su estado pretérito. Eso es posible, al pensar lo no pensado en el acto de ser (*actus essendi*), en cuanto potencia que “[...] destruye la referencia absoluta sobre la existencia” (HEIDEGGER, M., 2003: 54).

En nuestro caso, el vacío muestra la diferencia en una co-pertenencia con la identidad del texto. Pensar en el vacío propicia un despliegue de la razón hacia el lenguaje, procurando esclarecer su sentido profundo dentro de un cierto contexto, donde el resultado es siempre un comienzo que acontece.

En el vacío hay negación tanto de la ausencia como de la afirmación, pues en ella está la cuestión de lo desconocido en el mundo y, además, la duda ante lo ya conocido en él. Por tanto, cuando comprendemos un texto no miramos hacia la cosa presente tomada en cuanto tal, sino que hemos de aspirar a interpelar su fundamento, ya que el vacío emerge en una ontología hermenéutica que, sustentada en interpretaciones, habilita conceptos de verdad variables.

Al respecto, podríamos seguir a Gianni Vattimo (2010) para plantear que el vacío no se haya en una ontología metafísica, que sostiene un concepto de verdad en correspondencia con una realidad objetiva e impuesta por el poder de una ideología hegemónica. Es el encuentro de desafíos por hacernos cargo de los resultados de la acción de pensar en lo que acontece, pues con:

“[...] *La desaparición del mundo verdadero desaparece el mundo aparente que no teniendo ya ningún término de confrontación, no puede tampoco venir a ser <desmentido> a partir de sí mismo*” (44).

No apelamos a una visión catastrofista o apocalíptica de la realidad, sino a la intensificación de una actitud hermenéutica que propaga el surgimiento de aquello que es excepcional al propio modo de ser de los textos, pero que, al mismo tiempo, no ha sido aún descubierto, experimentado, interpretado, ni explicado en ellos. Así, se despliegan aprendizajes que emergen como experiencias significativas de fluctuación del lenguaje, donde “ [...] *el diálogo es el hilo conductor que teje pacientemente la narración del acontecimiento que es carácter del ente en cuanto tal* [...]” (HEIDEGGER, M., 2000: 53).

De ahí que para un análisis comprensivo a la ontología vacía del texto, no hemos de afirmar lo que en él falta, sino más bien preguntarnos ¿qué es lo que hay ahí para nosotros?. La ontología del texto no sería una determinación, sino un indicador que debe preparar la comprensión de proposiciones, que emergen en la cuestión hermenéutica sobre su modo de ser.

Así, podemos develar los límites de nuestra intelección respecto de sus contenidos, ya que, como lo adelantó Heidegger (1996), no conseguiremos observar su realidad tal cual ella es, sino tal como se nos pone en presencia por la interpretación. De esta manera, la pregunta ontológica por la realidad del texto partirá en aquello que de él nos preocupa e inquieta, atendiendo a esa heideggeriana “*sorge*” que muestra nuestra imposibilidad de un modo neutral y objetivo de ver el mundo, impidiéndonos atraparlo como objeto teórico cognoscitivo independiente o como una cosa natural que se ilumina desde el pensamiento.

Nuestra observación es interesada, persigue un propósito influenciado por la biografía y la tradición, o sea, por una pre-comprensión que se yuxtapone con las comprensiones sobre mundos interpretativos de los que no podemos escapar, pues participamos socio-histórica, política y culturalmente en ellos. Al intentar comprender, atendemos más bien a aquello que nos otorga sentido, “[...] *dejando de suceder transparente o indiferentemente a los ojos* [...]” (HEIDEGGER, M., 2000: 62), provocando una especie de giro en los niveles de conciencia, una suerte de quiebre que rompe su transparencia.

Con ello, no conseguimos abarcar todos los recursos de interpretación y explicación que puedan estar presentes en el mundo que observamos, así como tampoco todas sus formas de interferir o estimular nuestras búsquedas e indagaciones. La comprensión, es un proceso que siempre implica un nuevo comenzar.

De ahí, la discusión hermenéutica se sitúa en los dilemas sobre la comprensión y su relación con el mundo, cuya expresión es sostenida a través de diversos textos que dan cuenta de una memoria, una superficie abierta a la continua excavación de su sentido y la revelación de un complejo caudal de significación. La riqueza de la memoria se encuentra en aquellos puntos ciegos que podemos rescatar al renovar, una y otra vez, los caminos de interpretación y explicación sobre ella, a partir de lo que los textos legan mediante la criticidad de su lenguaje.

Texto e interprete están en el mundo y su mundo nace del ser que constituyen, pero no como realidad exterior, espacio concreto, ni universo físico. El mundo, y lo que en él acontece, no puede ser pensado como una materialidad que se encuentra frente a nosotros, pues es el lugar propio que fluye mediante el proceso de comprensión, por el que captamos el desarrollo histórico del tiempo y aquello que nos ha sido transmitido en su devenir.

El mundo tampoco es un constructo mentado y expresado, no es un ente, es una totalidad, un margen de referencia que caracteriza al ser del texto y el nuestro al comprender. Entender el mundo es, a su vez, entregarnos a una conciencia histórica siempre parcial, relativa e incierta. Tratar las cosas que allí suceden supone reconocer el “[...] *carácter constitutivo y fundamental del existir en [ese] mundo [...]*” (HEIDEGGER, M., 1998: 76).

Al comprender, también, nos hacemos parte de una “experiencia de mundo”, logrando familiaridad con su realidad y contribuyendo al desarrollo de los ámbitos a través de los que su contenido se expresa. Entonces, comprender la ontología del texto conlleva tratar de interpretar y explicar un lenguaje vivo en un mundo finito, provisional e incompleto, al que podemos acudir mediante supuestos asentados en nuestras “[...] *competencias de pre – comprensión estructural, simbólica y temporal [...]*” (RICOEUR, P., 2008 [1]: 116).

Esto, marca la diferencia entre la concepción del texto como un “ente” o como un “existente”; es decir, su dimensión óptica (cerrada) y su dimensión ontológica (vacía). Dichas dimensiones se revelan, en palabras de Heidegger (2000), la primera, como referencia a mano (*terminus a quo*, desde el cual) y, la segunda, como trascendencia de la interrogante (*terminus ad quem*, hasta donde).

Ópticamente, vemos el texto desde afuera, en la pasividad de su presencia como cosa en sí misma, idealmente total e independiente de lo que podamos saber sobre ella. Ontológicamente lo observamos desde adentro, en atención a la vitalidad de su lenguaje que lo proyecta hacia un relativo estado de verdad, o sea, hacia sus proposiciones de base y sus pretensiones de validez. Estas distinciones vienen dadas por la progresiva y complementaria relación entre texto e interlocutor, por interfaces entre semánticas, significaciones y comunicaciones que integran y actualizan mundos, que colisionan en un tiempo-espacio de comprensión.

En este contexto, el potencial hermenéutico de Trabajo Social constituiría la zona de encuentro y confluencia de la experiencia que otorgan ambos mundos; interacción profunda llamada por Gadamer “*fusión de horizontes*” (2002:360). Eso, nos posibilita “[...] *no tanto restituir la intención del autor detrás del texto, como explicitar el movimiento por el que el texto despliega un mundo [...]*” (RICOEUR, P., 2010: 153), actuando como andamio para comprender su trasfondo proposicional.

Ahora bien, adéntrarnos en la ontología vacía de los textos nos exige detenernos a perfilar la ruta y los rastros a través de los que podemos identificar y distinguir aquellas cualidades que trascienden la estructura óptica, pudiendo llegar a la propia singularidad del texto como ser. Nos referimos a la profundidad y alcance de su lenguaje, en tanto espacio abierto a diversas cuestiones y problemas hermenéuticos que forjan escenarios de interpretación y explicación en torno a las siguientes características:

- 1.- *Vitalidad del Lenguaje del Texto.*
- 2.- *Apertura en las Trayectorias del Leguaje del Texto.*
- 3.- *Carácter generativo del Lenguaje del Texto.*

1.- VITALIDAD DEL LENGUAJE DEL TEXTO.

La cuestión sobre la vitalidad del lenguaje del texto constituye el reconocimiento a la aperturidad de su existencia, esto es, a su energía para poner en curso flujos de sentido subrepticios, que transitan por sus enunciados, pero, más allá de la superficie en que se distribuye la palabra y se organizan afirmaciones. El lenguaje de nuestros textos es saber en movimiento, nos muestra una forma de vida que, a través de la lingüisticidad, alienta a comprender sus atributos de excepción, superando el nivel estructural básico que le precede.

El lenguaje no es instancia de fundamentación o fuente de conocimiento a priori, es el único ser que puede comprenderse y, por tanto, incitar a la reconstrucción de la autenticidad de los textos, mediante una problematización que surge al momento de preguntarnos por su mundo o ciertos aspectos de ese mundo que nos inquietan. La vida del lenguaje, más allá de epítetos sofistas, hace patente el arrojío y fluctuación del texto hacia el cuestionamiento de lo dado por sentado en él, sin olvidar su contenido, ni perder de vista su contexto de origen; sino inquiriendo “[...] *el signo de lo que ha sido y está viniendo a un cierto estado de atención* [...]” (HEIDEGGER, M., 1994: 136).

Por lo mismo, basados en Gadamer podemos proponer que la vida del lenguaje “[...] *camina hacia la abstracción en sí misma como tarea del análisis conceptual* [...]” (2002: 197), lo que se asienta en el supuesto epistemológico básico de que la comprensión de un contenido y su transferencia exige de la auto-experiencia del lenguaje en nosotros mismos. Esto nos permite acercarnos al fundamento proposicional del texto, donde habitan sus fines y se potencia su carácter, superando la simple posibilidad de descripciones fenomenológicas que, además, han de ser interpretadas y explicadas a partir de su lenguaje.

Entonces, que el texto se instaure en un medio semántico-conceptualmente construido no demuestra que su lenguaje pierda la vitalidad, ya que no es mera trama narrativa, sino una forma histórica de memoria, por la que sus signos se entregan al tiempo. La vitalidad de cada texto se reconoce tras la asimilación del sentido referencial y esencial de sus signos, lo que sustenta, a la vez, su capacidad social de representación

de un contenido de realidad, por “[...] *la comprensión que se realiza en medio del lenguaje del texto y su intérprete* [...]” (GADAMER, H.G., 2002: 206).

El lenguaje de nuestros textos está dotado de una vida propia que les permite, por una parte, desplegarse como un modo de ser de la disciplina, dando cuenta de su *dynamis*, sus pretensiones de validez y su mundo, así como, por otra, expresiones dialógicas que a través de diversas combinaciones de enunciados van produciendo y reproduciendo figuras discursivas que les orientan. Eso nos pone frente a controversias y consensos que nos ligan a lo que, en Trabajo Social, se piensa o se ha pensado cuando se dicen cosas sobre algo y que, de una u otra manera, van armando una memoria cuyo fundamento puede ser develado.

De esta manera, podemos decir que la pretensión de validez de nuestros textos aparece por el poder del lenguaje que los construye y constituye, poniendo su existencia (*bios*) como objeto de comprensión y no como propiedad orgánica o material (*zoé*). Tengamos en cuenta que el texto adquiere su lugar a través de las realidades que nombra o crea, en cuanto “[...] *modo global de relacionarse con el mundo y comprenderlo* [...]” (VATTIMO, G.: 2002: 41), no sólo al designar o nominar, sino al proponer, demostrar, deliberar, comprometerse con él y su fáctica actualidad¹⁵.

El *bios* es poder, por y para sí, que no corresponde a una fuerza causal, sino a un fenómeno abierto que se proyecta como intencionalidad en el contenido del texto, desde el que para Gadamer (1998) se expande un espacio impredecible de interpretaciones, formando, al mismo tiempo, lo que Vattimo (2014) llama campos hermenéuticos de lenguaje. Eso convierte a las palabras en vía de eyección del contenido de nuestros textos hacia el mundo, cuya clave hermenéutica es el hábito lingüístico que, en el fondo, constituye el prototipo concreto del lenguaje; es decir, la facticidad de su experiencia, su comportamiento teleológico, su directo testimonio.

La idea de que la vida del lenguaje refleja su poder, nos exige entender cómo éste se hace presente, es decir, cómo se auto-organiza, performa y coexiste en el mundo del

¹⁵ Entender esto nos obliga a rebasar el subjetivismo de la filosofía idealista o del espíritu, el objetivismo fiscalista de la filosofía naturalista y la premisa antropocéntrica de la filosofía existencialista.

texto y del intérprete que, en alguna medida, son sus contrarios. Con esto nos referimos a su relativa *autonomización* para producir sentido y no, únicamente, una forma de expresividad pues, según Heidegger (1994), es la primera la que le permite desenvolverse entre las cosas mundanas, así como conmover la voluntad de saber y actuar.

En efecto, y como lo hemos replicado, la condición es que el texto logre desligarse de su autor, en virtud de un acto original de enfrentamiento al legado de su tradición, por medio de la negatividad que define su propia existencia, tras la paradoja de que cada texto es una totalidad que nunca llega a ser un ente total metafísico. Los textos no terminan en la elaboración de su escritura o verbalización, siempre continúan su movimiento vital y sus usos de lenguaje, desplegando una especie de “[...] *horizonte de trascendencia de la obra en transitorio mantenimiento* [...]” (GADAMER, H.J., 1998: 87). Su potencial hermenéutico guía el devenir de su conocimiento y sus efectos (conciencia histórica efectual), tras la mediación lingüística de toda comprensión.

Aludimos a una suerte de manifestación “*sui-referencial del lenguaje*” (RICOEUR, P., 2008 [1]: 112) que muestra la temporalidad del texto, que no será la misma si su contenido se hace discurrir por vía de la escritura, la iconografía o la oralidad, pero que en cada caso libera la circularidad de la comprensión. Acá, cabe señalar que en la medida que un contenido se constituye en objeto de interpretación y explicación, su sentido emana como inter-juego entre nuestros registros de visión (Trabajo Social como destinatario-ideal), y la autonomía relativa que el propio texto adquiere respecto de su hábito lingüístico original-concreto.

Esta es una relación de identidad y diferencia que se aleja de la mirada estática y quieta del texto como cosa, relevando la noción heideggeriana de un *ser* del tiempo, desde la que la transformación ocurre a partir de “[...] *algo que ha sido ganado y, por lo tanto, conservado*” (BEUCHOT, M., 2013: 38). Para nosotros, sería la dádiva de la comprensión sobre lo que el lenguaje de la disciplina ha establecido, demuestra y forja a partir de su temporalidad y su cualitativa duración (*durée*), indagando, encontrando y nombrando realidades desde las que podamos ir reactualizando su orden factual y su inclusión en la dramaturgia social, cuya definición es menos lógica que ontológica.

El lenguaje que vive en los textos es parte del mundo, pues posibilita que la memoria de la sociedad se comunique y se expanda, recuperando la elocuencia y la riqueza de contenidos subyacentes al modo narrativo en que son enunciadas sus diversas argumentaciones. Recordemos que las palabras no sólo muestran la tangible realización del lenguaje, por vía de trazos gramaticales, unidades semánticas, ejes semiológicos y códigos semióticos gestados al interior de las lenguas y de la diversidad cultural; también, se contraponen a la eventualidad de su aplicación en un determinado tiempo-espacio.

Todos nuestros textos se encuentran en el umbral de un enigma que puede desentrañarse por ejercicio hermenéutico, en un espacio concreto de relaciones y de progresivas significaciones sobre los fenómenos y los contextos en que se originan y desplazan sus contenidos, dejando ver las trayectorias que sigue el conocimiento. No olvidemos que la comprensión es hermana del conocimiento que somos capaces de construir a lo largo de nuestra historia, nos acerca al temple para dilucidar la peculiaridad de aquello que existe y nos comunica algo para su desciframiento, mediante secuencias entre tejidos argumentativos y juegos de lenguaje que nunca quedan limitados a un inicio y un final determinados.

La realidad del texto no es una tabula rasa, nos propone aquello que viene dado por un momento pretérito, cuya facticidad lingüística ha sido capaz de transcurrir a lo largo del tiempo, para ir fusionándose con perspectivas presentes. Las configuraciones lingüísticas, propias de los campos argumentativos de un texto, son transformadas y transformables en performatividades discursivas, según ciertas condiciones sociales y simbólico-culturales que orientan la comprensión sobre lo que es inmediato y lo que no lo es, con miras a la rebelión, reconciliación o resistencia del contenido que habita en su arquitectura.

Sobre esa base, el vivo lenguaje de algunos de los textos de Trabajo Social nos permite revisar sus presupuestos esenciales, así como el lugar desde el que se justifican nuevas líneas de fundamentación, despejando rutas para la proliferación de sus argumentaciones discursivas. Es un desafío por comprender las lógicas, principios explicativos y directrices de cada texto, para hilvanar su actual configuración con su

potencial re-configuración, ya que su “[...] *lenguaje es un espejo de los pensamientos que intrínsecamente se anhela destruir* [...]” (VATTIMO, G.: 1992: 74).

En consecuencia, el lenguaje se moviliza al intentar sacar a la luz lo no evidente de un contenido discursivo, haciendo presente su pertinencia en el mundo contemporáneo, no sólo en planos abstractos sino, además, en el de un conocimiento concreto que emana al comprender. Eso es posible, pues el discurso es una forma de pensamiento hecho lenguaje que debemos poner en interrogación, de modo que se abran caminos de exploración a sus proposiciones fundamentales: “[...] *es buscar conocer, [es] búsqueda cognoscitiva que puede convertirse en descubridora de una posible verdad*” (HEIDEGGER, M., 2000: 28).

2.- APERTURA EN LAS TRAYECTORIAS DE LENGUAJE DEL TEXTO.

La vitalidad del lenguaje incita la apertura de múltiples trayectorias, orientadas a inquirir la comprensión en diversos contextos. Hablar de trayectorias de lenguaje implica revisar las propias experiencias de saber, esto es, los recorridos que siguen diversos objetos de discurso y que atraviesan su contenido, pudiendo ser rastreados o impugnados hermenéuticamente, a partir de lo que ellos comunican o silencian.

Recordemos que los objetos de discurso se organizan en torno a representaciones por las que fundamentamos exteriorizaciones cognitivas, en un cierto contexto de argumentación. Tal contexto debe permanecer abierto a objeciones, correcciones y mejoras relevantes a las circunstancias hermenéuticas, con que procuramos aproximarnos a las pretensiones de validez de un contenido.

Por lo mismo, debemos tomar conciencia de la importancia de re-contextualizar y re-problematizar nuestros objetos de discurso, a partir de un cierto corpus de enunciados y campos argumentativos que nos ayuden a recuperar el fundamento de los textos. En definitiva, se busca dar cuenta de las concepciones, propuestas y apuestas que, a través de ellos, Trabajo Social comunica sobre el mundo social, dentro de un determinado

espacio de saber que, eventualmente, autoriza la construcción de otros enunciados y proposiciones, posibles de someter a un número infinito de revisiones reflexivas.

Las trayectorias de lenguaje proyectan los fundamentos del texto, haciendo trascender su finalidad y propósitos, “[...] *ahí donde las palabras enunciadas se preparan para ascender*” (HEIDEGGER, M., 1992: 23). Esto es, donde se van dando transformaciones necesarias para comprender sus pretensiones de validez, que no se reducen a lineamientos previsibles, se abren a todas aquellas dimensiones que forjan el carácter del texto y que se evidencian en su hábito lingüístico o su competencia expresiva, en contraste con el contexto extralingüístico (histórico-cultural y simbólico) en el que se comprende su finalidad, en tanto situación hermenéutica que incentiva revisar el conocimiento.

El lenguaje tiene como finalidad llevarnos al por qué de las cosas, lo que no alude a la simple búsqueda de definiciones sobre palabras enunciadas, como si se tratara de materiales listos para ser usados. Implica transparentar tanto el espacio donde ellas habitan y ocurren, como el lugar que ocupan en el texto y la modalidad en la que este se instala en el mundo social.

Quizá los enunciados y las palabras sigan siendo las mismas, sin embargo, esto no sucede, necesariamente, con las representaciones mediante las que atrapan la realidad. Por lo mismo, las trayectorias de lenguaje se reconfiguran según ciertos puntos de inflexión o virajes que las alteran, en cuanto son momentos de replanteamiento y reorganización de la propia vida del texto.

Por lo tanto, aludir al propósito del texto no implica atender sólo a su objetivo o fin último, sino también a su intencionalidad o intencionalidades que, de una u otra manera, colisionan con la temporalidad y los acontecimientos que forman un marco de historicidad en el que su lenguaje enfrenta transiciones.

Esta perspectiva quiebra la imagen totalizadora y homogénea del *telos*, asociada al principio de causalidad final, establecido por Anaxágoras, Platón, Aristóteles y la mayor parte de los escolásticos, donde serían ciertas condiciones de naturaleza y esencia las que definirían el comportamiento eficiente y la producción regular de algo. En esa

óptica, el *telos* determinaría el desde y hasta donde algo tiene alcance o aspiración, como un lazo inmanente entre medio y fin.

Tal explicación afectó y generó una serie de variantes como la visión distópica del príncipe de Maquiavelo, el mecanicismo de Galileo o Descartes, el principio de predestinación en Spinoza, la racionalidad teleológica en Weber, o el método de la *techne* en Heidegger, por dar algunos ejemplos. Mas, como lo adelantó la filosofía antigua de Demócrito de Abdera, la cuestión es no cerrar el propósito en la idea de destino imperecedero y último, pues si el propósito de algo, en nuestro caso el texto, es simplemente ser lo que es, o sea, un texto, su perdurabilidad dependería, simplemente, de mecanismos técnicos de producción y reglas de uso.

Eso desestimaría la vitalidad del lenguaje, impidiendo dejar ver que la finalidad del texto es responder a un ¿qué? y a un ¿por qué?, esto es, de acuerdo a Heidegger (1997), un deber ser respecto del que nos habla, nos hace pensar y reaccionar, para experimentar y construir su “verdad”. Los textos nos llevan a reflexionar sobre lo que se ha reflexionado a través de ellos, pues su lenguaje hace acontecer ideas, sacando a las palabras de su inercia, tras la actitud de vigilancia y libertad de la interpretación y explicación, pasando del potencial hermenéutico hacia el acto de la comprensión, que pone al texto en un contexto apropiado, haciéndolo contemporáneo a nosotros mismos.

Dicha manera de concebir la apertura del *telos* nos invita a captar el poder de lenguaje que los textos tienen, no sólo para comunicar sino, también, para inquirir al entendimiento. Son los campos argumentativos los que nos han de poner a pensar, no sólo sobre lo que explícitamente exponen sino, además, por qué dicen algo y desde que presupuestos de base lo hacen. En el fondo, lo único que queda es la interpretación y explicación, no la fundamentación, de lo que al comprender el texto acontece.

El *telos* se recrea en los intersticios del texto. Es una invitación a la negación para que el texto llegue a ser su propia diferencia o extrañamiento, contraviniendo la tendencia a universalizar su contenido material, como fundamentación normativa o última de su “verdad”. Eso, tal como se dio en las antípodas de la concepción hegeliana sobre la unión entre razón y realidad.

Sería el límite a la perpetuación de un único posicionamiento para revisar los objetos de discurso en un texto, tras el arrojó a una aguda conciencia de historicidad que ilumina el para qué de sus trayectorias de lenguaje. Lo mismo, nos ayuda a identificar nuevas pautas de acción, puntos de vista, enfoques y/o perspectivas sobre sus “*realidades vitales*” (VATTIMO, G., 1995: 38).

Así, partiendo de la base de que todo texto tiene una razón de ser, o sea, que no existe caprichosamente, quizá, su intención más amplia sería activar la reflexión, ponernos a pensar sobre los misterios que subyacen en su contenido. En rigor, hacer despertar episodios fundadores de interpretaciones y explicaciones, que no se solucionan desde un modelo matemático, como lo presupuso Platón para su filósofo-rey.

Ir hacia el propósito es una inspiración a seguir vías o alternativas para la tematización de aquellos modos en que el texto expresa su propio mundo, pero, rebasando el puro acceso práctico-operativo a lo que nos intenta comunicar. Recordemos que la comprensión ya desde Aristóteles, con resonancia en Gadamer y hoy en Beuchot, supone una base pre-teórica, un juicio prudente (*phrónesis*), una disposición habitual a través de la que podemos dar con la verdad de ser de un texto, esto es, con su *aletheúei* en el verbo de Heidegger (2003: 47)

Llegar a la pretensión de verdad evocada mediante objetos discursivos, no supone una sujeción a la actitud teórico-constatativa, sino una reconexión del texto con el contexto más amplio y, también, más rico, que coloca el mundo del primero en intención de entrada al mundo socio-cultural del intérprete. Tal asunto, nos exige reconocer la necesidad de una re-vinculación del sentido y la experiencia de saber, que acontece al llevar a efecto el círculo hermenéutico de la comprensión.

Cuando revisamos un texto, no constriéndolo al material escrito, la comprensión se suscita en la medida que tensionemos el momento anticipatorio y el momento proyectivo de una cierta totalidad de sentido descubierta en él. Tal proceso surge a partir de la situación histórica y fácticamente determinada desde donde surgen las preguntas, motivaciones e intereses con que nos aproximamos a los objetos de discurso, que corren entre diferentes campos argumentativos.

Las trayectorias de lenguaje de un texto, en general, instan a un juego hermenéutico donde se enlazan preguntas, juicios, inferencias y argumentos, con los problemas, cuestiones y circunstancias que envuelven su contexto. De esa manera, se promueve un diálogo discursivo que se coloca en el camino de interpretar, asimilar, explicar y exponer sentido, tras momentos de “[...] *acercamiento, apropiación y distanciamiento* [...]” (RICOEUR, P., 2010:82), que emergen como una fusión de horizontes capaz de trascender el plano sincrónico del entendimiento.

No se pone el significado del texto bajo el dominio del sujeto que lo interpreta, pues lo que se hace próximo son las proposiciones de ese texto, es decir, lo que proyecta como mundo o como modo de *ser-en-el-mundo*, ensanchando los puntos de vista por contradicción, asimilación o compromiso dialógico. Entonces, para explicar e interpretar el propósito del texto es necesario, a su vez, comprender su espacio y su tiempo, tendiendo a actualizar sus significados, tras el encuentro entre sus pretensiones de validez, el umbral en que se posiciona y las trayectorias que despliega, respecto de otro horizonte, que es el del intérprete.

El propio lenguaje, en que se mueve nuestro diálogo discursivo con el texto, insta a que cada enunciado abra su carga de significación no sólo en y desde un contexto de comprensión sino, también, hacia una cierta extensión de sentido, que no se revela de modo directo e incluso tiende a relegarse al trasfondo. De ahí que el o los propósitos del texto se asocian al valor intrínseco de su lenguaje, en clave el despertar de nuevas lecturas, lo que compromete la idea de devenir y por –venir, tras un despliegue que pone en tensión su naturaleza y su vida con nuestro entendimiento, bajo una “[...] *temporalidad desencarnada del pasado y del presente vivido*” (HEIDEGGER, M., 1998: 34).

El texto posee una intención, no es neutro en su referencia lingüística. Su carácter es comunicativo, por lo que las palabras no deben degradarse en sentencias pasadas, sino refrendarse o negarse en la contingencia del presente. Allí, es cuando el lenguaje se pone en transición, en instancia de crisis a la coherencia, continuidad y cohesión, soltando su singularidad y su originalidad por intervención de lo que acontece al comprender.

Ello nos reclama traer el proyecto histórico del texto a la actualidad, “[...] *único espacio en que se desarrolla – y tal vez también se agota- lo real*” (VATTIMO, G., 1996: 69). Es donde emana el vacío de su ontología, la apertura de posibilidades de verdad sobre lo que el texto dice o acalla, sobre lo que es o ha llegado a ser, sobre lo que en él se construye y se pacta, pues, su contenido constituye una entre muchas esferas desde las que podemos observar y comprender el mundo.

3.- CARÁCTER GENERATIVO DEL LENGUAJE EN EL TEXTO.

Si recordamos a Gadamer (1998: 215), el carácter de la hermenéutica se concibe como el poder ser de la comprensión, lo que nos permite ir hacia la estancia y el estado vivo del mundo de un texto, en el mundo socio-cultural. Es una hermenéutica vislumbrada no sólo como teoría de la comprensión, sino también -y fundamentalmente- como praxis humana que, orientada al entendimiento, visto como propósito de la comunicación dialógica, pone en juego las virtudes básicas correspondientes a un cierto *ethos: la sabiduría y la prudencia*.

De ahí que la experiencia lingüística del texto se pone delante de todo lo que es conocido por quien comprende, sin que por ello su mundo se convierta en objeto del lenguaje, pues el objeto propiamente tal es, primero, el enunciado y, luego, el argumento de sus proposiciones. Eso conlleva una participación hermenéutica de sentido, que nos permite salir de “[...] *la inseguridad que se sufre al creer que se ha perdido el principio primero de algo [...]*” (VATTIMO, G., 2014 [1]: 40), en tanto creación genuina y necesaria del carácter del lenguaje que acontece.

Con esto, se alude a un *ethos* que “[...] *se constituye en la eventualidad de su propia historia [...]*” (GADAMER, H.G., 2000: 15), tras el reconocimiento de eventos que revelan las pretensiones de validez de su fundamento. De lo contrario, cada contenido permanecería prisionero en formas de pensar que, despojadas de una lectura nueva, seguirían siendo las mismas, es decir, infértiles, descontextualizadas e incapaces de contestar a la tradición.

Ahora bien, la noción de *ethos* ha enfrentado, desde hace un par de décadas, una suerte de reaparición y reapropiación en las ciencias del lenguaje. Eso, sobre todo luego de surgir el giro lingüístico y el hermenéutico, ocupándose de relevar la *inventio* de los textos, esto es, lo que sus discursos procuran decir al argumentar.

El *ethos* se configura en un largo camino de discernimiento del sentido, por el empeño de transformar el mundo del texto en un lugar más habitable para quien lo interpreta y explica, pero, sin pretender una fundamentación inmanente, ni una verdad trascendental. Dichas premisas intentan superar el sentido adjetivo y moral que Aristóteles otorga a la noción de *ethos*, donde se contraponen virtudes *éticas* y *dianoéticas*, para saber si una acción, cualidad o hábito es o no correcta respecto de su deber – ser.

El *ethos* no es una doctrina de la conducta, como lo afirmaron los empiristas, pero, tampoco la fuente de estabilidad de una identidad. El mismo, se va formando y cualificando históricamente, como ocurre en el caso de las trayectorias de lenguaje que va surcando la existencia de un texto.

Entonces, si partimos del supuesto que el texto es un eslabón en una cadena de comunicación capaz de transportar al lenguaje una experiencia de saber, su existencia no puede definirse sólo por tener un “*corpus*” sino, también, un “*carácter*” específico e independiente del cuerpo y carácter del autor. Cada texto ostenta un *ethos*, un modo de ser o un hábito lingüístico que expresa un mundo propio, que no está detrás de las intenciones del autor, ni al interior de su estructura, pero, tampoco en el contexto socio-histórico en que se origina. Él, se despliega a través del carácter del lenguaje.

Es más, el horizonte mundano del texto, abierto lingüísticamente, hace posible su comportamiento objetivado como carácter del lenguaje, estableciéndose la condición a través de la que asiente “[...] *ser-como-tal* y *ser-con*, en modos de existencia temporales implícitos” (HEIDEGGER, M., 1998: 124). De esa forma, su *ethos* se desenvuelve como sabiduría política y, en consecuencia, como sabiduría práctica, esto es, como un modo de ser en el mundo encaminado a un por-venir, haciendo colisionar la identidad del intérprete con la del texto, o, mejor dicho, su potencial de diferencia.

Como los textos no son meros artefactos del conocimiento, la crítica y el entendimiento, su hábito lingüístico se muestra:

“[...] *Al liberarse de su autor, su auditorio originario y, de los límites de la situación de habla, [pues] revela un mundo que nos lleva al significado de su comportamiento en el lenguaje*” (RICOEUR, P., 1992: 50).

Sobre esa base, prestamos atención a un *ethos discursivo*, una “voz” que habla a quienes se disponen a comprender su lenguaje, actuando como fuente que garantiza y certifica lo que es dicho a través de él.

Al tomar la palabra el texto, también, nos pregunta, se comporta ante nosotros, por lo que la vitalidad de su lenguaje le pone en relación con nuestros dilemas actuales, venciendo el alejamiento cultural y epocal en pro de una apropiación. Su circulación discursiva depende de las diferentes formas en que la palabra es comunicada, esto es, cómo el saber se configura en el lenguaje y, a la vez, cómo éste se revela por vía de la comprensión.

De esta manera, es factible descifrar cualidades específicas en la enunciación de las palabras, al momento de ir construyendo la relación que existe entre ellas y lo que quieren expresar, en cuanto:

“[...] *Consiste en una intensión de significar, que implica la esperanza de que el intérprete se proponga reconocer la proposición que se quiere dar a conocer*” (RICOEUR, P., 2008 [3]: 23).

En el acto de comprender el texto nos sale al paso, así por ejemplo, en el caso de los textos escritos esto representa un acaecer lingüístico que surge al escuchar la voz de las letras testimoniadas. Así, como lo propuso Platón al aseverar que la esencia del pensamiento es una conversación del alma consigo misma.

La enunciación de la palabra posee un sentido que va más allá de su denotación y, por lo mismo, reclama de una composición lingüística capaz de presentar el fundamento de su pretensión de validez. Por consiguiente, cuando aprendemos a hablar o a dialogar con

el texto, nos familiarizamos con su costumbre y no sólo con su conocimiento, ya que “[...] *el conjunto de enunciados expresados [...] se relacionan con la tradición de la comunidad en que se originan*” (RICOEUR, P., 1999: 41).

Así las cosas, la comprensión no es sólo del o sobre el texto, también debe serlo y, previamente, en y por su mundo para, de esta manera, evitar la irrupción de una subjetividad agresiva que viole y/o violente su realidad. El mundo del texto es el espacio que no puede ser abordado por el lenguaje directo, pues no resulta transparente, es más bien una opacidad que puede ser reconocida en objetos de discurso que, el propio texto, hace aparecer a través de su comportamiento lingüístico.

Para comprender tenemos que buscar no sólo delante del texto, ya que él no se encuentra clausurado, posee un mundo adyacente a lo que, en la idea de Homero, sería su morada existencial y que corresponde a la imagen que ofrece sobre sí mismo, mediante un contenido discursivo. No es una imagen formal ni neutra, trasciende el conjunto de rasgos estructurales, pues se va definiendo en el carácter de su lenguaje (*ethos*), poniendo a quien comprende en una determinada disposición (*pathos*) y postura ante la verdad que comunica o parece comunicar, como experiencia de saber que corre mediante su discurso (*logos*).

Para Lausberg (1993), el *ethos* discursivo se desarrolla como una especie de consenso de grado afectivo débil (*delectare*), pero duradero como el carácter, en tanto condición fundamental que lo diferencia del *pathos*, que es un influjo afectivo fuerte (*movere*). De esta forma, el carácter del lenguaje del texto interpela e incide en el intérprete, por el impacto particular de sus campos argumentativos, sus principios explicativos y sus proposiciones de base, cuya cualidad específica varía en función de sus propósitos y/o finalidades.

El carácter del lenguaje aporta el grado de objetivación al fundamento del texto y resume la manera en que éste se comporta frente a un proceso de comprensión, gracias a la tirantes que pone sobre la fijación y alteración que la palabra confiere a los argumentos. Lo mismo, atañe tanto a factores discursivos como sociales que, al mismo tiempo, condicionan la efectividad y mérito de la palabra, en su instalación o reelaboración, por el uso de enunciados atados a representaciones individuales o

colectivas, dentro de un tejido discursivo orientado por las funciones y finalidades de cada texto.

En consecuencia, el sólo hecho de que un texto pertenezca a un determinado género del discurso, a una cierta comunidad de conocimiento o a algún posicionamiento ideológico, induce a expectativas en materia de su *ethos*. Al menos en los textos escritos, la configuración enunciativa no puede escapar de su dimensión tópica o espacio desde el que es producido. Para el caso de la disciplina de Trabajo Social, en tanto textos académicos, su efectividad discursiva implica entender que su hábito lingüístico está condicionado por el estatuto institucional del campo de donde proviene y su posición en él, lo que, a su vez, incide en la legitimidad de su decir.

No se trata sólo de adquirir o acumular información, sino de aplicar el saber al juicio reflexivo sobre objetos discursivos que expresan un *bios*. Por lo tanto, la composición del carácter del lenguaje del texto dependerá de “[...] *la composición de sentido que se da en el vínculo entre ser y no-ser* [...]” (HEIDDEGER, M., 1990: 27), cuya circulación discursiva irá suscitando efectos entre los polos de la interacción, como resultado del intercambio y correlación de imágenes dentro de un contexto de comprensión.

En definitiva, el carácter del lenguaje o hábito lingüístico proyecta el *ethos* discursivo a lo largo de la experiencia de saber que emana en nuestro diálogo comprensivo con el texto, pero, siempre, atendiendo a la creación de su *telos*, cuya función puede irse modificando durante el proceso. Eso, pone en juego una serie de datos previos al acto de comprender, ya que los atributos (*ehtè*) que componen la imagen que, vehiculizada por el discurso, el texto le ofrece a quien se dispone a comprenderlo, refleja lo que él quiere ser para el otro y que no, necesariamente, es lo que a primera vista informa o declara.

III.- REQUISITOS DE UN UMBRAL HERMENÉUTICO.

Históricamente, la hermenéutica ha acompañado los esfuerzos de comprensión a las obras humanas que dan testimonio de nuestra sociedad, pues su característica principal es la de recuperar aquello que a través del tiempo se ha construido. Su propósito no es atraparnos en la tradición, como lo pensó la primera hermenéutica historicista, sino más

bien generar puentes temporales que ayuden a “[...] *emancipar el conocimiento, relativizar la verdad y alcanzar nuevas riquezas en las discusiones epocales*” (VATTIMO, G., 1995: 92).

De hecho, en la actualidad los alegatos en hermenéutica, impulsados por Ricoeur, Vattimo, Beuchot, siguen situados en los dilemas sobre la comprensión y su relación con el mundo, cuya expresión es sostenida a través de diversos textos que dan cuenta de nuestra memoria histórica, política, cultural y social. Los textos constituyen una superficie abierta a la continua exploración de sentido y la revelación de un complejo caudal de significación, incluso aquellos radicados en los propios actos humanos que buscan comprender “[...] *el ser-en-el-mundo que se halla en el texto*” (RICOEUR, P., 2010: 53).

La riqueza de nuestra memoria se encuentra en aquellos fuerzas de fuga que podemos hacer aparecer al renovar, una y otra vez, los caminos de interpretación y explicación, no sólo sobre lo que ésta deja entrever, sino además sobre lo que el lenguaje hace trascender, a partir de aquello que los textos ofrecen a una comprensión profunda, deconstructiva y vacía. Entonces, transitar en el escenario de la hermenéutica nos invita a ahondar en el fenómeno mismo de la comprensión que, inversamente a lo que pensó Schleiermacher o Dilthey, tiene como finalidad reconstruir nuestros textos y no reproducir, fielmente, lo que un autor procura expresar en ellos. La hermenéutica inspira el “*lenguaje de la sospecha sobre el curso social de la historia*” (RICOEUR, P., 2012 [2]: 76).

Nos referimos a ir al encuentro de los registros fundamentales, presupuestos de base y pretensiones de validez que envuelven los textos, más allá de la superficie semántico-conceptual o, también, de la inmediatez narrativa y su contenido. Ellos, no se muestran a simple vista, tampoco en la empírea subjetiva, ni en la instrumentalización naturalista del conocimiento.

Por esto, el trayecto hermenéutico de la sospecha o del declinar va del lenguaje al pensamiento y viceversa, pero en un encuentro permanente con el mundo, sin dar lugar a una identidad fija, a una observación unilateral, sino para alcanzar una nueva experiencia de saber. Eso es posible, a partir de la resonancia lingüística con que la

palabra va forjando un camino en que se despejan contradicciones, ambivalencias y potenciales distorsiones, emanadas a lo largo de los discursos y sus argumentaciones.

En este contexto, el lenguaje propicia un nexo de sentido histórico capaz de sobrepasar el registro de nuestro conocimiento. La comprensión traduce al lenguaje en un tejido de relaciones simbólicas, allí donde se produce una colisión entre “[...] *el carácter del lenguaje, la conciencia y el acontecer de sentido* [...]” (GADAMER, H.G., 1998: 97), abriendo espacios de constante reconciliación con cualquier nivel de realidad, del que, a su vez, somos constituyentes sociales, políticos y culturales.

Recordemos que la pretensión de verdad de la hermenéutica es, diametralmente, distinta a la de las ciencias estrictas que esperan certificar lo que es verdadero o falso, aun cuando “[...] *ellas mismas apelan a un método que no asegura la comprensión real, muchas veces apela a una interpretación, más bien, ideologizada y totalizadora*” (GADAMER, H.G., 2002: 330). La comprensión hermenéutica se gesta en la pertenencia del intérprete a aquello que le es comprensible, como evento en singular, por expectativas y supuestos anteriores que, de una u otra manera, afectan el entendimiento.

No perdamos de vista que el correlato específico de los diferentes procesos de comprensión no es otro que el sentido, que nace mediado y a la vez acompaña, de uno u otro modo, nuestras distinciones a las determinaciones que opacan las dimensiones extra-verbales respecto de las verbales. La razón hermenéutica quiebra las dicotomías sujeto-objeto, no es ajena a las experiencias gestadas en los diversos discursos que se ponen en medio de las cosas.

Texto e intérprete, así como interpretación y explicación, son aspectos complementarios e inseparables en el marco universal del entendimiento significativo. No aparecen como polos mutuamente refractarios o presuntamente excluyentes, según suele suponerse en concepciones consensualistas y objetivistas.

Por lo tanto, debemos explicar e interpretar desde procesos reconstructivos, desde mediaciones hermenéuticas y no de modo directo o inmediato. Eso, sería sólo un sueño delirante. Tales mediaciones han de partir en lo manifiesto del discurso, para dirigirse

hacia sus razonamientos, ahí donde los contenidos ofrecen, proponen y sintetizan lógicas que el lenguaje pone en evidencia, expandiendo momentos de contradicción en los que puede legitimarse, incluso, lo que aún no ha sido dicho en y con nuestros textos, logrando acceder a “[...] *la posibilidad de que existan como mundo y de que además se manifiesten como tal* [...]” (RICOEUR, P., 1992: 58).

El mundo del texto y su sentido no sólo le pertenecen a él sino, además, a quien intenta comprenderlo, ya que entre ellos se produce un choque de lenguaje que emerge como tensión entre acontecimiento y contenido, entre entendimiento y verdad. Su mundo y su sentido, también, se van forjando tras una suerte de desasosiego que surge de nuestra inquietud por hacernos cargo de lo que ellos proponen, o sea, de una razón de ser que alienta su importancia y nos llama a ocuparnos de ellos. Allí, se fragua un lazo entre la identidad y la diferencia de dos mundos, emergiendo umbrales hermenéuticos para la comprensión.

Desde el lugar de la hermenéutica, todo acto de comprensión conlleva dinamizar los presupuestos de base que configuran el saber de un intérprete, con las irritaciones que produce el contenido que se busca develar en los textos, surgiendo un umbral en el que se despliega el fenómeno mismo del comprender, en cuanto estado intermedio en el que colisionan ambas perspectivas. Según Gadamer, en ese umbral corren flujos de sentido que desprenden al texto y al interlocutor de su condición individual, los pone en “[...] *un camino en el que el ser puede avanzar hacia un mayor despliegue de sí mismo al comprender*” (2002: 35).

A partir de la sociedad, de sus obras y sus épocas, ambos mundos se revelan y se desenvuelven unos con otros, pues proveen una superficie de interpretaciones y explicaciones anteriores, para el mutuo conocimiento. Así pues, siguiendo a Vattimo (1992), podemos concebir el umbral hermenéutico como una especie de frontera o límite inicial, no total o final, desde el que el intérprete (para nuestro caso el Trabajador o Trabajadora Social) se posiciona para llevar a cabo un proceso de comprensión del texto, mientras que este último se abre a nuevas trayectorias de lenguaje en su construcción discursiva.

Esta sería una zona de base donde radica la imagen pre-discursiva que poseemos sobre la realidad, esto es, el conjunto de experiencias, pre-juicios y conocimientos previos, desde los que nos abrimos al mundo del texto, mediante la construcción de una serie discontinua de significaciones en torno a su contenido proposicional. El texto nos anima a descubrir la constitución del ser de su existencia, que rebasa su cosificación, su materialidad, su enticidad, ya que:

“[...] *Nunca es algo en el sentido de un objeto; es el ser mismo, cuya verdad es entregada [a la comprensión], esto quiere decir, si no se representa ya más al ente*” (HEIDEGGER, M., 1999: 55).

Por consiguiente, el umbral hermenéutico opera como plataforma de despliegue de la comprensión, entre las múltiples trayectorias de lenguaje que se cruzan y trastocan en medio del discurso dialógico desarrollado entre texto e interlocutor. Es un momento de interrogaciones al conocimiento y, por tanto, de desafíos a la reflexión; un compromiso que trasciende la evidencia de los hechos lingüísticos. Así, podemos conectar diversos y heterogéneos factores que constituyen ambos mundos, los que se pueden reconfigurar y volver a revisar, una y otra vez, tal como un acto de creación histórica “[...] *adiáforo, peculiar y privilegiado*” (HEIDEGGER, M., 2003: 34).

Este umbral encuentra su puerta de entrada en la arquitectura del texto y la pre-comprensión del interlocutor, vistas como territorios desde los que ambos se ubican. Sin embargo, su espacio de realización será, siempre, la fuerza proposicional y reflexiva donde vive el lenguaje, esto es, donde se configuran escenarios de sentido y zonas de representación de una realidad que puede ser traducida, según nuestro propio mundo, biografía y conocimiento que, al mismo tiempo, van cambiando y metamorfoseándose, sin eliminarse.

Esto obedece, de acuerdo a Beuchot (2004), a que, primero, es imposible llegar a una total identidad entre el significado y su aplicación, pues eso traería consigo una desmedida pretensión de objetividad. Mientras que, en segundo término, tampoco puede darse una cabal diferencia entre el significado y su aplicación, ya que eso provocaría un exacerbado relativismo subjetivista en la comprensión.

En todo acto hermenéutico, el umbral de comprensión no surge a foja cero, exalta estados de emergencia y cambios en lo que el discurso y entendimiento evidencian, representan y pretenden validar, para “[...] *platicar con la disolución de todo fundamento ontológico*” (VATTIMO, G., 2010: 52). En consecuencia, según sea el nivel de intensidad y extensión de ese umbral, el contenido de una realidad actúa como pre-texto o, bien, como contexto de interpretación y explicación, impulsando el poder de saber y no sólo de hallar un hecho, pues el lenguaje no es presencia inerte en el espacio de la comprensión, sino el motor de mediaciones que reelaboran conocimientos de partida, sin extirparlos.

Entonces, desde el umbral hermenéutico nuestra comprensión puede ir provocando rupturas al conocimiento, iluminando batallas por otorgar significado a aquello que los textos de la disciplina tienen que decirnos. Destaquemos que aun cuando “[...] *su comprensión correcta sería sólo un ideal deseado [...]*” (GADAMER, H.G., 2002: 477), con ella despertamos la reciprocidad entre verdad y acontecimiento.

Esto, refleja una enorme oportunidad de transformación en los cánones de problematización de Trabajo Social contemporáneo, dando lugar, de un lado, a categorizaciones teóricas y conceptuales, pero, de otro, a registros ideológicos y simbólicos, desde los que no sólo planteamos sino que, además, argumentamos nuestro conocimiento, en tanto creación discursiva de diversos puntos de vista sobre objetos discursivos móviles, insurrectos y perturbadores.

Desde esta perspectiva, dicho umbral representará, en todo momento, la apertura de nuevas posibilidades que, incluso antes de disponernos a comprender, éramos incapaces de concebir, pero, una vez que se nos hacen presencia presente, nos muestran rutas en las que la comprensión puede proyectarse. En síntesis, sería el “canal” desde donde el potencial hermenéutico se expande a múltiples horizontes de entendimiento, que nos ayudan a descifrar y comunicar un estado “vivo” de lenguaje, invocando la duda, la cuestión, la pregunta en torno a su realidad y su contenido.

De esta manera, el umbral hermenéutico hace posible que los textos de la disciplina sean contemporáneos a la comprensión, abriendo un conflicto de interpretaciones y explicaciones que surge cuando trajinamos las huellas, los rastros y las trayectorias de

lenguaje que en su mundo transitan. Para tales efectos, es necesario precisar que los umbrales de comprensión no constituyen esquemas o puntos arbitrarios de referencia, son escenarios que se construyen poniendo en relación los siguientes requisitos:

- 1.- *Flujos de Sentido.*
- 2.- *Proyección del Comprender.*
- 3.- *Potencia Mediadora.*

1.- FLUJOS DE SENTIDO.

Como se ha adelantado, comprender no sólo implica develar, interpretar y reconocer el sentido más profundo de un discurso. Situados en un escenario de complejidad hermenéutica, comprender implica desnaturalizar flujos de sentido, asentados en nuestro saber y conocimiento histórico.

Hablar de flujos de sentido conlleva asumir que el proceso de comprensión no es un hecho de carácter unidireccional sino, más bien, un movimiento dinámico y constante, más nunca regular y continuo. Son intermitencias que ponen en encuentro al intérprete y al contenido de un texto, como un lazo entre el lenguaje y la comprensión. Asociándolos en un espacio tanto de diferencias como de compromisos reflexivos, esto es, de exploración, expresividad y contradicción, que permiten alcanzar una mayor fraternidad entre ellos.

Los flujos de sentido, parafraseando a Gadamer (1998), se cimientan en la lingüística, donde la interpretación y explicación son capaces de encontrarse y otorgar significatividad a ciertos núcleos semántico- conceptuales (palabras, enunciados, discursos, claves icónicas y/o acciones significativas). Del mismo modo, despiertan la necesidad de asimilar la realidad de un texto, con miras a la rebelión, reconciliación y resistencia del pensamiento que, desde ellos, intenta reconstruir su contenido, anclado a un “[...] *campo arquitectónico, cuya función es mostrar ocultando*” (RICOEUR, P., 2012: 21).

El sentido no acaba nunca, se reorganiza una y otra vez. Se vuelve a tejer de distinto modo, en virtud de una distancia temporal en que se funda nuestro potencial hermenéutico de la comprensión, que busca ser legitimado al objetivarse y sintetizarse en un cuerpo de significaciones. Desde esta perspectiva, los flujos de sentido cambian, no en función de una consciencia histórica sino, más bien, en el quebrantamiento de la distancia temporal que, presuntamente, separa a Trabajadores y Trabajadoras Sociales (quienes comprenden) de aquello que comprenden (objetos discursivos en textos).

Esto refleja, entonces, un ir y venir entre lo que está dado y lo que se puede construir. De otro lado, sería una suerte de destrucción que procura que el concepto hable de nuevo, liberando un lenguaje vivo dentro de su contexto. No se refiere a probar o medir en qué grado un cierto atributo se encuentra determinado, sino descubrir tantas cualidades y relaciones posibles que se atraviesan en la situación de comprensión e intelectualización del lenguaje.

La hermenéutica debería pensarse como una actividad puesta al servicio del sentido, dicho de otro modo, eso sería lo que ella siempre persigue o anhela. Tengamos presente que cualquier texto, incluido el de la realidad social, tiene un componente material (susceptible de medición) y otro inmaterial (necesario de aprehender). Ahí, se expande un espacio simbólico y efectivo desde el que las cosas nos proveen sentido; a diferencia de las premisas propias de la tradición naturalista y positivista, así como de enfoques conductistas o de un cierto marxismo estructural, que ponen este universo en el lado de lo etéreo y sui-generis, como algo más bien alejado o distorsionado de lo real.

Desde una concepción hermenéutica, el sentido ha de ser entendido como la atribución y liberación de significados que configuran y de-configuran la naturaleza de un acto comprensivo. Es decir, pretende abrir espacios de cuestionamiento para articular, asumir e integrar las proposiciones inherentes a un contenido, con la finalidad de llegar a lo implícito en ellas y traducirlas.

Entonces, si vivimos en un mundo en el que los componentes materiales de la vida están, inextricablemente, imbricados en el sentido que culturalmente asumen para nosotros, lo social presenta un fuerte componente intersubjetivo de sentido. Eso, permea la realidad y nos insta a tener en cuenta los discursos con que aludimos a ella y la

hacemos aparecer, pero, en el bien entendido de que eso no es una cuestión lingüística, sino más bien hermenéutica.

No debemos olvidar que los discursos, debido a su carácter temporal, acontecen y cobran significado en un contexto, esto es, en los márgenes de una situación que no se define ni en el autor ni el interlocutor de ellos mismos. Sentido y situación se acompañan, más no constituyen la misma cuestión, ya que antes de que el intérprete pueda entrar de lleno en la comprensión, precisa transparentar, en la medida de lo posible, el umbral a partir del que se accede a ella.

Tomando los aportes de Heidegger, podemos plantear que aquella es una “*situación hermenéutica*” (1998: 232), propia del acto de comprender y caracterizada por tres momentos fundamentales, a saber:

El haber previo, que no es otra cosa que el texto mismo;

La manera previa de ver, que constituye el estado de pre-comprensión, y

La manera de entender previa, que viene mediada por el lenguaje y su representación conceptual.

Hablamos de una instancia que, junto con ayudar a develar el sentido, nos permite apropiarnos de él en la comprensión. Eso, mediante la colisión entre los atributos de un contenido y las lógicas que orientan la reflexión.

Así pues, Gadamer (2002) hace referencia a una *fusión de horizontes*, como la dimensión espacio- temporal en la que emergen y se visibilizan las oportunidades de comprender. De este modo, como cualquier intérprete, Trabajadores y Trabajadoras Sociales se aproxima a un discurso con sus propias ideas, respecto a lo que esperan encontrar en éste, cuyas intenciones estarán determinadas por el marco social y cultural (donde cabe lo disciplinar) en el que se encuentra su “*horizonte de expectativas y de experiencias*” (GADAMER, H.G., 2000: 44).

Del mismo modo, todos nuestros textos poseen una cualidad enunciativa, un campo argumentativo y una fuerza proposicional que nos interpelan como interlocutores, en un umbral hermenéutico de comprensión. El horizonte del texto encarna un conjunto

innumerable de posibilidades de interpretación y explicación respecto de objetos de discurso que adquieren vida propia, en un continuo movimiento de lenguajes y significaciones, de cuestionamientos y aseveraciones que nos permiten reconstruir el fundamento del contenido original.

Tal rasgo refleja el carácter del lenguaje del texto, que nos posibilita establecer diferenciaciones para distinguir las apuestas y posiciones desde las que, en ese mundo, se formulan ciertos objetos de discurso y cómo los mismos habitan dentro de variados campos argumentativos, sustentados en lógicas particulares de entendimiento. En rigor, todo texto tiene algo que plantear, porque lleva al lenguaje una experiencia de saber, cuyo sentido se genera en referencia al mundo social con el fin de ser significada, razón por la que su contexto histórico ha de ser entendido como un horizonte de sentido distinto al horizonte vivencial de quien busca comprender.

Allí, se da tanto un distanciamiento como una aproximación en la comunicación, que deja ver una representación fundamental de historicidad, una suerte de dialéctica entre contenido y comprensión, significante y significado, verdad y acontecimiento. Esto alude a algo así como un choque de perspectivas, produciendo una suerte de alteridad entre interpretante e interpretado, es decir, una contradictoria relación que evita que la comprensión se transforme en una identificación subjetiva de ideas y, por otro lado, en una mera explicitación de palabras enunciadas.

En consecuencia, podemos referir a una asociación dialógica que da cabida a la construcción de significados entre dos horizontes de sentido, que existen en un escenario de co-pertenencia, pues el:

“[...] Comprender está expuesto a los errores de opiniones previas que no se comprueban en las cosas mismas y por lo que formular anticipaciones sobre ellas implica que nuestras concepciones sean confirmadas en tales objetos (GADAMER H. G., 2002: 332).

Lo importante es reflexionar si somos o no interlocutores válidos, para articular diferencias con el mundo del texto. Esto, a través de una interacción dialógica que

permite escapar de la tendencia instrumental a, simplemente, reproducir lo que observamos.

Así, nos damos cuenta del mundo en el que nos encontramos inmersos, reorientando nuestras disposiciones y acciones como expresión de un acontecer que expande el umbral de comprensión sobre su lenguaje. Esto es, sobre la facticidad de su existencia, como la *morada del ser*.

Aquí, se erige una posibilidad para aprender a entender aquello que la palabra busca traer al lenguaje, saliendo de afirmaciones impuestas o contraviniendo la colonización de categorías maestras, aplicadas monódicamente por autoridad o por atribución, como sucede en gran parte en la política pública, la ley, la ciencia normativa, etc. Lo mismo, se consigue yendo hacia “[...] *la esfera del <<auténtico>> sentido de la palabra en que acaece la verdad* [...]” (GADAMER, H.G., 2007: 17).

En consecuencia, hemos de evitar atribuirle a los textos una capacidad de conocimiento que excede su radical finitud, ya que no producen, en términos modernos, una síntesis perfecta en la que se reconcilian todas las contradicciones de la realidad que narra y explica. Sus proposiciones son apuestas en sí mismas y no, siempre y cuando, la razón las pueda representar. Por tanto, no podemos definir las como el saber absoluto hegeliano, ya que la textualidad no se identifica con el pensamiento de la fundamentación pura.

Todo texto constituye una zona finita en la que pueden realizarse diversas interpretaciones. Ellas, se producen en la inevitable tensión entre las permanencias estructurales de un conocimiento testimoniado y las desestabilizaciones de un mundo efectivo, por lo que “[...] *no resulta suficiente creer que su contenido se asienta en afirmaciones duras o en convicciones puramente subjetivas*” (RICOEUR, P., 2014: 60).

La procura de comprenderlos, como seres que están en el mundo, nos dispone a encontrar la significación de todo lo que en ellos ostenta sentido, o cuando menos de ciertos aspectos que, desde su lingüística, tienen sentido para quienes intentamos interpretarlos y explicarlos. Entonces, al aludir a los flujos de sentido, no podemos

pensar en zonas cerradas, ni excluyentes, más bien debemos pensar en un lenguaje que promueve un campo posible de hacerse común y compartido.

No se trata de una delimitación entre horizontes, sino de la capacidad de crear un escenario conjunto que, a su vez, forje una nueva realidad o experiencia de saber. Por tanto, comprender no implica leer un pensamiento inscrito o prescrito en palabras, sino la respuesta a un potencial hermenéutico que nos inquieta y dispone a trajinar lo que en la vida de nuestros textos habita, resiste y surge, a partir de la libertad de interpretación y de la capacidad de transformación que ese ejercicio implica.

2.- PROYECCIÓN DEL COMPRENDER.

Partamos diciendo que la comprensión es, en sí misma, una extensión del saber, que nos insta a dilucidar la peculiaridad de aquello que existe y nos comunica algo, pues responde a una presencia viva del lenguaje, que apela a reelaborar los conocimientos de partida y reedificar, una y otra vez, traducciones sobre sus posibilidades. En este sentido, comprender es ponerse de acuerdo con la realidad de un texto, es una mediación entre lenguaje y el pensamiento, entre preguntas y síntesis. Nos muestra que el conocimiento es provisorio y la verdad contingente.

La realidad no puede ser pensada como algo fijo o estático, sino como fenómenos continuamente fluyentes, que nos remiten al desarrollo de un proyecto histórico, transmitido por tradición, pero, posible de ser retomado y revisitado entre generaciones. De ahí que los textos, en tanto memoria, no puedan ser asumidos como cosas puestas frente a una conciencia, son mundos no empíricos desde los que, según ciertas posiciones en un umbral hermenéutico:

“[...] Se producen significados que, al comprender, pueden ser asimilados y redefinidos desde su sentido no unívoco, un doble sentido de ser y estar en el mundo” (RICOEUR, P., 2001: 85).

Entonces, hemos de tener en claro que no sólo los objetos de conocimiento son históricos, también nosotros lo somos, lo que hace imposible crear un saber objetivo, transparente y, menos, desinteresado, como lo presumen los formalismos de la ciencia analítica. La facticidad de una cultura y una sociedad delimitan nuestro conocimiento de la realidad, colocando la comprensión hermenéutica en la tarea de tomar lo que ha sido construido, someterlo a mediaciones reflexivas y transmutarlo en nuevas representaciones de lenguaje.

Es un llamado a no pasar por alto las trayectorias que sigue el conocimiento en el surco de la temporalidad, de modo de ir más allá del interés, puramente, metodológico de nuestras observaciones e investigaciones. Nos instiga a no olvidar que los textos son formas de lenguaje, creaciones que dejan oír el *ethos* de un fundamento y lo que en él acontece, a consecuencia de la comprensión.

Así pues, el comprender proyecta y orienta nuestra actitud e interés por reconciliarnos con la realidad y sus textos, o, mejor dicho, con la realidad hecha texto. Es un impulso que nos lanza hacia diversas posibilidades de interpretación y explicación que, si bien, parten de un umbral hermenéutico, al mismo tiempo, lo expanden al visibilizar, temporalmente, ciertos objetos de discurso, arrojándolos hacia delante, hacia aquellas repercusiones que su potencial provoca en el entendimiento.

De esta manera, en cada proyección del comprender se forja un horizonte que se extiende según el grado de profundidad con que, Trabajadores y Trabajadoras Sociales, nos dispongamos a reflexionar, tensionados por las condiciones y situaciones hermenéuticas que afectan el sentido de nuestras problematizaciones. Es un horizonte respecto del que delineamos el punto y nivel de observación en torno a la permanente y comunicable construcción histórica de nuestros textos, rescatando figuras hermenéuticas donde las cualidades lingüísticas son transformadas y transformables en performatividades discursivas, atendiendo a determinadas reglas sociales y márgenes simbólico-culturales.

Cuando comprendemos volvemos una y otra vez a incorporarnos en la realidad, a ser en ella, alterando la continuidad y la sucesión e incentivando la originalidad del conocimiento a partir de categorías pre-concebidas que se desconstruyen, desafiando la

teoría unitaria y el saber general, mediante una corriente de pensamiento viva en el lenguaje. Entonces, la proyección del comprender ha de ser asumida como un devenir, un proceso inacabado que se reanuda al despertar la dialéctica entre tradición e innovación, “[...] *en la que el pasado y el presente se hallan en continua mediación*” (GADAMER H. G., 2002: 361).

Nos permite trascender afirmaciones y respuestas que se presumen acabadas, haciendo aparecer en ellas “[...] *diferentes facetas de la palabra, bien sea vivacidad o pasividad, fugacidad o fijación, opulencia o miseria*” (RICOEUR, P., 1998: 83). Esto da cuenta de sus oportunidades de transformación y, también, de la manera en que otras palabras las sustituyen, mediante quiebres con narrativas heredadas y con el saber a disposición, otorgando mayor luminosidad a la capacidad de nombrar la realidad, sin ideologizarla, sin perder la riqueza de la significación, sin cerrar las ideas en sí mismas.

El texto y sus discursos no se cierran jamás sobre sí mismos, siempre, en todos sus usos, pretenden decir una experiencia de saber, mostrar un modo de vivir y de estar en el mundo que lo precede. Cada texto exige ser comunicado, apuntando al poder del lenguaje que le encamina, también, hacia nuevos modos posibles de ser, pues toda comprensión “[...] *se realiza al comprender algo distinto e incluye la unidad y la mismidad de eso otro*” (GADAMER H. G., 2002, pág. 138).

El lenguaje es una presencia actuosa en el espacio de la comprensión, ahí se gesta la “[...] *la lucha con el texto [...]*” (BEUCHOT, M., 2012: 32), pues comprender responde al interés no sólo de hacer claro un potencial de enunciación, sino de transparentar el sentido del entendimiento, respecto a un contenido discursivo. Comprender despliega un espiral de significaciones, a través de un diálogo discursivo entre texto e interlocutor, que hace proliferar el sentido de ciertos hechos enunciativos, así como el contexto en el que acontecen sus rupturas.

“*La comprensión es poder y posibilidad [...]*” (HEIDEGGER, M., 1998: 170), es una mediación a través de la que reconstruimos el mundo del texto como presente, aceptando que dicho comprender es, a su vez, el punto de fuga para nuestra interpretación como interlocutores. En consecuencia, sus resultados son parciales, transitorios e itinerantes, ya que la pertenencia de quién comprende al ámbito de lo

comprendido, la individualidad irreductible de cada evento hermenéutico y el hecho de que cada texto dice su propia verdad, ponen en permanente necesidad de cuestionamiento la auto-transparencia del conocimiento.

De ahí que cada proyección del comprender nos lleve a rebasar el límite de identificar sólo lo que dice un texto y no otra cosa, colocándonos en un juego dialógico con un mundo, con una existencia que dice más que lo que se manifiesta en su palabra. El texto ostenta un provechoso capital semántico desde el que se ha de apelar a una reconstrucción de sentido, por lo que al comprender no se persigue aquella certeza indubitable apostada en el cogito cartesiano, que sólo incumbe al yo pensante, invocando el riesgo del solipsismo del sujeto.

Todo comprender aspira a alcanzar una verdad vacía, desplegada al tomar conciencia del carácter lingüístico de cada experiencia de saber. No refleja la entrega de información sobre un objeto mentado, sino que, por sobre todo, despeja la dimensión simbólica de la realidad.

Así pues, basados en los aportes de Ricoeur (2008), podemos sostener que la proyección del comprender, siempre, va o se ensancha en, a lo menos, tres grandes momentos, a saber: *la prefiguración, la configuración y la re-figuración*. En primer lugar, se encuentra la representación de una realidad acotada en el conocimiento a mano, que en el proceso de comprensión propiamente tal, como segundo momento, abre la referencia suspendida del texto a otra carga de sentido; haciendo posible la traducción de ese contenido en lenguaje vivo y entendimiento significativo, en cuanto tercera instancia desde la que vuelve a comenzar la proyección del comprender.

Por consiguiente, dicha proyección puede concebirse como una peculiar dirección que sigue la reflexión, en un intento de aceptar la realidad y analizarla, antes que crearla con el pensamiento. Ello nos exige superar la tradicional antinomia entre explicación e interpretación, vistas como actividades antagónicas, propias una de las ciencias de la naturaleza y la otra de las ciencias del espíritu. En conformidad a los estudios de Ricoeur:

“[...] *Que el texto tenga algo de objetivo permite mantener una posición de equilibrio entre dos movimientos: el metódico, propio de la hermenéutica romántica, y el de la pertenencia, propio de la ontológica, componiéndolos en el sentido propio del texto*” (2010: 129).

En esta perspectiva, al comprender se provoca una suerte de conflicto entre las diferentes interpretaciones de los contenidos simbólicos del lenguaje, con explicaciones que buscan esclarecer pretensiones de verdad que, en un cierto campo argumentativo, tensionan enunciados y proposiciones subyacentes. Nos destina hacia algún espacio-tiempo donde la interpretación y explicación pueden desarrollarse y realizarse, para hacer propio lo que antes nos era extraño, esto es, el conjunto de referencias abiertas por el texto y el significado que reside en nuestras visones y en lo que hacemos con ellas. Nos encamina hacia experiencias donde hacemos surgir saber, formando un arco en que la interpretación “[...] *precede, acompaña, cierra y así envuelve la explicación* [...]”; *por su parte, la explicación desarrolla analíticamente la interpretación*” (RICOEUR, P., 2014: 78).

Por consiguiente, la proyección del comprender es el “*hacia*” donde la interpretación y la explicación no se dirigen a aquello que dice un texto sino a lo que se desprende de él, esto es, lo revelado por su sentido y su referencia. La interpretación es la capacidad de re-emprender, en sí mismo, el trabajo de configuración del texto, mientras que la explicación es la operación de segundo grado, siempre, inscrita en la comprensión para actualizar los códigos subyacentes a dicho ejercicio hermenéutico, en que el intérprete se compenetra.

Así pues, para proyectar el comprender debemos incorporar una noción de diferenciación, pues el texto defiende su mundo. Por lo mismo, ponernos delante de él implica ir tomando distancia de la realidad cotidiana y el discurso ordinario, pues debe haber una instancia crítica, una posible distinción entre comprender una cosa u otra, o, en comprender de una u otra manera. Esto es así, porque superponer una actitud a la otra convierte a la comprensión en un ejercicio vano que obstaculiza el sentido.

Las interpretaciones no deben ser solamente probables, sino que creíbles, o mejor dicho más creíbles que otras, garantizando razones no equivalentes que las legitimen, en el entendido que el texto no es un campo limitado de construcciones posibles. Proyectar la comprensión implica transitar desde una interpretación preliminar o ingenua hacia una más profunda o versada a través de la explicación, debido a que, parafraseando a Ricoeur (2010), explicar más lo que interpretamos nos permite proyectar un mejor comprender.

3.- POTENCIA MEDIADORA.

Reconocer que la comprensión no sólo se proyecta a un nivel de transformación completa y total de lo que transmite un texto sino, más bien, que apela a encontrarse con “lo nuevo” y dejarse asombrar por ello, determina la actitud y disposición del Trabajador y Trabajadora Social (como intérpretes) a asumir mediaciones orientadas hacia la significatividad de lo que el discurso manifiesta. Solamente allí “[...] *se hace hablar al texto, lo que significa que se [revisa] articuladamente [...] prestando atención al significado y sentido mismo [...]*” (GADAMER, H.G., 1998: 77),

En otros términos, se espera llegar a un escenario de develación a partir de lo que el texto transmite (significatividad del pensamiento), donde el sentido de destrucción no se limita a eliminar o liquidar lo manifestado, sino a procurar que el texto hable de nuevo un lenguaje vivo dentro de otro contexto. Lo que se busca es dinamizar las proposiciones argumentativas, a partir de lo que se encuentra implícito en el texto, con la idea de no caer en redundancias o en explicaciones primitivas, que sólo atan el texto al autor.

En la comprensión se forjan sistemas relacionales análogos a las estructuras lingüísticas de donde derivan, lo que nos permite descifrar el conjunto de proposiciones enunciativas que subyacen a cualquier instancia comunicativa, sea escrita u oral, fija o móvil. Del mismo modo, conlleva triangular experiencias, textualidades y esquemas conceptuales en contextos donde se producen las proyecciones y retrospecciones del contenido de los discursos.

Se alude a la capacidad hermenéutica para la reconstrucción significativa de la realidad, esto es, confrontar una trama de discursos, no necesariamente complementarios, cuyas proposiciones se multiplican al convertirse en narraciones sobre precarias experiencias de saber. Con esto, nos referimos a la potencia mediadora del lenguaje que opera como *imput* o energía interior desde la que se sitúa y reconquista el acto de comprender, despejando escenarios de sentido que hacen posible tanto la interpretación profunda como la explicación sensata de múltiples contenidos discursivos.

La potencia mediadora del lenguaje no se restringe al efecto de comunicar objetos, sino que supone un arrojamiento del entendimiento hacia la constitución simbólica de las categorías y las palabras, con miras a ampliar su significación, al transformar la comprensión en una praxis liberadora. Pero, esto no implica una libertad sin límites, centrada sólo en la elaboración conceptual del intérprete, al modo de una construcción absoluta del significado, ya que no podemos cegarnos al horizonte del texto que, también, afecta el umbral hermenéutico de la comprensión.

La mediación se expresa en la resistencia a lo incomprensible, dejando valer, incluso contra nuestro propio horizonte, la voz del texto, formando una experiencia de negatividad que podemos encontrar en un diálogo discursivo. Ahí se produce un acontecer de sentido finito en la dialéctica con los conceptos, en cuanto medios que nos permiten acceder a un todo de sentido más amplio, dentro de una comunidad lingüística compartida. Así, la comprensión sería vista, en el verbo de Gadamer (2002), como el *ser-para-el-texto*, que se hace presente en la unidad de sentido producida por mediación, en cuanto presupuesto de una construcción de sentido del propio texto.

Nos referimos a la facultad de reconfigurar la realidad del texto, refractada por el uso del conocimiento que, siempre, es influenciado por referentes históricos – culturales, ideológicos y políticos. El contenido argumentativo no es independiente de los procesos pre-conceptuales y extra-lingüísticos en medio de los que se produce. Lo mismo, implica considerar una unidad de pre-comprensión en la que, Trabajadores y Trabajadoras Sociales, nos hallamos inmersos y que nos hace poseer una manera anticipada de ver la realidad, así como una previa pretensión de verdad respecto de ese conocimiento.

El lenguaje es fundamental en el propio proceso de articulación del pensamiento, pues implica categorizar, nombrar y exponer objetos del mundo, mediante tejidos discursivos que surgen haciendo asociaciones entre símbolos y signos lingüísticos. Recordemos que el lenguaje no afirma una existencia autónoma frente al mundo que habla y se representa a través de él. Así pues, la potencia o fuente de creación de mediaciones hermenéuticas se encuentra en la capacidad del lenguaje para constituir y articular signos y símbolos, “[...] *en razón de escenarios de representación donde las palabras asientan sus referentes* [...]” (RICOEUR, P., 2008 [4]: 29).

Esto reclama dejar de presumir que el lenguaje es la única realidad aprehensiva, al margen de la complejidad de determinaciones y condicionamientos de un proceso dialéctico donde lo ideal y lo material se convierten recíprocamente en un diálogo, como vía de destrucción a lo pre-establecido y cuyo punto de constitución es, siempre, de índole social. Así pues, el propósito de toda mediación de lenguaje se traduce en forjar una reflexión conceptual diferente, pero sin suprimir al texto original, poniendo en un dinamismo dialógico lo inmediato con lo mediato a la comprensión, ideando nuevas composiciones discursivas a través de la fusión de horizontes, pues “[...] *en la resurrección del sentido del texto se encuentran ya siempre implicadas las ideas propias del intérprete*” (GADAMER, H. G.: 2004: 52).

En tal ejercicio de reflexión hermenéutica se reúnen el tiempo –espacio del texto con el de su interlocutor, o mejor dicho, ambos mundos aparecen en su unidad originaria, ya que el proceso de comprensión no es uno ni inmediato, reclama de permanentes mediaciones. Entonces, lo que tenemos en cada comprensión es el desarrollo de las posibilidades inherentes del sentido dado en la mediación de distancias temporales, esto es, de horizontes cuya fusión hace acontecer sentido, ya que el significado del texto se reinterpreta en contradicción con el actual horizonte del intérprete.

Hablamos de una mediación dialógica que posee la potencia para transformar ambas partes, iluminando al texto con un nuevo umbral hermenéutico, ya que las múltiples interpretaciones y explicaciones se desarrollan a partir del desarrollo de la capacidad que, el mismo, tiene para responder a diferentes cuestionamientos. Tengamos presente que el mundo del texto representa la conformación de distintos alcances lingüísticos, que resultan tanto de su experiencia de saber cómo de las innumerables posibilidades de

reconfiguración que emergen en su historicidad, lo que impide asumir en él una absoluta transparencia de sentido y, por tanto, el cierre de la tarea de comprender.

El mundo del texto actúa con autonomía de sentido, es decir, como la delimitación y, a su vez, como la condición de posibilidad de diversas interpretaciones y explicaciones, lo que, como ha sido dicho, depende del carácter vivo en el lenguaje del texto. En resumidas cuentas, este mundo emerge como mediación hermenéutica de identidad y diferencia, representando el límite divisorio o umbral entre una comprensión ajustada al texto y una que excede los límites impuestos por él.

En tal escenario, podemos definir la potencia mediadora como un atributo hermenéutico que nos permite adjudicar un sentido actual a un sentido pretérito ya fijado en el texto. Así, rescatamos una ontología vacía que intensifica el “[...] *impulso de la imaginación en un pensar más allá* [...]” (RICOEUR, P., 2008 [3]: 106), donde el lenguaje figura un agente interlocutor de la razón y el sentir.

Entonces, esta potencia se constituye en energía intelectual que rebasa el doble esquema conceptual de subjetividad interna y objetivación externa. Activa una proyección del comprender que urde cuerpos enunciativos y concepciones seductoras, divergentes y significativas, es decir, que media entre el lenguaje y el pensamiento.

Allí, se aviva una intriga narrativa en la que se visibiliza un mundo propuesto por los enunciados, un campo argumentativo y una fuerza proposicional que, independiente de quien se sitúe en el umbral de comprensión, siempre “[...] *será trastocada, enriquecida y mejorada, prolongando su plenitud en el movimiento de interpretación que el mismo texto da origen*” (BEUCHOT, M., 2004: 35). Eso manifiesta el despliegue de nuestro diálogo discursivo con los textos, gran tarea de intercambio de ideas, de confrontación crítica y de acercamiento de posiciones, en medio de múltiples trayectorias de lenguaje, pues nos vinculamos con todo cuanto, inexorablemente, inspira la manera concreta de responder a los intereses de problematización, que presentamos como intérpretes.

En consecuencia, comprender sería un esfuerzo por democratizar la diversidad, discontinuidad y fractura de la historia y la memoria expresadas en los textos de Trabajo Social, rompiendo modelos deterministas que han puesto el entendimiento detrás del

control técnico y de una científicidad arrastrada desde la ilustración, intentando imponer un pensamiento unívoco y un conocimiento uniforme sobre objetos, aparentemente, ajenos a las experiencias lingüísticas de quienes los observamos, tendemos a estudiarlos e intervenirlos. Eso, responde al hecho de que la potencia mediadora de la hermenéutica ofrece a la disciplina un enorme activo político, ya que “[...] *ella misma es política, no metódica*” (VATTIMO, G., 2014 [1]: 34). Nos invita a hacernos responsables de nuestras promesas históricas y comprometernos con una realidad fraguada por aguantes, divergencias, revoluciones y contra-fracturas.

CAPITULO IV

ANÁLISIS DE RESULTADOS

APLICACIÓN DEL FILTRO DE ANÁLISIS COMPRENSIVO A TEXTOS DE TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.

En atención a los criterios hermenéuticos de falta, falla y obstáculo, provistos por el “*modelo de la evidencia*” de Martín Heidegger (2014), la aplicación del filtro de análisis comprensivo partió en el reconocimiento de los intersticios presentes en las textualidades materia de estudio. No supuso determinar si lo dicho en cada documento era verdadero o falso, ni de objetar la calidad de los contenidos manifiestos o representantes, sino más bien de abrir la justificación discursiva de sus supuestos, para revelar el potencial de sus figuras hermenéuticas.

Para eso, se trabajó con las relaciones y disociaciones tanto semántico-conceptuales como argumentales, que hacían fructificar o restringir las premisas respecto de las que se formulaban sus tesis. Es decir, que al poner en negatividad el sentido de sus problematizaciones, fue posible no sólo tematizar su oferta enunciativa y proposicional, sino que, además, interpretar y explicar su relevancia en contextos contemporáneos de Trabajo Social, para estimular interrogantes a debatir e interpelar mediante sus propias construcciones apelativas, denotativas y/o exhortivas.

Cada texto fue analizado como un mundo donde acontecen significados sobre contenidos discursivos (manifiestos y temáticos), en los que surgen espacios de saber y formas de conocimiento que definen, demarcan y condicionan la comprensión global o parcial de lo testimoniado e inscrito en redes de categorías y corpus conceptuales. Así, se fueron develando las apuestas hermenéuticas con que el Trabajo Social ha construido el potencial de sus textos, al ir performando sus lenguajes, a través de la asociación y contradicción entre diálogos discursivos, ontologías vacías y umbrales hermenéuticos.

I.- LAS CONDICIONES DE UN DIÁLOGO DISCURSIVO.

El diálogo aparece cuando el discurso y la comprensión se ponen ante una situación hermenéutica, dentro de una realización temporal presente. Allí, se va despejando la práctica lingüística, tras los cuestionamientos y reflexiones del intérprete (investigador) respecto de los presupuestos y planteamientos de los textos, donde se descubre el vacío, el espacio de posibilidades de re-contextualizar contenidos enunciados (RICOEUR, P., 2010).

Este, constituye un rescate de fundamentos provisorios (VATTIMO, G., 1996), mediante los que podemos reinventar sentidos y representaciones, tras la contradicción de formaciones discursivas que reposicionan categorías significativas al interior del análisis comprensivo. En la lectura de los enunciados y argumentaciones se pusieron en juego estados de cosas y de relaciones, singularizando contenidos en el marco de su propio uso, que es donde se logran validar estas construcciones.

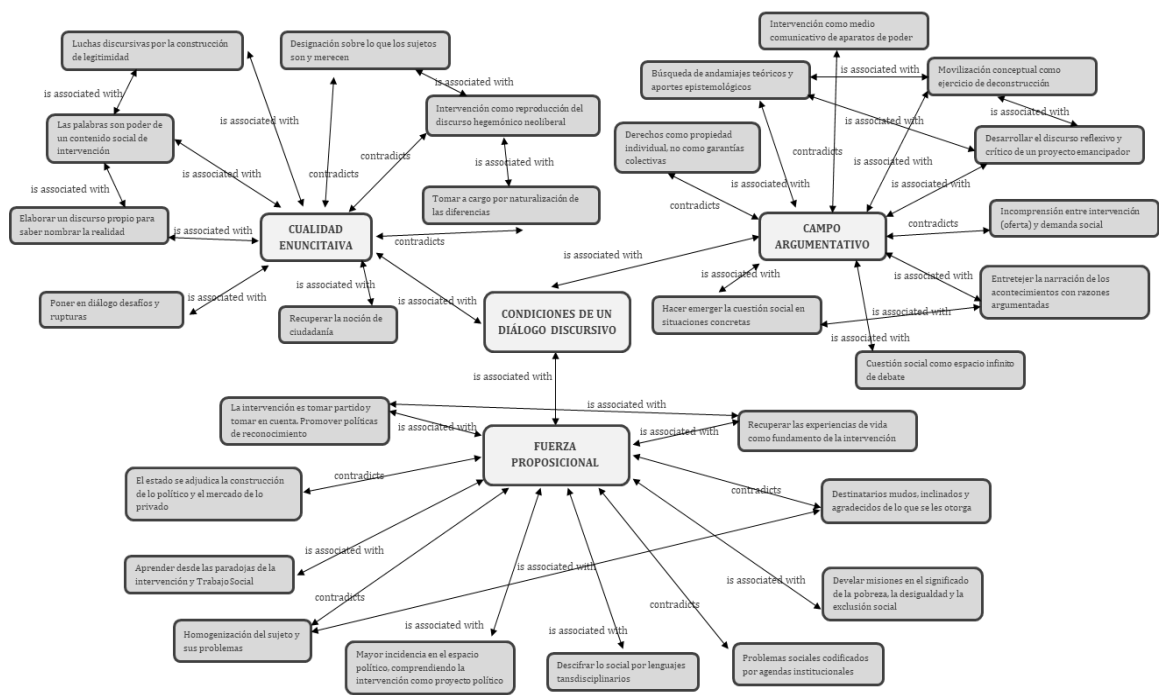
Acá, radica la productividad lingüística y simbólica que se urde entre el orden narrativo (RICOEUR, P., 2014) y su fundamento (HEIDEGGER, M., 2007). Hablamos de la autonomía semántica de los textos estudiados, que pone en público una parte del conocimiento, a través de tramas que hacen circular lógicas e ideologías; quizá, razonamientos comunicables, más no un estatuto de verdad (GADAMER, H.G., 2002).

Teniendo en consideración que, entre otros, la escritura es una modalidad que ofrece perturbaciones a la comprensión, para entrar en los entresijos de lo narrado. En Trabajo Social no podemos poner la “traducción” en un sitio accesorio. Interpretar y explicar no es un ejercicio extraordinario, debido a que nos ayuda a recobrar lo importante, entre las urgencias que impone una práctica desatada.

Entonces, mediante el diálogo discursivo con que despertamos los materiales de estudio, fueron puestas en presencia no sólo declaraciones sino, ante todo, distinciones que privilegian significantes tendencialmente vacíos. Esos que constantemente enfrentan una lucha política por su re-significación.

Se avizoraron diferencias de sentido, entre las que fue posible recuperar matices. No nos referimos a tenues reflejos, sino a golpes de atención que buscan la ruptura, pues ofrecen elocuencias y resonancias a discusiones que, si bien, son parte del repertorio habitual de la disciplina, abren nuevas direcciones de interpretación, en clave la tradición del Trabajo Social.

RED SEMANTICA N°1. Condiciones de un Diálogo Discursivo.



Tras el análisis comprensivo del contenido manifiesto y temático de los textos, se reconocieron necesidades y desafíos que forjan rutas para ir definiendo apuestas contemporáneas. Los contenidos estudiados no se agotan en redundancias, no vuelven a plantear la pregunta sobre ¿qué es Trabajo Social? o ¿cómo se hace?. Más bien se orientan a justificar “*por qué ha de hacerlo un profesional y no puede hacerlo otro*” (MARTÍN, E., 2013: 254), en cuanto posibilidad que no se haya en la técnica, ni en las funciones encomendadas, sino en miradas y palabras que hacen florecer lo genuino.

“[...] Hemos de tener en cuenta un contexto repleto de profesiones con las que dialogar. El espacio social ha de compartirse, y cada cual ha de tener su lugar en la intervención [...]” (Op.cit: 253).

Lo social no funciona sin componentes políticos, ideológicos, económicos, culturales. Allí se desprenden procesos que no existen sin relaciones simultáneas e interconectadas. Lo social “*no deberá tenerse por una simple relación de causa (producción) a efecto (reproducción) [...]*” (KARSZ, S., 2013: 38). Destacamos que los textos estudiados comparten la premisa de que para re-descubrir oportunidades de desarrollo disciplinar, hemos de partir de lo que lo social ya es y no en lo que debiese ser. Es un llamado a revisar nuestras responsabilidades, ofertas y marcas históricas inscritas en ese espacio.

Para esto, se pone como problema hermenéutico una categoría significativa en la construcción del Trabajo Social. Dicha categoría es la de intervención, cuya referencia no se encuentra en la materialidad de las prácticas o del quehacer profesional, sino en una crisis de sentido que abre diálogos con discursos foráneos, pero, coetáneos, esto es, el intercambio de representaciones con la ley, las instituciones, los códigos de mercado, el lenguaje de otras disciplinas, los enunciados de la ciencia, la palabra de la ciudadanía, las alegorías de la política, etc.

Así por ejemplo, hemos de tener como indispensable interrogar la posición que oficia la intervención, por un lado, en la reproducción de estructuras que aseguran la estabilización de desigualdades, como es el caso de la insolvencia en políticas de protección social, la extensión de asistencias subsidiarias, la promoción de programas de trabajo que activan la precarización laboral, el acceso a una educación donde la calidad se mide por resultados estadísticos, etc. Mientras que por otro, cautelar cómo la misma incide en la fractura de esas condiciones de reproducción en lo cotidiano, mediante la incorporación de alternativas micro-sociales de reconocimiento en la esfera de relaciones privadas; favoreciendo autonomías en las formas de vida, participación en iniciativas de recuperación de barrios, semánticas colectivas de indignación por la fallas en dispositivos de seguridad ciudadana o por la falta de proyectos de sala cuna universal, para el acceso de mujeres al trabajo remunerado, entre otras.

No hay que olvidar que conforme a las ofertas con que nuestra intervención da respuesta a las demandas sociales, tanto las entidades organizadoras como los segmentos destinatarios, ponen en duda la solidez y alcance de tales dispositivos, así como, incluso, el compromiso de Trabajadores y Trabajadoras Sociales en el cumplimiento de misiones de cambio y transformación social. De ahí que, para Michel Autès, es primordial que los procesos de intervención sean pensados en términos de “*paradojas de lo social*”, pues:

“ [...] *Constituyen una línea de lectura constante [...] sobre el carácter doble del Trabajo Social a la intersección de las prácticas de ayuda y asistencia a los pobres, modernizadas luego por la extensión de grandes sistemas de protección social y modernas formas de acción social tenidas por el Estado*” (AUTÈS, M., 2013: 220).

Comprender la intervención implica discutir rigurosamente su definición y por ende el potencial de los discursos que moviliza como propuestas y propósitos, pero, sin descuidar los límites que impone. Eso supone visitar sus figuras históricas centrales que, según Saúl Karsz (2013), versan entre la caridad, el hacerse cargo y el tomar en cuenta.

Eso alude a esfuerzos de invención de la intervención, que han convocado dimensiones ético-políticas, crítico-ideológicas y teórico-metodológicas, para sustentar problematizaciones que tensionan el principio de realidad con el de esperanza. Es una construcción que se gesta contra la resignación, contra la aceptación de que lo real es inmutable. Trabajadores y Trabajadoras Sociales deben estar preparados para entender el mundo tal como es, pero, además, para imaginar cómo puede ser reaprovechado.

Para nosotros, dichas reivindicaciones parten en el cambio de lógicas con que se lleva a cabo la formación universitaria. Es un esfuerzo por dismantelar los efectos de una educación nihilista, destinada al éxito en el mercado del trabajo. En rigor, constituye la voluntad política de Trabajo Social por re-traducir la asociación entre palabras y cosas, investigación e intervención, teoría y práctica, formación profesional y bien común.

De esta manera, podemos re-significar lo singular y lo concreto, en su imposibilidad de homogenización, a través de mediaciones que nos ayuden a descifrar, también, las opciones ideológicas de los propios profesionales. No es extraño que, aun en estos tiempos, se use el estatus de la disciplina o las diferencias de género entre quienes la ejercen, como excusa para justificar las maneras de hacer la intervención, pese a que su construcción y re-construcción es un problema de comprensión, de definiciones y de apuestas fuertes o débiles, claras o difusas.

En concordancia, la constante lectura que realice Trabajo Social sobre la intervención bosquejará un régimen de interpretación y principios explicativos sobre sus finalidades y objetivos sociales, enriqueciendo la calidad de sus operaciones. Esto nos invita a mirar la intervención como expresión de un saber en movimiento, cuya complejidad radica en la creación de sus fundamentos y el resabio de sus consecuencias.

Así pues, el análisis de los documentos seleccionados nos deja ver tres grandes opciones en torno a la intervención, a saber:

- 1.- La Intervención como Lucha Discursiva.*
- 2.- La Intervención como Dispositivo de De-construcción a las designaciones.*
- 3.- La Intervención como Toma de Partido, para Tomar en Cuenta.*

1.- LA INTERVENCIÓN COMO LUCHA DISCURSIVA. CONSTRUCCIÓN DE MISIONES SOCIO-POLÍTICAS.

Entendiendo que Trabajo Social se inserta en aquellas contradicciones propias del proceso de reproducción de las relaciones sociales, es indispensable discutir cómo la intervención cumple su misión, tanto de modo complementario como antagónico con las funciones de otros agentes del desarrollo. Para esto, hay que articular interpretaciones y explicaciones que permitan fracturar los principios de adaptación y ajuste que justifican mecanismos que operan en nombre de la modernización.

Por décadas, se ha llevado a efecto una intervención social que, en la esfera pública, se basa en la acumulación de discursos hegemónicos asentados en la coherencia de cánones legislativos y moralizantes, como son los de reinserción social, planes de superación de la pobreza, responsabilidad penal adolescente, entre otros. Mientras que, en la esfera privada, versan en torno a la corrección de desvíos atribuidos a ciertas causalidades individuales, por ejemplo, drogodependencias, deserción escolar, violencia intra-familiar, vagancia infantil, etc.

“Las representaciones de la sociedad que acompañan a esta visión se ordenan en una concepción de progreso social y crecimiento económico, [en] la ruptura de consensos entre un proyecto de producción y de cohesión social” (AUTÈS, M., 2013: 23).

Ahora bien, ¿qué pasa con la intervención cuando entre un registro moralizador y otro civilizador emerge lo imprevisible?. Nos referimos a fenómenos que no se presentan, ni se registran de la misma manera, o, de los que no se tenían coordenadas anteriores, no obstante siguen acuñando una exclusión donde circulan textos singulares. Naturalmente, la vigencia de sus formulaciones tiende a quebrajarse. Ello exige que revisemos nuestras misiones, para revelar sus deudas y garantías.

Lo social es inconcluso, por lo que la intervención no puede concebirse cerrada a una determinante programática, ni a discursos tecnificados que desconocen la pluralidad de opciones y *modus vivendi*, poniendo en su lugar reglas ordinales de convivencia. “*El Trabajo Social está regido por una lógica de conjunto*” (KARSZ, S., 2013: 42), por tanto puede y debe gestionar diferencias, no controlarlas, como ocurre cuando pasamos de la victimización a la descalificación, mediante múltiples programas sociales que asignan sus fallas a las insuficiencias de las familias, las incompetencias parentales, la falta de adherencia o desinterés de adolescentes a los planes de intervención institucionalizados, etc.

Por razón de ser, la intervención de Trabajo Social requiere dialogar con diversos sistemas de interpretación, con miras a la producción y suministro de sentido a los dispositivos discursivos que persiguen atender las consecuencias de la cuestión social. Las competencias no son las mismas entre unas y otras profesiones, menos aun las cualidades con que son ejercidas por los y las profesionales. Esto se evidencia no sólo

en estilos de acción, sino en modalidades éticas de entender, aceptar u oponerse al sello que imponen las políticas públicas, las prácticas organizacionales, los ritos y rituales funcionarios a la intervención y sus ofertas.

Lo mismo, vale también para el surgimiento, rescate o reutilización de categorías con que se atraparán o generarán oportunidades sociales. No es igual trabajar con usuarios de servicios que con beneficiarios de programas o con ciudadanos reflexivos e incidentes. Aquello, marca rutas, despeja caminos distintos de intervención. En ninguna medida el aumento de recursos económicos o medios técnico-administrativos, aseguran la resolución de complejidades sociales, si los mismos se separan de una “*decisión socio- ideológica explícita o implícita*” (KARSZ, S., 2013: 67).

Es insoslayable advertir que en cada intervención entran en juego luchas discursivas. Cuando Trabajadores y Trabajadoras Sociales hablan, escuchan, responden o buscan respuestas, formulan conjeturas y atienden preguntas, no lo hacen en su propio nombre, lo hacen en nombre de las misiones que les convocan. Misiones que muchas veces se esconden detrás de narraciones, cuyos fundamentos han de ser explicitados a partir de la enunciación de demandas, desde donde se argumentan derechos vulnerados.

De ahí que Autès insista en que las intervenciones de lo social poseen un triple registro, a saber: *el simbólico, el ético y el experimental* (2013: 250), cuya eficacia se visibiliza no sólo en el cumplimiento de mandatos judiciales, de estatutos de salud, proyectos educativos institucionales (PEI) o de la ley orgánica constitucional de municipalidades, por dar algunos ejemplos, también, en la permanencia de situaciones sociales que involucran identidades singulares, dinámicas familiares, grupales o territoriales, en las que se reproduce la violencia simbólica de emblemas predominantes, que someten la dignidad humana y la justicia social al dominio del derecho positivo.

Así pues, “[...] *el indispensable recurso a los medios de trabajo pone, una vez más, en tela de juicio la ilusión según la cual la intervención social sería una relación eminentemente intersubjetiva*” (KARSZ, S., 2013: 59). Tengamos presente que el adecuado rendimiento laboral o el correcto cumplimiento del quehacer profesional, no corresponde al eje primordial de la intervención. Esto, más bien, responde a las posibilidades que transitan a través de ella, que resultarían incomprensibles y, por tanto,

espurias, si se desestima o desconoce su misión, es decir, el carácter de su propio lenguaje.

De ahí, nos surgen preguntas como: ¿qué nos dice una intervención que persigue, solamente, cumplir metas programáticas, al más bajo costo institucional?, ¿es la intervención un medio de producción de soluciones?, ¿cuál es la pertinencia de estandarizar la intervención según criterios de gestión administrativa?. Esos son asuntos que emergen desde un potencial hermenéutico capaz de validar al Trabajo Social como forjador de subjetividades, de proyectos socio-políticos, de coloquios ideológicos, de foros ciudadanos, de opinión pública.

La complejidad de los problemas sociales no es cosa privativa de los sujetos, incluye fundamentalismos institucionales, agendas políticas segmentadas, competencias profesionales perfectibles, innovaciones o conservadurismos científicos, etc. Esto refleja lenguajes en movimiento, cuyos usos dialógicos son parciales y, por lo tanto, sus lugares de enunciación se comprenden a través de sus objetivos. Sólo así adquiere sentido la aspiración de asociatividad, emprendimiento, organización, la responsabilización, concientización, rehabilitación, integración; desde las que se intencionan, también, espacios de acción social.

Por ejemplo, desde la palabra de los ciudadanos podemos descubrir hasta qué punto los discursos estabilizados en una relación causa – efecto, predeterminada por categorías maestras y requisitos absolutos con que se acreditan las políticas sociales, atrofian motivos y proyectos de vida. ¿Quién puede afirmar que una persona desea emprender para convertirse en empresario?, sobre todo si el emprendimiento es un modo de ser, o, como diría Arendt (1993), una expresión de natalidad, un nuevo comienzo, una aspiración de futuro, un arrojito al heideggeriano por-venir del ser en el mundo (1998).

Sobre lo mismo, digamos acá que los sujetos emprenden en política, en el arte, en la ciencia, cada vez que son poseídos por lo imposible, lo improbable, lo inesperado y lo enfrentan juntos. Allí, radica la dimensión ética y política de la intervención, la lucha discursiva por hacer aparecer, por rescatar y por afianzar el respecto al derecho de reunión, como experiencia de aprendizaje colectivo y de transformación social.

De esta manera, los discursos reflejan modos de ser, formas de vida, ideologías concretas. No se articulan inmediata ni linealmente, requieren de significación a sus proposiciones, a lo que persiguen, a lo que esperan incorporar. Entonces bien, la lucha de la intervención está en:

“[...] *La labor incesante de un desciframiento jamás acabado. Un recordatorio: si en ocasiones aparecen casos o situaciones simples y banales, es porque nadie se ha ocupado de ellos lo suficiente*” (KARS, S., 2013: 79).

Esto nos exige reflexionar sobre la construcción de misiones socio-políticas en la intervención. Aquellas responsabilidades que enunciamos y asumimos según la contingente inserción de la disciplina en cuestiones que se manifiestan, por un lado, como agravios a los asuntos humanos subjetivados en el trayecto que asumen diversas situaciones cotidianas, en la esfera privada y, por otro, como reclamaciones y batallas por el reconocimiento, la redistribución y la representación, tanto en el poder como en la riqueza, objetivadas en la esfera pública.

Trabajo Social, en primer lugar, tiene que comprender lo político como un espacio socialmente construido, y en segundo término, que la incidencia de su intervención se releva por su uso en contexto, es decir, promoviendo, situacionalmente, derechos humanos esenciales, consuetudinarios y legales. Consiste en democratizar asuntos de convivencia colectiva, mediante los discursos, deliberaciones y acciones de una ciudadanía sacudida por la injusticia y la exclusión. Se trata de armar puentes para la toma de la palabra, donde los sujetos concretos rescatan políticas de enunciación y semánticas que los ponen en presencia, los ubican en un espacio público de interlocución y de negociación de su lugar en la construcción de un mundo común-compartido.

Si bien, Trabajadores y Trabajadoras Sociales intervienen, preferentemente, en la esfera privada, en zonas de intimidad cotidiana, esa inserción pierde legitimidad si se desdeñan los mecanismos de subjetivación, mediante los que se naturaliza la marginación, el desplazamiento y/o la desafiliación social, que son cuestiones posibles de atender solo en la esfera pública. Tras narrar sus situaciones, los sujetos nos llaman a problematizar sus *modus vivendi*, a interpretar y explicar cómo esas maneras de vivir la

vida y las crisis que las perturban, reflejan objetivaciones particulares de la cuestión social y, por lo mismo, tienen que abordarse en sus ligaduras con procesos económicos, culturales y políticos globales. Ahí, la hermenéutica provoca giros en los lenguajes particulares.

Las misiones de la intervención pueden ser temporales y corresponder a la gestión de pequeños conflictos. Sin embargo, el ciudadano esta, siempre, confrontado a las metáforas que el poder hegemónico pone en escena, deplorando las narraciones diferentes a la historia formulada por el discurso de la racionalidad instrumental. Acá, la intervención ha de provocar cambios, fracturando las relaciones de fuerza que se imponen en espacios locales, esto es, en el terreno de las subjetividades y del saber cotidiano, que han de ser testimoniadas en nuestros informes sociales, modelos de análisis, planificaciones, evaluaciones, pericias, propuestas de intervención y proyectos de cambio; pues los profesionales actuamos como traductores, no como autores de aquellos textos.

Desde la premisa que lo social se recompone y expande, no es fijo ni uniforme, el potencial hermenéutico de Trabajo Social apela a saber reaccionar, conseguir descifrar los signos invisibles e incrustados en series de acontecimientos que crean situaciones únicas, imprevistas, que jamás se producirán de igual manera, porque responden a interpretaciones no generalizables, sobre los efectos provocados por condiciones y fenómenos generales. La intervención adquiere su sentido en la lucha discursiva de pequeñas historias, que es imposible subsumir a leyes o teorías magistrales, pero, que pueden ser liberadas y revocadas por el lenguaje. *“Es en la identidad narrativa donde la persona puede convertirse en alguien real, en una existencia social”* (MARTÍN, E., 2013: 74), donde adquiere consistencia su experiencia de significación sobre su propia situación.

Vale la pena recordar que en cada intervención se instaura un acto de compromiso y de distinción, que son elementos fundamentales para la comprensión de la realidad y, por tanto, para establecer el reto de ampliar espacios dialogales y de controversia a los efectos nocivos de la indiferencia ante la desprotección, la humillación o la indefensión, que constriñen la autorrealización humana.

“Así pues, en Trabajo Social, es conveniente elevar a la categoría de conocimiento la dimensión práctica de experiencias y vivencias, incorporando “la sabiduría práctica” de las palabras, como una forma de saber, que enriquece el conocimiento teórico de la intervención, tanto como su ejercicio” (CORDERO, N., 2011: 88).

Lo importante sería, entonces, el acercamiento a los fenómenos trasladados a situaciones particulares permeadas por ciertas condiciones de contexto, en un espacio y tiempo concretos, a la inversa de visiones deterministas que se fundan en hechos evidenciables, descuidando que en ellos subyacen experiencias que están, necesariamente, mediadas tanto por los lenguajes de la socialización como por los significados que los sujetos les otorgan. Es ahí donde la intervención puede formular hipótesis interpretativas (FERRARIS, M., 2004: 53), sobre textos vivos, insurrectos, inestables, configurados como objetos discursivos, según ciertas políticas de enunciación con que se argumentan valores, costumbres y prácticas que definen ciertos géneros de vida.

“Encontrar la intriga de una narración es comprender y enunciar, en un momento dado de la existencia, cuál es el vínculo entre diversas experiencias, diversos campos vividos por sujetos reales, pero también en diversos momentos de la historia para sí” (MARTÍN, E., 2013: 90).

Cada intervención se moviliza a través de sus discursos, de sus elaboraciones conceptuales, proyectadas en prácticas concretas. En la lucha discursiva, lo relevante es identificar la fuerza, el impacto y las restricciones de cada saber, de cada oferta, de cada lectura particular sobre objetos que se construyen argumentando no sólo sus características, sino sobre todo sus efectos en situaciones reales. Se procura desplegar una red de aprendizajes, un cambio en las formas de pensar la realidad, ya que en toda lucha discursiva perviven elementos concordantes y disonantes, se inscribe y se prescribe el sentido.

Por tanto, a nuestro modo de ver, la intervención ha de comenzar en la traducción de los efectos y consecuencias que el neoliberalismo moral, social y económico genera en las contemporáneas relaciones sociales, por el empecinado utilitarismo de los bienes individuales. De esa forma, es preocupante que la mayor parte de la intervención social

enfaticamente en respuestas materiales, más que en el impacto simbólico que dicho orden produce en las subjetividades, como ocurre con:

“[...] *La política asistencial que, a la vez, tendrá como objetivo la compensación hacia los que presentan las condiciones que acreditan esta posición de dependencia como involuntaria (pobres virtuosos) y, además, la represión para los que, sin estar impedidos para ingresar al mercado, no lo hacen (pobres viciosos)*” (CAZZANIGA, S., 2014: 85).

De tales textos se desprende la categoría hobbseana de contrato, en cuanto el orden sería la clave del funcionamiento social, más allá de los antagonismos económicos, culturales, políticos, morales, ideológicos existentes. Esto valida el imaginario nuclear de estratos sociales, ya que el discurso neoliberal impone una política de homogenización, tras la que el progreso se representa como sinónimo de bienestar y este como símil de confort garantizado por el crecimiento económico de la sociedad. Así, por ejemplo, la educación se organiza en términos de plataforma para ingresar al mercado del trabajo y no como fuente fundamental de ciudadanía.

Entonces, las luchas discursivas buscan transparentar los mecanismos de colonización a los mundos de vida, la normalización de las desventajas que instauran la resignación expresada en afirmaciones como: <<es lo que me tocó, algunos nacemos para sufrir, quizá estoy purgando en esta vida>>. “*Porque intervenir consiste en tomar parte y partido*” (KARSZ, S., 2013: 196), no constituye un mero método de trabajo. Es un proceso donde se conjugan y diferencian cosmovisiones, tendencias, puntos de vista que debemos articular, dialécticamente, con la idea de sociedad imperante, donde fluyen modelos morales, concepciones sobre la vida, ideas respecto al ejercicio de derechos. En rigor, sistemas de enunciación y proposiciones ocultas que la intervención debe explicitar.

En consecuencia, nuestras indagaciones e intervenciones no resisten descripciones básicas o comentarios simplistas, sino un trabajo argumentado, capaz de ampliar el criterio de la evidencia. Lo mismo, insta a un diálogo entre interlocutores válidos, donde Trabajo Social se enfrenta a otras disciplinas, a diversos ciudadanos, a múltiples instituciones, a políticas sectoriales, dando lugar a la confrontación de saberes e

interrogaciones. Sólo en un espacio como ese, es posible descifrar los límites impuestos por una determinada formación económico-social, “*sin que exista para esas problemáticas una experticia disciplinaria exclusiva*” (CAZZANIGA, S., 2014: 240).

Dicha ausencia de totalidad exige la búsqueda de andamiajes en una intervención que propenda al diálogo discursivo, donde “*lo transdisciplina sería sinónimo de multi-intero pluridisciplinario*” (KARSZ, S., 2013: 204). Allí, las tensiones no se ocultan, sino que deben aparecer para establecer sinergias y no vínculos de sub-alternidad.

Tales luchas discursivas propenden a una visión más vasta, rica y amplia sobre las cuestiones de lo social, ya que su complejidad es indicador de eficiencia para un trabajo acucioso de desciframiento e intervención. Es en este sentido que Saúl Karsz invoca el lugar de la clínica transdisciplinaria de intervención social, arrojada tanto a la esperanza de transparencia, como a un ideal de maestría, apuntando:

“[...] Al análisis complejo de situaciones concretas; un proceso encarnado por sujetos humanos que lo portan, lo defienden y lo critican, y que tienen intereses subjetivos conscientes e inconscientes en que este análisis tenga lugar, se despliegue lo mejor posible, contra viento y marea, a fin de sostener tendencias democráticas en la intervención social” (KARSZ, S., 2013: 202).

2.- LA INTERVENCIÓN COMO DISPOSITIVO DE DE-CONSTRUCCIÓN A LAS DESIGNACIONES. RE-APRENDER A NOMBRAR.

Como anteriormente dijimos, la disciplina debe abogar por un decir legítimo, que sea expresión de sus modos de comprender y reflexionar la cuestión social, mediante dispositivos que superen la representación de un objeto creado por órdenes discursivos dominantes, que imponen imágenes sobre cómo deben ser las formas de vida en una determinada sociedad. De ahí que la intervención habría de insertarse en lugares concretos donde existen códigos vacíos de representación, discursos subyugados por relatos de un macro-sujeto: el Estado, el mercado, la globalización, la industrialización, el libre comercio, etc., que instauran una suerte de personalidad de base con que se

caracterizan, tipifican, identifican los procesos de producción y reproducción de relaciones sociales.

Así sucede en gran parte de Latinoamérica donde, pese a que la misión de Trabajo Social es promover la organización y participación ciudadana en la construcción de una sociedad más justa, a partir de la revalorización y redescubrimiento de la cultura y de experiencias cotidianas, se le identifica como parte del repositorio de la administración pública. Su quehacer profesional parece destinado, principalmente, a ayudar y reparar comportamientos no adecuados al parámetro social, donde emergen designaciones como las de descalificados, desprotegidos, desposeídos, discapacitados, desvalidos, esto es, donde se resguarda la desigualdad y se reprime la diferencia.

En esta tendencia, Trabajo Social se suma a una estructura de intervención social que intenta cubrir necesidades, procurando la alegoría de una sociedad de la felicidad y una política de la paz, a costa del debilitamiento ciudadano, la pérdida de solidaridades y los obstáculos a la pluralidad de opciones de vida. Está al alero de un sistema discursivo que define, coloca y trata los problemas sociales en torno a causalidades que afectan situaciones particulares, de sujetos que llevan apuntado en sus cuerpos y subjetividades los estigmas del neoliberalismo, como son las marcas del sexismo, el racismo, la homofobia, el conservadurismo, la especialización, la tecnificación, la individualización, el consumismo, la competitividad, cada una de las cuales irradia un denso circuito de poder y violencia simbólica.

Allí, como se adelantó, radica lo que para Autès son paradojas del Trabajo Social, que *“hablando sobre la anécdota y silencio de su fundamento [...] se ve atrapado en [...] decir lo que debe ser”* (2013: 5). Quizá, la ausencia de un fuerte, claro y duradero mensaje político declarado por la profesión, ha impregnado su desmovilización, invisibilizándola en prácticas auxiliares a sistemas de bienestar y protección social que requiere el Estado para mantener el orden social.

“[...] Eso, señala un tema más que recurrente para nuestro oficio cual es la dependencia de las burocracias y la cuestión de la autonomía, de allí los dilemas ciertos, y adjudicados, respecto del campo profesional y el campo político” (CAZZANIGA, S., 2014: 210).

El camino para lograr las misiones de cambio y transformación social que persigue la disciplina, pasa por una mayor incidencia en el espacio político, donde la hermenéutica deja ver las pugnas por los derechos propios de la condición humana, despertando significatividades que van más lejos que la ideología de la propiedad de derechos civiles y donde la intervención arremetería contra el statu quo, pues:

“[...] de una manera general, es la posibilidad que tienen los individuos y los grupos sociales de salir de las fauces de la marginación y ser reconocidos en una sociedad plural. No puede seguir tomando como referencia el término integración, nos clama involucrarnos en proyectos de inclusión y desarrollo social” (MARTIN, M., 2013: 108).

Destaquemos que las denominaciones ponen en correspondencia objetos de conocimiento con lógicas de intervención, por tanto su de-construcción se gesta en el ejercicio político de dudar. Es la tarea por reconsiderar un corpus de categorías usuales, impenetrables y definitivas, con que se hacen designaciones, mandatos, legados, asignaciones a destinatarios que se someten, inclinan o enfilan, como mercedores de tales cargas materiales y simbólicas. Como si las opciones que ofrece la intervención fueran universales y garantizadas per se. Por ejemplo, en Chile aun la jefatura de hogar femenina se define y se trata como una desventaja y no como una forma en el *modus vivendi* del país, pese a que, según datos del Censo 2017, existe una tendencia al alza en los hogares liderados por una mujer, llegando hoy a un 41,6% de la población, donde además el 85% de ellos son monoparentales.

Lo anterior, nos llama a reflexionar sobre el compromiso, la orientación y el posicionamiento ideológico de la disciplina ante las apuestas socio-políticas por el desarrollo de la sociedad, donde es indispensable comprender experiencias y memorias cotidianas, a través de historias de vida que nos acercan a lo real, a lo concreto, a lo que se cree y a lo que se sanciona, según posiciones fijadas por la conformación de enunciados habituales y la confirmación de un saber que es resultado de la conexión entre el recuerdo y el contexto social en que se reconstruye el pasado.

“Lo concreto no se da, sino que se conquista, laboriosamente, empecinadamente. Porque no es un hallazgo, un objeto perdido que se logra recuperar; sino una producción original, insólita, apasionante. Una creación argumentada” (KARSZ, S., 2013: 165).

En sus diversas formas de expresión, lo social excede la intervención, es el enigma que, constantemente, debemos descifrar, interpretar y explicar, pues no surge de una vez y para siempre, vuelve a aparecer con distintos rostros y contenidos, siempre que lo improbable se hace real. Su de-construcción no es una opción, sino el imperativo de una intervención que busca despejar sentidos mediante luchas discursivas, quebrantando la razón absoluta y el totalitarismo de la práctica, tras la controversia de puntos de vista, relatos y proposiciones que conllevan efectos. A juicio de Karsz, la labor de deconstrucción es un riesgo, ya que *“no se trata de un círculo, sino de una espiral”* (2013: 163).

Como dispositivo de de-construcción la intervención se realiza al indagar en lógicas y sentidos, no en la búsqueda de causas últimas. Despeja fundamentos y no afirma explicaciones. Responde a discursos, no a presupuestos indiscutibles. Trabaja con conjeturas que deben ser refutadas. Enfatiza que estamos en presencia no de un acto, sino de un proceso en que la diferencia se aprecia y se legitima, como punto de entrada al análisis de bifurcaciones y derroteros en posibles caminos a seguir.

Digamos acá que la concepción de intervención como dispositivo de de-construcción, rompe el sesgo histórico de operar, primordialmente, como instrumento de control, disciplinamiento, supervisión, monitoreo. Inspira un espacio vinculante entre elementos lingüísticos y extralingüísticos, tensionando posiciones, poderes, saberes, funciones y responsabilidades. Es una modalidad de acercamiento a la complejidad de lo social, reflejada en contradicciones de relaciones concretas, cuyas fuerzas de estabilización deben ser decodificadas para ser modificadas. Razón por la cual nuestra intervención no puede quedar alojada en prácticas correctivas.

No olvidemos que, si bien, la intervención tiene memoria histórica, eso no la determina como aparato de continuidad, pues ella misma produce una heterogeneidad de decisiones mediadas por luchas discursivas, desde las que es posible develar una red de relaciones e intercambios entre subjetividades, institucionalidades, leyes, medidas administrativas, axiomas científicos, postulados morales, ideologías políticas, etc. Sería pues, un dispositivo discursivo inscrito en un juego de poder, donde se cruzan condiciones particulares de existencia, operaciones conceptuales y técnicas, recursos simbólicos y materiales, influencias de contexto y trayectorias espacio-temporales, a través de las que se delimitan o demarcan experiencias, lógicas de significación, medios de apropiación y reproducción social.

Para este caso, si miramos algunas intervenciones sociales asentadas en políticas públicas, vemos principios de reproducción y apropiación social que reducen el *ethos* subjetivo a la necesidad y el déficit, forjando mecanismos discursivos de sujeción al *ethos* de la sociedad capitalista. Entonces, la cuestión social se construye por analogías, categorías y objetos impuestos sobre prácticas de vida cotidiana, generando cargas de sentido y representaciones que atraviesan a sujetos, colectivos, territorios, organizaciones, etc., en una trama que enreda enunciados universales con significaciones particulares.

Mas, el ser rebasa la palabra (HEIDEGGER, M., 1995), no se enclaustra en el nombre dado, sino en lo que, en sí mismo, se distingue de él. Por lo tanto, es muy peligroso confundir la realidad de los sujetos, con las designaciones históricas con que ellos cargan. Esas realidades, también, son narradas por sus protagonistas y han de comprenderse permeadas por los acontecimientos. En consecuencia, no es lo mismo compadecer a un individuo por su historia de abusos vividos, que reconocerlo en su lucha por recuperar la dignidad, no sólo por sobrevivir, sino por re-aprender a vivir.

O sea, la de-construcción procede en la construcción de realidades operadas por los relatos, valiéndose de lenguajes conceptualmente organizados, en un esfuerzo por comprender lo real desde objetos discursivos, mediante un debate razonado e interpelaciones argumentadas.

“De-construir consiste en preguntarse de qué modo un acontecimiento es construido por quienes los ponen o lo viven, que elementos fueron privilegiados y cuales fueron subestimados, que lectura parcial o completamente diferente cabe tentar de dicho acontecimiento, que confirmación argumentada cabe proponer” (KARSZ., 2013: 192).

El Trabajador y la Trabajadora Social no se ocupan de la persona en cuanto tal, sino de las configuraciones discursivas que les singularizan, en atención a ciertas condiciones socio – históricas necesarias de entender, para descifrar no sólo cómo los sujetos se hacen cargo de su situación, sino de por qué lo hacen de tal o cual manera. Esto refiere a los obstáculos y oportunidades que complejizan las diversas situaciones de intervención, donde nuestras fallas o insuficiencias argumentativas, no pueden ser resueltas mediante juicios morales, sino a través de un trabajo conceptual en el que:

“Las categorías teóricas guían la intervención argumentando la comprensión de las situaciones en las que se interviene y permitiendo la elaboración de estrategias fundamentadas” (CAZZANIGA, S., 2014: 75).

En la intervención se erigen nombres y al nombrar se conjugan tentativas de conceptualización, de ideología y de episteme, para dar sentido a las realidades. Se abren formas de representación entrelazadas con figuras discursivas, por las que las situaciones pueden ser dadas por hecho o problematizadas para ser comprendidas. Así por ejemplo, el desmembramiento del lazo social es una categoría que requiere interpretaciones para ser explicada y observada en situaciones concretas, no estandarizadas, que, por lo mismo, ponen en jaque las definiciones univocas y enciclopédicas, tan expandidas en informes de investigación, programas sociales, legislaciones vigentes, reformas parlamentarias, entre otras.

Nombrar es un pleito inacabado, un punto ciego en la intervención, ya que el joven del barrio, la presidenta del comité de adelanto, el niño en situación de calle, el delincuente de alta peligrosidad, cobran realidad sólo cuando la identidad se vincula a palabras inciertas y las subjetividades a diálogos flotantes. *“La palabra significa y por medio de ella el que habla se convierte en un ser significante”* (MARTÍN, E., 2013: 96). En el origen de las palabras se acuña poder, se cultiva un saber, por tanto se corre el riesgo de

que con ellas “*los manipuladores de símbolos simplifican la realidad reduciéndola a imágenes abstractas [...]*” (AUTÈS, M., 2013: 227).

Nombrar es requisito *sine qua non* para actuar. Entonces, si nuestra intervención opera como enunciado de la regla, su objetivo sería siempre el mantenimiento del orden en pro de un funcionamiento normativo, donde la variabilidad es vista como peligrosa. Esto se lee en las barreras ideológicas de instituciones que impiden el derecho de adopción a parejas del mismo sexo, por considerarlo anti-natural. También, en la obstinación por sobre-intervenir territorios calificados de vulnerables, donde los “encuestólogos” generan y generan diagnosis y lo “expertos” ejecutan y ejecutan proyectos, sin considerar los efectos que eso provoca en las configuraciones familiares, en las relaciones colectivas, en los *modus vivendi*, incluso, en las geografías.

Ninguna intervención efectiva puede surgir sin interpretar los resultados, productos y/o impactos de procesos anteriores sobre el funcionamiento ordinario de situaciones escolares, familiares, de empleo, de salud, de vivienda, previsionales, etc. Cada situación reclama una intervención específica, una significación, apropiación y traducción de sus conceptos, datos y hechos primarios. “*No confundamos la satisfacción de las estadísticas con el destino de la gente real*” (KARSZ, S., 2013: 179)

No hay categorías kantianas a priori en las experiencias de vida, ellas poseen una cualidad histórica, imposible de atrapar en verdades objetivas, donde la palabra se empeñaría en gobernar lo que existe más allá de ella. No podemos normalizar, por ejemplo, el desplazamiento de las identidades, su enajenación en la esfera del trabajo, donde los sujetos se asimilan a una función y esta a un código salarial. En esos escenarios, más que ciudadanos coexisten individuos libres en una economía de mercado, estos son, los llamados consumidores. Es ahí donde la intervención debe invocar la toma de palabra, asumiendo significaciones que nos comprometen con fluctuantes demandas sociales, en clave colectivos ciudadanos.

Tales cuestiones exigen a Trabajo Social “*una propuesta a navegar constantemente entre los conceptos y los hechos*” (MARTÍN, E., 2013: 62), entrar en el terreno de una episteme en que la “*categorización general de líneas intelectuales [...] sugiere que lo decisivo es conocer las proximidades y distanciamientos que la intervención mantiene con agendas políticas particulares*” (LOWRENZ, W., 2012: 495).

3.- LA INTERVENCIÓN COMO TOMA DE PARTIDO, PARA TOMAR EN CUENTA. DE DEMANDAS, RESPUESTAS Y OTRAS RECLAMACIONES.

Nos parece pertinente iniciar este apartado con la aseveración de Karsz sobre el hecho de que la “*caridad, toma a cargo, toma en cuenta: cada una a su manera, cada una con sus límites, produce efectos singulares*” (2013: 91). Eso, en referencia a tres figuras discursivas que no funcionan como circuito cerrado y se sostienen avaladas en límites difusos entre sus lugares y modalidades de acción social. Por eso, es fundamental que Trabajadores y Trabajadoras Sociales se dispongan a comprender sus diferencias, que no saltan a la vista y que, por lo mismo, conducen a un inevitable mestizaje en la intervención.

Como es sabido, la caridad si dirige a individuos identificados como miserables, desposeídos de opciones y capacidades, no sólo económicas sino, también, personales, familiares y ambientales. Son, por tanto, merecedores de socorro. Ella, establece una ideológica superposición entre quienes pueden y los que no pueden afrontar su vida, despertando prácticas voluntaristas, servilistas y benéficas, marcadas por principios cristianos y filosofías humanistas, así como por formas soterradas de dominación piramidal .

De otro lado, la toma a cargo presupone que sus destinatarios deben ser calificados según tipos de necesidades, cuyas condiciones de vida les impiden satisfacerlas. Esto es “*inherente a la intervención social [...] cualquiera que sea la institución donde se ejerza*” (KARSZ, S., 2013: 93). Los profesionales actúan como intermediarios entre servicios y usuarios, poniendo su saber a disposición de la técnica y de los mecanismos

políticos de referencia. Se comportan, en consecuencia, como tecnócratas racionalistas o burócratas doctrinarios, en un lazo anecdótico de mando y obediencia.

En tal sentido, la intervención se encauza hacia problemas que son considerados admisibles entre las categorías de una u otra política social, a través de las que los profesionales moldean realidades específicas, usándolas como fuente de sentido a sus métodos y prácticas. Así, se moviliza un universo de arquetipos sobre situaciones y sujetos, pues *“se privilegia el trabajo sobre los significantes”* (KARSZ, S., 2013: 143). Acá, Trabajo Social se legitimaría *“por una relación de intervención-aceptación”* (CAZZANIGA, S., 2014: 60).

Ahora bien, pasar de la toma a cargo hacia la toma en cuenta, implica de-construir figuras discursivas incrustadas en premisas de hacer para otros. Para eso, la hermenéutica nos ayuda a desmitificar enunciados metafísicos que reducen el ser al deber ser. Ofrece posibilidades para saber cómo y por qué hombres y mujeres, niños, niñas y adolescentes, adultos y mayores, colectivos y territorios se comprometen o distancian de sus situaciones y, subjetivamente, soportan o se resisten a una realidad socialmente construida.

“En nuestras sociedades las interpretaciones más consolidadas sobre la pobreza se centran en los aspectos materiales, por lo tanto todo aquel que cuente con recursos puede dar respuestas, cuestión que plantea a Trabajo Social la necesidad de luchar por una diferenciación de las prácticas no profesionales (caridad, filantropía, voluntariado, “punteros” políticos, entre otros)” (CAZZANIGA, S., 2014: 9).

Allí, radica la responsabilidad de tomar conciencia sobre lo social, que es el primer paso para justificar la legitimidad de una intervención, o sea, para recuperar su misión, lo que no supone el *“ejercicio del imperativo de Kant”* (MARTÍN, E., 2013: 29). El cambio social no se alimenta de un mandato divino, ni de la fe en el progreso, sino de la comprensión a la desigualdad e injusticia social, como motor para tomar parte y partido en proyectos socio-políticos, que nunca son neutros.

Es ingenuo creer que basta con la buena voluntad y con la espontaneidad para descubrir y construir oportunidades de desarrollo. En cada misión de intervención subyacen ideologías que nos llaman a tomar posición ante las formaciones políticas y sociales existentes. De esta manera, el profesional no designa o asigna lugares de acción, más bien, debe reconocer el lugar que los sujetos ocupan y cómo lo testimonian. *“No confundamos las dificultades de escuchar del profesional con la riqueza de lo que la gente dice o calla”* (KARSZ, S., 2013: 150).

Tenemos que quebrantar nuestros mitos fundacionales, ya que los Trabajadores y Trabajadores Sociales no damos oportunidades, no son nuestras. No empoderamos, el poder no es una sustancia a repartir. Tampoco brindamos ayuda social, en rigor una ayuda con lo que le pertenece, no con lo que el Estado destina a políticas de asistencia desde las contribuciones económicas-ciudadanas, o, con los recursos que las empresas disponen para sus programas de responsabilidad social.

Por lo mismo, es indispensable trabajar la intervención a partir de las condiciones socio – históricas desde las que se producen y reproducen fenómenos que impactan situaciones y formas de vida particulares; pero, en articulación con el relato de los sujetos. Ahí, los ciudadanos toman la palabra, defienden lo inusual, lo inédito, lo que desborda la extrapolación del dato estadístico. Se trata de hallar aquello de lo que los sujetos son poseedores, legitimándolos por lo que son y por lo que pueden aportar a nivel socio-político. En rigor, por lo que pueden y como pueden contribuir al cambio social.

No se persiguen verdades, sino relatos que nos permitan comprender cómo los sujetos significan y enfrentan las consecuencias y no las causas de la cuestión social. Esto, implica oír al adolescente en la construcción de su proyecto de vida sin anticipar caminos o salidas, dejar que las organizaciones vecinales decidan respecto de las iniciativas en las que prefieren asociarse, aceptar las razones del cansancio en familias que, pese al largo tiempo de ser intervenidas, no encuentran respuestas o alternativas satisfactorias. Eso, en vez de partir desde juicios determinados por las categorías de necesidad, disfuncionalidad, incompetencia o dependencia, encubiertas en protocolos sustancialistas que funcionan sobre reglas generales.

Esto, no supone rechazar los principios estadísticos y sus análisis, sino ponerlos al servicio de cada situación y de cada misión de intervención. Así, es posible efectuar problematizaciones basadas en explicaciones vinculadas a contextos concretos de significación, que comunican vivencias a iniciadores. Es “*salir de una ilusión fetichizada que dificulta la incorporación de nuevas demandas y áreas sociales, [por] su carácter conservador y encubridor de las orientaciones de una clase dominante y hegemónica*” (CAZZANIGA, S., 2014: 17).

De lo contrario, en la intervención lo singular se vuelve residual y, por tanto, se saca de las organizaciones conceptuales con que se argumentan las propuestas, poniendo a estas últimas como tautologías o eufemismos. Tengamos presente que los efectos de la cuestión social se objetivan en el aquí y ahora de familias, vecindarios, agrupaciones, es decir, en formaciones discursivas que las hacen tangibles. Entonces, atender a un directorio de sindicato, realizar visitas domiciliarias, mantener reuniones con agrupaciones, llevar a cabo entrevistas familiares, permite abrir nuevas batallas por el reconocimiento, siempre que sean de-construidas en su rumbo socio-político.

Hablamos de un acto de compromiso político que, además, comporta una dimensión profundamente ética, donde la hermenéutica convoca a la *prhonesis*, aquella medida juiciosa que “*protege el mandato de decir lo que es impronunciable*” (BEUCHOT., M. 2013: 57). Es la inspiración para repensar nuestros conceptos y categorías, técnicas y estrategias, instrumentos y operaciones, analizando la relación mando-obediencia. Recordemos que, como alguna vez lo dijo Engels (1846), la violencia se hace presente siempre que se manipulan las herramientas y se desarraiga el poder de conseguir objetivos conjuntos.

En consecuencia, saber, saber hacer y saber ser constituyen cimientos de una intervención que intenta desarrollar la toma en cuenta. Ya que para que exista reconocimiento no es suficiente sólo el conocimiento. Para ser reconocidos es necesario ser capaces de reconocerse y de reconocer que lo social es producto de múltiples determinaciones. “*Es por esta razón que las justificaciones de las demandas ciudadanas por parte del poder necesitan de una actualización permanente*” (CAZZANIGA, S., 2014: 56).

Las demandas ciudadanas traen consigo consignas y pretensiones de validez sobre las que vale la pena detenerse. Remiten a una exigibilidad de reconocimiento social, de toma en cuenta, que no se refrenda en lo legal, más bien, inhiere rupturas en las convenciones instaladas por la tradición. Acá, la intervención pesa por su *“eficacia simbólica”* (AUTÈS, M., 2013).

Eso reclama de una lógica de construcción de la intervención, acorde a criterios de impacto de la respuesta generada a la demanda social convocante. Toda demanda se enuncia como interpelación a la oferta (intervención) que ella percibe, más bien, a la calidad de las respuestas aportadas. Por lo mismo, la exclusión y la pobreza no pueden entenderse con los mismos códigos, ni intervenir con iguales medios.

No se puede partir de la base que las políticas, las instituciones, los profesionales saben lo que es mejor para los sujetos o que pueden conocer por cuenta propia las opciones para el adecuado ejercicio de sus derechos. *“Esto es por complemento paradójico respecto a la afirmación de la libre elección y de la responsabilidad individual”* (AUTÈS, M., 2013: 292). Tomar en cuenta es prioritario, para *“construir una cultura pública democrática en donde la sociedad tenga un papel cuestionador, propositivo, por medio del cual se pueda compartir el poder y dividir responsabilidades [...]”* (MARTÍN, E., 2013: 139).

Los enunciados de la regla, del pacto social, de la necesidad, no empujan el sentido hacia relaciones de reconocimiento, de apuestas por tomar en cuenta. Ellos se ponen al servicio de los bienes, más que de la dignidad humana. De ahí, nos surge la pregunta sobre ¿cuál es el proyecto ético-político que orienta la intervención de Trabajo Social?, ya que entre desigualdades de ingresos, escolares, de salud; entre la imperfección de la política pública; entre las demandas ciudadanas ignoradas, podemos encontrar el sentido de nuestras misiones.

Tomar en cuenta la dignidad, llama a crear escenarios y políticas de reconocimiento a las deudas que sociedades democráticas mantienen con los derechos propios de la condición humana y que no se cubren con la norma jurídica.

“Este proyecto se refiere a recrear las bases y las estructuras de la integración [e inclusión] social, después de la erosión acelerada de las estructuras de solidaridad tradicionales, desencadenadas por cambios fundamentales a raíz de los nuevos movimientos de la industrialización, inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial” (LOWRENZ, W., 2012: 492).

Entonces, las interrogantes de investigación e intervención en Trabajo Social han de circular en torno a ¿qué democracia invoca la contemporánea sociedad del riesgo y del conocimiento?; ¿cuáles son las ofertas con que se ha de responder a demandas permeadas por contextos de pluralismo de normas, culturas y opiniones?; ¿cómo hemos de incidir en un mundo social donde coexiste la incertidumbre sobre las normas, valores y creencias socialmente compartidas?; ¿de qué manera los derechos colectivos pueden pervivir y desplegarse en ausencia de una ciudadanía fuerte, que robustece la trayectoria individualista?.

Pensar en los procesos de investigación e intervención del Trabajo Social, en cualquier escenario contemporáneo, nos encamina hacia la búsqueda de autonomías construidas al seno de lo que Hegel (1807) llamó una libertad discrecional dentro de un orden social justo. Allí se sustentan posibilidades de reconocimiento recíproco, fomentadas y aseguradas al disponer de esferas comunicativas en que sea posible desplegar luchas discursivas, donde los ciudadanos alcancen mayor poder de acción, tras la legitimación a sus demandas colectivas y aspiraciones individuales.

Esto lo demuestran aquellos grandes logros históricos alcanzados por diversos movimientos reivindicatorios de derechos humanos, políticos y civiles, donde nos permitimos destacar la lucha de las sufragistas (1918), la marcha de la sal en India como expresión de resistencia contra los impuestos establecidos por el imperio británico (1930), la batalla de los afroestadounidenses encabezada por Martín Luther King (1963) o la revolución del distrito de Soweto en Sudáfrica, por la introducción del decreto que forzaba a escuelas negras a utilizar afrikáans como lengua de enseñanza, aquella que era considerada la lengua del opresor, junto con el inglés (1976).

Legitimar la autonomía ciudadana supone relevar el valor de su autenticidad creadora y su desobediencia civil organizada, lo que conjuga tanto la libertad de la imaginación como la necesidad de asumir una exploración de las oportunidades, que nacen en la relevación de las diferencias y la diversidad de formas de ser y modos de vida propios de nuestro tiempo. Eso implica erigir el principio del respeto desde un nuevo despertar histórico, ya que cosificar y/o coaccionar lo original como rareza, conduce a su negación por sumisión a una condición de autómatas operantes, truncando por ejemplo: la igualdad jurídica, la libertad afectiva, la división justa del trabajo etc.

Así pues, vemos que el reconocimiento de las demandas ciudadanas abre una zona fértil de aprendizajes, creación y desarrollo, prósperos espacios de validación social, fortaleciendo la inclusión, a través de la mutua comprensión de preferencias y estilos de vida. Tengamos en cuenta que toda acción de reconocimiento implica una construcción intersubjetiva, ya que la vida social se cumple bajo el imperativo de la reciprocidad, por lo que el ser ciudadano requiere, también, respeto y validación a la singularidad.

La tarea es relocalizar a estos colectivos como interlocutores responsables y respetados en los distintos contextos societarios, para desarmar los dispositivos de integración asentados en reconocimientos espurios. Sobre esto, en Chile, encontramos la ley N° 20.609, comúnmente llamada ley Zamudio que, desde su puesta en funcionamiento el año 2012, establece ciertas medidas contra la discriminación que, más que trazar un camino hacia la inclusión, instaura una clara brecha entre lo “normal” y lo “extraño”. Más que legitimar las diferencias, impone una validación a lo extra-ordinario, a lo raro.

Tengamos en consideración que la exclusión y la desigualdad son, también, gramáticas de una matriz discursiva que resta importancia a la participación en la reclamación de derechos, produciendo experiencias negativas y daño en realidades particulares. Ello sucede, por ejemplo, con situaciones de violencia obstétrica o identidad de género, que privan la facultad de los sujetos para decidir sobre su propio cuerpo y deseos. Esto, además, lo vemos habitualmente en regímenes de contratación y salariales, donde las mujeres cumpliendo iguales funciones, reciben remuneraciones más bajas que los hombres, o, en las cuotas partidistas minoritariamente femeninas, para acceder a cargos legislativos o de gobernanza política.

Ello convoca una intervención que contribuya a descubrir reformas más sustantivas y no únicamente legales. Es una apuesta por repensar propuestas que aporten a evitar la segregación, haciendo frente a la dinámica social del desprecio y de la discriminación, donde las elecciones no sean estigmatizadas por asuntos de origen, de raza, de opción sexual, de género, de edad, de capacidades mentales o físicas, etc. Es aquí donde entran en juego los nacientes enfoques diferenciales de intervención, en los que ahora no podremos detenernos, pues su desarrollo es parte de otra extensa discusión analítica.

En rigor, es indispensable comprender cómo las distintas configuraciones y cartografías de lo social se manifiestan en concretos *modus vivendi*, donde los campos discursivos y los textos de la cuestión social se descifran en atención a lo que los sujetos, los colectivos, los territorios son y no a lo que “deberían ser”. Se trata de rebasar la discusión del gobierno, el congreso y los parlamentarios, para promover y abordar las múltiples dimensiones de la cuestión social mediante debates públicos en que los ciudadanos, también, se comprometen con una semántica colectiva, rompiendo el etiquetaje de beneficiarios, destinatarios o, incluso, minorías.

II.- CARACTERÍSTICAS DE UNA ONTOLOGÍA VACÍA.

No se trata de afirmar lo que en los contenidos de cada texto falta, sino de descubrir caminos de interpretación, utilizando la vitalidad, trayectoria y carácter generativo de sus lenguajes, como indicadores de ruta. La comprensión de sus proposiciones se dio en los límites de aquello que nos llamó a reflexionar. Más allá de la arquitectura de cada documento, nos ocupamos de sus constructos singularizados en palabras (HEIDEGGER, M.,1995).

Nuestros aprendizajes se suscitaron en medio de conceptualizaciones y planteamientos argumentales, donde el lenguaje ganaba vitalidad, es decir, donde la trama narrativa de los textos emergía como memoria crítica, entre sentido y referencia (RICOEUR, P., 2008 [1]). Pusimos en juego el modo de ser del Trabajo Social, más que su capacidad para representar un contenido. Así, se descifraron figuras discursivas situadas detrás de ciertas formas enunciativas. En rigor, se apuntó a la pretensión de validez de los

fundamentos sobre los asuntos que discursos nombran, así como sobre los que se preguntan y se desregulan proposiciones (VATTIMO, G.: 2002).

De tal manera, el análisis comprensivo se orientó hacia la intencionalidad del contenido del texto y no hacia su autor. El foco no se puso en validar o desestimar las afirmaciones formuladas por algunos pensadores del Trabajo Social, sino en abrir campos hermenéuticos de lenguaje (VATTIMO, 2014), a través de trayectorias que se formulan con palabras, respecto de distintas experiencias de saber, traducidas como objetos de discurso disponibles para ser objetados y/o legitimados.

Entonces, se abordaron aquellas dimensiones que forjan el carácter del texto y que, por lo mismo, evidencian su hábito lingüístico, o sea, su competencia expresiva (GADAMER, H.G., 1998). Eso no corresponde a una lectura continua de principio a fin, en sentido mecánico. Implica una búsqueda atravesada por intervalos comunicativos que rebasaron las definiciones explícitas, optimizando discusiones sobre espacios vacíos frente al trabajo teórico de explicación, utilizado “*como indicaciones, como referencias, como orientaciones*” (KARSZ, S., 2013: 191).

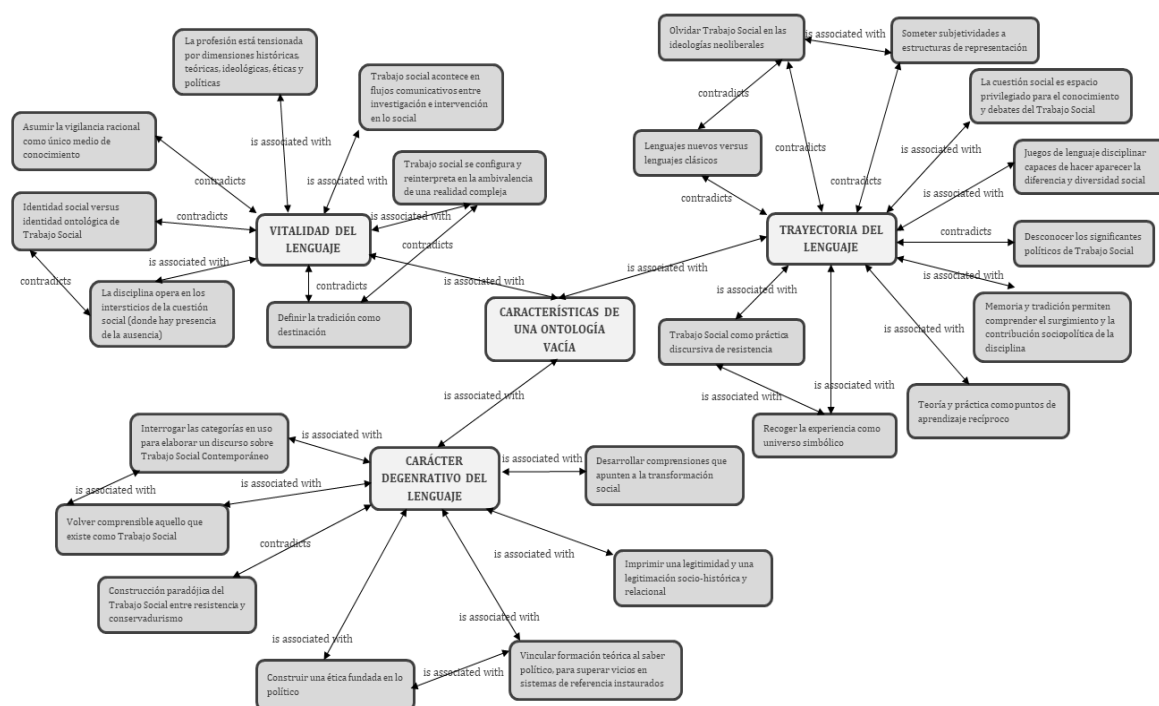
Es una mirada sobre el propio Trabajo Social desde su sentido histórico contextual, es decir, de su estar en el mundo social, que no se reduce sólo a hitos identificados como relevantes. Supone cuestionamientos para de-construir la forma en que la disciplina se despliega, se nombra, se comprende entre incertidumbres y dudas. Conlleva:

“Hablar de Trabajo Social y tratar de analizarlo en su lugar y sus funciones en la sociedad, que deben ser consideradas dentro de lo social, en todos los estados en que simplemente aparecen” (AUTÈS, M., 2013: 2)

Es un esfuerzo por desplegar múltiples figuras discursivas con que la disciplina se abre a la comprensión y a los conocimientos con que está, fundamentalmente, implicada. Para eso se relevan distinciones e hipótesis propuestas en los diferentes textos estudiados. Más allá de sus distancias de origen, interesa reconstruir el sentido del proyecto socio-político de Trabajo Social, que no puede darse separado de las múltiples situaciones con que se enfrenta, así como del funcionamiento institucional, político y económico de los sistemas sociales en que se incorpora.

Esos, “constituyen terrenos de elección para esta disciplina, que explora un continente inmenso, abundante en recursos y resultados de toda clase, tan diversificados como en apariencia inagotables” (KARSZ, S., 2013: 12). Es el terreno de la inserción social, de las políticas sectoriales, los derechos de infancia, los movimientos colectivos, la sociedad civil organizada y no organizada, etc., en relación con los que el campo profesional y disciplinar configura saberes teóricos, ideológicos, éticos y políticos, no unívocos, que proporcionan pistas para comprender y explicar la cuestión social.

RED SEMANTICA N°2. Características de una Ontología Vacía.



Entonces bien, desde una lectura hermenéutica sobre las temáticas y contenidos propuestos en el material de estudio, sin pretender caer en esencialismos ni universalismos totalitarios, es posible edificar tres cualidades, que el potencial histórico y socio-político ofrece, para la re-interpretación del Trabajo Social contemporáneo, a saber:

1. Trabajo Social como Gramática de la Diferencia.
2. Trabajo Social como Significante Intersticial.
3. Trabajo Social como Lenguaje de Resistencia.

1.- TRABAJO SOCIAL COMO GRAMÁTICA DE LA DIFERENCIA. *REINVENCIÓN COMO ACONTECIMIENTO.*

La posibilidad de la diferencia recae en el principio hermenéutico de la falta, que a su vez es desencadenante de la falla y el obstáculo, puestos en contradicción con el principio de inmanencia. Parte por reflexionar sobre la emergencia de sentido, a través del análisis comprensivo de categorías radicales, esto es, de representaciones discursivas que nos permiten ir a la raíz del Trabajo Social, esto es, a su identidad, como espacio en el que la propia disciplina se descubre e inventa.

La diferencia surge por oposición a tendencias metafísicas e idearios clásicos que designan a la profesión un atributo y una atribución, desde las que ha surgido la visión de que Trabajo Social se justifica dentro de los problemas y políticas sociales, o, bien, por una postura totalizante y moralizadora, que insta a entender que la profesión es un medio social para la vida buena. Sin embargo, su identidad despierta en una zona controversial, compleja, enigmática y trágica, este es, en un espacio social que se expande bajo figuras modernizadas, encubiertas tras intervenciones civilizadoras que construyen una imagen eufemística de la ciudadanía, traducida en individuos libres dentro de una economía de mercado.

Esta consideración, inspira a recuperar el concepto de diferencia ontológica (HEIDEGGER, M., 1990), como precondition de re-significación al carácter real e imaginario de la disciplina, que se forja entre lo exterior (plano de la expresión) y lo interior (plano del contenido). Esta mediación no es inmediata, se da entre órdenes heterogéneos, entre figuras discursivas que inciden en el mundo de Trabajo Social, visto como un texto que puede ser comprendido, suspendiendo su estatuto de referencia (realidad per se), al constituirse en objeto de sentido.

Nos referimos a un proyecto que encuentra su significación en la garantía de aparecer por distinciones, entre el límite conceptual de la tradición y proposicional de la novedad. Es una transición de registros que, en lenguaje hermenéutico, producen un saber en movimiento, donde la experiencia acumulada sirve de referencia a una práctica en uso que, al mismo tiempo, perturba, exalta, transforma la larga duración. *“Así el*

Trabajo Social, como la política, inventa, recomienza cada vez que se inicia” (AUTÈS, M., 2013: 249).

Por la negatividad de la falta, Trabajo Social no debe confundirse con lo que le identifica o le ha asignado representación histórica, esto es, la política social, la burocracia estatal, la pobreza, los servicios sociales, la vulnerabilidad social, etc. Parafraseando a Karsz (2013), podemos decir que, si bien, la disciplina se empareja estructuralmente con los aparatos de poder, no se juega allí su existencia, su razón de ser, ni la definición de su eficacia y posibilidades.

Así como la representación, siempre, subordina la diferencia a la identidad. A la inversa, la diferencia va de lo potencial a lo actual, alterando un horizonte de inteligibilidad. El ser no es el ente, “*el ser es lo que determina al ente en cuanto ente [...] El ser del ente no es él mismo un ente [una identidad idéntica a sí misma]*” (HEIDEGGER, M., 1998: 6)¹⁶.

Entonces, problematizar Trabajo Social en sentido de lo diferente, implica comprender tanto su origen como su originalidad, tensionando la repetición con la contingencia, pues la disciplina siempre puede imaginar ser de otra manera. “*No hay ni unidad fundamental, ni identidades de antemano o totales*” (DELEUZE, 2002: 44).

Eso nos llama a preguntarnos por el carácter contingente de Trabajo Social, para comprender la ontología vacía de su existencia, esto es, sus activas posibilidades de diversificación, que no implican su disolución extrema. Supone pensar la identidad como ausencia de un *telos* onto-teo-lógico, como punto de fuga (MATUS, T., 2018), como disonancia o constante tensión entre lo mismo y lo otro. En rigor, es pensar lo no pensado, lo olvidado en la noción de identidad, como “*base de apertura en cualquier época histórica*” (VATTIMO, G., 1986: 77).

“Es imposible comprender las diferentes facetas del Trabajo Social, incluso practicarlo, sin acudir de modo persistente a su capacitación inicial y permanente”

¹⁶ Implica un rebasamiento a los principios aristotélicos de no contradicción y del tercero excluido, que definen la igualdad lógica y la unidad óptica, basada en el postulado de Parménides que señala que ser y pensar son lo mismo.

(KARSZ, S., 2013: 13). En el análisis comprensivo de nuestras intervenciones, de las complejidades en las situaciones tratadas, de los expedientes e informes realizados, en las atenciones a públicos diversos, en las propuestas y proyectos de investigación formulados, la disciplina hace nacer la diferencia.

Pero, para que esto se constituya en condición de posibilidad, en potencia creadora, hay que entenderla en el corazón de una hermenéutica que enriquece sus propuestas de interpretación, de intersección en las formas de pensar e intervenir (MATUS, T., 2018: 117 -118).

“La hermenéutica adquiere la tarea de comprender “la vida”, a través de las experiencias vividas en contextos concretos, en los lugares donde los protagonistas desarrollaron su actividad, para dar sentido al cómo han operado, siguen operando y, por tanto, pueden llegar a operar, en sus posibilidades de dialogar sobre la historia, sobre ellos mismos, sobre sus deudas” (CORDERO, N., 2011: 94).

Es habitual encontrar en los manuales de historia del Trabajo Social, las biografías de profesionales que se han identificado como representativos de ella, sin distinguir que tales hechos biográficos se yuxtaponen al conocimiento que la disciplina ha generado sobre problemas reales o virtuales, mediante los que explica razones e inventa maneras de poner en marcha sus funciones en instituciones, sus preguntas sobre los fenómenos y el significado de sus misiones sociales.

“Idealizar el pasado y sobrevalorarlo por experiencias personales, puede tener efectos muy perversos. Es preciso poner de manifiesto que se trata de un discurso regresivo de algunos profesionales [...]” (MARTÍN, E., 2013: 217).

La interpretación del pasado acontece en la comprensión de sus textos, sus figuras discursivas, sus denominaciones, sus cualidades enunciativas, su memoria.

“No es posible, y sobre todo no es correcto, evocar o innovar [la disciplina] sin fundamentar, es decir, sin fijar sus fundamentos. Es imperioso imponerse e imponer una exigencia de rigor conceptual y de pertinencia práctica: para saber de qué se habla, para saber qué hacer” (KARSZ, S., 2013: 155).

Trabajo Social, también, ha de ser una categoría utilizada en nuestros análisis, un tipo de objeto que, obligatoriamente, debemos tener en cuenta para cambiar de lógicas, no sólo de rasgos o características. Esto merece atención, pues de ello depende la objetivación de su funcionamiento dentro de formaciones económicas-sociales en las que se inserta, así como de las responsabilidades que adquiere ante las configuraciones subjetivas de situaciones sociales complejas.

Nos referimos a la develación del carácter sobre-determinado de la disciplina, cuya acción está autorizada por su saber, su competencia, su poder, su lenguaje, no por la administración del servicio donde oficia, según ciertas clasificaciones estatutarias. “*Oficio y profesión con cosas diferentes*” (AUTÈS, M., 2013: 225), pero, no se trata de ignorar que la gestión o la administración forman parte de la tarea profesional, sino de reflexionar sobre las fisuras que pueden existir en su relación con el saber disciplinar.

La diferencia se sitúa en la comprensión. Las labores, tareas u operaciones cualesquiera estas sean, son accesorias, auxiliares al régimen de mirada. Es por esto que la gramática de la diferencia nos remite a momentos decisivos, esto es, a crisis de sentido no ante lo que somos, sino ante la posición con que nos desarrollamos en el mundo social.

La identidad se construye en un entramado de relaciones de poder y éstas responden a cada tiempo y a cada contexto concreto, en un amplio abanico de luchas presentes, que nos hacen titubear a la hora de narrarnos a nosotros mismos, como disciplina y profesión. Tengamos en consideración que la identificación que hacen los otros y la que elige uno mismo puede o no coincidir:

“[...] *Para que la sociedad le conceda un status [a la profesión], es decir, le asigne una función social y espere de ella una determinada acción, esta debe estar organizada por una ideología y una ética propias, en el uso teorías, técnicas y métodos de trabajo*” (MARTÍN, E., 2013: 45).

Por ejemplo, en relación con los mandatos del Estado y su tensión con las demandas sociales, la disciplina produce saberes y prácticas significativas, así como un lugar en el que organiza la producción y reproducción de lo social, asumiendo cualidades particulares de acuerdo a relaciones de fuerza y lucha con ellos. Es necesario, entonces,

que Trabajo Social se mire desde sí mismo, pero, siempre en contradicción con lo otro que es lo social. Esta es condición indispensable para el reconocimiento de su legitimidad, o sea, para su legitimación social, que también “*se basa en los resultados de una gestión valorada positivamente por la sociedad*” (CAZZANIGA, S., 2014: 245).

Eso no conlleva caer en la discusión pedestre de un pensamiento lineal, que separa el Trabajo Social tradicional del contemporáneo, ya que uno y otro se imbrican, son en sí el Trabajo Social propiamente tal. No basta con establecer que la diferencia está en que una perspectiva se tipifica por la prestación de ayuda asistencial a destinatarios calificables, mientras que la otra comporta un trabajo con ellos. Aquello responde sólo a un criterio de utilidad.

La diferencia se reinicia en la de-construcción de la ontología profesional, distinguiéndola de la actividad que ejerce. Esto, se pone en juego por la disputa que el propio campo profesional se pone sobre sus concepciones. No es lo mismo pensarnos como operadores intermediarios, como científicos sociales o como intelectuales socio-políticos. No conseguimos legitimidad por estar encima o al lado de los sujetos, sino por nuestra capacidad de asumir y cumplir misiones, promesas, haciéndonos responsables de ello. No debemos confundir calidad con calidez, ni lo adecuado con lo excelente.

Eso supone, problematizar nuestra “*legitimidad de origen*” (Op.,cit: 150), a través de una mirada en contexto tanto a sus trayectorias históricas, como a las condiciones estructurales en que se pone en acto y los campos argumentativos con que sustentan sus decisiones. Es, en consecuencia, un problema hermenéutico y no de verdades incuestionables sobre el deber ser.

Transitamos entre categorías analíticas que nutren nuestras figuras discursivas y, por tanto, nuestros modos de ser y estar en lo social, para desarrollarnos e incidir en él. Así, por ejemplo, no es menor diferenciar un problema de una dificultad, una complicación de una complejidad, para salir de aquella arquitectura del déficit con que reproducimos lo social bajo recetas y tipificaciones, en vez de generar cambios mediados por oportunidades humanas, comprendidas como campos de movimiento multidimensionales, en los que los sujetos se realizan, se comprenden y se comprometen.

Hemos de aprender a otorgar visibilidad temática a aquello que pese a ser reiterativo, no se asume con rigurosidad, pues aunque nos preocupa no nos ocupamos de ello. Para eso, hay que dejar de seguir las pistas funcionalistas y estructuralistas sobre las formas en que se internalizan y asumen los roles profesionales y las actividades laborales. Esta es una distinción, ya muy trabajada, entre campo profesional y ocupacional.

Tenemos que apostar por interrogantes sobre la legitimidad (campo profesional) y la legitimación (reconocimiento social), como dominio para rehacer, para retomar, para recomenzar, para reinventar una voluntad de poder. *“Nada esta jamás ya adquirido al comienzo”* (AUTÈS, M., 2013: 249), por eso se van incorporando nuevas funciones a las funciones de lo social. Es necesario definir otras competencias y calificaciones, mientras las antiguas tienden a mutar, acorde a las transformaciones políticas e institucionales que, de una u otra manera, confrontan la efectividad del Trabajo Social, entendido como un saber relativamente autónomo.

De esta manera, deliberadamente, la disciplina debe reposicionar el proceso de formación en relación con un contexto histórico y político específico. Es una invitación a restituir la complejidad del Trabajo Social, comprendiendo que no existe lugar propio, ni identidad asegurada. La disciplina se construye por incomodidades, por perturbaciones, por vacíos. Por ejemplo, al reflexionar sobre las incertidumbres de la democracia, así como sobre la miseria de la condición humana, para comprender qué significa eso en nuestro proyecto profesional, en nuestras misiones de cambio y transformación social.

“El conocimiento histórico necesita ser utilizado para ir más allá del deseo retroactivo de ser medido contra los criterios de un marco científico que es selectivo [...]. Es oportuno reexaminar la validez y efectividad de la hermenéutica en el Trabajo Social, en términos de su capacidad política para promover una comprensión más integral del cambio social a nivel personal y nivel estructural, y, también, a nivel de identidad” (LOWRENZ, W., 2012: 498).

2.- TRABAJO SOCIAL COMO SIGNIFICANTE INTERSTICIAL. *HECHURAS EN LA POLÍTICA DEL VACÍO.*

Cualquier significante se traduce intersticial (RICOEUR, P., 2008 [1]), cuando cumple la función de hacer aparecer los significados de diversos signos lingüísticos. Estimulan a develar el contenido implícito en las imágenes, las palabras y las cosas, llevándoles a lugares tangibles de enunciación, argumentación y explicación, mediante el acto político de la comprensión. Estos, alientan la situación hermenéutica, pues se colocan entre objeto discursivo y contexto de interpretación.

La disciplina transita entre textos sociales, discursos, gramáticas y retóricas que, construyen, también, el límite, la falla, la falta y el obstáculo dejado por las contradicciones de la sociedad moderna, expresadas hoy en relaciones sociales complejas, donde se superponen lo económico, lo cultural, lo institucional, lo político, etc. Esto, a su vez, sobre-determina su puesta en escena, es decir, sus formas de investigación e intervención ante situaciones que presentan, al mismo tiempo, dimensiones múltiples, variadas e interconectadas en sus recíprocas influencias. Por ejemplo, en un servicio de salud la intervención versa en asuntos de acceso, entre los que, además, rondan marcos reglamentarios, condiciones de vida de los sujetos, capitales sociales y económicos, historias personales, familiares y profesionales, que deben ser interrogadas, pues, de una u otra manera, afectan nuestras decisiones y acciones.

Los intersticios son hendiduras, cavidades entre dos partes de un mismo cuerpo. Los intersticios de lo social almacenan y transportan brechas dejadas por la cuestión social entre la esfera pública y privada, entre lo general y lo singular. Ahí se forjan dinámicas cuyas consecuencias pueden ser objeto de Trabajo Social, como es el caso de la calidad de los programas sociales, el bloqueo a los mecanismos de participación social, la pérdida de cooperación vecinal, la indiferencia ante proclamas de personas mayores, el aumento de delincuencia juvenil, etc.

Así pues, Trabajo Social surge como intersticio entre subjetividades, palabras y vínculos, entre identidades y contextos, cuyas realidades, según nos dirá Autès (2013), son posibles de interpretar sólo de cara a la cuestión social, donde se despliegan los

rostros duros de la modernización que, en el orden del lenguaje, expresan una trama dada entre exclusión y justicia social. Allí radica la experiencia del límite, de espacios vacíos y trágicos que la disciplina se esmera en de-construir, mediante la comprensión profunda de oportunidades de transformación a la desigualdad social y no sólo a la pobreza económica.

Lo social funciona y se reproduce entre dimensiones económicas, morales, jurídicas, políticas, culturales naturalizadas y donde Trabajo Social es un significativo intersticial que reclama una densa preparación, para entender el caos que, desde el siglo XX, se acuña como patrimonio de nuestro Mundo Moderno. Sólo pensemos en las deudas que en este continente tenemos con la bio-política y la bio-ética; con los derechos humanos, más allá de las violaciones políticas; con la rigurosidad en las construcciones de género, no para que se siga haciendo marketing con el femicidio, sino por lo imperioso de entender fenómenos como el de la dependencia doméstica o la violencia en torno a la condición sexual.

Las etnias, los homosexuales y lesbianas, los nuevos jóvenes y sus culturas urbanas, los ambientalistas, por dar algunos casos, son vistos como personas con dotes de particularidad, cuya singularización es asumida como algo sui generis, un extravagante espectáculo a quienes miran desde otras aceras. Esto, insta a mal entender el principio de integración social como una forma de aguante, paciencia o resignación frente a la rareza, esa que siempre habrá de estar al otro lado de la vereda, es decir, cerca pero no en el lugar de los de adentro.

Por lo tanto, incesantemente, hemos de preguntarnos ¿dónde se encuentra el Trabajo Social?, ¿de qué asuntos se ocupa?. Asevera Karsz (2013) que “*el Trabajo Social no se ocupará de cualquier problema, ni mucho menos de cualquier modo*” (14). Reiteramos, se encuentra en aquella tensión gestada entre el mandato institucional y el compromiso ciudadano, entre la ley de la administración y los derechos humanos, entre el discurso oficial y la palabra perdida, entre la tecnificación de la vida y el deterioro del lazo social.

Es ahí donde la disciplina se interroga sobre ¿cuál es su misión?, en una época de crisis y de cambios políticos desmedidos, en que el funcionamiento del mercado y la burocracia hacen devenir a los medios como más importantes que los fines. Consiste en de-construir lo social a través de sus textos, en una relación entre memoria histórica y la producción de subjetividades. Se trata, entonces, de comprender que los problemas y las condiciones que les definen, no pueden separarse de sus efectos singulares, posibles de rastrear mediante argumentos y narraciones sobre distintas luchas socio-políticas devenidas entre generaciones.

Debemos ser conscientes que allí, en esos procesos, la ciudadanía ha de acompañar al Estado y a sus instituciones para dismantelar la coacción, la violencia, la injusticia de *“un orden totalizador que enuncia las reglas desde formaciones económico-productivas indolentes”* (AUTÈS, M., 2013: 246). Esto es así, pues *“[...] las prácticas del Trabajo Social articulan incansablemente lo que otras disciplinas se empeñan en aislar”* (KARSZ, S., 2013: 15).

Eso podemos verlo, por ejemplo, en la actual mercantilización de los mundos de vida, donde encontramos efectos de juvenilización, predominancia de la cultura urbana, superposición de estratos sociales, primacía del éxito ante la felicidad, hiperendeudamiento por el consumo de necesidades superfluas, informatización y clasificación por especialización que, de una u otra manera, impulsan la premisa de tener para ser.

En consecuencia, es tanto improcedente como inapropiado pensar Trabajo Social a partir de una lógica instrumental. Incluso, sus mecanismos operativos deben ser sometidos a reflexión e interrogación. Esa es la apuesta política de la hermenéutica, por descubrir nuevas maneras de inserción en esa doble faz de exclusión y justicia social.

“En términos generales podemos decir que Trabajo Social interviene en los obstáculos presentes en las condiciones materiales y simbólicas para la producción y reproducción individual y colectiva de la población” (CAZZANIGA, S., 2014: 75).

Recordemos que lo social aparece en horizontes enunciativos, donde podemos descifrar categorías y presupuestos que definen formas de relación instituidas entre Estado, mercado y sociedad civil. Traducirlas nos permite contribuir a reinventar nociones como democracia, consenso o disenso social, gobernanza, descentralización, desarrollo territorial, identidad local, etc., mediante la confrontación de puntos de vista; de luchas discursivas.

Nuestro potencial hermenéutico abre la encrucijada entre discursos y textos, entre sujetos y fenómenos, entre formas enunciativas y experiencias cotidianas. Lo social es consecuencia de un discurso histórico, de batallas por la producción y reproducción de relaciones, valores, identidades, donde se incluye la formación del sujeto que, como adelantamos, cuando es capaz de tomar la palabra se convierte en ciudadano, frente a las macro-estructuras de un capitalismo tardío. Las políticas públicas al igual que las normas, no pueden pensarse unívocamente, requieren de un acto de interpretación colectiva, donde la eficacia simbólica de Trabajo Social se apostaría en reconstruir la legitimidad de una intervención socio-política.

La hermenéutica colocaría las luchas por la legitimación, reconocimiento y representación en la tentativa por encontrar proyectos socio-políticos todavía ausentes en el campo del desarrollo social, que no es fijo ni inmóvil, como tampoco lo es Trabajo Social. El núcleo hermenéutico trae a la disciplina la invención de nuevos modos de problematizar la cuestión social. Así por ejemplo, la pobreza no sólo se combatiría con políticas de empleo contra la cesantía, sino también con un cambio en sus concepciones y en las formas simbólicas de crear a sus destinatarios.

Desde este lugar hermenéutico, cae en tela de juicio el paradójico principio chileno de “privilegio de pobreza”, que opera como código de asistencia judicial. La pobreza sólo constituirá un ventaja de exclusividad, una dote especial y no una forma de degradación a la vida en sociedad, eso, en los márgenes de una racionalidad estratégica. No olvidemos que la igualdad de oportunidades implica, de un lado, la efectiva redistribución de los recursos producidos en la estructura económica, pero, de otro, la garantía de una robusta plataforma moral y cultural que asegure la proliferación de escenarios de respeto y legitimación a diferencias.

Así por ejemplo, cuando, en pro de la ética, hogares, residencias, programas y servicios aplican estrategias de protección a los derechos de niños, niñas y adolescentes, pero, relegando sus intereses y deseos a una reglamentación jurídica, que determina aquello que es “mejor para sus vidas”, se aboga por una lógica de anulación que hace transitar la estigmatización, el control, la clasificación, más no la diferencia y la particularidad de aspiraciones, anhelos, deseos.

La idea de exclusión social muestra diferentes consecuencias en cuanto a integración, solidaridad y ciudadanía. Así, vemos expulsión del mercado de trabajo, segregación territorial, o, discriminación de pueblos originarios, discapacitados, mujeres, adultos mayores, entre muchos otros. Esos son los intersticios en que vale la pena preguntarnos ¿sobre qué se construye Trabajo Social? o, mejor dicho, ¿sobre qué se lleva a cabo?, ¿con quienes se relaciona?. Allí emergen élites políticas, gobiernos, organizaciones sociales, medios de comunicación, participantes directos e indirectos de la intervención, entre los que se despliegan y confrontan percepciones, más o menos, discriminatorias, materializadas, por ejemplo, sobre los pobres que, de un lado, se califican como víctimas de la falta de oportunidades o, de otro, como desadaptados, disruptivos o insurrectos, incapaces de aceptar su condición.

Eso nos pone el desafío de “mapear” la diversidad de perspectivas y prácticas que reproducen o aminoran la exclusión, desmantelando las disonancias entre crecimiento económico y desarrollo social que, también, afecta a la producción de subjetividades. Así pues, la hermenéutica, como principio explicativo, incide en la forma en que podemos constituir el campo profesional, en tanto significativo intersticial de una sociedad que parece cada vez menos justa, donde surgen figuras confusas de protección, bienestar y asistencia social. Ahí, debe ser leída la lógica empleada en la construcción de lo social, y el resultado al que conduce sobre categorías y lenguajes de uso cotidiano.

El desafío es facilitar un lenguaje común, una posibilidad de diálogo y de controversia entre la ley y la justicia. Hallar, idear, formular palabras donde existe falta de lenguaje. En la ausencia aparece la esperanza de oportunidades, que parte en una reflexión conceptual en torno a la construcción de categorías que permitan comprender lo social y cómo fundamentar nuestras tomas de partido, la producción de conocimientos, la toma en cuenta y la deliberación de propuestas de incidencia, superando las fronteras de la

práctica profesional, la aplicación de metodologías y la designación de respuestas programáticas.

La clave hermenéutica nos ayudaría, por ejemplo, a volver a enunciar la categoría de justicia social, como fundamento de una ética aplicada en modos deliberativos de vida dentro del ordenamiento institucional de las actuales democracias, desclasificando repartos desiguales, pobrezas extremas, desventajas institucionales, pagos excesivos a funcionarios públicos y personeros de gobierno, etc. Nos convoca a hacer una distinción entre participación y partición, allí donde la justicia se anuncia como distribución .

Sobre esa base, insistimos en que la disciplina opera sobre los desfases entre aquello que es normalizado, y aquello que no lo es, o sea, sobre situaciones que son siempre singulares en el dominio público y que redundan de acontecimientos históricos intolerables, que han venido a determinar las condiciones de existencia.

“Entendemos entonces que el Trabajo Social ocupa un lugar preciso y precioso en la reproducción de las relaciones sociales, en la economía objetiva del capitalismo y en la economía subjetiva de sus destinatarios y de sus agentes. [Pero,] no está enteramente controlado ni es completamente controlable [...]. Goza pues de una autonomía relativa” (KARSZ, S., 2013: 40 - 41).

3.- TRABAJO SOCIAL COMO LENGUAJE DE RESISTENCIA. REARME ÉTICO-POLÍTICO DE LO COTIDIANO.

La resistencia, como proyecto emancipatorio de Trabajo Social, nace en la tragedia provocada por la modernización de lo social. Es, por tanto, una figura discursiva que busca interpelar los mecanismos sostenedores de condiciones de existencia injustas, desiguales y excluyentes, que la estructura económica impone respecto de ciertas maneras de vivir y actuar. Es la disonancia frente a la reproducción de las relaciones sociales contemporáneas, determinada por la formación económico-social del capitalismo tardío y que ya no se limitan a la contradicción capital - trabajo.

Al respecto, nos inquiera Autés (2013) a que si no queremos ver a lo social degenerado en una asistencia generalizada de individuos atomizados, que coexiste entre los ideales democráticos, debemos luchar por la promoción, la auto-organización y la liberación ciudadana (274). Trabajo Social debe resistir ante una decadencia programática, mediante al acto político de enunciación de lo indecible, o sea, mediante una incansable problematización de la cuestión social. El silencio no puede ser el signo de nuestra ética, para nosotros, por ejemplo, la pobreza no aparece como resignación a un cúmulo de impedimentos sociales y económicos, al contrario, debe ser interpretada por hiatos de poder frente a la expansión de riquezas concentradas y no, simplemente, por ingresos exiguos.

La hermenéutica nos exige cuestionar el actual postulado econométrico y racional de que lo social se mide en términos de gasto, ya que eso equivale a decir que debe ser una empresa rentable. Su solvencia es otra (KARSZ, S., 2013), pues lo que *“tiene para vender [es]: la miseria, el sufrimiento y el fracaso (AUTÈS, M., 137)*. Todos, fenómenos contradictorios al ideal de inserción económica que pregonan los modelos neoliberales, donde surgen invalorable objetos de comprensión, cuyo potencial debe traducirse a partir de un exhaustivo trabajo teórico-conceptual y de debate público fundamentado, que ofrezcan sentido a una intervención socio-política, cuyo repertorio hermenéutico se encuentra en la abundancia de discursos, de textos y memorias cotidianas a interpretar y desarrollar.

En ningún caso, el Trabajo Social se limita a tomar nota de los problemas. Al contrario, juega un papel activo tanto en su definición como en la invención de maneras de abordarlos. Eso, una vez que, los mismos, han sido desnaturalizados y, por tanto, se tornan socialmente significativos, en términos de una intervención que, siempre, será una creación argumentada capaz de hacer hablar lo real. Ella, ha de dar razón de lo que sucede y por qué sucede, para actuar ética, responsable y eficazmente.

“El Trabajo Social es una profesión emancipadora, productora de las relaciones sociales y cohesión social” (AUTÈS, M., 2013: 24). Allí, se recupera un conjunto de fortalezas y de poderes contruidos alrededor de la autonomía de individuos, grupos, colectivos y organizaciones. La resistencia invoca un espacio de debate en que las

opiniones se enfrentan, gestando pretensiones de validez ante sus enunciados y proposiciones.

El objeto no sería la aplicación de ley o el programa, sino el ejercicio de derechos humanos en un escenario de justicia social y de democracia, entendidas en sus propios límites. El proyecto de resistencia radica en devolver su lugar y sus derechos a los ciudadanos, no en la asignación de beneficios materiales, camuflados como cuotas de bienestar a repartir.

Dicha opción, aparece, por ejemplo, al elucidar la brecha ideológica que presentan políticas sociales compensatorias, estrategias de protección centralizadas, prácticas correctivas, respecto de modelos de base territorial, programas de participación vinculantes, políticas comunales de acción social, etc. No es lo mismo aplicar el criterio de discriminación positiva, que el de democratización de oportunidades, en torno a proyectos colectivos para el desarrollo de la vida social.

Esto, implica retomar la cuestión fundamental de la ciudadanía, preguntándonos ¿quiénes son los ciudadanos con que trabajamos?, ¿cuál es su poder?. No descuidemos el hecho de que ahí, siempre, habrá más palabras que las dichas, para dar cuenta de la multiplicidad de problemas sociales y la falta de regulación política para abordarlos. Es en la construcción de discursos socio-políticos donde la hermenéutica de Trabajo Social hace surgir espacios públicos de integración e inclusión, pero, también de problematización a los efectos y consecuencias de la cuestión social.

“El Trabajo Social es siempre el recordatorio de que el destino de los demás es inseparable de un cierto estado de las relaciones sociales entre responsables no sólo para él sino también para el otro” (AUTÈS, M., 2013: 298).

Recordemos que el deterioro del mercado laboral actual no conduce al desempleo de todos sino, especialmente, de jóvenes recién egresados, de aquellos sin experiencia laboral o sin formación suficiente, también, a trabajadores de mayor edad; pero, además, afecta a otros sujetos en términos de precarización del trabajo o de calidad de los vínculos sociales, poniendo a prueba las configuraciones familiares, las organizaciones barriales, las solidaridades vecinales, la eficiencia institucional, etc.

Nos dirá Karsz (2013) que la imposible neutralidad ideológica y política de Trabajo impide que caigamos presa del realismo imperante, negándonos a la resignación ante un neoliberalismo triunfante (29). La hermenéutica despierta las inquietantes dudas sobre la evidencia, por lo mismo se hace imperioso interrogar los expedientes y archivos, los montones de palabras que en ellos se acumulan, con nombres propios de sujetos que, por tal o cual situación, han llegado a enfilarse en nuestras oficinas, nos han abierto las puertas de sus casas, nos han invitado a infiltrarnos en sus agrupaciones y en sus territorios.

Ahí se depositan testimonios, relatos sobre luchas cotidianas que van quedando registradas entre documentos y materiales que no deben ser olvidados, que son fuente de aprendizaje y de saber, esto es, un potencial hermenéutico de inspiración a la resistencia. Eso, por cuanto, para nuestra disciplina lo social no está dado de ante mano, ni para siempre. Requiere de una justificación previa que debe ser interpretada desde algún lugar epistémico, político, ético y conceptual, para de-construir las diversas trayectorias que sigue la exclusión y la injusticia, en zonas concretas de la vida cotidiana.

Nuestras intervenciones no deben hablar sólo sobre el para qué los sujetos llegaron a usar un servicio o un programa social determinado, sino sobre cuáles son las demandas sociales que están en juego y qué asuntos humanos podemos traducir mediante categorías analíticas pertinentes, más allá de la entrega o no de un cierto beneficio. Esto, supone comprender por qué y sobre qué se actúa, lo que ha de ser pensado en términos de los procesos socio-históricos en que las demandas se instalan tras implicancias subjetivas; así como de las misiones en pro de las que se trabaja, más que de los lugares empíricos en que desempeñamos el oficio (municipios, consultorios, escuelas, juzgados), o, de los mecanismos de servicio que usamos (programas de migrantes, proyectos para hombres y mujeres cesantes, talleres para adolescentes embarazadas, etc.).

En concordancia, Trabajo Social sería el resultado de una construcción, en la que la comprensión de escenarios y agentes de intervención se conjuga con la destreza política para desplegar propuestas de resistencia cotidiana. *“Es entonces en el cotidiano, frente a otros profesionales y otros actores, en que se evidencian dificultades en la*

argumentación que habla, además, de problemas de formación teórica” (CAZZANIGA, S., 2014: 139).

Lo mismo, nos pone alerta ante el hecho de preguntarnos ¿a qué respondemos?, pues es, también, interrogar ¿a qué obedecemos?, como búsqueda constante de re-problematización a nuestro saber y poder para reconstruir lo social en lo cotidiano. De esta manera, la participación de los ciudadanos en los asuntos públicos nunca ha de ser obviada, ya que la justicia social va más allá de contactos cara a cara, tiene que ver con la historicidad de cada situación de investigación e intervención y con el valor de la memoria tanto personal como colectiva, ya que, en este marco, el olvido del otro aparece como fuente de injusticia.

En la puesta en acto de un Trabajo Social hermenéutico, la justicia deja de ser un concepto a-temporal y se entiende, más bien, como una categoría histórica, que requiere permanente actualización, “*en el marco del Estado de derecho y de la protección de los derechos en situaciones concretas*” (RICOEUR, P., 2012: 238). Claro, eso no supone una pugna ingenua o desorientada contra el Estado y sus instituciones, sino una opción por promover otras formas de subjetividad y contra-fuego ciudadano.

Es la convocatoria a sumarnos en un proyecto intelectual y político, donde la noción de ciudadanía abre el derecho a la libertad. Tengamos en cuenta que la libertad ciudadana no se ve confinada a prohibiciones de tipo legal ni moral, sino que se orienta por la ética. Para eso, hemos de activar una actitud hermenéutica que llame a repensar las ciudadanías, a desentrañar los límites que les son impuestos, acercándonos a las formas en que el “*sujeto sujetado*” se hace consciente de su necesidad de lucha, por transformar sus condiciones de existencia, a través del desarrollo de diversas relaciones socio-políticas.

Por lo mismo, la hermenéutica nos hace acudir a “la tragedia de lo social”, irreductible a un dialéctica de base económica y de poder político, que se expresa en violencias producto de la diferencia social, impuestas por la exigencia del orden. Ahora bien, toda manifestación de violencia es, a su vez, una fuerza creadora de resistencia ante la historicidad de las situaciones sociales a las que interpela, como exigencia de

reconocimiento y donde los conceptos de justicia social y ciudadanía pueden ser tan plurales como las identidades narrativas que los reclaman.

Destaquemos que la resistencia parte contra la aplicación de una regla general y, por lo mismo, nos exige interpretar los hechos ocurridos, la aplicación de la norma, la implementación de la política, teniendo en cuenta la diversidad cualitativa de las situaciones en las que se interviene. Es ahí, donde Trabajo Social aboga por una hermenéutica que refiere a la historicidad de relaciones socio-políticas, en correspondencia a los *modus vivendi* y sus mundos de vida cotidiana.

III.- REQUISITOS DE UN UMBRAL HERMENÉUTICO.

Durante la aplicación del filtro de análisis comprensivo, no sólo se identificaron sino que se contrastaron presupuestos de base y pretensiones de validez, con que los textos estudiados sustentan el horizonte de sus campos argumentativos. Para esto, fue reconocido el contexto desde donde se escribe y en el que los materiales nos invitan a analizar las bifurcaciones, los derroteros y los caminos que han seguido. Tengamos presente que las palabras hablan, son la entrada a la de-construcción hermenéutica de enunciados y formaciones discursivas.

Entonces, a través de la interpretación de contenidos manifiestos y de lecturas temáticas, se situaron ciertos fundamentos y supuestos, tanto en su tensión como en su complementariedad, armando los trayectos lingüísticos con que en los textos se problematiza la relación Trabajo Social, intervención e investigación en lo social. No sólo se abren espacios de sentido, también, orientaciones de acción disciplinar y profesional, ya que la comprensión traduce al lenguaje en un tejido de relaciones simbólicas, que operan como indicativos de cualquier realidad (GADAMER, H.G., 2002).

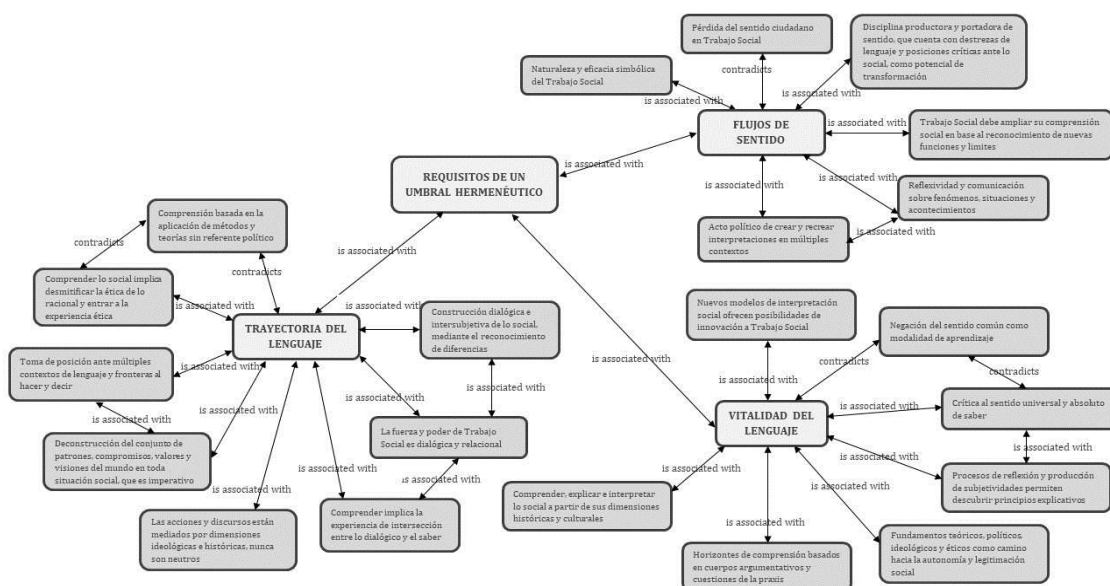
Cada texto muestra un movimiento dinámico, flujos entre premisas constantes, inscritas en determinados núcleos semántico- conceptuales que se procuraron reconstruir, no en cuanto tales sino en significaciones dadas a nuestras mediaciones interpretativas. Lo relevante está en el análisis del conocimiento generado mediante objetos de discurso que proyectan formas de comprender, desde las que se delinearon nuestros puntos y niveles reflexivos, por el descubrimiento de relaciones análogas en un conjunto de proposiciones (BEUCHOT, M., 2004). Así se hace comunicable el *ethos* de un fundamento, en una trama de categorías y registros lingüísticos (RICOEUR, P., 2012).

El umbral hermenéutico nos permite la dilucidación del potencial de objetos discursivos, que no se encuentra directamente definido en la arquitectura de los textos disciplinares trabajados. Implica pasar de la realidad de los hechos narrados, hacia sus razones explicativas. Se trata de indagar en las metas que persiguen los contenidos, haciendo emerger lógicas y registros teóricos, ideológicos y subjetivos que, aun cuando podamos o no compartir, organizan nuestras interrogaciones para, a su vez, formular recomendaciones de estabilización, refutación o mejora al saber de Trabajo Social.

“El desafío nuclear [es saber]: de donde parte cuando se ocupa de cosas concretas [...] y lo que a eso subyacente implica volver comprensible lo que existe bajo la denominación de Trabajo Social” (KARSZ, S., 2013: 27)

Guiados por el interés de buscar el saber, entre definiciones e indefiniciones textuales, llevamos hacia la hermenéutica aquello que en los documentos estudiados se señala, categoriza, explica, interpreta, según sus respectivos montajes argumentativos. Lo importante es ventilar significaciones, desarrollando lecturas por criterios de falta, falla y obstáculo, pudiendo vislumbrar los principales esquemas conceptuales puestos en juego por cada texto, así como las concepciones en que estos inscriben tanto realidades de hecho como hipótesis, supuestos y objetivos de conocimiento.

RED SEMANTICA N°3. *Requisitos de un Umbral Hermenéutico.*



Tras la interrogación en los diálogos discursivos se fueron reconfigurando y reinterpretando elementos explicativos, a través de los que se descifra el potencial hermenéutico con que Trabajo Social debe pensar la eficacia de sus procesos de investigación e intervención, sin desatender la cuestión del qué, el por qué y el para qué. Entonces, respecto del ejercicio de análisis comprensivo a los textos disciplinarios, fueron recuperadas las siguientes dimensiones:

- 1.- *Eficacia Simbólica reposicionada.*
- 2.- *Registros Articuladores.*
- 3.- *La Experiencia del Saber.*

1.- EFICACIA SIMBÓLICA REPOSICIONADA. *DESAFÍOS DE COMPRENSIÓN Y CONSTRUCCIÓN DE SUBJETIVIDADES.*

La comprensión es siempre un desafío, se produce por relaciones y luchas de sentido. Al comprender, Trabajo Social se impone la tarea de reconciliarse con lo que es y con lo que padece, pero, también, con el reconocimiento de los otros y de sus mundos de vida. Es una oportunidad para recuperar la originalidad del entendimiento. Comprender nos permite:

“Mantener la capacidad de asombro frente a la realidad, entender que ella me habla si le pregunto –pregunta siempre fundada en algún lugar teórico– y también impedir que su respuesta sea siempre la misma” (CAZZANIGA, S., 2014: 5).

La indiferencia teórica es, simplemente, una excusa a la ignorancia o falta de claridad analítica, a menudo disfrazadas de procedimientos y operaciones esencialistas. No es poco habitual oír que profesionales, autodenominados como operadores sociales, plantean afirmaciones como que: la rehabilitación del paciente alcohólico no ofrece resultados positivos a causa de la falta de compromiso familiar; las amistades son las causantes del consumo de drogas en jóvenes; el embarazo reiterado de la adolescente se debe a sus modelos parentales; padres negligentes deberían estar agradecidos de que sus hijos e hijas estén seguros en residencias, etc.

Tales frases albergan aseveraciones suscritas a través de categorías a priori, generalmente incuestionadas, que encaminan a prácticas inocuas, deterministas y uniformes de diagnóstico, planificación, ejecución, evaluación hechas pasar como investigación e intervención. Tengamos presente que la manera de nombrar la realidad de los sujetos, sus estilos, expectativas, condiciones, géneros de vida, comunican nuestros registros de interpretación, de asimilación y de apropiación.

Esas personas han vivido experiencias, claramente, más complejas o, tal vez, muy diferentes que las del profesional y, por lo mismo, no pueden ser ignoradas por nuestras dificultades de comprensión. Cada sujeto es portavoz de saberes particulares que, aunque nos sean incómodos, debemos aprender a legitimar en sus propios márgenes. No se trata de aceptarlos al pie de la letra, ya que eso sería una ilusión de transparencia, sino como discursos que debemos trabajar acorde a objetivos que en la investigación y la intervención se persigue alcanzar.

Esto implica tomar posición y asumir referencias, como base para desarrollar procesos más profundos de reflexión. Al decir de Karsz (2013), son los registros teóricos e ideológicos los que nos permiten ilustrar nuestras denominaciones, descripciones, explicaciones y proposiciones, otorgando el cimiento disciplinar a las decisiones y prácticas llevadas a efecto.

Construir subjetividades parte del entendido que los problemas son vividos, conocidos y/o ignorados por sujetos reales y en situaciones concretas, que Trabajadores y Trabajadoras Sociales actualizan en su quehacer cotidiano, al traducir historias y memorias individuales, familiares y colectivas, siempre, significativas y ricas en representaciones de sentido sobre diversas realidades y posibilidades de cambio social. No olvidemos que existe un compromiso imposible de erradicar entre conocimiento y acción, pues la investigación y la intervención juegan su eficiencia tanto en lo pequeño como en lo grande.

“No existen verdades absolutas, pero, tampoco el fragmento aislado de sus relaciones con una totalidad” (KARSZ, S., 2013: 172). La vida cotidiana se comprende en narraciones sobre aquello que no está dicho en los discursos oficiales. Allí, los lenguajes de la norma, la ley, las políticas, los programas y sus sobre-determinaciones pueden ser resignificados, recodificados y, por tanto, resituados mediante nuestros análisis comprensivos.

En cada entrevista, coordinación, derivación, supervisión, acompañamiento, visita domiciliaria o reunión, intercambiamos palabras empujados por un esfuerzo de enunciación, que nos permite poner en escena objetos de discurso, con los que actualizamos situaciones concretas, imposibles de reducir a una dimensión material. Ellas se hacen tangibles en términos de lenguaje, es decir, de conceptos, representaciones, perspectivas o valores trasferidos a palabras, con las que contribuimos a visibilizar los límites y posibilidades de una cierta configuración social.

De esta manera, efectivamente, nos reconciamos con las diferencias en múltiples maneras de vivir la vida, así como con los procesos, contradicciones y conflictos que les definen, posibles de ser legitimados sólo cuando se elaboran sistemáticamente, o sea, cuando se comprenden bajo ciertos cánones, no estrictos, de interpretación y explicación.

“El Trabajo Social, interviene a propósito de normas, valores, principios, modelos, orientaciones, representaciones e ideales con los cuales y bajo los cuales los usuarios soportan o no soportan, o dejan de soportar, problemas conyugales, administrativos, de vivienda, de escolaridad, de salud física y mental [...]” (Op., cit.: 78).

En rigor, Trabajo Social actúa sobre las construcciones simbólicas e ideológicas con que los sujetos, las familias, las agrupaciones, las organizaciones o colectivos entienden, organizan y explican sus vidas, sus estrategias de sobrevivencia o superación, los mecanismos de interacción social que idean e implementan, así como las barreras que identifican o no para realizar sus capacidades y oportunidades.

Ahora bien, detrás de los andamiajes materiales y operativos con que las instituciones cuentan, existen composiciones simbólicas que sostienen su uso y su utilidad. Es por eso que los programas de colocación laboral de los municipios, siempre, presentan grandes listas de cesantes, o como ahora les llaman, de “trabajadores inactivos en espera de puestos de trabajo”. Sin embargo, lo que ahí debemos leer son esperanzas de salir adelante, de optar a mejores niveles de vida. De lo contrario, el desempleo se traviste de posibilidad, mediante el símbolo de políticas paliativas.

Cada intervención e investigación constituye una figura discursiva, que desprende significados y significaciones, pero, también, persigue hallazgos de sentido. Pueden o no poner de manifiesto u ocultar el saber, abriendo disensos o consensos. Los agentes involucrados exponen y se exponen. Quizá, por lo mismo, es un error de lógica hablar de sujetos carenciados, ya que cada ausencia es la presencia de una cuestión a problematizar. Nadie más que los propios sujetos saben sobre su vida cotidiana, no llegan a nuestras oficinas cargados de puras pérdidas. Ellos mismos, han imaginado y puesto en uso formas de vivir su vida, con más o menos logros.

“El conocimiento de la realidad alcanza su legitimación máxima y su mayor perfección, a través de la configuración de universos simbólicos, es decir, de procesos de significación compartidos” (MARTÍN, E., 2013: 80).

Lo social es relacional, al igual que Trabajo Social. Ambos unen, por ejemplo, principios macro de protección social con escenificaciones micro, donde dicha relación se transparenta a través de operaciones discursivas, con las que se construye lo general en lo particular y, este último, en un texto singular, donde se libran inextensas batallas por la identidad y la subjetividad. El saber práctico ostenta un fundamento cotidiano, no es hueco, se encuentra inscripto en lo social y puede *“hacer o decir lo justo o lo injusto,*

pero que al mismo tiempo es un decir y hacer incierto y, siempre, habla de lo imposible” (AUTÈS, M., 2013: 285).

La comprensión supone, entonces, una mirada y una escucha atenta, dispuesta a acercarse a asuntos que no le son inmediatos. El material de la interpretación y la explicación no es totalmente moldeable a nuestra discreción, razón por la que las intervenciones e investigaciones están, siempre, llenas de cuestionamientos. Su eficacia simbólica e ideológica parte, en consecuencia, de un umbral hermenéutico que nos ayuda a ampliar la comprensión respecto a lo que cada situación quiere decir, en un determinado tiempo y espacio.

Dicho umbral, toma como horizonte de sentido aquello de lo que se trata la cuestión social, es decir, de cómo la misma se objetiva en lo concreto y, por tanto, es declarada por los sujetos, dentro de un cierto registro de explicación e interpretación que permite definirla, categorizarla, hablar de ella y, por consiguiente, trabajarla. No se trata de establecer afirmaciones irreductibles, sino de efectuar conjeturas sobre ciertos aspectos de realidad, sus dimensiones, efectos y límites.

Basados en Autés (2013), enfatizaremos en que lo simbólico, así como para Karsz (2013) lo ideológico, constituyen registros sobre maneras de explicar y comprender la eficacia de nuestros procesos de investigación e intervención. Vuelven las palabras operativas, ya que traducen y actúan sobre lo que pasa en situaciones específicas, pero, a través de un lenguaje compartido que, a partir de expresiones posibles o no, hacen manifiesto pérdidas, aprendizajes, méritos, sufrimientos, que nunca han de pasar como neutros ni banales.

Lo simbólico es constitutivo de la realidad de los hechos, a través de ello podemos explicarlos, encontrar razones. No es representativo de lo etéreo, sustenta nominaciones y designaciones. No es lo que simplemente se opone a lo real, ya que le ofrece sentido de realidad. Se incrusta en las materialidades, donde las palabras se urden a las cosas, comportamientos, actos. Se encuentra en una hermenéutica que no separa el mundo subjetivo de su objetivación, poniendo lo simbólico como “marca de la ausencia”, como “índice de realidad”, como “lugar de interpretación” (AUTÈS, M., 2013: 242 -244).

Esto, equivale a construir un problema necesario de ser de-construido, en conjunto con los involucrados, ya que su complejidad no admite atraparlo en representaciones parciales o unidireccionales. Acá, radica la relevancia de los registros con que se enuncia y argumenta la realidad. Las palabras nacen cargadas de sentido, son portadoras de significados, habitan en un mundo ideológico y simbólico, que la labor teórica aporta a dilucidar.

Por eso, quienes dicen este señor es demasiado teórico, o, acá en el trabajo la teoría es puro confeti lo que importa es la práctica, evidentemente, desconocen que en cada una de esas afirmaciones el lenguaje está diciendo algo, cuyas lógicas esencialistas dejan de ser mudas sólo al interrogarlas. Nos muestra a quienes están, desmedidamente, alejados de un conocimiento que, también, poseen; pero, del que desconfían, al que le temen o al que no comprenden. Eso demuestra su falta de rigurosidad, continuidad, puntualización en el quehacer. Lo recomendable sería desconfiar de esos profesionales, de sus posibilidades de aportar a una investigación e intervención pertinente y efectiva.

“Las preocupaciones alrededor de la práctica se dan en paralelo con las de la teoría, porque [...] lo que se pone en juego es la relación conocimiento y acción o el viejo problema teoría – práctica” (CAZZANIGA, S., 2014: 121).

“La ciencia también llegó a simbolizar la autonomía de los seres humanos en relación con lo que anteriormente se había llamado su destino: ofreciendo una comprensión desmitologizada, una penetración gradual de eventos aparentemente inescrutables en el entorno natural, con la ayuda de regularidades conceptuales” (LOWRENZ, W., 2012: 496).

En definitiva, la investigación e intervención de Trabajo Social son, primero, un registro del decir, de la palabra en acto. Como nos dice Ferraris (2009), una documentalidad (89), pues ponen en lenguaje público lo invisible a ojos macroscópicos, forman objetos de trabajo científico que, a su vez, dependen de fuentes de conocimiento vivo, de un *bios* hermenéutico y no de medios de prueba. Eso, les dota de relevancia y valor social, ya que abre un diálogo discursivo entre la ciencia y la memoria, pues crea y mantiene *“la infraestructura no decible de realidades sociales contingentes, sintetizadas en conceptos”* (op. cit., 93).

2.- REGISTROS ARTICULADORES. LO IDEOLÓGICO, LO ÉTICO, LO POLÍTICO.

Hemos de dejar de pensar la investigación y la intervención en referencia al estatus de profesionales y destinatarios. Un sólido repertorio de datos o argumentaciones nos puede otorgar autoridad, pero, la legitimación se consigue demostrando que aquello que decimos y hacemos en lo social cumple una pretensión de validez efectiva, es decir, que existe un proyecto que nos orienta y define.

Como antes lo dijimos, debemos partir del sentido de nuestras misiones, objetivadas en situaciones que traducen la cuestión social en derechos vulnerados y, por tanto, en aspiraciones individuales o en demandas sociales. Reiteramos que cada proceso comporta registros “*el teórico, el ideológico, y por último, el subjetivo*” (KARSZ, S., 2013: 185), también, el “*simbólico, ético y experiencial*” (AUTÈS, M., 2013: 248).

Insistiremos, ahora, en la articulación de los registros ideológico, ético y político, ya que en ellos radica la posibilidad de concebir a Trabajo Social en términos de propuestas y no de programaciones. No nos referimos a las propuestas como proyectos operativos, esto es, como unidad básica de planificación, sino como figuras discursivas en hechura, en constante realización y variabilidad. Así pues, la investigación y la intervención serían construcciones que se producen al activar palabras, consignas y proposiciones que iluminan la acción.

De esta manera, hablar de investigación e intervención, sin poner una de un lado y la otra en su revés, invoca una dimensión vinculante. Ambos registros no funcionan cada cual por su vereda. En toda propuesta ante una demanda social, se moviliza el conocimiento, el saber y la deliberación, se toma parte en una misión, cuyos propósitos son definidos ante la comprensión de una situación, fundamentada, también, en visones de mundo.

Las distinciones no sólo son conceptuales, son además valóricas y políticas. No es lo mismo hablar de responsabilidad social con el gerente comercial de un gran emporio, que hacerlo con los líderes de un movimiento ecologista. Ahí, rondan campos

argumentativos con pretensiones de validez, principios explicativos y registros de configuración diferentes. *“La inexistencia de una visión de conjunto dificulta el diagnóstico pertinente de las situaciones”* (KARSZ, S., 2013: 16).

Cualquier figura discursiva, sus performatividades, sus usos y sus comunicaciones, defienden, con más o menos empeño, una composición ideológica, ética y política. Las conceptualizaciones, las calificaciones, las clasificaciones, por más racionales que pretendan ser, nunca son neutrales, están sujetas a una postura, a una tesis, a una proclama, explícita o implícita.

“Todo conocimiento debe reconocer que está impulsado por el interés y, por lo tanto, presupone un arraigo en contextos históricos, sociales, ideológicos y culturales concretos, que deben reflejarse y negociarse intersubjetivamente, hay un reclamo político ante cualquier afirmación de objetividad y neutralidad” (LOWRENZ, W., 2012: 498).

Incluso, en nuestros métodos, técnica y operaciones, se halla una dimensión ideología, una fuente de legitimación, una elección que las llena. *“El Trabajo Social opera sobre las construcciones ideológicas movilizadas por los individuos y los grupos para explicar y explicarse su suerte, para aguantar o para venirse abajo, para resignarse o para rebelarse”* (KARSZ, S., 2013: 78).

La intervención y la investigación se hace “entre”, no son ni tierra de nadie, ni propiedad de una parte. Emergen en una circulación discursiva, que exige de lo colectivo tanto como de la singularidad de los sujetos, sus ideas, intenciones, acciones. Es un espacio compartido de poder y de saber, una manera de relacionar diferencias, historias y lenguajes, en los intersticios de las normas; pero, demostrando el compromiso ético de participar en la re-estructuración de los sistemas de solidaridad social, de conciencia ciudadana, de promoción colectiva. Por consiguiente, hemos de contribuir a la organización política, aunque lo hagamos en nombre del objetivo general del bienestar social.

Sobre este asunto, entendiendo que la interpretación es histórica y contextual, nos detenemos en el planteamiento de Martín (2013), en el cual se alude a que “[...] *la dimensión política del profesional ha ido perdiendo vigencia en los discursos y el profesional se ha ido adentrando en un progresivo proceso de desideologización*” (204). Trabajo Social no puede perder su mirada reflexiva ante las macro-estructuras de la sociedad, para una mejor comprensión e intervención social. Si los registros se desarticulan, nos llevan a una pérdida del sentido de lucha y resistencia por lo público.

Tal desarticulación se aprecia en las constantes quejas de profesionales sobre las coacciones institucionales, en la insatisfacción y fatiga por la tarea administrativa, los bajos sueldos, las inadecuadas infraestructuras, perdiendo de vista que detrás de eso hay alienación al sistema. En el mejor de los casos, sería un malestar ante derechos laborales. No constituye un proyecto de reconocimiento al Trabajo Social mismo, mientras la consigna y el móvil colectivo no sean los de la legitimación. Esta debe ser una preocupación de la formación profesional, sobre todo cuando gran cantidad de jóvenes estudiantes de distintos estratos, de diversos sectores, de diferentes liceos o colegios, viven lo político con desidia, limitándolo a las prácticas de los partidos o los gobernantes, descalificando a esos que llaman “los políticos”, pero sin erigir luchas de reivindicación.

La tarea del reconocimiento y la legitimación de Trabajo Social, también, pasa por los procesos de investigación e intervención que, en rigor, son formas de ganar legitimidad política por sus propuestas, apuestas y demostraciones. Por lo mismo, es indispensable preguntarnos por los enunciados con que contribuimos a democratizar o constreñir los lazos de lo social y las subjetividades.

“No puede haber ningún Trabajo Social si la cuestión social no es, a la vez, planteada como una cuestión política, capaz de producir la voluntad y los medios de intervención y capaz de vincular los problemas de las personas y los retos de la sociedad” (AUTÈS, M., 2013: 295).

Eso parte por comprender que nuestros discursos y acciones no están a la sombra de las instituciones, también, han de incidir en ellas y en construcciones ciudadanas de las que, al mismo tiempo, somos parte. Al respecto, Susana Cazzaniga (2014) propone que la dimensión de lo político ha de ser tomada, por lo menos, desde dos miradas:

“[...] Por una parte, se asume una militancia activa para ocupar cargos desde donde se pueden cambiar cosas y por otra, la recuperación de los aprendizajes en los espacios políticos como aporte para un posicionamiento diferente en el ejercicio profesional y viceversa” (106).

Recordemos que nuestros procesos de investigación e intervención se entienden desde una lógica de derechos propios de la condición humana, que no se cierran en hechos particulares; se desarrollan en función de la justicia social. En consecuencia, han de ser evaluados no sólo por indicadores de resultados, sino por apreciaciones éticas. Su eficacia no está en la técnica, ellas son pretextos, se encuentran completamente justificadas desde un punto de vista ético (AUTÈS, S., 2013: 234). Para esto, hemos de considerar la ética como proposición.

“[...] La ética carece de un cuerpo preciso al que remitirse en toda circunstancia. Ha de ser inventada con motivo de situaciones por definición singulares y de intervenciones por definición únicas. Es esta una ética de la aventura, de los albores de las prácticas, del riesgo” (KARSZ, S., 2013: 203).

Tengamos en consideración que en cada decisión tomada, en cada alternativa elegida, circunda una responsabilidad en torno a lo que pueda venir o derivar de tal acción, incluidas sus consecuencias. No es el Trabajador o Trabajadora Social quien da, soluciona o resuelve. Mediante mediaciones, lingüísticamente configuradas, acompaña y colabora en la comprensión y conocimiento de situaciones y opciones. Sitúa diálogos entre preguntas, que ayudan a esclarecer aquello sobre lo que hay que trabajar, sobre lo que hay que ocuparse. *“Hay ética en el momento de la interpretación, siempre interesada, más o menos objetiva y por ende más o menos subjetiva, intentada por un profesional” (Op.,cit.: 203).*

La comprensión abre paso a rupturas, luchas que atraviesan la propia organización de lo social, permeando metáforas, personalizaciones, ontologizaciones, pues encuentra aquello que no existe en el orden del discurso dominante. Así pues, el sentido de la investigación y la intervención pertenece a cada situación, donde la narración es la encargada de presentar todas las dimensiones, mientras que la interpretación de conectarlas y la explicación de desmitificarlas. Por lo mismo, enfatizamos que en ellas se despliega la inteligencia, la prudencia, la persistencia, la inventiva, la voluntad de poder, sin las que el manejo de las estrategias, técnicas e instrumentos parecerían meros eufemismos.

3.- LA EXPERIENCIA DEL SABER. PALABRA, VERDAD Y ACONTECIMIENTO.

En cada experiencia se inscribe un acontecimiento, por lo tanto podemos hablar de una situación de experiencia, que se forja en el aquí y ahora. Esto, nos dice que las experiencias no son transferibles, salvo que sean traducidas en un aprendizaje, esto es, en un saber a disposición, cuyo uso se encontrará marcado por las particularidades de diferentes contextos, circunstancias, coyunturas, etc.. Tengamos presente que el saber se realiza en el mundo (VATTIMO, G., 2014 [2]).

No olvidemos que en nuestras intervenciones no se apuesta por un estatuto de verdad, sino por lo justo y lo injusto. En esta tarea, es indispensable partir por revisar las ideas sobre la verdad, entendiendo que la misma no constituye el triunfo de las afirmaciones, ni las imposiciones de la prueba o la verosimilitud. Representan contenidos de conocimiento, cuyas proposiciones y presupuestos han sobrevivido a objeciones y refutaciones, en el entendido que deben ser constantemente interpretados.

No basta con que él o la profesional se pongan a escuchar a los sujetos, graben fielmente sus palabras y sus justificaciones, para desde ahí describir su comportamiento e incluso sus propias razones, ya que con eso se podría caer en el juego de sustituir sus prenociones por las de los sujetos. Lo mismo, viene aparejado a la ocurrencia de ciertos acontecimientos que irrumpen y alteran las coordenadas asumidas por las indagaciones

e intervenciones. Esto, pues los acontecimientos desencadenan lo inédito en la zona de lo acostumbrado.

En cuanto tales, reflejan eventos singulares que no tienen significado en sí mismos y, por ende, sólo pueden ser comprendidos a la luz de los efectos que producen. Son un lapso perturbador que no se desvanece con su aparición, ya que fundan un giro de sentido en los sujetos y sus trayectorias históricas, posibles de explicar, únicamente, en la esfera de los cambios que provocan. Así por ejemplo, los peritajes de Trabajo Social no deberían partir de las condiciones dominantes que definen de hecho o de derecho las reglas del juego pericial general, tampoco asumir una postura apolítica ante lo que sucede, como si el saber se encontrara enclaustrado en los procedimientos y los instrumentos, apelando a que ellos se gobiernan a sí mismos.

El saber moviliza la experiencia acumulada en aprendizajes, por lo tanto, siempre actúa como referencia del sentido. Nuestras intervenciones e investigaciones abogan por recuperar y potenciar el saber situado, un saber contextualmente localizado, para aportar al análisis de una realidad que debemos hacer hablar a la interpretación. En una huelga sindical, por ejemplo, es indispensable comprender cómo los trabajadores se auto-representan y se reconocen, además, cómo lo hace su contra-parte, ya que ello permite descifrar la significancia de sus opciones y consecuencias. “[...] *La propia expresión de las palabras pone en marcha un saber, una acción y tiene un efecto en la realidad*” (MARTÍN, E., 2013: 94).

El saber no constituye un orden, constituye el lenguaje de las conexiones entre el mundo práctico y sus representaciones, nos estimula a asumir decisiones que, aun cuando se puedan tomar de manera particular, se rebasan. Es procesual, aunque se refuerce o se deteriore diariamente. Esto invita a que las intervenciones y las investigaciones de Trabajo Social trasciendan el empirismo de la evidencia, al pragmatismo del recurso, la aplicación del dato. Su obra no es la práctica, es la transformación de la realidad, imaginando y realizando opciones. Es pues una apuesta hermenéutica.

Salir del desfase entre observación y respuesta, parte de un montaje explicativo que interroga el relato, re-contextualiza elementos en cada situación, mediante categorías y conceptos itinerantes, poniendo la palabra en acción, pero, sin ceder a las razones. No es

lo mismo organizar la intervención como meta de agendas institucionales, o, como respuesta al fundamentalismo de la tecnocracia, que hacerlo como una construcción, un lenguaje, una formación discursiva.

“Es necesario señalar que los enfoques de Trabajo Social suponen articulaciones con modelos de comprensión que comparten una historia de ideas con las ideologías fundamentales que configuraron no sólo esos enfoques, sino también procesos para el desarrollo de diferentes epistemologías, que ponen el contraste entre los puntos de partida en la teoría y la práctica o en su combinación” (LORENZ, W. 2012: 495).

Plantearnos la cuestión del saber, implica pensar en la construcción de ciertas formaciones discursivas que alientan la interpretación y explicación sobre diferentes fenómenos, situaciones, prácticas, propuestas, políticas, etc. Esto, imbrica discusiones y tomas de posiciones tanto para problematizar objetos, como para producir hallazgos, organizaciones conceptuales y aprendizajes en torno a ellos. No alude, en específico, al saber hacer, al saber práctico, al saber cómo. Más bien, convoca a saber sobre qué, por qué, para qué, con quien.

El saber es diferencial, quizá por eso sea mejor hablar de saberes. También, es una fuente de poder, cuyo performativo político es el de incidir en realidades concretas. Así, sucede con la psiquiatría, la psicología racionalista y la ciencia jurídica, donde el saber se instrumentaliza, opera como una suerte de dispositivo o política discursiva colonial. En Trabajo Social se reclama de un funcionamiento inverso, en consideración a que *“cuando uno sabe, tiene más posibilidades de hacer lo que imagina que puede o debe hacer. Cuando uno sabe, puede hacer menos por la gente y un poco más con ella”* (KARSZ., 2013: 16).

Cabe destacar que la importancia de la orientación teórica, en la investigación y la intervención de Trabajo Social, no se puede evaluar en su eficiencia desestimando su necesidad de saber cotidiano. Son procesos comunicativos que exigen descubrir y otorgar significados a fenómenos o situaciones creadas en los márgenes de la construcción de subjetividades e intersubjetividades (LOWRENS, W., 2012: 498). De lo contrario, el uso de datos y evidencias estaría técnicamente justificado, aunque también sería éticamente injustificable.

Que dichos procesos sean más inteligentes, no supone, necesariamente, contar con sólidas teorías, sino, también, que exista lucidez y pericia en las interpretaciones y explicaciones de quienes participan en ellos. Esto es, el manejo de saberes integrados en discursos que se orienten a la ciencia. No decimos discursos científicos, sino una voluntad de saber que corra riesgos, que se cuestione, que enfrente controversias y, por tanto, que supone implicancias conscientes.

Los problemas no están dados, se configuran en torno a objetos de discurso que inquieten al saber. Eso conlleva un método, no una serie de pasos, sino una teoría aplicada, un discurso en realización. Sin embargo, el proceso no se extingue en el método, funciona en el cruce de categorías, conceptos, decisiones, en atención a ciertos propósitos, siempre, incididos por misiones más amplias, en que Trabajadores y Trabajadoras Sociales dependemos de otros.

Cada saber enuncia algo sobre lo real, la hermenéutica nos ayuda a descifrar sus pretensiones de validez, cuestionarlas y reflexionar sobre ellas, con la condición de convertirlas en un diálogo discursivo, es decir, en saberes integrados. No se trata de apuntar hacia lo que nos parece, o, lo que el juicio de valor señala sobre lo que debe ser. Implica trabajar con un objeto problematizado, donde se legitima el sentido, donde pesa la falta de conocimiento, donde aparecen rutas a seguir para comprender e incidir.

“No se trata de hacer por hacer o pensar por pensar. Supone hacer ambas cosas al mismo tiempo y dejando que se interpelen y se modifiquen. Sin olvidar todo el repertorio de conocimiento adquirido y el incorporado a lo largo de la experiencia profesional, el recorrido de los usuarios y las situaciones desde su carácter único”
(MARTÍN, E., 2013: 272).

CAPITULO V

CONCLUSIONES

Teniendo en cuenta que trabajar con actividades relacionadas con el pensamiento es, siempre, una travesía, esta Tesis representa un intento por soslayar tropiezos en la búsqueda del entendimiento, quizá, como una salida a aquellos resabios tecnológicos que ponen al Trabajo Social en los núcleos duros del metodologismo. Es, en rigor, una apuesta por la construcción de sentido en el saber disciplinar, donde la indagación hermenéutica rebasa el reparto de las palabras dejadas sobre algunos de nuestros textos, sin quedarnos atrapados en la puesta a prueba de sus conceptualizaciones.

Asumiendo que concluir no implica un cierre, tampoco, el resumen de lo previamente trabajado, discutido y analizado, damos cabida a una proyección o, tal vez, a una insinuación de nuevas pistas, para hallar rutas que nos permitan desplegar la revisión y la reflexión de los hallazgos generados por la investigación. Acá, el ejercicio hermenéutico, por una parte, saca a la memoria del olvido y, por otro, explica líneas de fuerza y contradicción discursiva, que atraviesan y conforman registros reflexivos, subjetivos e ideológicos en algunos textos disciplinarios analizados.

Más allá de buscar la coherencia discursiva, se promueve un diálogo discursivo con modelos de hermenéutica contemporánea, con los que se confronta y se hacen valer perspectivas en Trabajo Social. Por tanto, constituye una instancia privilegiada, no sólo teórica, también, política, en la que se esbozan horizontes temáticos donde la disciplina puede reanudar problematizaciones sobre sí misma y, además, sobre su relación con el mundo social.

El florecimiento de la comprensión se da a base de correr el velo de proposiciones, tras el riesgo y la dificultad que supone hacernos contemporáneos al verbo de Trabajo Social, sus principios explicativos subyacentes, sus campos argumentativos y su cualidad de enunciación; no la de sus autores. A través de la hermenéutica, nos apostillamos en sus lugares de saber, sus cualificaciones discursivas, desde donde discutimos la formación, la intervención y la investigación.

Así, como plantea Manuel Cruz (2011), hacernos contemporáneos del presente de la disciplina “*designa una tarea, implica un desafío, que incluso va más allá del esfuerzo [por hacerla inteligible]: convoca a hacerla habitable*” (12). La hermenéutica lo consigue, arrojando preguntas al conocimiento y dándonos que pensar. De esta

manera, aportamos a revelar su contingencia, por el ineludible reto de interpretar y explicar, así como, quizá también, de decidir algo sobre lo que podemos hacer, a partir de los rastros que dejan nuestros textos.

Son los textos los que dan continuidad y sentido a los discursos en una historia particular, mediante el uso de variedades narrativas y de lingüísticas diferentes. Nuestra lingüística no objetiva la realidad, sino que a través de ella tomamos la palabra, por eso las cosas, las experiencias, las tradiciones, los imaginarios deben acceder repetidamente al lenguaje, para poder ser reutilizadas y reinterpretadas.

Eso invita a la proliferación de la memoria, tras la relectura de sus representaciones, a sabiendas que, siempre, se piensa desde alguna posición, ante la que hay, necesariamente, que aportar criterios de distinción, para volver a observar, evaluar y nombrar realidades. Acá, posicionamos el potencial hermenéutico de Trabajo Social como un horizonte político, por lo que en el siguiente apartado, junto con formular interrogantes, ofreceremos alternativas para contribuir a la reinención de la disciplina en lo social, mediante deconstrucciones a sus figuras discursivas.

Tales figuras se materializan por el carácter del lenguaje y no por la introspección del pensamiento. Performarlas es una apuesta simbólica que transporta patrones, tendencias, perspectivas y cosmovisiones, haciendo notar postulados, fuertes o débiles, capaces de comunicabilidad e interpelación discursiva. Responden al diálogo entre sentido y referencia, formando un espacio símbolo y no un solipsismo existencial.

En definitiva, damos cuenta de la importancia y los aportes de una hermenéutica vacía, como fundamento de una práctica intelectual y política anti-hegemónica, que adentra a Trabajo Social en la tarea de dismantelar las jerarquías, vinculando proyectos y memorias, procesos humanos y no humanos. Eso, en términos de la tensión entre estabilidad y transformación social, en pro de re-articular las relaciones de producción y reducción de subjetivaciones, generadas por estructuras sociales, culturales, económicas, institucionales, etc. de la sociedad moderna.

Exponemos sus fundamentos en atención a influencias y efectos empíricos, que responden a las circunstancias y condiciones en que el potencial de figuras hermenéuticas se comporta como fuente generadora de “*modos existenciales arrojados al mundo*” (HEIDEGGER, M., 1998: 89). De esta manera, las conclusiones contemplan tres ámbitos de acción, a saber:

- ✓ *El potencial de una hermenéutica vacía en la formación de Trabajo Social contemporáneo.*
- ✓ *Contrafiguras al performativo del potencial hermenéutico en Trabajo Social contemporáneo.*
- ✓ *El potencial de figuras hermenéuticas en los lenguajes de la investigación e intervención de Trabajo Social contemporáneo.*

I.- EL POTENCIAL DE UNA HERMENÉUTICA VACÍA EN LA FORMACIÓN DE TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.

No nos encontramos en una sociedad ordenada y de fácil lectura, donde el pensamiento, el juicio, el gusto o la estética se entiendan en términos de posición social. Por lo mismo, hemos de sacar el término profesión de su sentido ordinario de trabajo asalariado, o, al menos, no dejarlo allí enclavado. No debe medirse como organizador de posiciones en la estructura de clases. Tenemos que encontrar una diferencia que la vincule y la separe del oficio y la ciencia. Eso es posible, al demarcar su jurisdicción en torno al poder y el conocimiento con que contribuye al bien común.

Toda profesión construye sentidos y significados desde una idea colectiva compartida, esto es, desde una cosmología o universo simbólico y material que, en lo intergeneracional, se hace común. La formación profesional posee una cosmovisión, es decir, un conjunto de ideas, perspectivas, enfoques y proyecciones mediante las que se construye un texto que identifica y otorga identidad a los y las profesionales. No corresponde, entonces, a una estructura lineal en las formas de hacer un currículum, posee un carácter histórico, que exige reconocer su configuración epistemológica, teórica, conceptual, ideológica, política y metodológica.

En un mundo globalizado, en una sociedad del conocimiento, de la información y de los servicios, la formación de profesionales debe asegurar el desarrollo de capacidades suficientes para situarse en contextos complejos y escenarios emergentes. Ello incide en que miremos, también, a Trabajo Social como un símbolo de la época, pero, sin desestimar que los nuevos perfiles deben concebirse inacabados. La disciplina sería un proyecto nunca terminado, sus discursos reportan formas culturales, valóricas, emblemáticas, ideológicas que actúan como factor explicativo de la realidad, a la vez que nos posibilitan entender la complejidad de su propia cosmología profesional, en atención a la histórica producción, sostenibilidad y recomposición de sus constituyentes.

Por consiguiente, nuestra formación profesional debe responder no sólo a las condicionantes del mercado, sino también a horizontes axiológicos, deontológicos y éticos, para incidir reflexivamente sobre los nuevos y diversos fenómenos de la realidad, desentrañando las ambivalencias de la cuestión social, de su reproducción y de sus posibilidades de transformación. Esto responde, por definición, a su condición interrogativa, a su relativa autonomía para resituar sus miradas y contestaciones, por lo cual Saúl Karsz (2013) asevera que:

“El trabajo social no tiene nada de un reflejo pasivo de la estructura económica, ni de las relaciones sociales en general [...] no se trata en absoluto de un dispositivo de control social puro y simple” (39).

Ahí radica la importancia de replantearnos lógicas, matrices y enfoques, que sustentan nuestras miradas sobre la sociedad, la propia disciplina y la construcción del campo profesional, rebasando los resabios de las tendencias confesionales y tecnológicas, mediante preguntas ontológicas a las figuras que sustentan las concepciones sobre la profesión; más allá de los estándares de modernización que ponen como prioridad el desempeño ocupacional.

Nuestra formación ha de ubicarse en un proyecto siempre contemporáneo, capaz de comprender la auto-producción de la sociedad, pero desde su historicidad, *“porque lo social es inestable, casi por necesidad. Debido a que es, por definición, un lugar de compromiso que se estableció entre la esfera de lo económico y lo político”* (AUTÈS, M., 2013: 278). Eso favorece la formulación de propuestas efectivas de transformación

sustentadas en la vida social, aportando por ejemplo a reorientar el contenido proposicional de las políticas públicas, retraduciendo el pensamiento burgués - hegemónico del Estado y resignificando la concepción de lo público y lo privado.

En el actual clima político donde se cuestiona el realismo del bienestar público, la función del Trabajo Social enfrenta un serio escrutinio en torno a sus fundamentos de base y su legitimidad, en un contexto ideológico que se caracteriza por la eficiencia de los procedimientos y la privatización de la responsabilidad social. No olvidemos que la complejidad de estos tiempos emerge en la antinomia entre orden y desorden.

Eso interpela la inserción de Trabajo Social en aquellas cuestiones que, en el espacio de las relaciones sociales y sus actuales contradicciones, se manifiestan, por un lado, como agravios o humillaciones a la dignidad y, por otro, como luchas por el reconocimiento, la redistribución y la representación ciudadana.

En este contexto, nuestra reflexión académica y político-ideológica exige una concepción profesional mediada por la comprensión de lo social, como resultado de la discusión sobre la necesidad de re-conceptuar y repensar sus figuras discursivas, desmontando la violencia simbólica contenida tras valores individuales que incentivan una educación universitaria, primordialmente, orientada a la competitividad en el mercado. Esto, con independencia del acceso desigual que tienen estudiantes a instituciones universitarias y no universitarias, además de opciones de financiamiento inadecuadas e insuficientes y un sistema de progresión que carece de enfoque, entre otros asuntos cuestionables.

Lo mismo, exige re-problematizar el significado de nuestra formación y su posición socio-política, teórica e ideológica en los tiempos que corren. Por lo mismo, las matrices contemporáneas de Trabajo Social son indispensables para dismantelar las formas en que la modernidad ha plasmado esquemas de análisis generales y marcos de referencia homogéneos acerca de lo social, que no se constituye como algo medible o calculable por las estructuras racionales de la ciencia moderna. Sólo puede ser entendido cuando llega a hablar a través de una circulación de interpretaciones y explicaciones, formando un espacio de debate.

Es imposible comprender los fenómenos si no se realiza una revisión histórica, para desnaturalizar y des-cosificar los procesos sociales que desencadenan sus lenguajes. Son las matrices de comprensión las que nos hacen dialogar con la realidad, allí radica un montaje explicativo que, en cada situación que se intenta descifrar, rompe y recompone los elementos del texto social. Mediante categorías itinerantes de lenguaje, reflexionamos sobre la memoria, pero desde registros presentes que ponen la palabra en contextos de acción, sin ceder a las razones presupuestas.

No pasemos por alto que, desde el mismo acto de la formación profesional universitaria, la reflexión debe ser fortalecida por diálogos que no se dan entre sujetos, sino que entre formaciones discursivas. Por tanto, la teoría debe ser provechosa en atención a la diversidad y conflicto de los lenguajes con que se nos presentan múltiples ámbitos de realidad que, en sí mismos, permean, por un lado, la subjetividad y la intimidad, mientras que, por otro, la convivencia pública y los intercambios sociales.

Para este caso, una hermenéutica vacía permite introducir la idea de lenguaje como experiencia ideológica de lo social, como mundo y vida que nos habla en los intersticios y bifurcaciones de las cosas, las palabras y los términos. Nos referimos a un diálogo de saberes, que une y tensa conocimientos desde diferentes horizontes de sentido, como pueden ser los que se forjan entre gobierno y ciudadanos, entre hombres y mujeres, entre mayorías y minorías, entre preferencias sexuales imperativas y colonizadas, entre lo local y lo central, entre lo urbano y lo rural, entre la tecnología y la ecología, etc., ya que cada uno de esos extremos es una creación imaginaria, la falacia de un orden lineal que debemos dismantelar.

Este es un modo de entrar en el carácter trágico del mundo y sus textos, del lenguaje y la realidad, tras la formulación de interrogantes que cuestionan y se cuestionan. En consecuencia, no debemos referir esta hermenéutica a un método, ni tampoco a un programa de investigación, “desde el cual” algo en la vida cotidiana resulta comprensible. Es una fuente de sentido entre comprensión y mundo, una “*política de la libertad de interpretar el acaecer de la realidad*” (VATTIMO, 2014: 32), trazando franjas de diferenciación y colisión entre objetos discursivos.

Esta hermenéutica no debe incorporarse como oportunismo teórico, debe cohabitar con diversas lógicas que en la formación esperan desarrollar una base de conocimiento sistemático para el Trabajo Social contemporáneo. Un saber que no se enclaustra en el plano académico, sino que haga una convocatoria a sumarnos en un proyecto intelectual y político, que se movilice en la intersección de fuerzas sociales e institucionales, posicionando el proceso de formación teórica en relación a un contexto histórico específico.

“Es una búsqueda seria, más compleja de la verdad, no en el sentido universal y absoluto, sino que se basa en una comunicación auténtica y, sobre todo, en una crítica fundamental de las estructuras de poder que siempre amenazan y distorsionan los procesos socio-históricos. Es la referencia crítica a los contextos políticos y la contribución para moldear políticas en términos de las necesidades negociadas [...] que defiendan la dignidad de nuestra humanidad compartida”. (LORENZ, W. 2012: 497).

El vínculo entre la formación y la orientación política debe reflejarse en el examen de los fundamentos teóricos de la disciplina. Es un llamado a ampliar el discurso profesional, las conexiones entre los significados creados como constructos científicos, sociales y culturales, dejando de creer que seguimos siendo deudores directos de la Ilustración, donde los enfoques empiristas, positivistas, naturalistas y pragmáticos imponen la noción de experto racional, en que el Trabajador y la Trabajadora Social se arrojan la facultad y el derecho de definir la realidad, en afinidad con agendas políticas particulares y según los momentos del desarrollo de cada sociedad.

En la formación, es necesario idear modalidades de encarar la cuestión de la interpretación y la explicación como una obra fundamental, para inaugurar otros caminos de interpelación conceptual, política, ética y estética. Hablamos de experiencias como las vividas a contar de 1900 con la muerte de Friedrich Nietzsche y el mayor despliegue de su obra, o con la publicación del primer y segundo volumen de las “Investigaciones Lógicas” de Edmund Husserl (1900 – 1901) y la primera edición que realiza Freud a su obra “Interpretación de los Sueños” (1899 – 1900).

Esto, por cuanto el potencial de la hermenéutica vacía en la formación trae la ruptura epistemológica con una ideología dominante que, históricamente, ha construido dicotomías en Trabajo Social, separando la teoría de la práctica, las ciencia de la praxis social, el trabajo intelectual del trabajo político, basada en una producción institucional del conocimiento alejada de los procesos sociales de reproducción de las subjetividades, la cultura, la historia, la naturaleza y la economía.

“Las teorías y los métodos del trabajo social deben evaluarse con referencia al contexto histórico y no sólo de la política social en el que operan y en los que podrían asumir funciones involuntarias. [...] El predominio de una epistemología positivista en el aumento actual de la práctica [...] necesita una referencia cruzada crítica con los enfoques hermenéuticos de teorización que enfatizan la importancia de la intersubjetividad y la comunicación en la esfera humana y social” (LORENZ, W. 2012: 492).

No es posible comprender los significados si no se comprende el contexto en que se elabora e interpreta la realidad. De allí que, por hermenéutica vacía, se piense lo social como escenario abierto para el ejercicio y análisis de formas diversas de poder, experiencias, relaciones, originalidades, redes de complejidad, etc. Nos referimos a zonas polisémicas que nacen en las contemporáneas contradicciones entre la modernidad, en tanto etapa histórica o modo de vida, y la modernización, en cuanto proceso social-económico por el que se va afectando los beneficios y experiencias modernas.

Esto viene mediado por la necesidad de poner entre paréntesis la racionalidad puramente analítica, ya que las soluciones técnicas siempre tendrán un impacto limitado en los planos de la emancipación y la libertad, que son principios sustantivos de la disciplina. Aquí, la hermenéutica vacía nos llama a des-ocultar los aspectos culturales, la relación de mundos involucrados tras la secularización de valores, la fragmentación de la vida en sociedad, el creciente individualismo, la influencia tecnológica en lo cotidiano, etc., que son consecuencia de los parámetros y aparatajes impuestos por el mercado a las actuales relaciones sociales, a las maneras como los sujetos se definen y definen a los otros en el plano de lo necesario y lo utilitario.

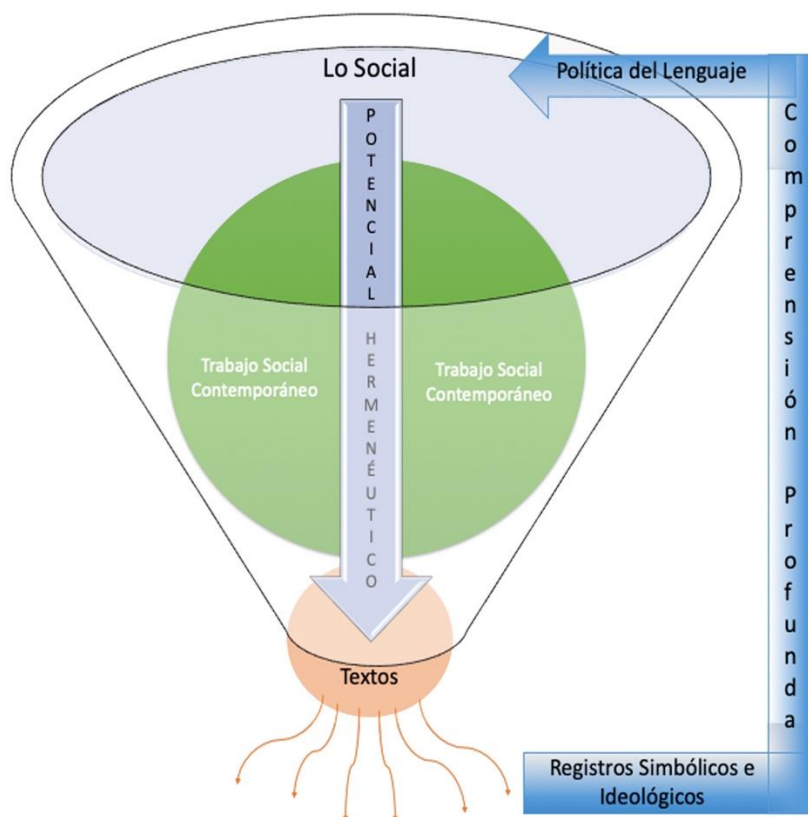
Por ello, se hace crucial que nuestra disciplina revele e incida en esos lenguajes y manifestaciones concretas, diferenciando, por falta, falla y obstáculo, la consistencia y coherencia de sus ofertas e impactos. También, de los desafíos específicos que se nos plantean al participar de la reinención de lo social, descifrando y de-construyendo demandas vivas, para pensarlas en sus razones de existencia y reelaborarlas en sus plurales oportunidades de cambio y transformación.

Nuestra inserción en lo social nos hace cargo de revisar su sentido y reactualizarlo, rearmando relaciones, para recuperar disonancias, vitalizar movimientos, para tejer la necesidad del conflicto, de lo probable, de lo nuevo en los asuntos humanos y cuestiones sociales. *Tomamos en cuenta* (KARSZ, 2013) la armazón de puentes de potenciación al poder colectivo para reconocer, construir y desplegar oportunidades de desarrollo social y bienestar integral, incluso confrontando los órdenes que obstaculizan dicho fin.

Esto, induce a rescatar el potencial hermenéutico de nuestra comprensión, en una permanente lectura y análisis de la realidad social que nos lleve desde lo dicho a lo silenciado, para desmontar dogmatismos y colonizaciones del presente. Por eso creemos que, dicho potencial traduce al Trabajo Social en una una profesión peligrosa, pues hace despertar, saca de lo oculto, afecta la historia y la sociedad, incluso y sobre todo, al ocuparse de lo que pasa en el espacio particular y en sus silencios, donde *“siempre están en juego relaciones sociales y, en consecuencia, relaciones colectivas dentro de las cuales, atrapados por ella, dependiente de ellas, viven seres singulares”* (Op., cit.:182).

La intención no es afirmar que la hermenéutica ofrecerá el estatuto epistemológico a la disciplina, ya que eso atentaría contra la aperturidad de las matrices que le definen contemporánea. La invitación es a que la Formación Universitaria redescubra el potencial hermenéutico de Trabajo Social, como clave para nuestra auto-comprensión y para la comprensión de lo social (a través de sus textos).

DIAGRAMA N°6: *Potencial Hermenéutico y Trabajo Social Contemporáneo*



Fuente: Elaboración propia.

Mejores registros de comprensión implican quebrantar la falsa separación entre lo “real” y lo “simbólico”, entre lo tangible y lo intangible, entre lo abstracto y lo concreto. Nos permiten problematizar pretensiones de validez de nuestros discursos y diálogos, a partir del umbral hermenéutico del lenguaje, de los lugares no geográficos desde donde configuramos nuestra comprensión de lo social, disputándonos significantes tendencialmente vacíos como son la estigmatización social, las plazas ciudadanas, la equidad, la cooperación, la solidaridad, la sociedad civil, entre muchos otros.

Por lo tanto, el potencial hermenéutico de la disciplina parte en la crítica a teorías sociológicas y antropológicas que estudiaron la realidad social como totalidad sistémica, sin una adecuada concepción de la acción ni del lenguaje, postulándolos como hechos generales y no como creaciones singulares; lo que insta a comprender las condiciones de producción de ese ejercicio o, mejor dicho, la historia de su producción.

“El trabajo social se dirige masivamente a sectores determinados y a problemas específicos. Si en principio nada de lo humano le es ajeno, en realidad trata de humanidades particulares, según ciertos ángulos de ataque y con miras a producir un tipo de resultados precisos” (Op., cit.: 38).

Allí radican posibilidades de aprender a descontextualizar y re-contextualizar textos en que se anclan discursos, memorias, herencias y propuestas, que no deben ser usados como simples depósitos de información sobre hechos. Constituyen figuras de entonación a la reflexión respecto de lo que los fenómenos y condiciones socio-históricas inscriben en mundos de vida y los acontecimiento desencadenan como perturbación.

Por lo mismo, una mirada hermenéutica vacía trasciende al empirismo de la evidencia, al pragmatismo del recurso, la experiencia del dato, etc.; pero sin desconocerlos, ni postergarlos, sino acoplándose a ellos. Coloca como eje la interpretación consciente y sobre todo reflexiva. Esos son sus activos. Su obra no es la práctica, es la transformación a la ausencia del nombre, o sea, la creación de realidad imaginando opciones que pueden aparecer y afectar lo establecido.

Esta matriz nos ofrece, entonces, oportunidades de innovación, reconstrucción y develamiento. Eso tiene sentido, ya que la riqueza de nuestra memoria se encuentra en aquellos puntos ciegos que podemos rescatar al renovar, una y otra vez, los caminos de interpretación y explicación sobre su lenguaje, a partir de lo que los textos legan a nuestra criticidad reflexiva. La comprensión se edifica sobre múltiples rostros, complejas genealogías y diversas figuras naturalizadas en la superficie de relaciones sociales, donde los fenómenos encuentran expresividad y donde las diferencias se unifican normativamente, despejando elementos de resistencia que requiere cualquier proyecto socio-político de desarrollo.

Los sistemas de interpretación se reúnen en un diálogo conjunto y son interrumpidos por oposiciones entre alternativas que combaten por la producción de sentido. El Trabajo Social opera en esas interfaces y desfases, *“es el arte de hacer enlaces”* (AUTÈS, M., 2013: 258). La comprensión traduce al lenguaje en una red de relaciones simbólicas, que deja translucir la significación de una memoria que se

produce y proyecta en el tiempo. Lo simbólico acompaña la reflexión, pues allí aparece el lado sin identidad, un no lugar que refleja la ausencia de los sin parte, todo cuanto nos estimula a renovar preguntas, acerca de los efectos de las actuales contradicciones sociales.

Eso supone cuestionar y resistir ante la estructuración binaria de las jerarquías sociales, instauradas por modelos democráticos basados en la neutralidad del liberalismo burgués. Democracias restringidas donde la gobernabilidad se edifica sobre la base de la injusticia y la exclusión, del desempleo, de graves pérdidas en la calidad de vida de múltiples sectores, etc. Sobre esa base, un ejercicio de hermenéutica vacía diversifica el develamiento de aportes decisivos, incluso, para rescatar e interrogar al ser de la sociedad latinoamericana en su dimensión más amplia.

Así por ejemplo, en nuestros actuales contextos de democracia, rodeados de altas autoridades procesadas por corrupción, acceso al poder de las franjas facistas, aumento del crimen organizado, expansión del hiato ricos – pobres, mayor tendencia al crecimiento económico que al desarrollo social, crisis en las instituciones eclesásticas, etc., es indispensable que Trabajo Social vuelva a leer el principio de justicia, yendo más allá de la búsqueda de igualdad ante la ley. Es necesario aportar a la realización ciudadana en escenarios de diversidad cultural y pluralidad en los *modus vivendi*.

Acá, esta hermenéutica nos ayuda a entender, como diría Mark Twain sobre la sinfonía de Wagner, que nuestras realidades latinoamericanas son mejores de lo que se escuchan, así se devela el vacío, ya que cuando logramos comprender podemos forjar miradas prudentes y profundas sobre los datos a disposición, las retóricas catastróficas o las metáforas de felicidad ante el progreso que, de uno u otro modo, están instalando la premisa de que nuestras sociedades se muestran incapaces de mejorar, al hacerse dependientes de un occidente desarrollado.

La hermenéutica vacía excava en aquellos fundamentos subrepticios, donde el final presta sentido al comienzo. Así pues, será el potencial hermenéutico del Trabajo Social y su búsqueda de comprensión, lo que nos hace llegar a ser contemporáneos de las actuales textualidades sociales, llevándonos a tomar posición sobre ellas, según nuestra pretensión de pertenencia y actualidad a lo que ocurre en nuestra sociedad. De esa

manera, se contrastan dos registros imperfectos: el tiempo y la mirada, lo que nos exige “*volver a revisar las formulaciones teóricas que nosotros nos planteamos*” (MATUS, T., 2003: 118), según las necesidades que provienen del saber.

Los textos sitúan lo nombrado en un umbral discontinuo de posibilidades de comprensión; hacen circular el saber, traduciéndolo en contemporáneo. Ahí, se juega nuestro potencial hermenéutico como un modo de ver que explica y da significado, despierta la fuerza de la sospecha, al interrogar los límites y funciones de lo social, arrojándonos a una ontología vacía que no es puro relativismo o subjetivismo, sino posibilidades de ruptura enunciativa en el saber intergeneracional.

Para la disciplina, ocuparse de tomar la palabra, salir de los tiempos de oscuridad, de un presente hecho miseria, exige, por una parte, “*comprender el Trabajo Social a la altura de sus apuestas contemporáneas [...], pero, además, exige tomar nota de las apuestas sociopolíticas, y no sólo técnicas, que lo atraviesan*” (KARSZ, S., 2013: 60).

Desde esta perspectiva, mal abordada, la pregunta sobre ¿cuándo el Trabajo Social comienza a pensarse contemporáneo?, puede tentarnos a establecer una línea de tiempo cronológico, un período concreto o una fecha precisa que determine su inicio y su término, al modo de la ciencia historia objetivista y positivista. Esto, como si efectivamente la narración histórica definiera la relación de ser y tiempo.

Sin embargo, lo contemporáneo nos invita a reconocernos en el despertar de un período presente, de modo de ir replanteando nuestra cualidad histórica no ordinal. Lo contemporáneo transforma lo que “ha sido” y “está siendo” en un “aún no es”. Introduce peculiares discontinuidades que no alzan una línea divisoria explícita entre lo actual y lo inactual.

Lo contemporáneo no es el símil de lo simultáneo, de lo sincrónico o de lo coetáneo en edad. No es lo que existe al mismo tiempo que un referente, sino que lo que se avizora en nuestro sentido del presente. Aquello, implica desnaturalizar nuestra capacidad para nombrar lo que estamos procurando comprender, regulando la tendencia a caer en justificaciones, falacias y/o ideologizaciones sobre las variadas facetas de una realidad (vista como texto).

Por tanto, lo contemporáneo es un lenguaje, una figura discursiva que nos reclama comprensión, desciframiento y por sobre todo reflexión. Esto no quiere decir que representa, necesariamente, lo mayoritario (AGAMBEN, G., 2011: 81). No emana como efecto masa, sino que se apuesta en la disposición a interpretar y explicar lo que acontece y se refleja en quienes se sienten alejados o inconformistas con las lecturas que sobre la realidad se ofrecen en su propio tiempo.

De ahí que es un error afirmar, por ejemplo, que vivir en una sociedad capitalista nos hace contemporáneos a la adquisición de mercancías, a la ostentación de lo virtual, a la despreocupación por la política, a la banalidad de los vínculos sociales, a un distanciamiento de la filosofía, a una reificación del trabajo, etc.

Como Trabajadores y Trabajadoras Sociales, hemos de procurar entender ¿qué significa en la formación de Trabajo Social ser contemporáneos? O, quizá, ¿tener un espíritu o actitud contemporánea?, pues la contemporaneidad de la disciplina se filtra en sus lógicas. Ahora bien, las lógicas no pueden restringirse a la zona de la coherencia analítica, ellas mismas imbrican diferencia, contradicción y no sólo identidad.

Así pues, una lógica hermenéutica vacía constituye, también, el argumento de un discurso tangible, que se moviliza entre el posible hallazgo de la verdad y su pérdida, donde lo social es complejidad, conexiones que están vivas y que, por lo mismo, nos perturban e irritan. Esto, porque nos adentra en las controversias de lenguajes, en dialécticas entre subjetivaciones y objetivaciones, ya que a través de la lingüisticidad, del nombre, la realidad despierta y se realiza. Lo mismo, refleja un acto político de quebrantamiento a cánones heredados desde la tradición viejo europea del siglo XVII, pues pone en tensión la cultura intelectual, la cultura de la lógica y la cultura del lenguaje.

Esto implica entablar, con desvíos y equivocaciones, una singular relación con nuestro tiempo, visto como algo que nos concierne. Ese espíritu contemporáneo nos pone en una situación hermenéutica desde la que podemos intentar alcanzar nuestro propio presente, buscando revelar las revoluciones y los emergentes de una época con la que estamos involucrados históricamente.

Nos abrimos a lo contemporáneo mediante interrogaciones presentes que nos colocan en una especial tensión con el pasado, con indicios e imágenes que lo hacen sobrevivir y llegar a nuestro encuentro. Su impulso creador, su *élan vital* en el verbo de Henri Bergson (1907), es el sentido histórico de una sociedad, por la disrupción de acontecimientos que definen su hipotética evolución, vanguardia y cambio. Hablamos de un por-venir que se hará legible en un determinado momento de la historia que, a su vez, permea las lógicas y sus argumentaciones.

Trabajo Social logra hacerse contemporáneo en el quiebre y la revitalización de los supuestos pre-establecidos por la historia, tras una profunda lectura de fundamentos que definen lo social y que hoy nos arrastran a los impactos de la globalización, la mundialización y el multiculturalismo, de una u otra manera, revisados en las propuestas que efectúan el neo-kantismo, el neo-positivismo, el neo-idealismo o el neo-materialismo.

Entonces, debemos pensar ¿respecto de qué nos hacemos contemporáneos?. Lo mismo, supone trajar textos y obras que van testimoniando el despliegue de lo social. Por tanto, Trabajadores y Trabajadores Sociales hemos de aprender a comprender en primera persona, con la libertad de nuestro potencial hermenéutico para visitar monumentos, memorias y lenguajes, entregándonos a la fuerza de la interlocución discursiva. Es allí donde se juega la legitimación ideológica, porque cada texto, al ser comprendido, se constituye en una “*forma formante*”, (VATTIMO, G., 2014: 44).

La hermenéutica lleva al texto a nuevos contextos, apostando por un lenguaje abierto y compartido, por una co-pertenencia entre sujeto y objeto. Es una fuerza dialógica que permite tensionar la memoria y su autonomía semántica. Según Sloterdijk (1999),

“[...] esta forma de agrupamiento del pensamiento humano se considera como radicalmente política, parte de la idea de que lo depositado no tiene como único objetivo su (auto) reproducción, la tarea es afectar, es generar, es interrumpir” (33).

Así pues, la hermenéutica vacía nos llama a re-aprender en y con lo público, más allá de operaciones ejecutadas en términos de políticas, de bienes o servicios. Nos pone en controversia con categorías radicales como la de emancipación, bienestar, inclusión y

democratización, que reclaman de un tipo particular de Estado. Por esa razón, tenemos que revisar la crisis conceptual del Estado de Derecho, en que la evidencia expresa desigualdad y desprotección social v/s positivos indicadores de crecimiento.

Aludimos, más bien, a una institución política que, dentro de un sistema neoliberal, acuña paradojas, como las de educar para el trabajo y no para la vida, intensificándose el cuidado del capital a costa de la precarización laboral o la estandarización funcional, sin connotar las diferencias y lo particular, que son rasgos centrales de las sociedades contemporáneas.

Eso implica mirar la pobreza, el femicidio, la bio-política, la migración o la desconfianza en la política como fenómenos, no como puros indicadores. Nos exige leer las respuestas que se están dando, cómo y desde qué lógicas se piensan o, también, por qué el lenguaje institucional se empeña en imponer la racionalización como vía de desarrollo.

Surgen allí las bifurcaciones, los huecos y aperturas que la comprensión descubre entre múltiples dimensiones de realidad, poniendo el conflicto y la divergencia entre administración institucional y construcción de lo público. Es la apuesta por una ética que emerge en el umbral de un acto político que responde al ejercicio de formular interrogantes, para la reflexión sobre los fenómenos y las modalidades colectivas de abordarlos. *“No basta la reivindicación de derechos, es preciso formar ciudadanos virtuosos, hacia una mejor civilidad [...]”* (CORDERO, N., 2011: 95).

¿Qué nos dice todo esto?, que no es lo mismo hablar de un ciudadano, que de un consumidor, un votante o un habitante del territorio. Nuestros discursos profesionales contienen posibilidades de realidad, con toda su carga ética y simbólica, respecto del ejercicio de los derechos sociales, civiles y humanos, en un contexto donde se tratan de visibilizar luchas por el reconocimiento y respeto a las identidades y diferencias, así como a las contra-hegemonías expresadas en movimientos LGTBY, de mujeres, estudiantes universitarios, sectores campesinos, entre tantos otros (tradicionales y emergentes).

De esta manera, el Estado, a través del gobierno y sus aparatajes deben pensarse como:

“Una autoridad política con legitimidad de origen, surgida según los procedimientos o reglas establecidas para ello, que desarrolla su obra mediante políticas públicas que son sometidas a evaluación ciudadana” (CAZZANIGA, S., 2014: 190).

Trabajo Social debe velar por el efectivo cumplimiento de las promesas y acuerdos de la clase política, para *“legitimar su quehacer en la realidad social y no ser sólo observadores de lo que sucede”* (Op., cit.: 132).

No es lo mismo defender la función de la disciplina como operadora de agendas políticas-instituciones, que comprender que su legitimación depende de las misiones que asume y por las que se hace responsable de realizar, en sus posibilidades de avalar propuestas significativas sobre situaciones concretas y demandas sociales contextualizadas. Aunque Trabajo Social incida localmente, sus propuestas deben pensarse globalmente.

“Es necesario señalar que los enfoques de Trabajo Social suponen articulaciones con modelos de comprensión que comparten una historia de ideas con las ideologías fundamentales que configuraron no sólo esos enfoques, sino también procesos para el desarrollo de diferentes epistemologías que ponen el contraste entre los puntos de partida en la teoría y la práctica o en su combinación” (LORENZ, W. 2012: 495).

Hablamos de un Trabajo Social que valora el proceso de elaboración interpretativa de diálogos discursivos, que no surgen de composiciones teóricas aisladas de la experiencia, pues colabora a pensar los procesos sociales desde sus lenguajes propios. Para la hermenéutica el lenguaje no es sólo un medio o instrumento de comunicación, *“estamos tan insertos en el lenguaje como en el mundo”* (GADAMER, H., 2002:148).

Insistimos en que son las palabras las que hacen la interlocución, no las personas. No olvidemos que lo que tematiza la ciencia queda de forma inconsciente en un lenguaje vivo y colectivo, más allá del sujeto, el yo o la conciencia. El lenguaje es universal, pues los discursos dialógicos siempre reanudan el mundo, a partir de la construcción de lo cotidiano.

Para Trabajo Social, esta es una opción política que nos permite aprendizajes asentados en juegos y cruces de lenguaje, que brotan de tensiones antitéticas que no destruyen a los opuestos, sino que los hacen convivir, para hallar la “*singularidad ética del poder de creación unido a una tradición, a una memoria, a una raíz*” (RICOEUR, P., 2012: 23).

No perdamos de vista que lo social y lo político depende uno del otro. Es ahí donde el potencial hermenéutico de Trabajo Social nos ayuda a poner en duda el dominio político como opacidad u oscurantismo de lo social, esto es, como medio de domesticidad cotidiana. El potencial hermenéutico de Trabajo Social deja ver que entre los diversos juegos de relaciones sociales, el poder pone en pugna los derechos propios de la condición humana, promoviendo significatividades, ideando opciones ante el control por medio de una comprensión profunda que conlleve a la emancipación, donde:

“[...] De una manera general, es la posibilidad que tienen los individuos y los grupos sociales de salir de las fauces de la marginación y ser reconocidos en una sociedad plural, no puede seguir tomando como referencia el término integración, nos clama involucrarnos en proyectos de desarrollo [...]” (MARTIN, M., 2013: 108).

Entonces, bien, un Trabajo Social hermenéutico se contrapone a concepciones concretas de dominación, alterando las explicaciones normalistas, por ejemplo, exponiendo que las catástrofes naturales, las guerras o el pánico en los mercados de valores, no constituyen simples desviaciones que pueden ser ajustadas técnicamente. Ese supuesto, sostiene estrategias del capital que imponen discursos de una clase sobre otra, como ocurre al incorporar la pluralidad y la diversidad cultural mediante la aceptación de las culturas particulares y grupos minoritarios, pero, manteniendo la exclusión a través de reconocimientos espurios al lenguaje de los subalternos; a eso se le ha llamado discriminación positiva.

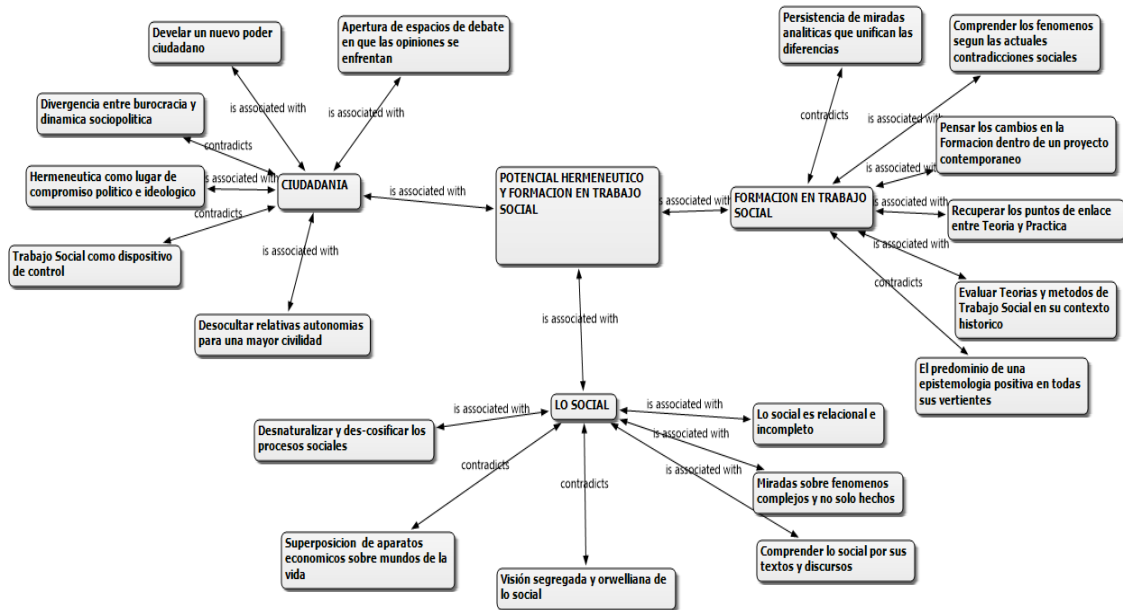
Tengamos presente que la sociedad es una creación simbólica, una institucionalidad, dentro de ciertos márgenes culturales y lingüísticos que la reproducen, incluso en estado inconsciente. Por tanto, la transformación social requiere quebrajar estructuras bajo las que se esconden sentidos miserables, que “*nunca se agotan por completo, ya*

que el significado alcanzado nos remite a otro aspecto pendiente por descifrar” (BEUCHOT, M., 2004: 143).

Trabajo Social no puede admitir posturas intransigentes que, a pesar de enunciaciones políticamente correctas, concentran el desinterés por la acción colectiva de re-significación de los términos y de las acciones. La construcción de significados surge de una continua actualización de la o las historias, en tramas, narrativas y dramaturgias que integran experiencias emergentes, en sentido opuesto al pensamiento paradigmático y programático.

En escenarios contemporáneos, el potencial hermenéutico de la disciplina nos permite, entonces, develar que la ética contractualista es un texto que justifica una soterrada cultura de la desesperanza, un naturalismo moral que imposibilita pensar alternativas, tras la ideología del mercado como un fenómeno natural. En consecuencia, es responsabilidad de un Trabajo Social hermenéutico contribuir a sacar a la luz, hacer emerger desde el vacío las duras figuras que impone la modernización a lo social, estos son los rostros de la exclusión y la desigualdad en todas sus formas.

RED SEMANTICA N° 10: *Potencial Hermenéutico y Formación en Trabajo Social*



II.- CONTRAFIGURAS AL PERFORMATIVO DEL POTENCIAL HERMENEUTICO EN TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.

Partiendo de la premisa que el lenguaje hace cosas, construye realidades, produce aquello que nombra, en ciertas circunstancias y en atención a un procedimiento convencional aceptado, el mismo *performa* la realidad. Con la noción de *performatividad* queremos denotar el despliegue de diferentes formas de expresión, en las que se realiza o se constriñe el potencial hermenéutico de Trabajo Social contemporáneo.

Es una modalidad para trabajar las cualidades representacionales de nuestro lenguaje disciplinar, portado en textualidades. Es pues, una postura de sentido que nos ayuda a señalar ciertos efectos teóricos, políticos e ideológicos de formaciones discursivas, mediante las que Trabajo Social disputa maneras de conceptualizar e inquirir las cuestiones sociales y los asuntos humanos en ellas imbricados.

Hacer hablar la realidad por el lenguaje es realizar una acción. Es mucho más que decir algo, es un *atributo performativo*, o, mejor dicho, una *performance* discursiva. Es poner el lenguaje en uso, dentro de un contexto socio-político e histórico-cultural que lo dota de legitimidad y fuerza.

Por lo mismo, son nuestras figuras discursivas las que ponen en presencia la consciente intencionalidad de comprender. Un fenómeno que se nombra no cobra vida en virtud de la voluntad, sino que de un poder discursivo que subordina la subjetividad y la acción cultural a una esfera compartida de representaciones.

La performatividad opera a partir de la puesta en presencia de diversos soportes lingüísticos, de cuyo entramado surgen los efectos de verdad, poder, saber que ponen límites a la acción del discurso. Lo anterior, nos invita a rescatar los principales aportes de la filosofía hermenéutica, pero, sin desestimar los avances en la filosofía del lenguaje y la filosofía post-estructuralista, donde destacan, entre otros, John L. Austin (2008), Judith Butler (2007), Jacques Derrida (1998).

Tengamos presente que la performatividad de figuras discursivas ostenta dimensiones ontológicas débiles e incompletas. No pre-existe, se construye a través del hábito lingüístico de los textos, y por tanto, se revela comprendiendo su constitución argumentativamente variable, pero, regulada por normas de inteligibilidad, para impactar en el espacio público, refrendando significados más que formas.

La figura no desaparece en el formato de la palabra, no es la documentación, el artefacto, la arquitectura o su estilo. Ella vive como motor de memoria y, al mismo tiempo, de fractura a la historia testimoniada. No debemos presuponer en la *figura performada* un puro término teórico, alejado de su objetivación como praxis discursiva. Puede revelarse, incluso, como estética comunicativa de la vida cotidiana.

Así por ejemplo, la resistencia civil, las nuevas movilizaciones ciudadanas, las identidades de género, la etnicidad, pueden ser ensayadas y reproducidas como epistemologías, pero, al mismo tiempo observadas e interpretadas como protestas contra-hegemónicas, desarrollos barriales, conflicto de tierras, etc. Constituyen textos que incitan a su reconocimiento sustantivo y no banal.

Las figuras no son homogéneas, tampoco inmediatas. Sus diferencias acusan bifurcaciones entre la tradición, el descubrimiento y la invención. Se configuran desde tramas mensurables, observables, aprehensibles, pues van formando principios explicativos sobre lo que sus proposiciones plantean.

De ahí que mientras la figura hermenéutica proyecta sentidos en torno a lenguajes que median argumentaciones y posibilidades de re-contextualizarlas, sus opuestos estriban en afirmaciones ontológicas cristalizadas o, bien, principios binarios de análisis alejados de la síntesis y viceversa. Aun cuanto, todas son posibles de ser leídas en las propias textualidades de Trabajo Social.

En cualquiera de sus expresiones estas figuras no constituyen esferas neutras. Son actuosas, se reproducen como “*un receptáculo en el que estamos inmersos [...] pasándonos por conflictos, crisis y catástrofes en el traslado de una [a otra en el tiempo]*” (SLOTERDIJK, P., 2014 [1]: 14). Se manifiestan como representaciones

usadas discursivamente, para proyectar una postura frente a objetos que les conciernen, por medio de sistemas referenciales.

Estas figuras reflejan “*el sentido entronizado en el interior de los textos*” (VATTIMO, G.: 1992: 181). Muestran lo que subyace a eventos de discurso cuya unidad está en la combinación de signos que aluden a algo y lo representan, connotando una cierta suficiencia significativa. Entonces, para Trabajo Social contemporáneo, en términos generales y poco ambiciosos, propondremos figuras, contra-figuras e infra-figuras hermenéuticas, cuyos razonamientos argumentativos ameritan revisión y refutación.

Las figuras hermenéuticas se van realizando por nuestra disposición a comprender aquellos flujos de sentido proyectados en diversas circulaciones discursivas dadas a la significación, llamando bien sea a la ruptura, la prosecución y/o la repetición de lo transmitido en nuestros textos. No admite cerraduras ni cercenaduras, al contrario, se libera en la pregunta por el lenguaje y no en la fundamentación teórica.

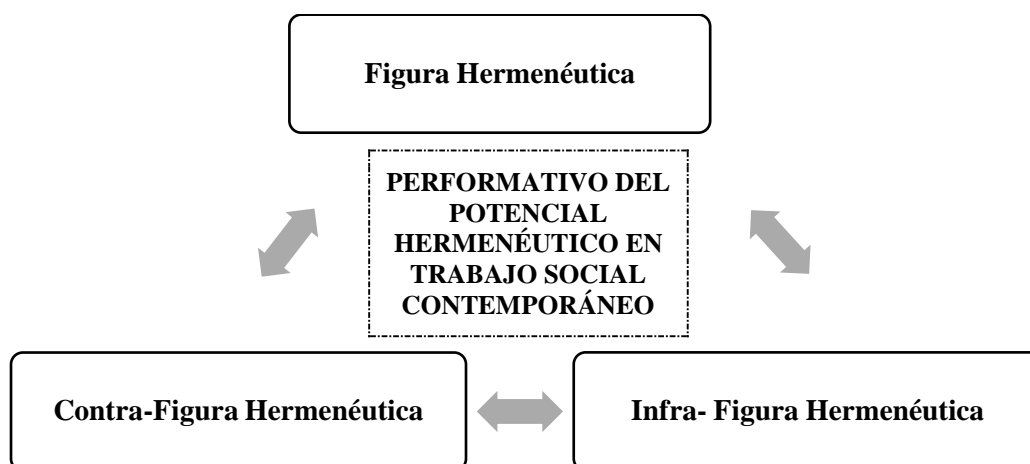
Sus contra-figuras, se definirían, por ejemplo, en la identificación de una realidad social unificada por hechos, medidos y calificados con rigurosidad racional, así como generalizados por el método de la ciencia o por una lógica analítica e instrumental. También en los sincretismos y utilitarismos metodológicos, que engendran pasividad reflexiva y dualidades en el conocimiento disciplinar de Trabajo Social.

Como diría Karsz, estas figuras se alimentan recíproca e indefinidamente:

“[...] Aunque a veces cada una excluya a la otra, esto implica la presencia, nunca del todo muda, de la figura opuesta. Difieren en todo, pero sus diferencias se definen, en parte, unas contra otras y gracias a ellas” (KARSZ, S., 2013: 96).

En rigor, trabajar con estas figuras discursivas nos posibilita poner en escena distintas ontologías, desmantelando o de-construyendo las maquinarias intelectuales, los dispositivos y las prácticas lingüísticas, por medio de las que los textos se constituyen no sólo en fuentes de conocimiento sino, sobre todo, en memoria colectiva.

DIAGRAMA N°7: *Figuras, Contrafiguras, e Infra-figuras Hermenéuticas*



Fuente: Elaboración Propia.

1.- SOBRE LA FIGURA HERMENÉUTICA DEL TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.

“El Trabajo Social es siempre social, moviliza competencias socialmente reconocidas y produce bienes y servicios destinados a un consumo también social” (KARSZ, S., 2013: 11). Entonces, pensar en la opacidad de lo social nos exige escamotear en la historia narrada (RICOEUR, 2009), en ella se abren contrastes que avalan modos de producir y reproducir relaciones de exclusión y desigualdad, tanto acumulativas como emergentes, pero, generadas por los sistemas funcionales de la sociedad moderna.

Comprender lo social exige desarrollar un lazo de preguntas y razonamientos que permiten argumentar la interpretación sobre expresiones y efectos de lenguajes no, inmediatamente, evidentes; pero, necesarios de explicar en el presente. Eso nos permite desarrollar nuevas modalidades de entendimiento, para rebasar las faltas y las fallas en definiciones y conceptualizaciones, de modo de abordar los obstáculos impuestos por la cuestión social. Allí, radica un trabajo hermenéutico que comporta, por un lado, una práctica de elaboración teórica y, por otro, la legitimación de un proyecto profesional

que, siempre, comporta un reto o un arrojo disciplinar, cargado de incertidumbres y probabilidades.

Así, vamos produciendo un compromiso ético y político de comprensión y reconocimiento al contenido contemporáneo de lo social, conectándonos con sus órdenes de realidad, así como con sus contingencias, para formular propuesta de cambio y transformación social. Las realidades sociales, no son espacios inertes o inanimados, son textos con los que podemos dialogar, pues efectúan contestaciones al entendimiento. En consecuencia, cada texto constituye:

“[...] *Una obra, una institución que se origina en el más allá y se encarna temporariamente en el más acá. Aunque está obligada a explicarse; de ningún modo podría justificarse, rendir cuentas, salvo a aquel de quien recibe una misión*” (Op., cit.: 127).

Entonces, los textos cumplen misiones que son reveladas al comprenderlos. Hablan en el correr del tiempo y, por tanto, se hacen públicos a la lectura interpretativa. Para Trabajo Social, esto implica pasar a otros estadios de lenguaje, a un *“espacio de debate en que las opiniones se van a enfrentar, y por lo tanto, van a crear las condiciones para la credibilidad de las declaraciones que producen”* (AUTÈS, M., 2013: 33).

Tengamos en cuenta que los fenómenos que afectan la sociedad no pueden ser encerrados en un laboratorio científico. Lo social envuelve un mundo simbólico al que nosotros pertenecemos y que, por lo mismo, nos supera. Allí, aparece el lado sin identidad, un no lugar que refleja la ausencia de los sin parte, liberando tramas narrativas desde donde es posible imaginar oportunidades y encontrar sentido al desarrollo.

Así pues, la disciplina debe situarse en un umbral hermenéutico que oriente deconstrucciones a los múltiples lenguajes de lo social, acercándose a su época, a su cultura y, también, a su memoria. Esto nos exige develar desde qué lugar y sobre qué principios nos involucramos con la realidad, pues *“nunca miramos el mundo con ojos neutrales, lo miramos como sujetos vivos, interesados y, también, implicados [...]”* (VATTIMO, G., 2014 [2]: 50).

Por lo tanto, no podemos pensar lo social desde afuera. “*El Trabajo Social se ocupa de lo que no es presentable [...] y tiene la función de establecer su representación*” (AUTÈS, M., 2013: 243). Eso muestra la necesidad de generar movimientos de descentramiento a las posturas epistemológicas esencialistas y onto-teológicas. Así, nuestras figuras hermenéuticas emergen como crítica a las teorías del sujeto y/o a los estructuralismos pues, en sus distintas vertientes y tras el principio aristotélico de no contradicción, imponen una concepción de identidad fija, cuya principal función es la de reificar discursos tanto normalizadores como totalizadores.

En términos de identidades, el potencial de figuras hermenéuticas en Trabajo Social contemporáneo, nos llama a reconocer que, en la investigación e intervención, no es lo mismo hablar de clientes, sujetos, subjetividades, personas, actores o agentes. En cada una de esas nociones, subyacen distintos regímenes de mirada, fundamentos discursivos, dispositivos lingüísticos, prácticas comunicativas, que efectúan designaciones y legados que podemos trabajar como objetos de análisis, para comprender efectos de clasificación, estratificación, discriminación, diferenciación, participación, cooperación, responsabilización, etc. y, desde ahí, proponer alternativas de re-significación, incidencia y potenciación social.

En consecuencia, las figuras hermenéuticas emergen en los intersticios de un contexto dado, mediante “*modelos de comprensión que son retro-proyectados y proyectados*” (PALMER, R., 2002: 275), sobre múltiples significantes que nos correlacionan con el mundo social. Es un ejercicio político, no exterior a nosotros mismos, una apuesta de Trabajo Social contemporáneo por imaginar y crear respuestas más democratizantes ante fluctuantes demandas socio-políticas, cuyo estatuto de realidad debe ser, constantemente, interpretado y explicado como constructos, que emergen y se insertan en determinadas circunstancias y condiciones históricas.

Esto surge como interpelación a la idea de que lo real se afianza en regímenes de subjetivación e identificación, impuesto por lenguajes hegemónicos, organizadores de discursos que instauran imágenes de víctimas, maltratados, vulnerables, incapacitados, desafiados, etc., articulados a categorías políticas, legales, morales, económicas, etc., que son funcionales a la estabilización de un cierto orden social, estatal y de mercado. Hablamos, por ejemplo, de formaciones discursivas que mistifican cosmovisiones

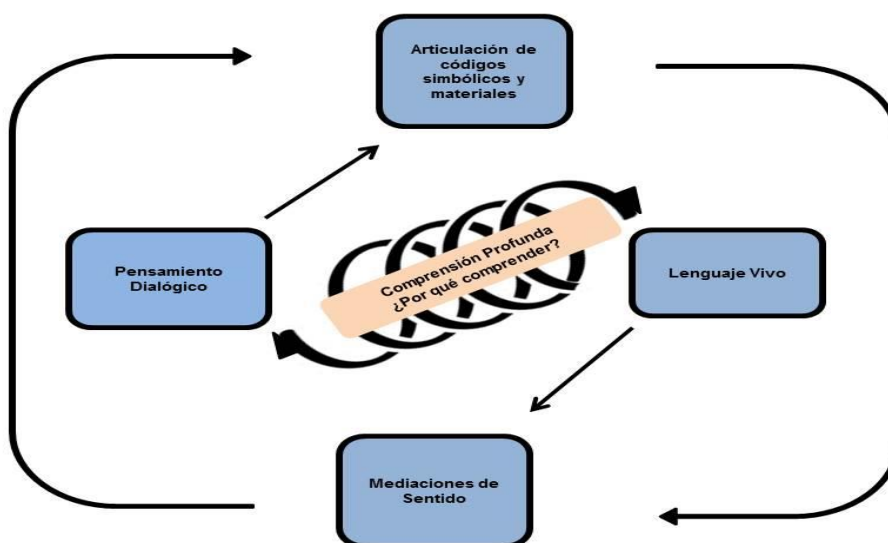
donde los pobres serían pobres porque quieren, las oportunidades humanas representarían puras externalizaciones de mercado, o, la educación seguiría concibiéndose como plataforma de movilidad social.

Solo así se descubren opciones para romper con la premisa de que, siempre, habrá correspondencia entre posiciones, condiciones y reglas de socialización que, por sí solas, regulan la vida en sociedad. Esto, en tanto consolidan enunciados que son transferidos como verdaderos, a situaciones concretas en la vida cotidiana de los sujetos.

Es ahí, donde Trabajadores y Trabajadoras Sociales hemos de plantearnos las preguntas de ¿qué comprender? y ¿por qué comprender?, más allá de ¿ para qué comprender? o ¿cómo comprender?. Lo que, a su vez, implica rebasar los ideales decimonónico del positivismo occidental que aún desde el siglo XIX atraviesan la disciplina:

“Con una visión de pureza epistemológica, así como una tendencia a alcanzar la mejor teoría y, por consiguiente, la interpretación más óptima, la pretensión de un lenguaje unificado y unificador” (ACERO, J.J., 1985: 129).

DIAGRAMA N°8: *Figura Hermenéutica en Trabajo Social Contemporáneo*



Fuente: Elaboración Propia.

Lo social no es un material almacenado, no surge de golpe, el lenguaje contornea su escenificación, le ofrece vitalidad y movimiento. Comprenderlo, no se puede “comparar con un punto de vista fijo, inamovible y obstinado, que sólo plantea [...] la cuestión única de la opinión” (GADAMER, H.G., 2002: 466). Debemos acercarnos a sus tonos intermedios, a sus variaciones y difonías, dejando de pensarlo como resultado de discursos imperecederos, o, como contenido de una narración impuesta por los vencedores de la historia.

Las cuestiones sociales emanan en las bifurcaciones y aperturas que la comprensión revela entre múltiples dimensiones de realidad, que Trabajo Social debe traducir en objetos de investigación e intervención, cuya fructificación dependerá de una clara y eficiente relación con el tiempo y el espacio en que ellos se construyen. Esto nos insta, por ejemplo, a que en nuestras luchas cotidianas con fisonomías concretas de la exclusión y desafiliación social, abramos el conflicto de interpretaciones entre el lenguaje de la burocracia institucional y el de singulares dinámicas socio-políticas, para:

“Rescatar principios democráticos que en la intervención hacen resurgir a la sociedad civil, para motivar y reforzar la participación desde una nueva idea de poder ciudadano” (MARTIN, M., 2013: 48).

“Trabajo Social debe legitimar su quehacer en la realidad y no ser solo observador de lo que sucede” (CAZZANIGA, S., 2014: 132). No podemos pasar por alto los hechos históricos, como tampoco las condiciones bajo las que tales hechos se pueden comprender. Es indispensable plantearnos conjeturas que los sometan a interrogación crítica, para dejar de partir del a priori; como, por ejemplo, que las políticas públicas son inútiles o, cuando menos insuficientes, aunque esto parezca una obviedad ante la inmediata observación de sus efectos. Lo relevante es descifrar sus principios de explicación, así como aquello que permite u obstaculiza la calidad de las estrategias y decisiones con que son implementadas. Es ponerlas en contexto, para leerlas como síntomas de una época y una sociedad.

Nos referimos a diversas textualidades, cuyos registros constitutivos pueden y deben pasar por el ejercicio político de una hermenéutica que nos permita cuestionar y deconstruir posibles franjas hegemónicas, en formaciones discursivas de la ciencia, la

política, la cultura, la economía, la moral, etc. Esto nos exige poner en juego dinámicas intertextuales, que acercan o expanden, mantienen o alteran la relación de sentido (lo ideal) y referencia (lo real), generando nuevos acontecimientos discursivos, más allá de *“repetir el acontecimiento de habla original con que el texto se ha objetivado”* (RICOEUR, P., 1992: 87).

Los textos no son meras superficies narrativas, son productos socio-históricos y culturales complejos, que interrelacionan memorias privadas y representaciones públicas, así como aprendizajes pasados y saberes presentes. Son por tanto, la resultante de prácticas simbólicas selectivas que se definen por intenciones de continuidad o de ruptura. Por lo mismo, a través de sus textos (en variadas expresiones) Trabajo Social se realiza en lo social, al tiempo que lo moldea, por circulaciones discursivas y de conocimiento.

Los textos se proyectan y rompen convenciones, cada vez que la comprensión los inquiere a no declinar. Hablamos de textos dispuestos a ser desmantelados, tras una fusión de horizontes mediante la que Trabajadores y Trabajadoras Sociales articulamos lenguaje y comprensión, abriendo diálogos discursivos que se explican dentro de ciertos márgenes de lingüística.

Desde esta perspectiva, nuestro potencial hermenéutico es capaz de *“colocar lenguaje a la palabra”* (HEIDEGGER, M., 1992: 92), mediante un compromiso que hace justicia al principio de realidad. Eso, no implica encontrar la verdad, tras el conocimiento fidedigno o el contraste de evidencias, sino de legitimar o deslegitimar una plaza de sentido dado de antemano. Es, *“un regreso reconstructivo del lenguaje a lo que ya sabemos del texto”* (CRELIER, A., 2013: 102), pues el sentido actúa como una brújula que guía la reflexión, en el develamiento y distinción de figuras discursivas permeadas por representaciones situadas y fechadas.

Nuestros textos disciplinarios nos arrojan al mundo, a través de saberes que prolongan aprendizajes que nos inspiran a nombrar la realidad e intentar transformarla. No son sólo objetos de estudio, constituyen entramados dialógicos sobre hechos discursivos. Esto, por cuanto, *“el diálogo es el hilo conductor que teje pacientemente la narración de los acontecimientos y las experiencias”* (CORDERO, N., 2011: 91), realimentando,

de una u otra manera, la comunidad lingüística de Trabajo Social y su constante reinsertión en la realidad.

El propio Trabajo Social no constituye una materialidad estructural, una entidad como la práctica de ayuda profesionalizada o la ejecución efectiva de programas sociales. Nace y se despliega en sus configuraciones discursivas, tras oposiciones enunciativas y proposicionales que van definiendo equivalencias o discordancias en su desarrollo y funcionamiento.

Sus figuras hermenéuticas no son artefactos de una razón introspectiva, sino creaciones de un lenguaje vivo que propicia procesos reivindicatorios de significación y no sólo de designación. *“Nos proyecta hacia fuera de las esferas que desmenuza”* (SLOTERDIJK, P., 2014 [1]: 16), involucrándonos con nuestra propia realidad y con la realidad social, cuando procuramos problematizarlas, en pro de comprenderlas y, además, de afectarlas.

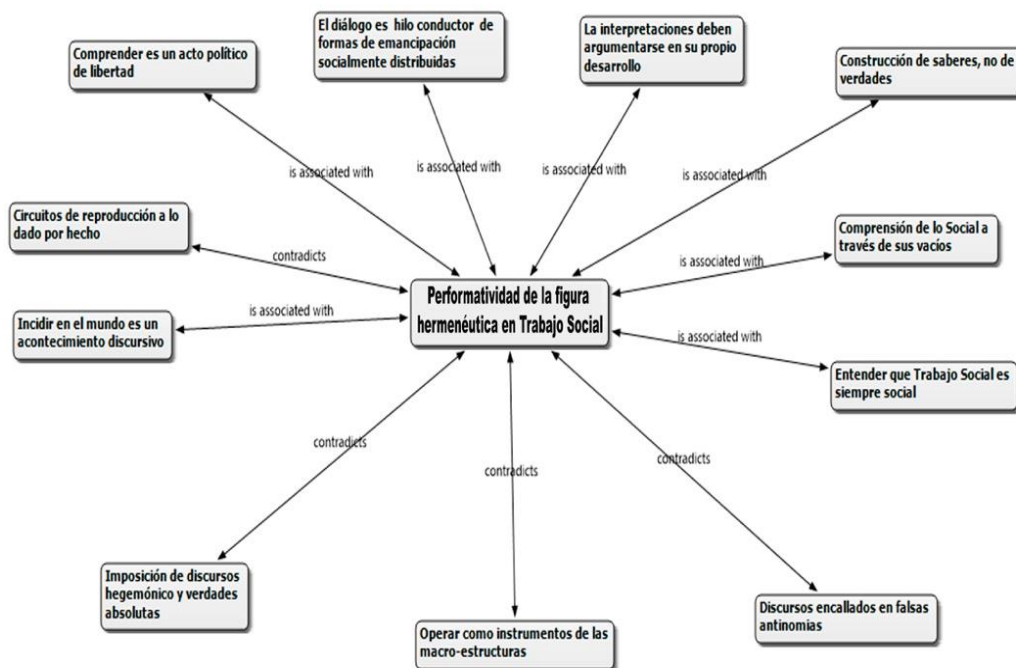
En rigor, nuestra disciplina es un pronombre sin persona, un campo de poder, un lenguaje que le significa y le explica. Constituye una construcción discursiva e histórica, productora de un campo de fuerza y de lucha, mediante el que no sólo aparece en el mundo social sino que, también, persiste, resiste y se reinventa. Es un saber que se moviliza entre las gramáticas de la cuestión social, generada y reproducida por el capitalismo tardío y sus múltiples estrategias de colonización a los modos de vida en sociedad.

Por consiguiente, el desarrollo del saber hermenéutico en la disciplina, no depende sólo de una tarea intelectual o un interés puramente metódico, invoca una postura ideológica y política, *“no sólo para justificar su contenido específico, sino ante todo para relevar su propio estatuto de construcción de verdades, de fundamentos relativos”* (VATTIMO, G., 1995: 117), impostados en nuestras propuestas de investigación e intervención en los social.

Eso contribuye, por ejemplo, a desnaturalizar las relaciones asimétricas con los sujetos o sectores con que trabajamos, la transmisión vertical de mensajes institucionales y legales que determinan formas de vida particulares, los circuitos de asistencia que

actúan como andamios reproductores de la pobreza y la dependencia, etc., para despejar nuevas alternativas de emancipación, de reconocimiento y de representación socio-política, donde Trabajo Social contemporáneo debe re-descubrir sus misiones, responsabilidades, compromisos y promesas en una sociedad de personas.

RED SEMÁNTICA N° 5. *Performatividad de la Figura Hermenéutica en Trabajo Social.*



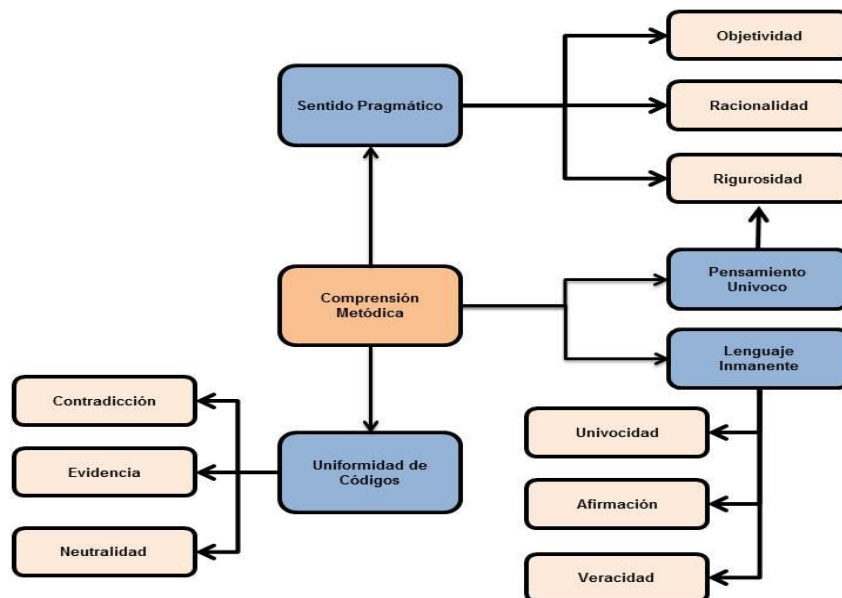
2.- SOBRE LA CONTRAFIGURA HERMENÉUTICA EN TRABAJO SOCIAL.

Hemos planteado que las figuras hermenéuticas de Trabajo Social se asientan en la ruptura con aquellas corrientes de pensamiento que parten de la existencia ontológica cerrada y naturalista de la realidad, concebida como orden universal e invariable. Nos referimos a un “status quo” que lleva a la disciplina a formular enunciados unívocos y postulados científicos causales, donde, incluso, nuestra propia costumbre hermenéutica arrastra una herencia tanto esencialista, metafísica y fundamentalista como empirista, racionalista y positivista.

Por negatividad, es posible reconocer allí una contrafigura hermenéutica afianzada en el logo-centrismo occidental, colocándose como una teoría y un método que, por vía de la investigación, determinan el estudio de cualquier texto en la búsqueda de su *logos inmanente*. Esto, como lo instauró Platón, ilustra la constante búsqueda de lo verdadero, o bien, como lo definieron los modernos desde Descartes, persigue un acercamiento externo, neutral y objetivo a los objetos de un mundo fenoménico.

Sin quedar fuera de los contenidos históricos que han dado cabida a la hermenéutica en Trabajo Social, dicha contrafigura ha de entenderse sustentada en los principios rectores de la Filosofía de la Conciencia, el Humanismo Existencial o Filosofía de la Alteridad y la Filosofía Analítica – Estructural del Lenguaje. Ahí se encuentra la base de la llamada hermenéutica metódica (RECAS, J., 2006) que, por sus definiciones de base, ocupa un lugar opuesto a las propuestas contemporáneas de la disciplina. Se define por teoremas fundamentalistas, centrados en la trascendencia del Yo consciente y en “paradigmas” normativos, que regulan la aspiración de una comprensión objetiva.

DIAGRAMA N°9: Contrafigura Hermenéutica en Trabajo Social Contemporáneo.



Fuente: Elaboración Propia.

Digamos acá que sobre la base del humanismo existencialista de la alteridad, la comprensión se establecería por la tensión entre identidades diferentes, un yo y un otro, el intérprete y el “autor”, pero, siendo este último el principal núcleo de significado. Esto rechaza la premisa de las hermenéuticas contemporáneas que descentran los sujetos y, a su vez, autonomizan el lenguaje de los textos respecto de sus autores (Heidegger, Gadamer, Derrida, Vattimo, Ricoeur).

Más bien, se trabaja sobre la premisa de que existen significados y significaciones, los primeros provistos por quien formula el texto, mientras que los segundos son formulados por quienes los intentan comprender. La contrafigura hermenéutica trae una inclinación hacia la comprensión entre sujetos existentes, personalidades que se comunican por el lenguaje, lo que, de una u otra manera, implica pasar de lo general a lo individual, por “*una lectura, una exégesis y nunca por una intuición*” (LÉVINAS, E., 2005: 22).

Sería un esfuerzo por explicar lo que quiere decir el autor (incluidas sus intenciones), con miras a llegar a la objetivación de la interpretación. El Trabajador y Trabajadora Social se comportarían como una especie de exégetas de los discursos de las personas (individuales o colectivas) con quienes trabajamos. Así pues, el sentido se encontraría del lado de los y las profesionales, cuya experiencia de comprensión se activaría por la ocupación de interpretar la alteridad.

El texto constituiría el otro que viene hacia nosotros, al que nos donamos en su propia esencia ontológica, en su interioridad existencial. Configuramos “*una identidad yuxtapuesta*” (LÉVINAS, E. 2012: 300), tras un esfuerzo de significación donde la hermenéutica se concibe como teoría y método explicativo. Algunos ejemplos pueden encontrarse en los modelos de mediación circulares-narrativos o en enfoques psicoeducativos, ideográficos o de construcciones sociales, puestos al servicio de la denominada terapia discursiva no normativa, que Trabajo Social a procurado incorporar en sus procedimientos desde el año 2000 del presente siglo.

Posicionados en una mirada centrada en la filosofía de la conciencia o del Yo trascendental, él y la Trabajadora Social, en cuanto sujetos cognoscentes, se definen competentes para construir representaciones sobre el mundo, mediante objetos cognoscibles. Eso implica un análisis conceptual, puesto en contraste con experiencias singulares y sus condiciones de posibilidad. Los profesionales, sustentados en métodos de comprensión vistos como métodos de investigación, se dirigen al entendimiento de significados particulares, en los que se reflejan complejos fenómenos históricos, culturales y espirituales, que se busca conocer como hechos concretos.

De esta manera, los y las profesionales serían capaces de capturar la realidad de los objetos, mediante sus registros teóricos de conocimiento y estructuras analíticas a disposición, pero, sin aprender de sus interrelaciones o interpelaciones que, por lo general, son concebidas como variaciones que deben ser corregidas. Esto, alude a una ontología cerrada que cosifica lo social, lo crea como entidad respecto de la que se producen significaciones abstractas, posibles de someter a pruebas de veracidad.

Se aboga por un un entendimiento demostrativo, que obstruye los juicios previos (creencias, valores y actitud natural), a la vez que invisibiliza los dogmatismos de un pensamiento afirmativo. ¿Cómo no recordar nuestra formación inicial de los años `90?, cuando se nos repetía, una y otra vez, que no podíamos “involucrarnos” con los “casos”, ni tampoco dejar afectar nuestra mirada por las formas de vida de sectores postergados, como si pudiéramos negar nuestra propia condición humana.

“Sin referencia a lo ideológico, valórico o político, la importancia de la orientación teórica del Trabajo Social no se puede evaluar en su totalidad. [...] Demostrar, la pregunta de si el Trabajo Social cumple su mandato de manera eficiente y eficaz no puede responderse limitando la observación a la medición de resultados y mejoras, debe abordar los procesos de cambio político” (LORENZ, W. 2012: 493).

En esta perspectiva, la comprensión se remitiría, solamente, a una pre-estructura ontológica, que para ser validada reclama de una idea de verdad “*distanciada*” (HUSSERL, E., 1992: 103). Sobre esa base, el Trabajo Social, siempre, actuaría frente a un entorno que lo rodea, concibiendo lo social como “algo fuera de él” que, por lo mismo, puede identificar, calificar y nominar, según modelos teóricos y

procedimientos de observación empírica, mientras que la “*comprensión estaría contenida en el acto de la conciencia*” (SZALISI, W., 1973: 53).

Nos transformamos en meros descriptores o traductores univocistas de los textos, como sucede en las actuales prácticas periciales, las evaluaciones psico-sociales, las crónicas de grupo o los diagnósticos participativos. En ellos se recaba información directa respecto de situaciones de hecho y experiencias reales, donde la interpretación es genérica, pues, por un lado, se supone que los datos son heurísticos y hablan por sí solos, o, por otro, es la teoría la que debe significarlos.

Pensemos, por ejemplo, en cómo la mayoría de los profesionales que trabajan en el área infanto-juvenil, califican la vida cotidiana de niños, niñas y adolescentes desde modelos y pautas sustentadas en categorías arbitrarias y estigmatizadoras, predeterminadas, impuestas y dispuestas por una ley, una política o una ciencia; sin releer lo sustantivo del lenguaje que orienta tales discursos respecto de *modus vivendi* particulares que, a la inversa, son codificados por un test, una escala, un indicador.

La verdad de los hechos, lo real a ellos, sería producida por regímenes de veridicción, esto es, por lenguajes oficiales y discursos hegemónicos validados que, en cierta medida, circulan y operan como fundamentos arquetípicos de los fenómenos, estandarizando realidades con prescindencia de ellas mismas. Dejemos a la vista las proclamaciones de ciertas políticas y programas territoriales en Chile, como “Quiero Mi Barrio” o “Barrio en Paz”, los que despliegan el slogan de una agenda política en curso, en vez de construir consignas ciudadanas desde la memoria discursiva de dichos sectores.

Ahora bien, aun cuando en el lado manifiesto, la hermenéutica desde Dilthey no buscaría inscribirse en las ciencias nomológicas del siglo XX, desde el lugar de posturas metódicas, en gran medida, se sitúa en esa modalidad de administración técnica del conocimiento. Persigue pasar desde una intelección ingenua e inaugural hacia una madura, “*en el formato de la pericia filológica*” (GARCIA, C., 2013).

Ahora bien, del lado metódico fuerte, las contrafiguras hermenéuticas son expresión de la filología del romanticismo, refinada con los trabajos de Schleiermacher y, la

filosofía de la cultura y la historia explicitada en los avances del mismo Dilthey, seguidos por las obras de Betti (1890 – 1968), Eric Hirsch (1928), Peter Szondi (1929 – 1971), Georg Misch (1930), Joachim Wach (1933), Otto Friedrich Bollnow (1937), Erich Rothacker (1944).

El saber comprensivo sería un producto de la ciencia, asumida como placenta del conocimiento. Prima la evidencia que ha de ser interpretada en una fase del método de investigación. Como si objetivar la realidad pudiera prescindir de la contradictoria relación entre lenguaje, comprensión y contexto.

De otra parte, atendiendo a los aportes de la filosofía analítica, el lenguaje sería entendido como una estructura, una totalidad en sí misma, en la que el significado de los conceptos particulares depende de las relaciones que logremos rescatar dentro de un conjunto amplio de discursos (sincrónicos o diacrónicos). Así, se podría comprender los contextos y las lógicas que definen una organización narrativa (MORENO, A., 2006: 27), como ocurre en el análisis estructural de discurso, el análisis documental o el análisis de contenido textual, que intentan descubrir correlaciones *sintagmáticas* y *paradigmáticas* subyacentes.

El lenguaje de los textos, para ser interpretado, se organizaría en tres planos, a saber: el *formal* (que apunta hacia el orden narrativo y la lógica de la narración), el *sintáctico* (que incide en la organización de relaciones de oposición y homología entre elementos del discurso) y el *pragmático* (que contempla la función de un contexto en la cosmovisión del texto) (BAERT, P., 2001: 32). Los textos serían vistos como entidades inteligibles, donde las partes se esclarecen recíprocamente, por la concomitancia que existe entre lenguaje y pensamiento, es decir, entre lo que se dice y se interpreta.

Se impone la *techne* sobre la *phrónesis*, estableciendo un punto arquimideano a la interpretación de enunciados verdaderos o falsos. Lo fundamental es asegurar la posibilidad de corrección a la interpretación, que sería una “reconstrucción” o “reproducción” al carácter originario de un texto, mediante el análisis de elementos y estructuras establecidas en él, para aclararlas, justificarlas y fundamentarlas, a partir de un modelo de explicación conceptual que es prescrito teórica y metódicamente.

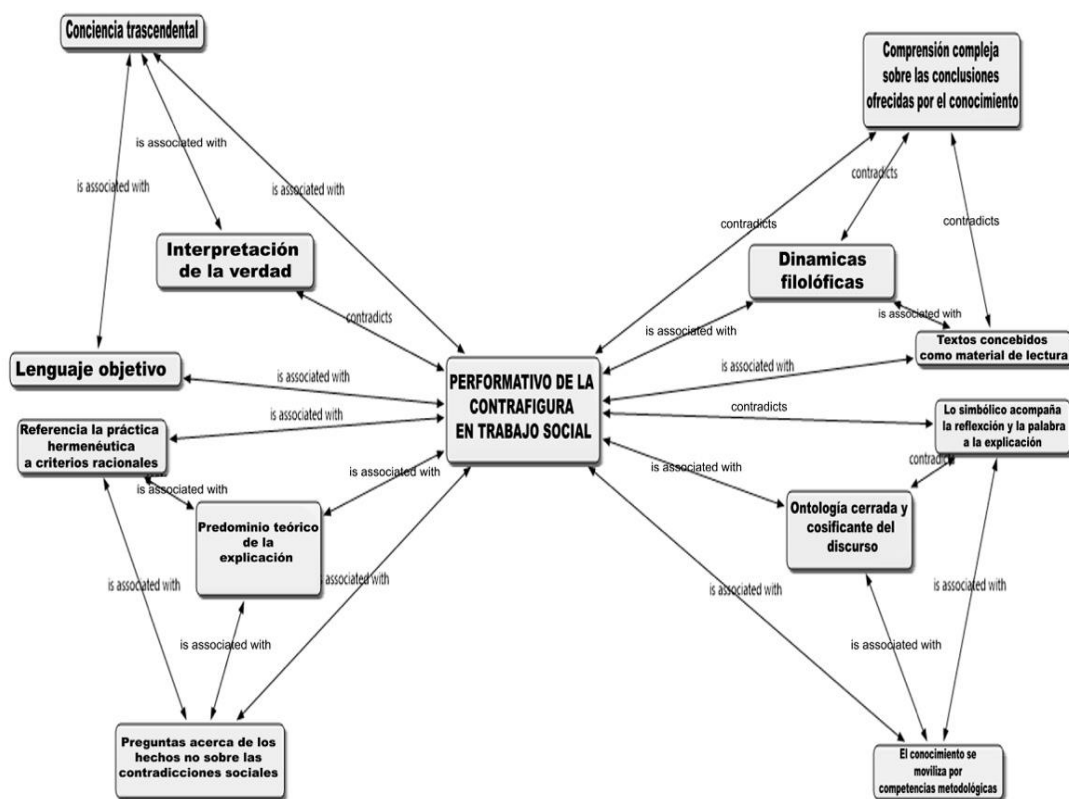
“Desde fines del 1800 aparecen escritos acerca de la preocupación por encontrar y definir modelos teóricos que sirvan de referencia para la práctica y mejora del Trabajo Social [...] para la comprensión de los problemas sociales y su correspondiente análisis en la aplicación de los métodos” (MARTIN, M., 2013: 64).

La comprensión sería un medio que aplica un sentido general ante una situación concreta, como lo realizan las prácticas jurídicas, teológicas y psicólogas (BETTI, E., 1998: 63-66). Aquí, la teoría ejerce una función iluminadora, por tanto, *“la hermenéutica no es un preámbulo ornamental, sino el principio regulativo que guía y clarifica la fijación del sentido del texto” (SZONDI, P., 2012: 13 – 14).*

Desde ese prisma, las contrafiguras hermenéuticas han marcado la tendencia, en Trabajo Social, a confundir el método con la lógica que orienta el entendimiento e intelección de los y las profesionales, así como la representación de su praxis. Eso, por la necesidad de centrar el conocimiento a partir de un objeto clara y precisamente prefigurado, tras la preeminencia de una intervención programática que, paradójicamente, intenta responder a una teleología de la acción que, a partir de lo instituido, aporta a la funcionalidad de un determinado orden social.

Esto queda de manifiesto en los esfuerzos profesionales por comprender lo social a través de macro-perspectivas, que condicionan un conjunto de convenciones y prácticas. Revisemos, por ejemplo, los modelos de subsidiaridad que, avalados en el criterio de equidad, amparan desafiliaciones determinadas por requisitos de estratificación y calificación social. Así se entiende a los sujetos como efecto de las estructuras y/o de las posiciones que ocupan en ellas, más no por su sujeción a maquinarias de conocimiento y poder que les inducen a experimentar el mundo de una forma determinada.

RED SEMÁNTICA N°6. Performatividad de la Contrafigura Hermenéutica en Trabajo Social.



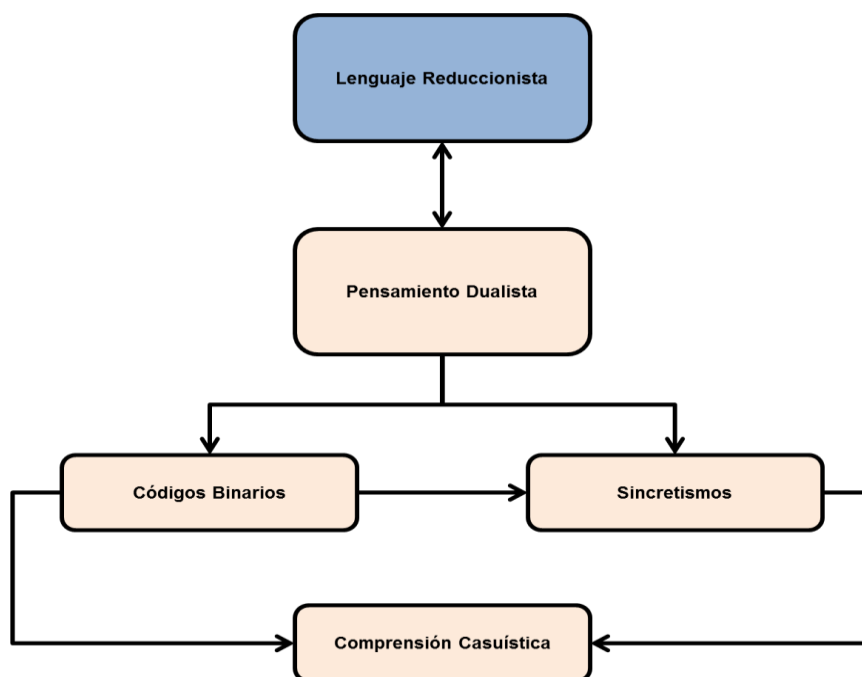
3.- SOBRE LA INFRA-FIGURA HERMENÉUTICA EN TRABAJO SOCIAL.

El prefijo infra es, sin duda, aquel al que se le ha prestado más escueta atención en la literatura social contemporánea (RIFÓN, A.; 2014: 88). Por lo general, se emplea para denominar la formación de un lugar o sitio “menor”, “inferior” o “por debajo de otra cosa”. Por consiguiente, las infra-figuras hermenéuticas en Trabajo Social acuñarían presupuestos de conocimiento reduccionistas y fragmentarios, que parten de separaciones entre posiciones, presumiblemente, fijas. Esto se muestra, por ejemplo, en algunas tesis que, sobre el surgimiento de Trabajo Social, se empeñan en determinar que su naturaleza es pre-moderna o, bien, anti-moderna, según postulados y enfoques dicotómicos que, tras una visión genética, instauran la idea de una historia endogenista, de un lado, y, una exogenista, de otro.

Al igual que en otras esferas, las infra-figuras no constituyen un espacio imparcial, en sí mismas comportan una sobre-determinación de la territorialización y la simplificación del entendimiento. Así, el saber hermenéutico sería relegado en cuanto a su estatuto científico, cuya epistemología le circunscribe a lo inductivo en contraposición a lo deductivo, poniendo brechas entre uno y otro ámbito.

Eso, según Peter Sloterdijk (2014 [2]) designa una “*auto-clausura de la esfera*” (174), que impide miradas vinculantes entre lo próximo y lo lejano, lo grande y lo pequeño, lo íntimo y lo global. Clausura que, en la superficie de la ciencia, se forja en la industrialización, no sólo económica sino, también, política y cultural, manifestando las patologías de la racionalidad occidental, enraizadas en un carácter dual entre conocimiento objetivo y subjetivo.

DIAGRAMA N°10: *Infra-Figura Hermenéutica en Trabajo Social Contemporáneo*



Fuente: Elaboración Propia.

Se retoman polarizaciones clásicas (alejandrinas y antioquenses), entre una comprensión univocista y otra equivocista (BEUCHOT, M., 2004: 27). La primera se esmera por alcanzar el sentido literal que define a un texto, con base en su contexto original de enunciación, mientras que la segunda, pone énfasis en comprender el sentido alegórico que ofrece la libertad del intérprete para generar nuevas significaciones.

Esto es resultado de los dualismos modernos que, a su vez, instauran en Trabajo Social concepciones y principios explicativos “*encallados en antinomias ficticias que pueden agruparse globalmente bajo el signo de una perspectiva subjetivista y otra objetivista*” (BERLVEDERE, C., 2012: 10). Las mismas, expresan una fractura entre ser real y ser ideal, alma y cuerpo, mundo de las ideas y mundo de la experiencia, razón y fe, sujeto y objeto, apariencia y realidad, necesidad y libertad, espíritu (res cogitans) y materia (res extensa), razón pura y razón práctica, naturaleza y sociedad, etc.

El Trabajador o Trabajadora Social pone su investigación y su intervención, cada cual desde su vereda, en el connotado dualismo agente – estructura, que monta dos supuestos extremos, propios de teorías estructuralistas (des-subjetivación) y teorías comprensivas (des-materialización). De un lado, se afirma que los sujetos sociales estamos determinados como autómatas por macro-estructuras, y, de otro, que nuestra capacidad de agencia nos libera de estas estructuras que, a la vez, construimos; pero, “*dejando siempre a la deriva una posible visión segregada y orwelliana de lo social*” (AUTÈS, M., 2013: 50).

En esta tensión, por ejemplo, el Trabajo Social tecnológico, impostado en los años ´80, ha venido pregonando por el equilibrio y concordancia de los sistemas sociales, apostando por la funcionalidad y normalización del comportamiento humano en sociedad. Mientras que, en oposición, los seguidores del interpretativismo, desde los 60’, han exacerbado la idea de realidad como construcción cotidiana.

Personajes como Ander Egg, Aylwin, Lima, Llovet, Zamanillo, por nombrar algunos, al mejor estilo escolástico, han llevado al Trabajo Social la sentencia de que las posiciones epistemológicas son, esencialmente, excluyentes entre sí y, por lo mismo, entre sus tradiciones no hay puntos de sutura, de enlace, ni de convergencia. Es más, aun continúan tendencias ortodoxas que tildan los esfuerzos epistemológicos de

mediación e integración como expresiones eclécticas, post-modernas o, simplemente, *sui generis*. Esto, pese a que la propia teoría social contemporánea, fuertemente incidente en nuestro siglo XXI, ha desmitificado tal engaño. Solo basta retomar a Pierre Bourdieu (1997), quien enfatiza en que la ciencia cuenta con amplias baterías conceptuales, ideológicas y operativas, cuya articulación ayuda a generar fecundos avances en el conocimiento. De hecho, el mismo autor se define como un marxista-weberiano.

Sobre la base de dicho engaño, se ha instaurado una pugna entre los paradigmas maestros de la investigación, que desunen la explicación y la interpretación. Eso, pese a que la distinción entre interpretar y explicar fue dirimida por Weber (1921), quien propuso una interpretación explicativa de la acción social, para abordar las conexiones de sentido último que la originan. Lo mismo, conlleva a explicar la realidad haciendo explícito el sentido que motiva a los sujetos a actuar en ella. Cuestión que, a nuestro entender, reclama, también, tomar en consideración las condiciones históricas, estructurales y materiales en las que ese sentido se hace posible.

En pro de una precisa autonomía epistemológica y metodológica entre paradigmas explicativos e interpretativos, se ha instrumentalizado, incluso, una “*diferencia operativa entre cantidad y cualidad*” (RICOEUR, P., 2008 [2]:81-83). Se abordan los métodos de carácter cualitativo, en oposición a los estudios cuantitativos, lo que alcanza preeminencia con la obra de Kerlinger (1964). En forma pedestre, esto se manifiesta en riñas entre quienes sacralizan el SPSS y los que divinizan el AtlasTi.

Así, hemos aprendido a diseñar estudios basados en las características de su método, llegando desde modelos copernicanos, que instauran la lógica deductiva, hasta los enfoques inductivos, tal y como se expresan en los cánones de John Stuart Mill (1843), en los que se asientan la etnometodología, el interaccionismo simbólico, la teoría fundamentada, tan en boga en Trabajo Social desde el cambio de milenio. Aun cuando el hecho que las investigaciones sean cuantitativas o cualitativas alude, más bien, al tipo de datos que recogen, a los instrumentos empleados, así como a la forma de organizar y analizar esos datos.

Aquello ha afectado nuestra problematización de los objetos, la formulación de preguntas y objetivos, así como la extracción de datos y su análisis. Es más, las miradas cualitativas, donde se encontraría la hermenéutica, son muchas veces marginadas a fases preparatorias de la investigación, a estudios piloto o exploratorios, al concebirlas, a priori, inadecuadas para trabajar hipótesis, por la falacia sobre el mérito particular de cada método.

Tal régimen de ficción se mantiene, inclusive, en las nominadas investigaciones multi-métodos, que más bien se restringen a estrategias de *complementación* (independencia de resultados), *combinación* (subsidiaridad metodológica) y *triangulación* (resguardo de los métodos) (BERICAT, E., 1998: 34 - 39). Esto pese a que, en rigor, sería el interés cognoscitivo y no el método o el objeto mismo, el determinante de los caminos que se sigue en la búsqueda del conocimiento científico.

Entonces, si nos ocupamos de conocer hechos generales o aspectos repetitivos de los fenómenos que estudiamos, se requiere de un predominio en la actitud explicativa y analítica, como la desarrollada por ciencias nomotéticas; pero, si lo que nos preocupa es aproximarnos al conocimiento de lo singular e irrepetible de los fenómenos, expresados en situaciones concretas, se privilegia la actitud interpretativa, como ocurre con las ciencias histórico- culturales. Ninguno de estos horizontes de conocimiento, por definición, impone que en una investigación se utilicen datos cuantificables, herramientas estadísticas con uso de variables e indicadores o, bien, categorías y unidades semánticas para conceptualizar una cualidad del objeto investigado.

“Las discusiones son interrumpidas por estas oposiciones entre grandes alternativas que suministran constantemente la producción de sentido”. [Impidiendo ver que] “los sistemas de interpretación se reúnen en un diálogo conjunto: las causas sociales v/s las causas individuales, orígenes orgánicos frente a los trastornos psicológicos, la herencia o el medio ambiente, lo innato o lo adquirido, etc.” (AUTÈS, M., 2013: 23).

Digamos, también, que el marcado acento verbo-centrista de las autodenominadas ciencias aplicadas, donde muchos académicos se empeñan en colocar al Trabajo Social, realimenta las infra – figuras, pues relegan la hermenéutica, al igual que la fenomenología, a estrategias subsidiarias o auxiliares de investigación. Nos conducen

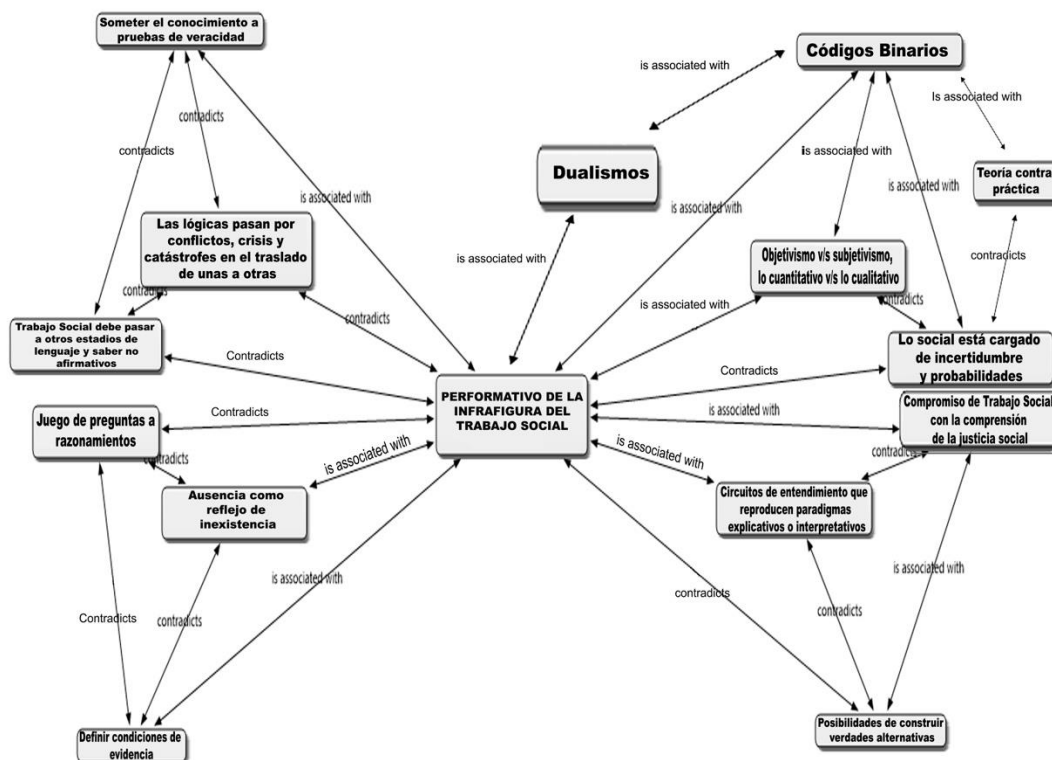
hacia una suerte de “sincretismo metodológico”, que aleja la teoría de la práctica, así como la investigación de la intervención, sin discernir que las técnicas no determinan por sí solas la comprensión.

En rigor, se privilegia la funcionalidad operativa, mal entendida como práctica. Como si la teoría no fuese la aplicación del conocimiento, como si la acción no fuese una expresión del lenguaje, como si la abstracción no fuese un ejercicio del pensamiento. Los conceptos de dato y de signo (materia-espíritu) se piensan por carriles distintos, poniendo a uno en el lugar de lo real y al otro en el de lo imaginario, desconociendo que ambos son códigos lingüísticos. El y la profesional se limitan a entender la mecánica de procedimientos que aplican en sus decisiones y acciones de investigación e intervención.

Se asume un pragmatismo utilitarista, que olvida las consecuencias de acceder y expresar el conocimiento, cayendo, por tanto, en códigos o alternativas binarias de distinción, como si sólo desde una de ellas pudiéramos reconstruir la complejidad de lo social. Esto ha sucedido, por ejemplo, con enfoques de género que ontologizan identidades, olvidan la violación de identidades entre parejas del mismo sexo, marginan el sentido de nuevas masculinidades, etc. Es algo así como mirar el desarrollo cultural en la expresión de las artes y las humanidades, oscureciendo el saber popular, costumbrista y cotidiano.

Ahora bien, para Trabajo Social contemporáneo es sabido que los fenómenos son multidimensionales y así deben ser estudiados e intervenidos. Por lo mismo, el conocimiento de lo económico, cultural, político, etc., tendrían que pensarse como partes conexas de un texto social y, en consecuencia, abordarse mediante un plexo entre teoría y política, interpretación y explicación, análisis y comprensión. No perdamos de vista que el propio correr de nuestra época nos ha mostrado que el conocimiento se vincula al interés (HABERMAS, J., 1997), las decisiones científicas son también decisiones ideológicas (BOURDIEU, P.: 2003) y que las objetivaciones se ciñen a formas históricas de subjetivación (GIDDENS, A., 2001).

RED SEMÁNTICA N° 7. *Performatividad de la Infra-Figura Hermenéutica.*



III.- EL POTENCIAL DE FIGURAS HERMENÉUTICAS EN LOS LENGUAJES DE LA INVESTIGACIÓN E INTERVENCIÓN DE TRABAJO SOCIAL CONTEMPORÁNEO.

Las contemporáneas expresiones de lo social se caracterizan por antinomias y paradojas, ya que, si bien, se abren múltiples posibilidades de acción, al mismo tiempo, se erosionan identidades sociales.

“[...] Vivimos en un mundo terriblemente racional que, por lo mismo se hizo incomprensible. Y mucho más amenazante con el terrorismo, los accidentes laborales, la degradación del planeta, la comida envenenada, la contaminación cancerígena [...]”
(AUTÈS, M., 2013: 296).

Esto, incluso, viene a enrostrarnos las actuales insuficiencias de instituciones clásicas encargadas de la tarea de protección e integración social, que han sido cedidas a devoradoras maquinarias de mercado, poniendo como emblema de la época al *homo-economicus*. Destaca, entre otros, la profunda crisis del Estado – nación, la hibridación de las esferas pública y privada, así como la pérdida del sentido de comunalidad y la incansable batalla por la sobrevivencia de capitales culturales y simbólicos.

Lo teórico y lo práctico, por sí solos, se tornan insuficientes para producir un saber que valide las actuales experiencias modernas de progreso, desarrollo y modernización, colocadas en la diversificación del conocimiento, el avance en las tecnologías, la proliferación de falsas necesidades, la voracidad en el aprendizaje del consumo, las nuevas formas de explotación productiva, así como en emergentes demostraciones de agravio a los derechos propios de la condición humana.

Dichos asuntos, convocan a replantearnos la premisa del bienestar social y la calidad de vida de la población, en tanto evidencias del discurso de modernización, cuyo énfasis se pone en “los más necesitados”, connotando una falta de visión sobre el desarrollo, que amerita dismantelar su decadencia conceptual, para cartografiar la desigualdad, pero, cuestionando los índices de medición y los indicadores validados, solamente, por el cálculo de la ausencia, por la carencia, en vez de hacerlo por la garantía de derechos. Esta opción, involucra un aspecto cultural, la búsqueda de sentidos que los ciudadanos le dan a sus mundos de vida y sus relaciones con otros ciudadanos, así como con instituciones concretas y abstractas.

Lo social es un adjetivo, pues califica, designa y cualifica los atributos del sustantivo sociedad. Lo social no es una propiedad material, no pertenece al Estado, ni se reduce a dispositivos de protección y asistencia. “[...] *Lo social es un tejido donde se entremezclan lo económico, lo político y lo ideológico cultural*” (CAZZANIGA, S., 2014:254). Se abre como trama dialogante entre cosmovisiones, perspectivas y tendencias, tanto antagónicas como complementarias, en que chocan, se argumentan e interpretan los principios de diversidad y pluralidad que iluminan los contemporáneos *modus vivendi*, según condiciones de producción y reproducción individual y colectiva.

Esto, constituye, una advertencia necesaria de considerar para comprender la cadena de vínculos simbólicos desde los que se representan y performan tanto institucionalidades, como la producción de subjetividades sobre la vida en sociedad.

Los sistemas de interpretación se forman por diálogos conjuntos, donde las discusiones y las controversias abren la constante producción de sentido social. *“En las sociedades democráticas, no hay palabras para lo que no está atrapado en una forma social”* (AUTÈS, M., 2013: 209). El desafío está en la lectura de palabras, de categorías que se arrojan a un lenguaje público, donde Trabajadores y Trabajadoras Sociales han de contribuir a la articulación de horizontes de enunciación y sentido, para traducir los actuales registros que presentan las cuestiones sociales y, por ende, las opciones de trabajar en ellas.

Aquello implica, potenciar una hermenéutica que legitime el lugar de lo simbólico en los factores explicativos para comprender la realidad, en un terreno de complejas ambivalencias y oposiciones, donde ya no son los discursos universalistas los que establecen la verdad.

“Faltan también conceptos, definiciones, construcciones teóricas capaces de producir análisis fundamentados al máximo y, por ende, orientaciones y direcciones para la acción” (KARSZ, S., 2013: 17)

En nuestras problematizaciones debe primar el análisis a los obstáculos para el ejercicio de los derechos y no para la adaptación normativa. Esto conlleva un trabajo teórico regularmente tensionado con las dificultades de la práctica, ya que los conceptos hacen hablar la realidad, son un puente entre el hecho y su interpretación. Nos preocupa la inclusión, pero no antojadizamente, sino porque a partir de ahí es posible redefinir mecanismos de participación, confrontación, denuncia y reconocimiento. De ella rescatamos una proposición conceptual, desde la que podamos desplegar propuestas relevantes.

Por ejemplo, no debemos confinar a los jóvenes rurales en las fronteras impuestas por un plano regulador, pues no es lo mismo interpretar las maneras de vivir, que las de sobrevivir o de seguir viviendo. Allí se juegan un conjunto de códigos de representación

que pueden cambiar, ser interpelados en su fortuna semántica, para abordarlos, también, de otras maneras. Insistimos, no es lo mismo hablar de desigualdad, que de diferencia o de diversidad social, por tanto los mecanismos de inclusión deben pensarse en estas lógicas de construcción social.

“El problema se constituye cuando para la sociedad los pobres son discriminados y acusados de responsables de su condición y merecedores de una intervención también pobre; o dicho con otras palabras, cuando la legitimidad de la profesión se articula a objetos y sujetos que sufren la deslegitimación por parte de los sectores sociales hegemónicos” (CAZZANIGA, S., 2014: 102).

Reforcemos la idea de que Trabajo Social se traduce contemporáneo, no sólo por la vanguardia en la exploración de nuevas técnicas y herramientas sino, sobre todo, por la generación de enfoques que le permiten cuestionar los límites en las funciones de lo social, para contribuir a su reconfiguración. Nuestra legitimación vendría dada por la capacidad de construir el “*socius*” (RICOEUR, P., 2012: 11), la conciencia colectiva que fortalece el lenguaje público de la ciudadanía y la política, en contradicción con la personalización e individualización del sujeto egoísta.

Esto supone, revisar las lógicas con que pensamos lo social, las gramáticas con que creamos la realidad y en las que están inmersas nuestras propias designaciones semánticas. Es un esfuerzo por formular preguntas significativas, tales como: ¿cuál es el concepto de intervención que prevalece?, ¿sobre qué formulaciones teóricas nos planteamos los problemas?, ¿en qué contextos se sostiene la investigación de tales problemas?, ¿cómo se proyecta el saber de la disciplina en procesos de investigación e intervención? ¿Dónde surgen las condiciones de estabilización o posibilidades de innovación a dichos procesos?. Para Trabajo Social:

“Descubrir la insuficiencia de las soluciones llevadas a cabo, reducidas al establecimiento de un precepto legal sobre una situación de privilegios injustificados que no agotaba ni la insatisfacción ni el problema, hizo que se comenzara a pensar en términos de complejidad del problema y actualización de las soluciones” (MARTÍN, E., 2013: 29).

Tales consideraciones, nos reclaman producir saberes que emergen en el desencanto por la falta o por la falla en la conceptualización discursiva entre la práctica y la teoría, en tanto “*momentos que democratizan el propio conocimiento*” (VATTIMO, G., 1992: 187). No podemos seguir pensando la práctica como modalidad de aplicación, ni la teoría como inspiradora o guía de la primera. Ambas permutan entre un punto y otro, es decir, forman una asociación indispensable, a través de la que se fraguan redes simbólicas, esto es, los lenguajes de la investigación y la intervención.

Entre investigación e intervención “*debería hablarse de un límite analógico o proporcional*” (BEUCHOT, M., 2004: 35), constituido precisamente por lo social como punto de encuentro; pues lo social no sólo dice, también, muestra. En estos procesos se manifiesta el poder de Trabajo Social para insertarse en diversos ámbitos de realidad, forjando un campo de representación y un lenguaje que permite reproducirlos o perturbarlos. Tengamos presente que sin definición, más bien, sin una definición manifestada, la intervención y la investigación no se ponen en escena, pierden su finalidad, dislocan sus misiones.

Tanto investigación como intervención son instancias donde nos disputamos la significación de significantes tendencialmente vacíos. Esto es, una lucha simbólico-política por reinventar lo social de-construyéndolo. Hablamos de un ejercicio de hermenéutica vacía, a través del que los y las Trabajadores y Trabajadoras Sociales destruyen el contexto de sentido en que los discursos se conservan o se modifican, exaltando lo inconcluso en ellos mismos, esto es, lo relativo en sus posibilidades de verdad, para hacer acontecer su re-significación.

Es una comprensión que promueve, entre otros, un lenguaje que habla de su lenguaje, que se refiera a los conceptos en uso y desuso, que nos aproxima al examen de otras matrices de sentido, a zonas fértiles de aprendizajes para que Trabajo Social contemporáneo construya formulaciones discursivas no punitivas. Para ello, enfatizamos en que la verdad no es la realidad, es, simplemente, un error rectificado que no ha sido refutado. No puede hundirse en la mera verosimilitud, que pone a la razón como vencedora. Ha de verse como la imperfecta resultante entre comprensión y realidad; donde emerge “*la ambivalencia del discurso sobre lo social*” (VATTIMO, G., 2014 [2]: 29).

Para comprender mejor debemos contar con principios explicativos que rebasen el deseo subjetivo de comprender. A partir de la concepción que tengamos sobre la realidad social, asumimos posturas que delimitan nuestras conjeturas de investigación y/o de intervención, posibles de ser contrastadas con situaciones concretas, vivas, flexibles, desde las que emanan las vacías ontologías de objetos insurrectos, improbables, móviles.

“De lo que se trata es de identificar las orientaciones teóricas promovidas por las prácticas particulares y las implicaciones prácticas realmente suscitadas por cada construcción teórica” (KARSZ, S., 2013: 190).

El Trabajador y Trabajadora Social debe observar, escuchar, dialogar, preguntar, descifrar contenidos que son sociales, reflejo de contradicciones perpetuadas y complejidades emergentes, que no logran ser elucidadas por una empatía simpática ni estratégica, tampoco por preocupaciones concentradas en el número de ingresos y egresos de beneficiarios en servicios o programas, la verificación de requisitos, el llenando de formularios, la entrega de información, la asignación de tarjetas de gratuidad, la tramitación de recursos, etc. Eso es parte de un funcionamiento institucional.

Ocuparnos de lo social implica trabajar procesos de reconstrucción del potencial ciudadano, armando redes de participación que reposicionen discursos subyugados, sin aislarse del Estado, aportando a quebrantar el despotismo blando asentado en la mercantilización de la vida cotidiana. Por ejemplo, volver a hacer hablar la noción de democracia, implica contribuir a recuperar la experiencia histórica de resistencia del pueblo, alimentada de subjetividades políticas capaces de provocar *“en la historia narrada un cambio de fortuna”* (RICOEUR, P., 2009: 36).

Hablamos de lenguajes promotores de los propios barrios, movimientos sociales, semánticas de reconocimiento a proyectos colectivos y expresiones de organización ante diversas formas de dominación. No olvidemos que es en los territorios donde se contiene la memoria y los testimonios de la inclusión y exclusión. Es allí, donde adquieren sentido las categorías de campesinos, indígenas, jóvenes, estudiantes,

ecologistas, homosexuales, comités vecinales, grupos cristianos, voluntariados, por nombrar sólo algunos.

Apoyar el trabajo de dirigentes vecinales exige un análisis histórico y político que nos permita comprender los discursos de su representación, a la vez que estimular una mirada interrogativa a las proposiciones que sustentan su propia práctica social y su régimen de apropiación a ella. La hermenéutica devela los fundamentos de esas enunciaciones para conocer lo que, efectivamente, tienen de real, a través del “[...] *hecho mismo de indicar, pronunciar y proyectar la existencia de algo en un todo*” (GADAMER, H.G., 2002: 496).

La entrada de la intervención se encuentra en la demanda social, es decir, en la exigibilidad socio-política de resguardar un derecho que ha sido vulnerado, provocando una brecha entre el estado de realización de relaciones sociales y sus efectos económicos, políticos e ideológicos culturales, manifiestos como situaciones objetivadas en determinados momentos de la vida cotidiana.

“Las situaciones son siempre subjetivadas [...] existen en su materialidad [...], son vividas de acuerdo con ciertos modelos, codificadas según ciertos paradigmas, interpretadas en función de ciertos cánones” (KARSZ, S., 2013: 51).

No contar con acceso a vivienda, envuelve representaciones y consagra sentidos distintos para una profesional joven recién egresada, que para una jefa de hogar a cargo de tres hijos estudiando. La intervención ha de movilizar mecanismos de interpretación, para idear respuestas a esas situaciones concretas de salud, empleo, escolarización, endeudamiento, infracción de ley, etc., pero, sin implicar a los sujetos en categorías sociales pre-determinadas. De lo contrario, se produce un atrapamiento, una ontologización, una anulación, por sobre-semantización, homologación o metonimia.

El lenguaje dota de lógicas, los discursos adjudican sentido, las palabras otorgan significación. De ahí que Karsz (2013) propone que cada intervención social hace circular registros teóricos, ideológicos y subjetivos. Distribuyen valores, ideales, representaciones, junto a puntos de vista argumentados, proposiciones que son captadas

por sensibilidades y articuladas por el entendimiento, pero, que nunca son neutras y nos ayudan a explicar realidades.

Entonces, desplegar la práctica del diálogo discursivo favorece la construcción intersubjetiva de la realidad, donde la existencia del otro se legitima mediante narrativas y acciones concretas, que son la síntesis de múltiples determinaciones, y por tanto se producen como verdades prácticas puestas en palabras, “*por medio de las que el que habla se convierte en significante*” (MARTÍN, E., 2013: 96). Es por esto que profundizar en las palabras y analizar las consecuencias y manifestaciones que sus significados tienen en la realidad, responde a una rigurosa reflexión:

“[...] *Sobre el papel que juegan los sujetos en la sociedad del momento, con los acontecimientos políticos de la época y con la influencia que tienen los valores promovidos por las instituciones dominantes de ese período*” (CORDERO, N., 2011: 92).

En Trabajo Social, tanto investigación como intervención constituyen procesos donde los opuestos son sólo posibilidad, pues de esa posibilidad no se tiene experiencia previa. La misma, aparece en una relación dialógica con lo otro. Trabajamos junto a los ciudadanos, sujetos históricos cuyas ideologías y diferencias abren caminos de articulación, en función de acontecimientos temporales que, situados socio-históricamente, son fuente de cambio social.

De esta manera, entendemos el diálogo como condición de posibilidades, como alternativa de interrupción a la continuidad. Ahí emergen textos que han de ser problematizados, tras un esfuerzo de vigilancia epistemológica, pero, también de auto-reflexividad al horizonte de categorías comprensivas, no sólo para designar de un modo específico, sino ante todo para pensar cómo éstas pueden ser realizadas en situaciones concretas.

“*El objeto es una sustancia siempre singular, en la que están involucrados uno o varios sujetos: el objeto se refiere a la historia social de relaciones que se juegan en la situación singular y las configuraciones ideológicas que se movilizan*” (KARSZ, S., 2013: 183).

Por ejemplo, mediante narraciones de sujetos particulares, podemos llegar a procesos políticos, sociales y culturales que afectan vidas cotidianas, traduciendo trayectorias singulares en objetos de análisis e interpretación más amplias, a través de las que se objetivan las significaciones que pueden venir aparejadas, por ejemplo, al advenimiento de la democracia en un país, como Chile, con más de 20 años de dictadura, a las reformas en los mecanismos de acceso a la educación, a los retrasos en la respuesta al esperado matrimonio igualitario, el despertar de una ley de identidad de género, entre tantas otras cuestiones de lo social.

“La narración de sí es una auto-representación y ésta sólo puede hacerse a partir de significados compartidos, de un lenguaje común, es decir, de palabras que nos ubiquen en el presente” (MARTÍN, E., 2013: 90). Como diría Vattimo (2014), en ella radica la hermenéutica de los débiles, la resonancia de sus voces, la cualidad enunciativa de la acción por la que construyen lo social.

Eso es posible pues lo narrativo comporta una representación de la experiencia, donde el lenguaje teje simbolizaciones que impactan configuraciones socio-culturales y políticas, discursos mediante los que la comprensión hermenéutica puede promover una re-significación de identidades y de saberes. Los discursos forman parte del quehacer profesional de Trabajadores y Trabajadoras Sociales, apareciendo en diálogos sobre biografías históricas, memorias colectivas, historias de vida o testimonios que no pueden ser vistos como meros relatos, sino como textos que contienen consignas, señales o expresiones de una concepción y una causa política de la vida cotidiana.

En los escenarios de vida cotidiana se juega el compromiso ético-político de nuestra praxis. Se pone en jaque la búsqueda desenfrenada de modelos de intervención que tienden a la naturalización y despolitización de los procesos sociales, tratándolos como cosas. En consecuencia, es donde los y las profesionales deben pensar la intervención, no respecto de un destinatario, sino de una misión.

Esto, nos permite recuperar el asombro, al entrar en las luchas por el reconocimiento en la dinámica social del menoscabo y la humillación, tras la puesta en escena de una intervención consistente, sistemática y compleja. Así se supera la falta de precisión

conceptual y la carga intromisiva, asentada en el dualismo ontológico entre sujeto y objeto.

La intervención no tiene un único responsable formal, el Trabajador Social, quien la puede definir, implementar, administrar y medir a su arbitrio. La intervención no es un feudo del “experto”, no debe hallarse en la ley del mandato; por el contrario, prolifera como un constructo social tangible, inventado, creado por la integración y vacíos de saberes incompletos.

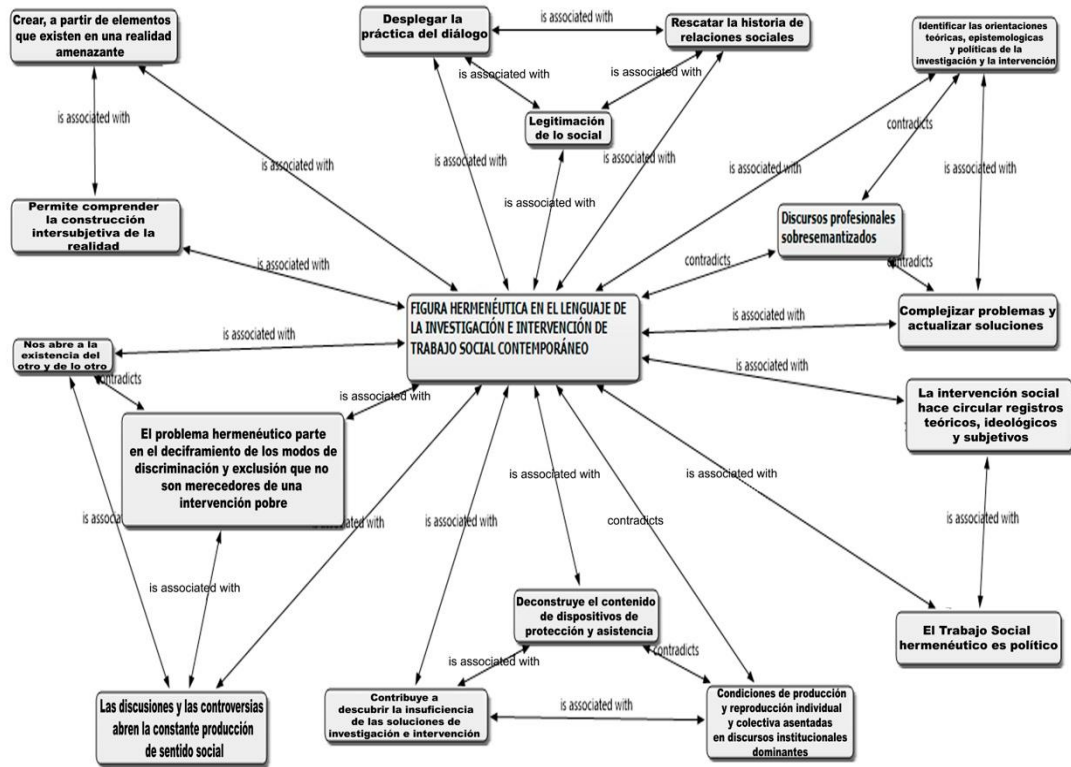
“En realidad se trata, no de aplicar, sino de crear, a partir de elementos que existen, de manera parcial” (KARSZ, S., 2013: 155). Hablamos de una co-construcción que sólo puede comprenderse dentro de un proceso de tensiones y articulaciones complejas.

“El profesional se define entonces no como un especialista poseedor de una serie de conocimientos, sino como un profesional que, más allá de esos conocimientos, es capaz de reflexionar sobre las acciones que acomete en cada momento [...]”(MARTÍN, E., 2013: 272).

Como ya lo adelantamos, es un proceso que no parte en los requisitos operativos de un programa, sino en las ideologías subyacentes a los mundos de vida, que vienen a inquirir las definiciones filosóficas, teóricas y éticas de las políticas, siempre que sean sometidas al escrutinio reflexivo de un diálogo entre saberes.

Las mediaciones se vuelven asunto relevante en toda investigación e intervención de Trabajo Social, ya que los lenguajes de la realidad se ponen al servicio de la comprensión de *modus vivendis*, que concentran las dimensiones in situ de lo cotidiano. Allí, *“la relación <<hermenéutica>> entre facticidad y teoría es decisivo”* (GADAMER, H.G., 2002: 313), pues se produce la participación común en la legitimación o refutación de una causa compartida, mediante figuras discursivas a partir de las que se configura y reconfigura lo social.

RED SEMÁNTICA N° 8: *Potencial de Figuras Hermenéuticas en los lenguajes de la Investigación e Intervención de Trabajo Social Contemporáneo.*



BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA.

- ▶ ACERO FERNÁNDEZ, Juan José. (1985). *Filosofía y análisis del Lenguaje*. Madrid, España. Ediciones Cincel.
- ▶ ACEVEDO, Jorge. (1999). *Heidegger y La Época Técnica*. Santiago de Chile. Editorial Universitaria.
- ▶ AGAMBEN, Giorgio (2011) *Desnudez*. Barcelona, España. Editorial Anagrama.
- ▶ AGUILAR, Mirafior. (2006). *Entresurcos de Verdad y método*. México D.F. Ediciones UNAM.
- ▶ AGUILAR, Mirafior (2005). *Diálogo y alteridad. Trazos de la hermenéutica de Gadamer*. México D.F. Ediciones UNAM.
- ▶ AGUILAR, Mirafior. (1998). *Confrontación. Crítica y hermenéutica*. México D.F. Ediciones UNAM, 1998
- ▶ ALCALÁ CAMPOS, Raúl. (2002). *Hermenéutica. Teoría e Interpretación*, México D.F. Ediciones UNAM – Plaza y Valdés.
- ▶ ALEXANDER, Jeffrey. (1995). *Las Teorías Sociológicas desde la segunda guerra mundial, análisis multidimensional*. Barcelona, España. Editorial Gedisa.
- ▶ ALBARRACÍN, Delia. (2012). *Dialéctica, Hermenéutica y Pragmática Formal*. Buenos aires, Argentina. Editorial Biblos.
- ▶ AUSTIN, John Langshaw. (2008). *Cómo hacer cosas con palabras. Palabras y acciones*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós.
- ▶ AUTÈS, Michel (2013). *Les Paradoxes du travail social*. Editorial Dunod. París, Francia.
- ▶ BAERT, Patrick. (2001) *La Teoría Social en el Siglo XX*. Madrid, España. Editorial Alianza.
- ▶ BAEZA, Manuel. (2002). *De las metodologías cualitativas en investigación científico social. Diseño y uso de instrumentos en la producción de sentido*. Chile. Editorial Universidad de Concepción.
- ▶ BAJTIN, Mijail. (1995). *Estética de la creación verbal*. México D.F., Editorial Siglo XXI.
- ▶ BAJTIN, Mijail. (1989). *El problema de los géneros discursivos*. México D.F., Editorial Siglo XXI.

- ▶ BARDIN, Laurence. (1996). Análisis de contenido. Madrid, España. Editorial Akal.
- ▶ BAUMAN, Zigmunt y TESTER, Keith. (2002). La Ambivalencia de la Modernidad y otras conversaciones. Barcelona, España. Editorial Paidós.
- ▶ BAUMAN, Zigmund. (2002). La Hermenéutica y las Ciencias Sociales. Buenos Aires Argentina. Ediciones Nuevas Visión.
- ▶ BÉCUE BERTAUT, Mónica. (1991). Análisis de Datos Textuales. París, Francia. Editorial Cisia.
- ▶ BELVEDERE, Carlos. (2012). El Discurso del Dualismo en la Teoría Social Contemporánea: una crítica fenomenológica. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Eudeba.
- ▶ BELL, Daniel. (1984). Las Ciencias Sociales desde la Segunda Guerra Mundial. Madrid, España. Editorial Alianza.
- ▶ BENGOA, Javier. (1992). De Heidegger a Habermas: hermenéutica y fundamentación última en la filosofía contemporánea. Barcelona, España. Editorial Herder.
- ▶ BERICAT, Eduardo (1998). La integración de los métodos cuantitativo y cualitativo en la Investigación Social. Barcelona, España. Editorial Ariel S.A.
- ▶ BETTI, Emilio. (1998). La hermenéutica como método general de las ciencias humanas. Barcelona, España. Editorial Herder.
- ▶ BETTI, Emilio. (1985). La Teoría General de la Interpretación. Barcelona, España. Ediciones Ariel.
- ▶ BETTI, Emilio. (1967). La relevancia de una teoría general de la interpretación. Madrid, España. Ediciones Cincel.
- ▶ BEUCHOT, Mauricio (2016). Hechos e Interpretaciones: hacia una hermenéutica analógica. México, D.F. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ BEUCHOT, Mauricio (2013). Perfiles Esenciales de la Hermenéutica. México, D.F. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ BEUCHOT, Mauricio. (2012). La Hermenéutica y su Destino Analógico. Buenos Aires, Argentina. Editorial Circulo Hermenéutico.
- ▶ BEUCHOT, MAURICE. (2005). Historia de la Filosofía del lenguaje. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ BEUCHOT, Mauricio. (2004). Hermenéutica, Analogía y Símbolo. México, D.F. Editorial Herder.

- ▶ BEUCHOT, Mauricio. (2000). Tratado de Hermenéutica Analógica: hacia un nuevo modelo de interpretación. México D.F. Ediciones Ítaca.
- ▶ BEUCHOT, Mauricio. (1998). La Retórica como Pragmática y Hermenéutica. Barcelona, España. Editorial, Anthropos.
- ▶ BEUCHOT, Mauricio & ARENAS-DOLZ, Francisco. (2008). Hermenéutica en la Encrucijada: analogía, retórica y filosofía. Barcelona, España. Editorial Anthropos.
- ▶ BEUCHOT, Mauricio & VATTIMO, Gianni. (2006) Hermenéutica analógica y Hermenéutica débil. Cuadernos de Jornada. México D.F. Ediciones Universidad Nacional Autónoma de México.
- ▶ BLANCO, Juan. (2011). Hermenéutica de la Ipseidad: la crítica de Paul Ricoeur al reduccionismo de Derek Parfit. Buenos aires, Argentina. Ediciones Biblos.
- ▶ BOLADERAS, Margarita & CAMPILLO, Neus. (2001). Filosofía Social. Madrid, España. Editorial Síntesis.
- ▶ BUTLER, Judith. (2004). Lenguaje poder e identidad. Madrid, España. Editorial Síntesis.
- ▶ BUTLER, Judith. (2002). Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo. Buenos Aires, Argentina, Editorial Paidós.
- ▶ CABALLERO CUESTA, José María. (1995). Hermenéutica y Biblia. Madrid España. Editorial Verbo Divino.
- ▶ CASARES, Julio (1992). Introducción a la lexicografía moderna. Madrid, España. Ediciones CSIC.
- ▶ CONDE GAXIOLA, Napoleon & otros. (2010). En torno a la Hermenéutica Analógica. México D.F. Ediciones Torres Asociados.
- ▶ CORETH, Emerich. (1972). Cuestiones Fundamentales de Hermenéutica. Barcelona, España. Editorial Herder.
- ▶ CRELIER, Andrés. (2011). Introducción a la Filosofía Hermenéutica del lenguaje. Buenos aires, Argentina. Editorial Biblos.
- ▶ CRUZ, Manuel (2011). Las personas del verbo (filosófico). Barcelona, España. Editorial Herder.
- ▶ DELEUZE, Gilles. (2002). Diferencia y Repetición. Buenos Aires, Argentina, Editorial Amorrortu.
- ▶ DELGADO, Juan Manuel. (1999). Métodos y técnicas cualitativas de la investigación en ciencias sociales. Madrid, España. Editorial Síntesis.

- ▶ DÉOTTE, Jean – Lois. (1998). Catástrofe y Olvido. Las ruinas, Europa, el museo. Santiago de Chile. Editorial Cuarto Propio.
- ▶ DERRIDA, Jaques. (1998). Márgenes de la filosofía. Madrid, España, Editorial Cátedra.
- ▶ DILTHEY, Wilhelm. (2004). La Esencia de la Filosofía. Buenos Aires, Argentina. Editorial Losada.
- ▶ DILTHEY, Wilhelm. (2000). Dos escritos sobre Hermenéutica. Madrid, España. Editorial Istmo. S.A.
- ▶ DILTHEY, Wilhelm. (1992). Historia de la Filosofía. México, D.F. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ DILTHEY, Wilhelm. (1990). Teorías de las Concepciones del Mundo. México, D.F. Ediciones Patria.
- ▶ DILTHEY, Wilhelm. (1980). Introducción a las Ciencias del Espíritu: ensayo de una fundamentación del estudio de la sociedad y de la historia. Madrid, España. Editorial Alianza.
- ▶ DILTHEY, Wilhelm (1976). El mundo histórico. México D.F., Fondo de Cultura Económica.
- ▶ DILTHEY, Wilhelm (1944). Obras de Wilhelm Dilthey. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ DI STEFANO, Mariana. (2006). Metaforas en Uso. Buenos Aires, Argentina. Editorial Biblos.
- ▶ DUQUE, Aurora Victoria. (2013). Modelos de Intervención Social: palimpsestos de los Modelos en Trabajo Social. Manizales, Colombia. Editorial Epi-Logos.
- ▶ ECO, Umberto. (1992). Los límites de la interpretación. Barcelona, España. Editorial Lumen.
- ▶ ELIADE, Mircea. (2001). Herreros y alquimistas. Madrid, España. Editorial Alianza.
- ▶ FERRARIS, Maurizio. (2010). Historia de la Hermenéutica. México, D.F., Ediciones Siglo XXI.
- ▶ FERRARIS, Maurizio. (2009). Manifiesto del Nuevo Realismo. Chile, Editorial Ariadna.
- ▶ FERRARIS, Maurizio. (2004). La Hermenéutica. Madrid, España. Ediciones Cristiandad.

- ▶ FIASSE, Gaelle. (2009). Paul Ricoeur, del hombre falible al hombre capaz. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Nueva Visión.
- ▶ FREGE, Gottlob. (1984). Estudios sobre Semántica. Barcelona, España. Ediciones Ariel.
- ▶ GADAMER, Hans Georg. (2007). El problema de la Conciencia Histórica. Madrid, España. Editorial Tecnos.
- ▶ GADAMER, Hans-Georg. (2004). Hermenéutica de la Modernidad: conversaciones con Silvio Vietta. Madrid, España. Editorial Trotta S.A.
- ▶ GADAMER, Hans Georg. (2002). Verdad y Método: fundamentos de una hermenéutica filosófica. Tomo 1 y 2. Salamanca, España. Ediciones Sígueme.
- ▶ GADAMER, Hans Georg. (2000). Elogio de la Teoría. Discursos y Artículos. Barcelona, España. Editorial Península.
- ▶ GADAMER, Hans Georg. (1998). El Giro Hermenéutico. Madrid, España. Editorial Cátedra.
- ▶ GAËLLE, Fiasse. (2009). Paul Ricoeur: del hombre falible al hombre capaz. Buenos Aires, Argentina. Editorial Nueva Visión.
- ▶ GAITAN, J.A & PIÑUEL, J.L. (1998). Técnicas de Investigación en Comunicación Social. Madrid, España. Editorial Síntesis.
- ▶ GARCIA FERRANDO, Manuel & otros. (1986). El Análisis de la Realidad Social. Métodos y Técnicas de Investigación. Madrid, España. Ediciones Alianza.
- ▶ GENDE, Carlos Emilio. (2005). Lenguaje e interpretación en Paul Ricoeur. Buenos Aires, Argentina, Editorial Prometeo.
- ▶ GIANNINI, Humberto. (1998). Breve Historia de la Filosofía. Santiago de Chile. Editorial Universitaria.
- ▶ GIBBS, Graheam. (2012). El análisis de datos cualitativos en Investigación Cualitativa. Madrid España. Editorial Morata.
- ▶ GRONDÍN, Jean. (1999). Introducción a la Hermenéutica Filosófica. Barcelona, España. Editorial Herder.
- ▶ HABERMAS, Jürgen. (2001). Teoría de la Acción Comunicativa: racionalidad de la acción y racionalización social. Tomo I. Madrid, España. Editorial Taurus.
- ▶ HABERMAS, Jürgen. (1997). Ciencia y Técnica como Ideología. Madrid, España. Editorial Tecnos.

- ▶ HABERMAS, Jürgen. (1982). Conocimiento e Interés. Madrid, España. Editorial Taurus.
- ▶ HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich. (2010). Fenomenología del Espíritu. México, D.F. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ HEIDEGGER, MARTIN. (2014). Problemas Fundamentales de Fenomenología (1919/ 1920). Madrid, España. Alianza Editorial.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (2007). Principios Metafísicos de la Lógica. Madrid, España. Editorial Síntesis.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (2005). La idea de la filosofía y el problema de la concepción del mundo. Barcelona, España. Editorial Herder.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (2003). Introducción a la Metafísica. Barcelona, España. Editorial Gedisa.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (2001). Introducción a la filosofía. Valencia, España. Ediciones Frónesis.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (2000). Ontología. Hermenéutica de la Facticidad. Madrid, España. Editorial Alianza.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (1999). Sendas perdidas. Buenos Aires, Argentina. Editorial Losada.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (1998). Ser y Tiempo. Santiago de Chile. Editorial Universitaria.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (1997). Serenidad. Barcelona, España. Ediciones Serbal.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (1996). Kant y el problema de la metafísica. México, D.F. Ediciones Fondo de Cultura Económica.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (1995). Las palabras. La Significación de las Palabras. Santiago de Chile. Ediciones Universidad Arcis.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (1994). Conferencias y Artículos. Barcelona, España. Ediciones del Serbal,
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (1992). Ser, Verdad y Fundamento. México, D.F. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (1990). Identidad y Diferencia. Barcelona, España. Editorial Anthropos.
- ▶ HEIDEGGER, Martín. (1987). De camino al Habla. Barcelona, España. Ediciones del Serbal.

- ▶ HEALY, Karen. (2001). Trabajo Social: perspectivas contemporáneas. Madrid, España. Editorial Morata.
- ▶ HUSSERL, Edmund (2002). Investigaciones Lógicas. TOMO 2. Madrid, España. Editorial Alianza.
- ▶ HUSSERL, Edmund. (1994). Problemas Fundamentales de la Fenomenología. Madrid, España. Editorial Alianza.
- ▶ HUSSERL, Edmund. (1991). La Crisis de las Ciencias Europeas y la Fenomenología Trascendental. Barcelona, España. Ediciones Crítica.
- ▶ ISER, Wolfgang. (1987). El acto de leer: teoría del efecto estético. Madrid, España. Editorial Taurus.
- ▶ KANT, Imanuel. (1982). Crítica de la Razón Pura. México, D.F. Editorial Porrúa.
- ▶ KARZ, Saúl (2007). Problematizar el Trabajo Social: definición, figuras, clínica. Editorial Gedisa, Barcelona España.
- ▶ KLIMOVSKY, Gregorio. (1999). Las desventuras del conocimiento científico: Una introducción a la epistemología. Buenos Aires, Argentina. Editorial AZ.
- ▶ KORNBLIT, Ana Lía. (2007). Metodologías Cualitativas en Ciencias Sociales. Buenos Aires, Argentina, Editorial Biblos.
- ▶ LÉVINAS, Emmanuel. (2012). Totalidad e Infinito. Salamanca, España. Ediciones Sígueme.
- ▶ LÉVINAS, Emmanuel. (2005). Humanismo del otro Hombre. México, D.F. Ediciones Siglo Veintiuno.
- ▶ LÉVINAS, Emmanuel. (2000). Ética e Infinito. Madrid, España. Ediciones Gráficas Rógar.
- ▶ LÓPEZ ARANGUREN, José Luis. (1992). Ética de la felicidad y otros lenguajes. Madrid, España, Editorial Tecnos.
- ▶ MARTYNIUK, Claudio. (1994). Positivismo, Hermenéutica y los Sistemas Sociales. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Biblos.
- ▶ MATUS, Teresa. (2018). Punto de Fuga. Tomo II. Disonancias de la Crítica como Proyecto Emancipatorio. Buenos Aires, Argentina, Editorial Espacio.
- ▶ MATUS, Teresa. (2012). Propuestas Contemporáneas en Trabajo Social: hacia una intervención polifónica. Buenos Aires, Argentina, Editorial Espacio.
- ▶ MARÍAS, Julián. (1963-1). La Filosofía en sus Textos. Tomo II. Barcelona, España. Editorial Labor S.A.

- ▶ MARÍAS, Julián. (1963- 2). La Filosofía en sus Textos. Tomo III. Barcelona, España. Editorial Labor S.A.
- ▶ MELANO, Beatriz. (1983). Hermenéutica Metódica. Buenos Aires, Argentina. Editorial Docencia.
- ▶ MORENO OLMEDO, Alejandro. (2006). El Aro y la Trama: episteme, modernidad y pueblo”. Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez. Santiago de Chile.
- ▶ OSORIO, Jaime. (2001). Fundamentos del Análisis Social: la realidad social y su conocimiento. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ PALMER, Richard. (2002). ¿Qué es la Hermenéutica?: Teoría de la Interpretación en Scheleimacher, Dilthey, Heidegger y Gadamer. Madrid, España. Editorial Arco.
- ▶ PAREYSON, Luigi (2009). Dostoievski: filosofía, novela y experiencia religiosa. Madrid, España. Ediciones Encuentro.
- ▶ PAREYSON, Luigi (1988). Conversaciones de Estética. Madrid España, Editorial Antonio Machado.
- ▶ PEÑALVER, Patricio. (1989). Del espíritu al tiempo: lecturas de el ser y el tiempo de Heidegger. Barcelona, España. Editorial Anthopos.
- ▶ PEREZ SERRANO, Gloria. (1998). Investigación Cualitativa. Retos e Interrogantes. Madrid, España. Ediciones la Muralla.
- ▶ PIZZI, Jovino. (2005). El Mundo de la Vida: Husserl y Habermas. Santiago de Chile. Ediciones Universidad Católica Silva Henríquez.
- ▶ QUINTÁS, Guillermo & otros. (2002). Términos y Usos del Lenguaje Filosófico. Valencia, España. Ediciones Marfil.
- ▶ RECAS, Javier. (2006). Hacia una Hermenéutica Crítica. Madrid, España. Editorial, Biblioteca Nueva, S.L.
- ▶ REDONDO SÁNCHEZ, Pablo. (2001). Experiencia de la vida y fenomenología en las lecciones de Friburgo de Martin Heidegger (1919-1923). Salamanca, España. Editorial Universidad de Salamanca.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2014). Historia y Narratividad. Barcelona España. Ediciones Paidós.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2012). Política, Sociedad e Historicidad. Buenos Aires, Argentina. Editorial Docencia.

- ▶ RICOEUR, Paul. (2012 - 2). Escritos y conferencias. Hermenéutica. Volumen 2. México D.F. Editorial Siglo XXI.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2010). Del Texto a la acción: ensayos de hermenéutica II. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2009). Sobre la Traducción. Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2008 -1). El Conflicto de las Interpretaciones. Ensayos de Hermenéutica. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2008 - 2). Hermeneútica y acción: de la hermeneutica del texto a la hermeneutica de la acción. Buenos Aires, Argentina. Editorial Prometeos.
- ▶ RICOEUR, Paul (2008 - 3). La memoria, la historia, el olvido. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2008 - 4) Tiempo y narración III. El tiempo narrado. México D.F., Ediciones Siglo XXI.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2006-1). Caminos de Reconocimiento: tres estudios. México D.F. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2006-2). Tiempo y narración II. Configuración del tiempo en el relato. México D.F. Ediciones Siglo XXI.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2004). Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico. México D.F. Ediciones Sigo XXI.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2004 [2]). La nueva ética para Europa. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ RICOEUR, Paul. (2001). La Metáfora Viva. Madrid, España. Editorial Trotta.
- ▶ RICOEUR, Paul (1999). Freud: una interpretación de la cultura. México, D.F. Siglo Veintiuno.
- ▶ RICOEUR, Paul. (1998). Hermenéutica y Estructuralismo. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Megápolis.
- ▶ RICOEUR, Paul (1992). Teoría de la Interpretación: discurso y excedente de sentido. Madrid, España. Ediciones Siglo XXI.
- ▶ RICOEUR, Paul. (1982). Finitud y Culpabilidad. Madrid, España. Editorial Taurus.
- ▶ RICOEUR, Paul. (1981). El discurso de la acción. Madrid, España. Editorial Cátedra.

- ▶ RODRÍGUEZ, Gregorio; GIL, Javier & GARCIA, Eduardo (1996). Metodología de la investigación cualitativa. Granada, España. Editorial Aljibe.
- ▶ RODRÍGUEZ, Ramón. (1997). La transformación hermenéutica de la fenomenología: una interpretación de la obra temprana de Heidegger. Madrid, España. Editorial Tecnos.
- ▶ RODRÍGUEZ SUÁREZ, Luisa Paz. (2004). Sentido y ser en Heidegger: una aproximación al problema del lenguaje. Zaragoza, España. Editorial Prensas Universitarias de Zaragoza.
- ▶ RUIZ ROJAS, Ana Isabel. (2005). Búsquedas del Trabajo Social latinoamericano: urgencias, propuestas y posibilidades. Buenos Aires, Argentina, Editorial Espacio.
- ▶ RUBILAR, María Gabriela. (2013). Imágenes de alteridad. Reflexiones y aportes para el Trabajo Social en contextos de pobreza y exclusión. Santiago de Chile. Ediciones Pontificia Universidad Católica.
- ▶ SANDOVAL, Carlos. (2002). Investigación Cualitativa. Bogotá, Colombia, Editores ARFO.
- ▶ SCHLEIERMACHER, Friedrich. (1999). Los Discursos sobre Hermenéutica. Pamplona, España. Cuadernos de Anuario Filosófico. Edición de Lourdes Flamarique.
- ▶ SCHÖKEL, Luis Alonso. (1986). Hermenéutica de la palabra. Madrid, España. Editorial Cristiandad.
- ▶ SEGURA PERAITA, Carmen. (2001). Hermenéutica de la Vida Humana. Madrid, España. Ediciones Trotta.
- ▶ SELDEN, Raman. (2010). Historia de la Crítica Literaria del Siglo XX: del Formalismo al Post-Estructuralismo. Madrid, España. Ediciones Akal.
- ▶ SLOTERDIJK, Peter. (2014 -1) Esferas I. Burbujas, Microsferología. Madrid, España. Ediciones Siruela,
- ▶ SLOTERDIJK, Peter. (2014 - 2). Esferas II: Globos, Macrosferología. Madrid, España. Ediciones Siruela S.A.
- ▶ SLOTERDIJK, PETER. (1999). Normas para el parque Humano. Madrid, España. Ediciones Siruela S.A.
- ▶ SLOTERDIJK, Peter. (1983). Crítica de la razón Cínica. Madrid, España. Editorial Siruela.

- ▶ STRAUSS, Anselm & CORBIN, Juliet. (2002). Bases de la Investigación Cualitativa: técnicas y procedimientos para desarrollar la teoría fundamentada. Medellín Colombia. Editorial Universidad de Aontioquía.
- ▶ STRAWSON, Peter Frederick. (1989). Introducción a una teoría de la lógica. Buenos Aires, Argentina, Ediciones Nova.
- ▶ SZONDI, Peter. (2012). Teoría del drama moderno (1880-1950): Tentativa sobre lo trágico. Madrid, España. Ediciones Destino.
- ▶ SZONDI, Peter. (1993). Poética y Filosofía de la Historia. Madrid, España. Editorial Antonio Machado
- ▶ SZALISI, Wilhelm. (1973). Introducción a la fenomenología de Husserl. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Amorrortu.
- ▶ TAYLOR, S. J., & BODGAN, Robert. (2000). Introducción a los Métodos de Investigación. Barcelona, España. Editorial Paidós Ibérica S.A.
- ▶ VATTIMO, Gianni. (2014-1). Dios es Comunista. Buenos Aires, Argentina. Editorial Fedun.
- ▶ VATTIMO, Gianni. (2014-2). De la Realidad a la Verdad. Buenos Aires, Argentina, Editorial Fedun.
- ▶ VATTIMO, Gianni. (2014-3). Esperando a los Barbaros. Buenos Aires, Argentina. Editorial Fedun.
- ▶ VATTIMO, Gianni. (2010), Adiós a la verdad. Barcelona, España. Editorial Gedissa.
- ▶ VATTIMO, Gianni. (2002). Introducción a Heidegger. Barcelona, España. Editorial Gedisa.
- ▶ VATTIMO, Gianni. (1996). El fin de la Modernidad. Barcelona, España. Editorial Gedisa.
- ▶ VATTIMO, Gianni. (1995). Más allá de la interpretación. Barcelona, España. Editorial Paidós Ibérica, S.A.
- ▶ VATTIMO, Gianni. (1992). Ética de la Interpretación. Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós.
- ▶ VATTIMO, Gianni. (1986). Las aventuras de la diferencia. Barcelona, España. Editorial Península.
- ▶ VELASCO, Ambrosio. (1998). Tradiciones naturalistas y hermenéuticas en la filosofía de las ciencias sociales. México D.F. Ediciones UNAM.

- ▶ VERJAT, Alain. (2012). El Retorno de Hermes: hermenéutica y Ciencias Humanas. Barcelona, España. Editorial del Hombre.
- ▶ VON WRIGHT, Georg Henrik von. (1979). Explicación y Comprensión. Madrid, España. Editorial Alianza.

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA.

- ▶ ACASO, María. (2006). El lenguaje Visual. Barcelona, España. Editorial Paidós.
- ▶ AGUILAR, Mirafior. (2014). Depredación de Ciudades rurales, comunidades intervenidas y espacios en conflicto. México D.F., Ediciones UNAM.
- ▶ AGUILAR, Mirafior. (2008). Sujeto, construcción de identidades y cambio social. México D.F. Ediciones UNAM.
- ▶ ALCALÁ CAMPOS, Raúl. (2010). Ciudadanía y Autonomía. México D.F. Ediciones FES – Acatán.
- ▶ ALCALÁ CAMPOS, Raúl. (2008). Reconocimiento y Exclusión. México D.F. Ediciones FES – Acatán, Plaza y Valdés.
- ▶ ALCALÁ CAMPOS, Raúl. (2008). Construcción de Identidades. México D.F. Ediciones FES – Acatán.
- ▶ BAJTIN, Mijail (2011). Las fronteras del discurso. Buenos Aires, Argentina, Ediciones las Cuarenta.
- ▶ BAUMAN, Zygmunt. (2007). Modernidad Liquida. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ BAUMAN, Zygmunt. (1999). En Busca de la Política. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ BECHER, Tony. (2001). Tribus y territorios Académicos. La indagación intelectual y las culturas de las disciplinas. Barcelona, España. Editorial Gedisa.
- ▶ BECK, Ulrich. (1999). La Invención de lo Político: para una teoría de la modernización reflexiva. Buenos Aires, Argentina, Fondo de Cultura Económica.
- ▶ BERGSON., H., (2006) Materia y Memoria. Buenos Aires, Argentina. Edición Cactus.
- ▶ BOURDIEU, Pierre. (2003) El oficio de Científico: ciencia de la ciencia y reflexividad. Barcelona, España. Editorial Anagrama.

- ▶ BOURDIEU, Pierre. (1997). “Razones Prácticas: Sobre la Teoría de la Acción”. Barcelona, España. Editorial, Anagrama.
- ▶ BULTMANN, Rudolf. (2011). Teología del Nuevo Testamento. Salamanca, España. Editorial Sígueme.
- ▶ BUTLER, Judith. (2007). El Género en Disputa. El Feminismo y la Subversión de la Identidad. Barcelona, España. Editorial Paidós.
- ▶ BUTLER, Judith. (2006). Deshacer el Género. Barcelona, España. Editorial Paidós.
- ▶ BUTLER, Judith. (2001). El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad. Barcelona, España. Editorial Paidós.
- ▶ CICOUREL, Aaron. (1982) El Método y la Medida en Sociología. Madrid, España. Editorial Nacional.
- ▶ CUDDON, John Anthony. (2001). Diccionario de Teoría y Crítica Literarias. Buenos Aires, Argentina. Editorial Docencia.
- ▶ CHAVEZ, Moisés. (1979). Hermenéutica: el arte de la paráfrasis libre. Miami, EEUU. Editorial Caribe.
- ▶ DE SAUSSURE, Ferdinand. (1994). Curso de Lingüística General. Buenos Aires, Argentina, Editorial Losada.
- ▶ DOGAN, Matei& PAHRÉ, Robert. (1993). Las nuevas ciencias sociales: la marginalidad creadora. México D.F., Editorial Grijalbo.
- ▶ DURKHEIM, Emile. (1973). Las Reglas del Método Sociológico. Buenos Aires, Argentina. Editorial Sudamericana,
- ▶ DURKHEIM, Emile. (1995). La División del Trabajo Social. Madrid, España. Ediciones Akal S. A.
- ▶ EAGLETON, Terry. (1998). Una Introducción a la Teoría Literaria. Buenos Aires, Argentina. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ ELÍAS, Norbert. (2002). Compromiso y Distanciamiento. Barcelona, España. Ediciones Península.
- ▶ ELÍAS, Norbert. (1999). Sociología Fundamental. Barcelona, España. Editorial Gedisa, S.A.
- ▶ FOUCAULT, Michel. (1999). Estética, ética y hermenéutica. Barcelona, España. Editorial Paidós.
- ▶ GARCIA GRADUAL, Carlos. (2013). Introducción a la Mitología Griega. Madrid, España. Editorial Alianza.

- ▶ GARCÍA, José Fernando. (2012). *Hacia una razón Situada*. Santiago de Chile, Editorial LOM.
- ▶ GARCIA MORENTE, Manuel. (1992). *Lecciones preliminares de Filosofía*. México D.F. Editorial Porrúa.
- ▶ GIBELLINI, Rosino. (1998). *La Teología del Siglo XX*. Madrid, España. Editorial Sal Terrae Santander.
- ▶ GIDDENS, Anthony. (2001). *Las Nuevas Reglas del Método Sociológico*. Madrid, España. Editorial Amorrortu.
- ▶ HABERMAS, Jürgen. (2002). *Acción Comunicativa y Razón Sin Trascendencia*. Buenos Aires, Argentina. Editorial Paidós.
- ▶ HABERMAS, Jürgen. (1998). *Teoría y Praxis: estudios de filosofía social*. Barcelona, España. Editorial Altaza S.A.
- ▶ HABERMAS, Jürgen. (1989). *El Discurso Filosófico de la Modernidad*. Madrid, España. Editorial Taurus.
- ▶ HABERMAS, Jürgen & RORTY, Richard. (2008). *Sobre la Verdad. ¿Validez Universal o Justificación?*. Madrid, España. Editores Amorortu.
- ▶ HEGEL, George W.F. (2004). *Introducción a la Historia de la Filosofía*. Buenos Aires, Argentina. Ediciones Libertador.
- ▶ HELLER, Agnes. (1999). *Una Filosofía de la Historia en Fragmentos*. Barcelona, España. Ediciones Gedisa.
- ▶ HELLER, Agnes. (1998). *Sociología de la Vida Cotidiana*. Barcelona, España. Ediciones Península.
- ▶ HORKHEIMER, Max (2002). *Crítica de la Razón Instrumental*. Madrid, España, Editorial Trotta.
- ▶ HUSSERL, Edmund. (1992). *Ideas Relativas a una Fenomenología Pura y a una Filosofía Fenomenológica*. México, D.F. Fondo de Cultura Económica.
- ▶ JONAS., Hans. (1995) *El Principio de Responsabilidad: Ensayo de una Ética para la Civilización Tecnológica*. Barcelona, España. Editorial Herder.
- ▶ LIPOVETSKY, Gilles. (1998). *La Era del Vacío*. Barcelona, España. Editorial Anagrama, S.A.
- ▶ LOZANO, Jorge. (2004). *El discurso histórico*. Madrid, España. Editorial Alianza.

- ▶ LOZANO, Jorge, PENA-MARÍN, Cristina, & ABRIL, Gonzalo. (1993). Análisis del discurso: hacia una semiótica de la interacción textual. Madrid, España. Ediciones Cátedra.
- ▶ MARTÍNEZ, José. (1987). Hermenéutica Bíblica. Barcelona, España. Editorial CLIE – Terrassa.
- ▶ MARTINEZ, Miguel. (1999). La nueva ciencia: su desafío, lógica y método. México D.F. Ediciones Trillas.
- ▶ MARTINEZ, Miguel. (1997). El paradigma emergente: hacia una nueva teoría de la racionalidad científica. México D.F., Ediciones Trillas.
- ▶ MERTON, ROBERT. (1977). La Sociología de la Ciencia: investigaciones teóricas y empíricas. Tomo 1 y 2. Madrid, España. Editorial Alianza.
- ▶ MORENO CLAROS, Luis Fernando. (2002) Martín Heidegger. Madrid, España, Editorial Edaf S. A.
- ▶ NIETZSCHE, Friedrich. (2012). Sobre verdad y mentira en sentido extra-moral y otros fragmentos de filosofía del conocimiento. Madrid España, Editorial Tecnos.
- ▶ NIETZSCHE, Friedrich. (2001).Gaya Ciencia. Madrid, España. Editorial Akal.
- ▶ ORTIZ-OSÉS, Andrés. (1996). La nueva filosofía hermenéutica. Barcelona, España. Editorial Anthropos.
- ▶ OTTO, Rudolf. (2003). Lo santo, lo racional y lo irracional en la idea de Dios. Madrid, España. Editorial Alianza.
- ▶ PRIGOGINE, Ilya& STENGERS, Isabelle. (1994). Entre el Tiempo y la Eternidad. Madrid, España. Editorial Alianza.
- ▶ POPPER, Karl. (1997). La Lógica de la Investigación Científica. Madrid, España. Editorial Tecnos.
- ▶ RAITER, Alejandro. (2008). Lingüística y Política. Buenos Aires, Argentina. Editorial Biblos.
- ▶ SALAS ASTRAÍN, Ricardo. (2010). Éticas convergentes en la encrucijada de la postmodernidad. Santiago de Chile. Ediciones Universidad católica Silva Henríquez.
- ▶ SALAS ASTRAÍN, Ricardo. (2003). Ética intercultural. Ensayos de una ética discursiva para contextos culturales conflictivos. Santiago de Chile. Ediciones UCSH.

- ▶ SAMAJA, Juan. (1993). Epistemología y Metodología: elementos para una teoría de la investigación científica. Buenos Aires, Argentina. Editorial Universitaria.
- ▶ SCHOPENHAUER, A. (2004). El mundo como voluntad y representación. Barcelona España. Ediciones Pérez Galdós.
- ▶ SIMMEL, Georg. (1961). Problemas Fundamentales de la Filosofía. México, D.F. Editorial Hispano Americana (UTEHA).
- ▶ STUBBS, Michael. (1987). Análisis del discurso. Madrid, España. Editorial Alianza.
- ▶ VIAL LARRAIN, Juan. (2006). La Vía de la Verdad: El discurso de la metafísica”. Santiago de Chile. Ediciones Universidad Católica.
- ▶ WEBER, Max. (2002). Economía y Sociedad: esbozo de sociología comprensiva. Madrid, España. Ediciones Fondo de Cultura Económica.
- ▶ WEBER, Max. (1998). La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo. Madrid, España. Editorial Itsmo, S.A.
- ▶ WEREN, Wim. (2003). Métodos de Exégesis de los Evangelios. Estella Navarra, España. Editorial Verbo Divino.
- ▶ ZARAGOZA, M. Carmen & SANTOS, Rosa. (1990). Hegel y Marx. Barcelona, España. Editorial Vicens – Vives.
- ▶ ZUNZUNEGUI, Santos, (1998): *Pensar la imagen*. Madrid, España. Editorial Cátedra

REVISTAS ESPECIALIZADAS

- ▶ ÁLVAREZ, Luis. (2001). La Hermenéutica simbólico-analógica como fundamento de una psicología histórico-crítica. Revista de Ciencias y Humanidades, ISSN-e 0185-4259, Vol. 10. N° 50: 233-256.
- ▶ ARRÁEZ, Morella; CALLES, Josefina & MORENO DE TOVAR, Liuval. (2006). La Hermenéutica una Actitud Interpretativa. Sapiens. ISSN: 1317-5815. Vol. 7, N° 2: 171-181
- ▶ ÁVILA PENAGOS, Rafael. (2012). La tarea hermenéutica de las Ciencias Humanas. Signo y Pensamiento. ISSN: 0120-4823. Vol. 30, N°60: 44 – 60.

- ▶ AZCINA, Maximiliano y LAHITTE, Héctor (2014), El método de Freud y la tradición hermenéutica en psicoanálisis. Revista Latinoamericana de Metodología de las Cs. Sociales. ISSN: 1853-7863. Vol. 20, N°12: 62 - 78.
- ▶ BLANCO, SUSAN. (2013). Beyond of the retraduction? Social work practice. The British Journal of Social Work. ISSN: 0045-3102. Vol. 27, Número 8: 739–753.
- ▶ BARRIOS TAO, Hernando. (2015). Texto, narrador y lector. Teológica Xaveriana. ISSN 0120-3649, Vol., 65, N° 180: 327-351
- ▶ BARRIOS TAO, Hernando. (2015). Exégesis patrística y exégesis narrativa. Un aporte a la relación exégesis-hermenéutica. Franciscanum. ISSN 0120-1468, Vol. 57, N° 164: 171-210.
- ▶ BEUCHOT, Mauricio. (2007). Hermenéutica y Sociedad en Gianni Vattimo. A Parte Rei. ISSN-e 2172-9069. Vol. 1, N°54: 5 – 12.
- ▶ BEUCHOT, Mauricio. (2005). Elementos esenciales de una hermenéutica analógica. Diánoia. ISSN: 0185-2450, Vol., 60, N° 74: 127-145.
- ▶ BIANCIOTTI, María Celeste & ORTECHO, Mariana. (2013). La Noción de Performance y su Potencialidad Epistemológica en el hacer Científico Social Contemporáneo. Tabula Rasa. ISSN 1794-2489, Vol. 12, N° 19: 119 – 137.
- ▶ BRIE, Roberto. (2000). Vida, Psicología comprensiva y Hermenéutica. Cuadernos de Anuario Filosófico. ISSN 1137-2176, Vol. 116, N° 77: 101-150.
- ▶ CANALES VALENZUELA, Iván. (2015). Las ciencias sociales ante el desafío de la integración social intercultural entre todos los pueblos de la tierra: Fenomenología, Hermenéutica y Praxeología. Polis (Santiago). ISSN 0718-6568, Vol.14, N° 41: 71-83.
- ▶ CASA RAMIREZ, Juan Alberto. (2010). La narrativa como eje articulador de las especializaciones funcionales de la teología: bíblica, sistemática y de la acción. Cuestiones Teológicas. ISSN 0120-131X, Vol., 37, N° 88: 281 – 306.
- ▶ CASTRO, Secundino (2008). Hermenéutica Bíblica y Psicología Profunda. Estudios Eclesiásticos. ISSN 0210-1610, Vol. 72, N°281: 347-352.
- ▶ CATAGGIO, Leonardo Martín. (2012). La Regla Hermenéutica como Sistema de Significación y Producción del Texto. Estudios Filosóficos. ISSN 0121-3628, Vol. 16, N°45: 105-121.

- ▶ CONTRERA, Verónica. (2010). Trabajo Social Familiar: incorporación de la Hermenéutica como posibilidad de Con-Transformación. *Perspectivas Sociales*. ISSN 1405-1133. Vol. 12, N°1: 141 – 163.
- ▶ CORDERO RAMOS, Nuria. (2011). Trabajo Social y Hermenéutica Crítica: una opción metodológica para desvelar elementos éticos en los orígenes de la profesión en Sevilla. *Portularia*. ISSN: 1578-0236, Vol., 9, N°1: 87 -97.
- ▶ DE LA MAZA, Luis Mariano. (2005). Fundamentos de la Filosofía Hermenéutica: Heidegger y Gadamer. *Teología y Vida*. ISSN 0717-6295, Vol. 46, N° 1-2: 122-138.
- ▶ DIAZ ARGUETA, Julio Cesar. (2006). Naturaleza y Especificidad del Trabajo Social: un desafío pendiente de resolver. *Katálisis*. ISSN: 1414-4980, Vol., 9, N°2: 217-226.
- ▶ DUQUE, Aurora Victoria (2007). Entre representaciones, paradigmas y modelos mentales del Trabajo Social: una aproximación a tres estilos profesionales. *Eleuthera*. ISSN 2011-4532, Vol. 1, N°1: 64-88.
- ▶ EVANGELISTA MARTINEZ, Elí. (2010). Trabajo social contemporáneo: aproximaciones y proyecciones. *Trabajo Social UNAM*. ISSN 0188-1396, Vol., 10, N°20: 7-32.
- ▶ FLORES, Carmen & MARTINEZ, Gudelia. (2006). Hacia una Concepción del Trabajo Social Contemporáneo en México. Su Condición Profesional. *Katálisis*. ISSN: 1414-4980, Vol., 9 N°2: 249 – 259.
- ▶ GAMA, Luis. (2009). El lugar del otro en las ciencias humanas hermenéuticas – y algunas perspectivas para América Latina. *Nómadas*. ISSN: 0121-7550, Vol. 7, N°31.: 125 – 137.
- ▶ GONZÁLEZ AGUDELO, Elvia María. (2011). El Retorno a la Tradición o Nuevamente sobre la Historia del Concepto de Hermenéutica. *Opinión Jurídica*. ISSN 1692-2530, Vol. 10, N° 19: 41-60.
- ▶ GREENWOOD, Dennis. (2005). Hermeneutics for the study of practices in Social Work. *The British Journal of Social Work*. ISSN: 0045-3102. Vol. 19, N°2: 181–193.
- ▶ KAULINO, Adriana. (2007). Más allá de la Reconciliación: La Hermenéutica Crítica de Paul Ricoeur. *Transformação*. ISSN 0101-3173, Vol.30, N°1: 65-80.
- ▶ LABRA, OSCAR. (2013). Positivismo y Constructivismo: un análisis para la investigación social. *Rumbos, TS*. ISSN 0718-4182. Vol. 7, N°7: 12 – 21.

- ▶ LARRIQUE, Diego. (2008). La hermenéutica como ontología de las ciencias sociales . Espacio Abierto. ISSN: 1315-0006, Vol., 17, N°2: 317-334.
- ▶ LÓPEZ, Oscar. (2004). La Idea de Comprensión, U la Hermenéutica Psicoanalítica. Novum, ISSN: 2357-4933, Vol. 12, N°5: 43 -49.
- ▶ LOWENTHAL, Del (2009). Practices Hermeneutic and Social Work. Research on Social Work Practice. ISSN 0265-0533. Vol., 2, N° 3. 205 – 216.
- ▶ LOWRENZ, Walter (2012). Hermeneutics and Accountable Practice: Lessons From the History of Social Work. Research on Social Work Practice. ISSN 0265-0533. Vol., 2, N° 5: 492-498.
- ▶ LOUREDA, Oscar. (2009). De la Función metalingüística al metalenguaje: los estudios sobre el metalenguaje en la lingüisticidad actual. Signos.ISSN 0718-0934, Vol., 42, N°71: 317 -332.
- ▶ NIEVES, Fredy, RÍOS CABRERA, María Magdalena & RUEDAS MARRERO, Martha. (2009). Hermenéutica: la roca que rompe el espejo. Investigación y Post Grados. ISSN: 1316-0087, Vol. 24, N°2: 181 – 201.
- ▶ MANCILLA MUÑOZ, Mauricio. (2013). Experiencia de la historicidad e historicidad de la experiencia: El mundo como espacio hermenéutico. Alpha. ISSN 0718-2201, Vol., 14, N° 36: 177-190.
- ▶ MANCILLA TONCOSO, Sandro. (2006). Interpretación y Fe: una breve presentación de la Hermenéutica Teológica de Paul Ricoeur. Teología y Vida. ISSN 0049-3449, Vol. 47, N° 4: 131 – 159.
- ▶ MATUS, Teresa. (2003). La Construcción del Trabajo Social Contemporáneo. Prospectiva. ISSN 0122 – 1213. Vol., 2. N°8 : 113-122.
- ▶ MATUS, Teresa. (2003 - 2). La intrevención social como gramática. Hacia una semántica propositiva del Trabajo Social frente a los desafíos de la globalización. Revista de Trabajo Social UC. ISSN 0716-9736, Vol., 2. N° 71: 55-71.
- ▶ MARROQUÍN, Angel. (2011). Trabajo Social como oficio imposible: normalización, capitalismo y crítica . Revista de Trabajo Social UC, Vol., 1, N° 80: 35-43.
- ▶ MAX BERGMAN, Manfred & COXON, Anthony P.M.. (2005). La calidad en los Métodos Cualitativos. Forum: Qualitativa Social Research. ISSN 0114-0001228, Vol. 6, N° 2: 1 – 23.

- ▶ MAZA, Luis. (2005). Fundamentos de la Filosofía Hermenéutica: Heidegger y Gadamer. *Teología y Vida*. ISSN: 0049-3449, Vol., 46, N° 1-2: 122-138.
- ▶ MIRANDA, Guillermo. (2006). Hacia una Visión Hermenéutica Crítica de la Política Educativa. *Rev. Ciencias Sociales*, Universidad de Costa Rica. ISSN: 0482-5276, Vol., 12, N° 1- 2: 111-112.
- ▶ PARDO, Rubén Horacio (2003). El desafío de las Ciencias Sociales: del naturalismo a la hermenéutica. *Perspectivas Metodológicas*. ISSN 0132-5462, Vol. 1, N°3: 3 – 16.
- ▶ PACKER, Martín. (2010). La Investigación Hermenéutica en el estudio de la conducta humana. *Psicología Cultural*. ISSN-e 1605-4806, N° 25: 6 – 29.
- ▶ RIVERA, Felipe., & COFRE, Esteban. (2012). Las proyecciones del Trabajo Social contemporáneo: una observación desde la Teoría de los Sistemas Sociales. *Revista Trabajo Social*, PUC. ISSN 0716-9736. N° 83: 23-34.
- ▶ RIFÓN, Antonio. (2014). Evolución del significado morfológico de los prefijos supra- e infra. *Estudios Filológicos*. ISSN 0071-1713, Vol. 23, N° 53: 85-10.
- ▶ RONDÓN GARCÍA, L.M. (2015). Aprendizaje basado en problemas sociales desde una perspectiva hermenéutica interdisciplinar: dilemas éticos de la intervención social. *Thompson Reuters*. ISSN: 352322423, Vol., 5, N° 9: 90-110.
- ▶ RUBILAR, María Gabriela. (2009). ¿Cómo hacen investigación los trabajadores sociales? una primera aproximación a las experiencias de investigación de una generación de profesionales chilenos. *Revista de Trabajo Social PUC*. ISSN 0716-9736, Vol., 1, N° 76: 17-34.
- ▶ SILVA, Sergio. (2012). Exégesis y teología. Una perspectiva desde la teología fundamental. *Teología y Vida*. ISSN 0049-3449, Vol., 53, N° 1-2: 47-64.
- ▶ SILVA AREVALO, Eduardo. (2005). Paul Ricoeur y los desplazamientos de la Hermenéutica. *Teología y Vida*. ISSN 0717-6295, Vol. 46, N° 1-2: 167 – 205.
- ▶ SKA, Jean-Louis. (2002). La nueva crítica y la exégesis anglosajona. *Recherches de Science Religieuse*. Vol., 80, N°104: 29-53.
- ▶ TEUBERT, Wolfgang (2007). Escritura, hermenéutica y lingüística de corpus. *Signos*. ISSN 0718-0934, Vol. 40, N°64: 431-453.
- ▶ VASILACHIS DE GALVINO, Irene. (2009). Los fundamentos ontológicos y epistemológicos de la Investigación Cualitativa. *Forum: Qualitativa Social Research*. ISSN 0114-0902307, Vol. 10, N° 2 : 1 – 26.

- ▶ VERGARA HENRÍQUEZ, Fernando José. (2008). Gadamer y la comprensión efectual: Diálogo y tradición en el horizonte de la Koiné Contemporánea. *Universum*. ISSN 0718-2376, Vol.2, N°23: 184-200.
- ▶ VIGO, Alejandro. (2005). Caridad, sospecha y verdad. La idea de la racionalidad en la hermenéutica filosófica contemporánea. *Teología y Vida*. ISSN 0717-6295, Vol. 46, N°1-2: 254 – 277.
- ▶ YEPES MUÑOZ, Wilfer Alexis. (2013). Literatura y Existencia: hacia una hermenéutica literaria basada en los presupuestos de una filosofía existencial. *Perífrasis*. ISSN. 2145-8987, Vol., 4, N°8: 71 – 86.
- ▶ ZABALA, Ximena. (2007). ¿Un psicoanálisis hermenéutico?. *Revista de Psicología*. ISSN ISSN: 0719-0581. Vol. 16, N°1: 9-40

TESIS DOCTORALES

- ▶ CAZZANIGA, Susana (2014). Cuestiones de legitimidad y legitimación en Trabajo Social. El caso Argentino. Rosario, Argentina. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Rosario.
- ▶ FORNIÉS GANCEDO, Enrique. (2011). Modelos de Racionalidad: del positivismo lógico a la hermenéutica humanista. Alicante, España. Facultad de Filosofía y Letras, Programa de Doctorado en Humanidades, Universidad de Alcalá.
- ▶ GONZÁLEZ NAVARRO, María. (2007). Claves para la Actualidad de la Hermenéutica. Madrid, España. Facultad de Filosofía, Programa de Doctorado “Lectura e Historia”, UNED.
- ▶ MARTIN ESTALAYO, Maribel, (2013) La construcción de la Identidad en Trabajo Social. Análisis de una trama hilvanada por sus personajes. Madrid, España. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad Complutense.